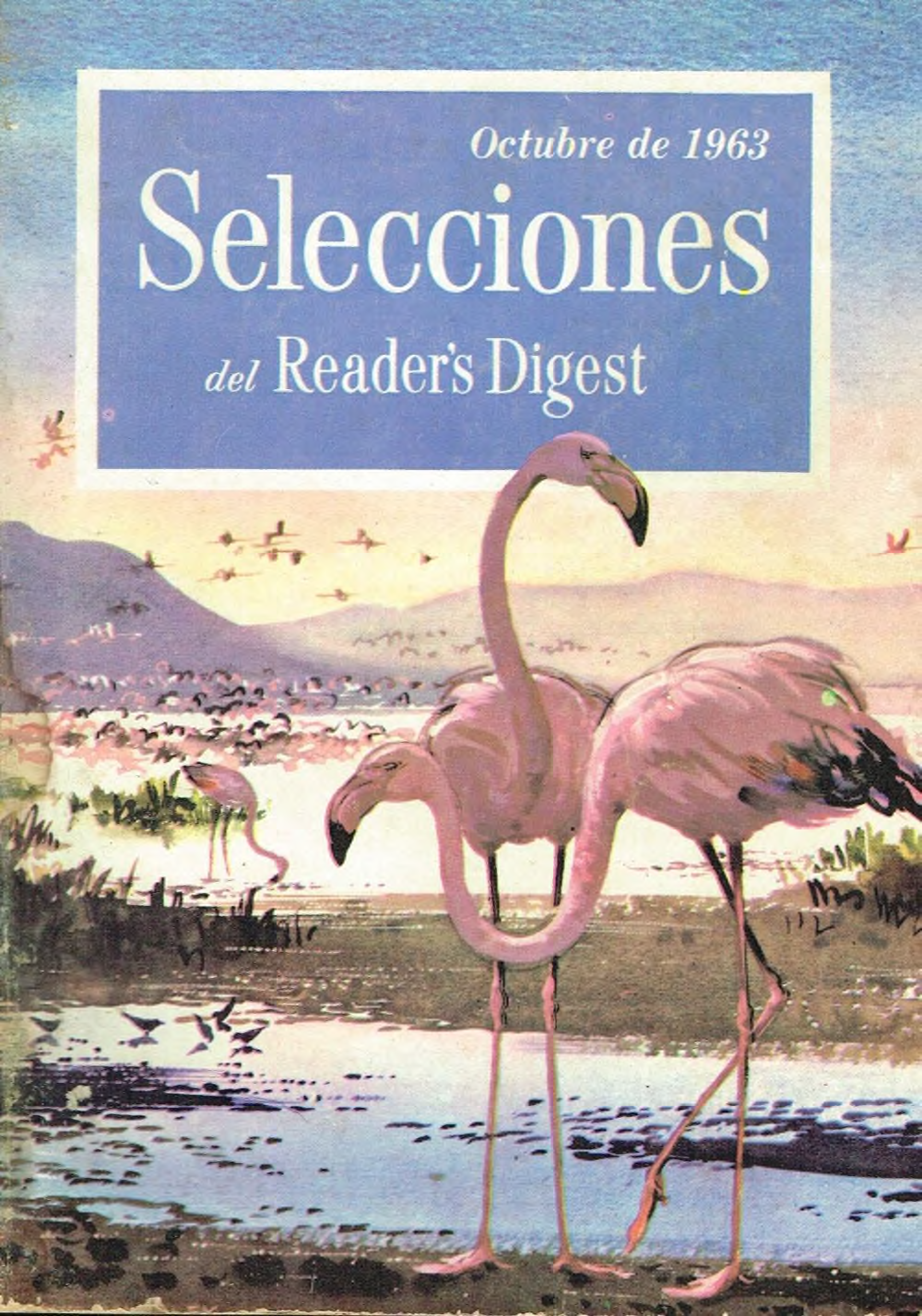

Octubre de 1963
Selecciones
del Reader's Digest

Cuando se hace una pausa... ¡Coca-Cola refresca mejor!

CHISPORROTEANTE Y FRIA . . . ¡sólo Coca-Cola tiene ese especial centelleo! Cada sorbo de Coca-Cola le proporciona una nueva sensación de frescura. En las meriendas y en cualquier ocasión, disfrute del delicioso sabor de Coca-Cola . . . **para la Pausa que Refresca.**



Rimas y reflexiones

George Santayana:

No es discreción tan sólo ser prudente
y al ensueño interior cerrar los ojos.
Seguir al corazón es ser sapiente.
Colón halló sin mapa un nuevo mundo.

Ralph Waldo Emerson:

A quien amigos tiene por millones
  ninguno sobrará;
El que tan sólo un enemigo cuenta
  doquier lo encontrará.

Dorothy Parker:

La avecilla que come de mi mano
es fina, tierna y de exterior galano,
mas el zorzal que en el aliso alea
para mí tengo por mejor presea.

Edwin Markham:

En torno de sí trazó un círculo que me aislaba,
que a más de impío y rebelde, indigno se me juzgaba.
Empero, el amor y yo con gran ingenio vencimos:
¡Un círculo marcamos en que lo comprendimos!

Phyllis McGinley:

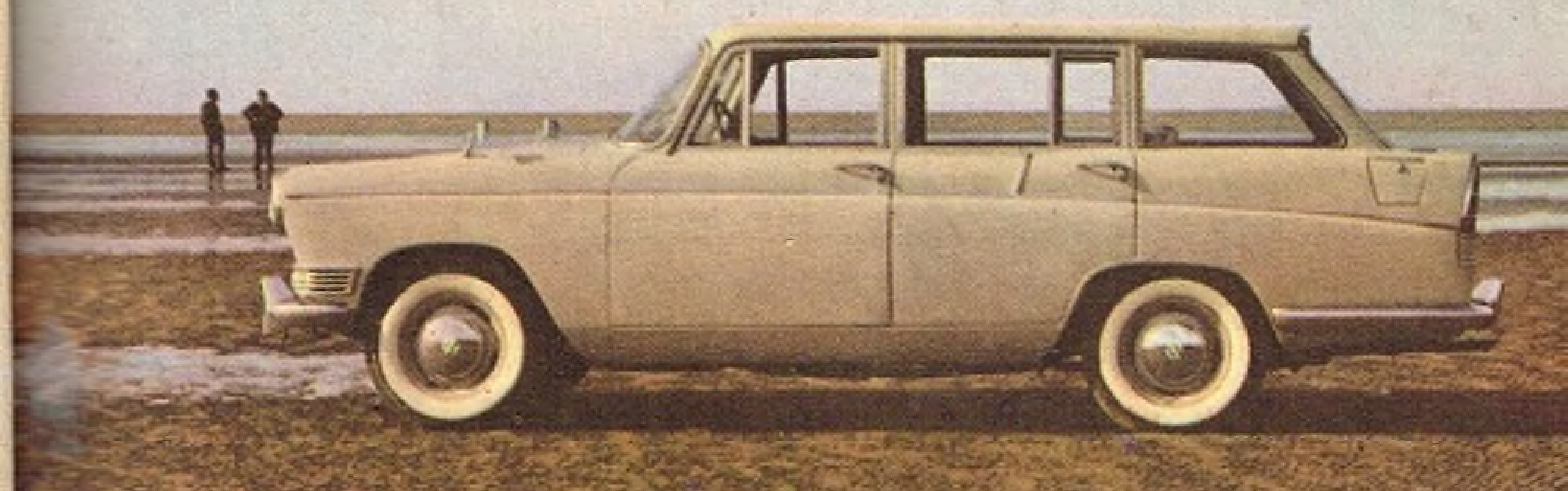
Laudable juventud por destructora
de iconos, tradiciones y contratos;
laudable ancianidad, que previsora
se para a componer los rotos platos.

Jane Merchant:

Si la ofensa perdono
porque en mi propio daño es todo encono,
muy generoso y noble me sintiera
mas lo que enseña Cristo ello no fuera.

Ogden Nash:

Tu vida conyugal no tendrá fallas
y en paz la llevarás dulce y amable,
si hallado en falta admites ser culpable
y cuando tengas la razón te callas.


La rural
para disfrutar
la vida
DI TELLA
Traveller

LAS NACIONES se renuevan de la base hacia arriba y no de la cima hacia abajo. Todo cuanto sé de historia, todo lo que me revelan la experiencia y la observación ha confirmado mi convicción de que la verdadera sabiduría en la vida humana es resultado de las experiencias de los hombres comunes y corrientes. La utilidad, la vitalidad y la fructificación de la vida son como el crecimiento de un gran árbol: desde el suelo, a lo largo del tronco, hasta las ramas, el follaje y el fruto. Las grandes, anónimas masas humanas que se debaten en la base de todo lo existente constituyen la fuerza dinámica que eleva el nivel de la sociedad. La grandeza de un país es tanta, y no más ni menos, como la de quienes integran el común de su ciudadanía.

— Woodrow Wilson, en *The New Freedom*



NO PODEMOS alcanzar una sincera fe cristiana como si coleccionáramos objetos de arte. La fe sincera constituye una unidad vital que o se alcanza de una sola vez, o nunca se logra. Claro que, cuando llega a nosotros, puede ser tan incipiente como un embrión y habrá que nutrirla cuidadosamente si ha de alcanzar su completo vigor; pero hasta un embrión constituye una unidad viva o, de lo contrario, no prosperará como parte de la vida.

— R. P. Harold Bosley

CUANDO una mujer guarda silencio, se hace más atractiva. ¿Por qué? Porque se vuelve misteriosa; y eso es un imán más potente que una bella figura. Una muchacha, aunque lleve calzado sin tacones, un vestido informe y anteojos montados en carey, con sólo que se muestre parca de palabras, resulta irresistible sirena. Me consta.

En mi opinión, una mujer debe ser como una buena película de misterio: mientras más deje volar la imaginación, mayor será el interés que despierte. Debe intentar rodearse de un ambiente de incertidumbre, dejar que el hombre descubra detalles de su persona sin que ella tenga que revelárselos.

— Alfred Hitchcock

HÁBITO inalterable de todos los ingleses es el de deplorar cualquier alteración de las costumbres. Si recordamos algún famoso personaje británico que se haya mostrado verdadero partidario de las innovaciones (como Bernard Shaw, Keir Hardie, Lloyd George, Selfridge o Disraeli) nos daremos cuenta de que, en realidad, ninguno de ellos era inglés, sino, respectivamente, irlandés, escocés, galés, norteamericano o hebreo. Los ingleses no dejan de introducir reformas, y muy grandes algunas veces, pero, secreta o abiertamente, siempre las deploran.

— Raymond Postgate



Selecciones del Reader's Digest

Tomo XLVI Nº 275 Octubre de 1963

Revista mensual publicada por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Teléfonos 27-4671 al 4676.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Redacción

Jefe de Redacción . . . . Pablo Morales

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores*: Marco Aurelio Galindo, Lilian Davies Roth, Luis Marron. *Redactores asociados*: Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Director artístico*: Emilio Gómez.

Administración

Douglas Mac Lean, *gerente*; Paul W. Thompson, *vicepresidente*; Marcos Kremzar, *tesorero*; Carlos Aldao Quesada, *gerente de publicidad*, Ricardo Robinson y Enrique Trench, *representantes*; Salvador Passarello, *Discoteca de Selecciones*; Jorge de Heredia, *Biblioteca de Selecciones*.

THE READER'S DIGEST, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra, en el Canadá y en Australia. Ediciones en otras lenguas: *Stuttgart (alemán)* Anne Morike; *Cairo (árabe)* M. Zaki Abdel Kader; *Copenhague (danés)* Onni Kyster; *Helsinki (finlandés)* Seere Salminen; *París (francés)* Pierre Dénoyer; *Montreal (francés)* Pierre Ranger; *Amsterdam (holandés)* Aad van Leeuwen; *Milán (italiano)* Mario Ghisalberti; *Tokio (japonés)* Seiichi Fukuoka; *Oslo (noruego)* Astrid Øverbye; *Río Janeiro (portugués)* Tito Leite; *Estocolmo (sueco)* Olle Gustafson.

EDICIONES INTERNACIONALES: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

Cubierta: "FLAMENCOS"
Ilustración de John Worsley

SELECCIONES se vende en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 30,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.

Bolivia ($b.2,50*) — Librería Selecciones S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.

Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.

Colombia ($2,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 Nº 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.

Costa Rica (₡1,50*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.

Chile (Eº 0,40*) — Sales y Larios Ltda., Avenida Bernardo O'Higgins 137, Santiago.

Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.

Ecuador (5,50 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.

El Salvador (60 cts.*) — Almacén y Librería "El Siglo" Apartado Postal Nº 52, San Salvador.

Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.

Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.

México ($3,50*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.

Nicaragua (C$1,95*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.

Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.

Paraguay (G 35,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.

Perú (S/6,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.

Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.

Uruguay ($3,00*) — A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.

Venezuela (Bs. 1,25*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones*: Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

(*Precio por número suelto*)

Selecciones del Reader's Digest — Marca Registrada Reg. U. S. Pat. Off

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLVI, Nº 275, October 1963. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $4.00 per year. Entered as second class matter at the Post Office at Pleasantville, N. Y., under the act of March 3, 1879. Additional entry at the Post Office, Miami, Fla. *Impreso en Argentina*

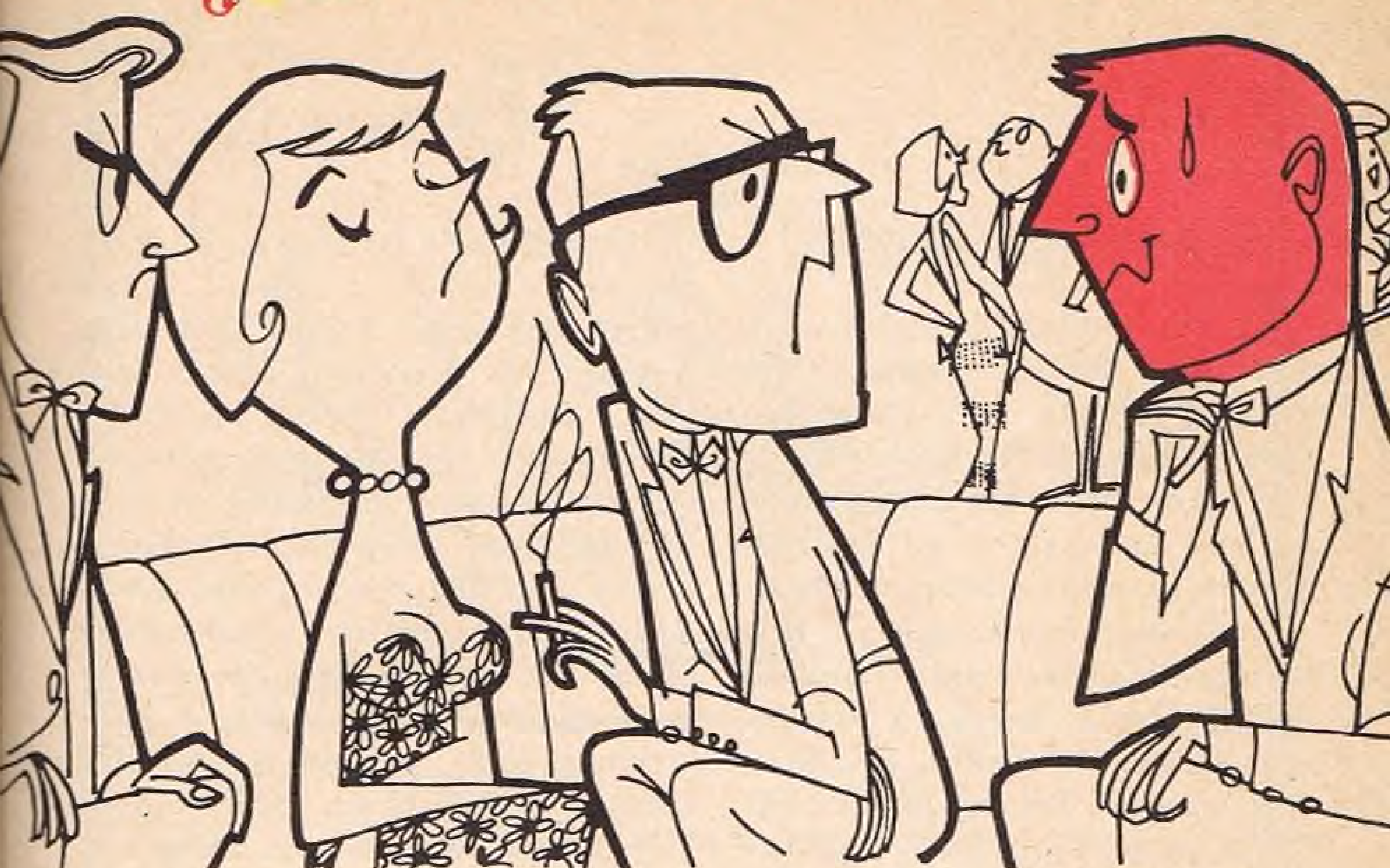
Impreso en la Argentina - GUILLERMO KRAFT LTDA. - Reconquista 319

Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones



FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144

¿METE USTED LA PATA?



Un conocido editor de Chicago dice que hay un método sencillo, aplicable a nuestra conversación corriente, capaz de traernos verdaderas ventajas tanto en la vida social como en los negocios y que obra como por arte de magia para darnos más aplomo, confianza en nosotros mismos y mayor popularidad. Dicho método se describe en un interesante folleto titulado "Aventuras en el arte de la conversación", que se envía gratis a quien lo solicite.

Según ese editor, muchos de nosotros no caemos en la cuenta de lo mucho que podemos influir en los demás, simplemente con nuestras palabras y con la manera en que las digamos. Tanto en los negocios como en las reuniones sociales y hasta en las conversaciones sin importancia con personas a quienes acabamos de conocer, hay maneras de hacer una buena impresión cada vez que hablamos.

A fin de llevar al conocimiento del lector las sencillas reglas para adquirir destreza en las conversaciones cotidianas, el editor ha publicado detalles completos de su interesante método de autoenseñanza, en un folleto de 24 páginas, "Aventuras en el arte de la conversación", que se envía por correo, sin costo ni compromiso alguno para quien lo pida. Basta con que arranque esta página, escriba su nombre y dirección al margen *en letras de molde* y la envíe —o su solicitud en una postal—a: Estudios de Conversación, 835 Diversey Parkway, Dept. 5707, Chicago 14, Illinois, E.U.A.

GANSOS TRABAJADORES

Los CULTIVADORES de algodón han descubierto que los gansos pueden desherbar mejor y a menor costo que los seres humanos. Trabajando de sol a sol, dedicados a arrancar las malezas entre los surcos de los algodonales, 12 gansos desempeñan el trabajo de un hombre. Por principio de cuentas, un ganso cuesta poco, y una vez que ha cumplido su tarea, y pasada la temporada de las hierbas, se le manda al mercado. Precisamente por esos días el ganso es un plato del que hay gran demanda.

La Universidad de Tenesí ha hecho un estudio de la "gansificación", y de ahí se deduce que el empleo de gansos ha reducido considerablemente el costo del cultivo de algodón, a la vez que el rendimiento ha aumentado del seis al diez por ciento.

—J. C. T., en *The Wall Street Journal*

CERDOS SANOS

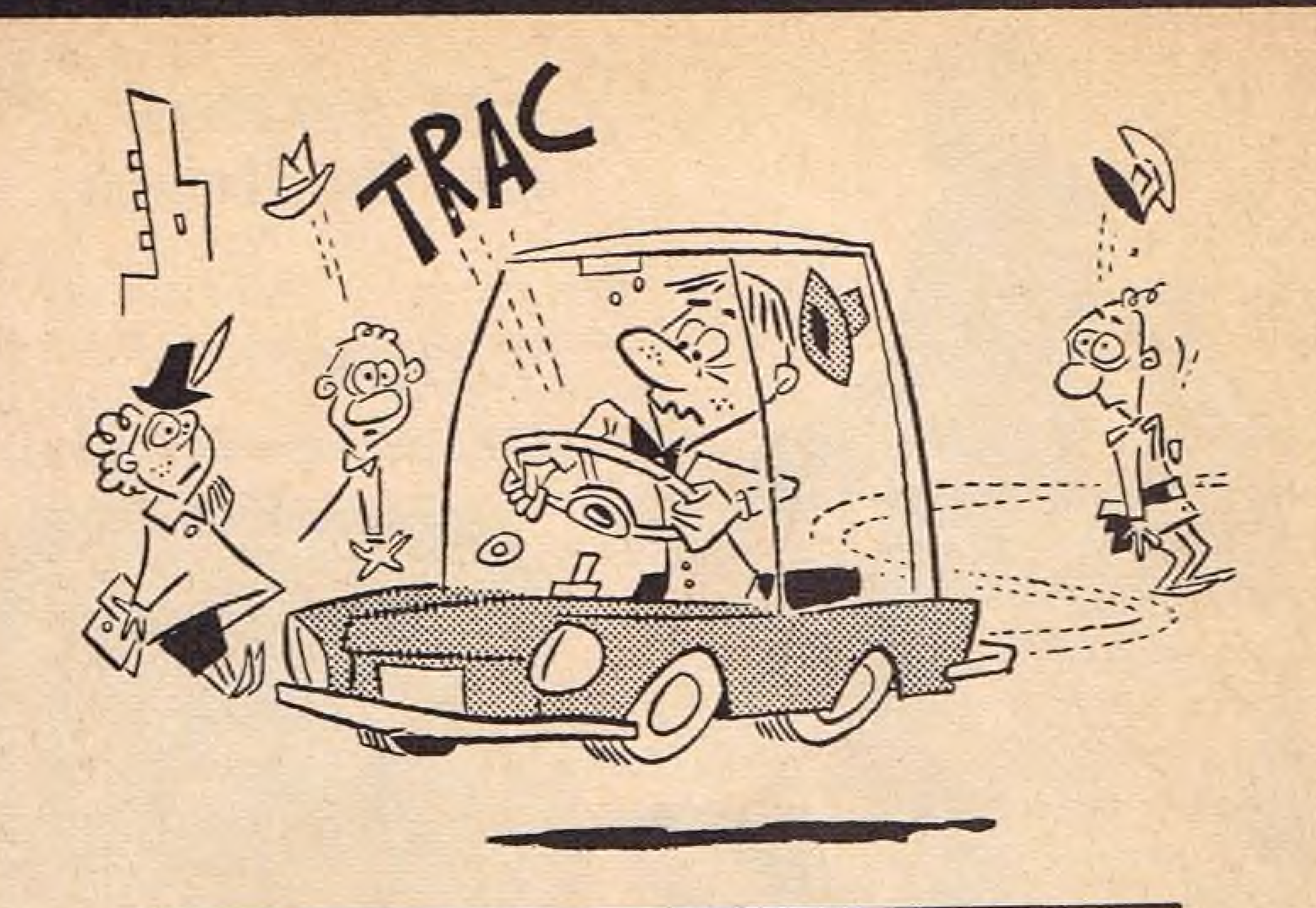
Dos ENFERMEDADES (la neumonía porcina producida por un virus y la rinitis atrófica) afectan la mitad de la población porcina de los Estados Unidos. La infección se trasmite a los lechones por su contacto con la puerca después del nacimiento, y trae como consecuencia un retardo en su crecimiento y un aumento en los costos de alimentación y las cuentas del veterinario.

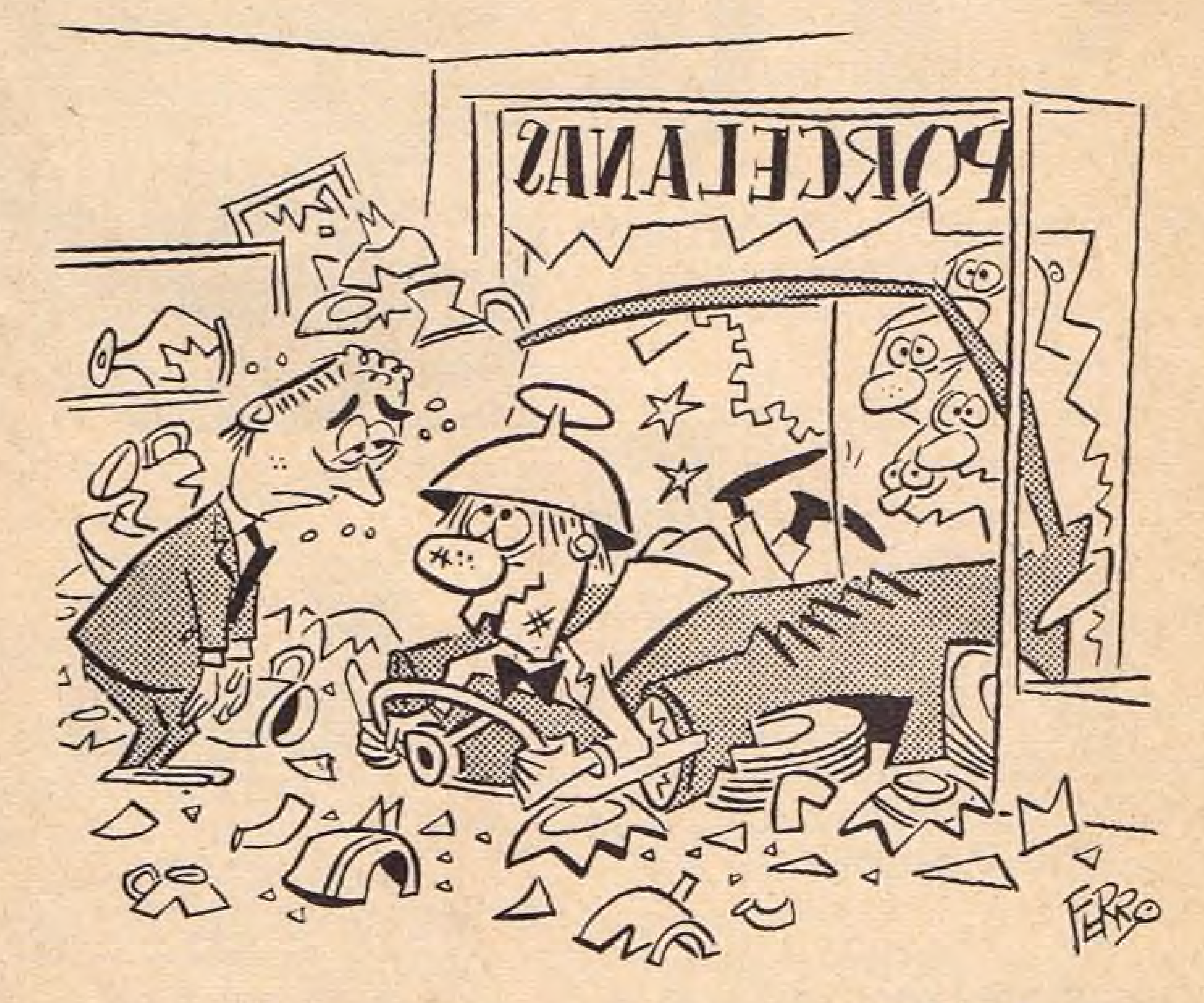
Para interrumpir la trasmisión, de generación en generación, de éstas y otras enfermedades porcinas, los agricultores de 11 Estados están criando cerdos libres de determinados microbios patógenos. El agricultor lleva la puerca a un laboratorio especial, días antes de parir. Allí, en un ambiente estéril, se le extrae la lechigada, ya sea por histerectomía o por cesárea. A los cochinitos se les mantiene por cuatro semanas en ese ambiente estéril y de aire filtrado. Luego son devueltos a la pocilga de su granja, que entre tanto ha sido aislada y desinfectada. Cuando los cerdos han llegado a la madurez, se les permite procrear y parir normalmente en la propia granja, con lo cual se está formando una población porcina libre de enfermedades.

—C. H., en *Nation's Agriculture*

PROTEÍNAS EN POLVO

UNO DE los más prometedores adelantos en la investigación científica, que contribuirá a calmar el hambre de la humanidad desnutrida, ha alcanzado en Inglaterra la etapa de la producción. Por el procedimiento de Chayen se trasforman muchos productos vegetales en un polvo proteínico, inodoro y sin sabor, que puede mezclarse a los alimentos corrientes.





...SE ARREGLA CON **POXIPOL**.!

Su salón de belleza Westinghouse viaja con usted!





En un moderno neceser

Nuevo secador de cabello Westinghouse



Una novedad al servicio de su belleza!

FACIL DE APLICAR FRIO O CALIENTE, eligiendo la temperatura de su agrado, secando su cabellera en tiempo "RECORD".

PERFUMA SUS CABELLOS, con su fragancia favorita, mientras los va secando.

SECA LAS UÑAS RAPIDAMENTE, ambas manos a la vez, sin correr ni empastar el esmalte, mientras seca su cabello.

Su capucha ajustable, de tamaño extra y doble tela, con respiraderos, se adapta cómodamente a cualquier cabellera y permite su uso con ruleros.

FABRICADO Y DISTRIBUIDO POR

J.J.BERTAGNI y CIA.S.A.

MAIPU 467 - 13º PISO - TEL. 31-6075/79



ADQUIERA UN MODERNO SECADOR DE CABELLO Westinghouse ESTA EQUIPADO PARA RENDIRLE AMPLIAMENTE

CAPUCHA DE TAMAÑO EXTRA. Usted seca rápidamente su cabellera, sin que el calor afecte su cara, hombros y cuello.

MANGA DESMONTABLE. Facilita el secado de cualquier sector de su cabellera, sirve para el secado de medias y lingerie.

FINO ESPEJO BISELADO.

RECEPTACULO PARA RULEROS, horquillas, esmalte de uñas, etc.

Usando como base el cacahuete, una fábrica de Plymouth está produciendo 2000 toneladas anuales de dicho polvo, destinadas al consumo interior y a la exportación.

En el procedimiento de Chayen se utilizan ondas de choque, trasmitidas por el agua, para reducir la estructura celular de cualquiera de varias docenas de materias vegetales a sus componentes básicos. Por cada 100 toneladas de cacahuete se obtienen de 25 a 30 de este polvo proteínico. Bastan de 30 a 60 gramos diarios en la alimentación para que su contenido de proteínas llegue al nivel adecuado. El costo por persona es de sólo 15 a 20 centavos de dólar a la semana.

Varios países de la América del Sur y del África ya han hecho gestiones ante el Banco Mundial y otras instituciones crediticias para obtener fondos con qué fabricar esa proteína, una vez autorizados a ello.

— A. M., en *The Christian Science Monitor*

AUTOMATIZACIÓN EN LA HUERTA

LAS MÁQUINAS están invadiendo uno de los últimos baluartes de la mano de obra en la granja: el de la recolección de frutas y legumbres.

La casa Libby, MacNeill & Libby calcula que un 75 por ciento de los guisantes que enlató y congeló este año fueron recolectados a máquina, en tanto que hace cinco años sólo un diez por ciento se recolectaba mecánicamente. El nuevo método alcanza aproximadamente un costo de la mitad del antiguo.

Una cosechadora de habichuelas capaz de hacer el trabajo de 100 obreros manuales, viene desplazando a éstos rápidamente. El año pasado, aproximadamente el 60 por ciento de la cosecha de habichuelas de los Estados Unidos se recolectó a máquina, en tanto que todavía en 1955 se hizo a mano.

Este año se han efectuado los primeros ensayos prácticos de un cortador electrónico de espárragos. La máquina, de cuatro ruedas, es autopropulsada y lleva al frente un ojo eléctrico, colocado a una altura de 15 centímetros sobre el nivel del suelo. Cuando un tallo que tenga esa misma altura interrumpe el rayo de luz del "ojo", entra en acción un alambre que corta el vástago a ras de tierra. Los cogollos menores se pasan por alto, con lo que se les da oportunidad de madurar.

Para mecanizar la recolección de naranjas y toronjas, los fruticultores de la Florida están experimentando con una máquina que produce una fuerte corriente de aire. Es un ventilador de gran potencia que, tirado por un tractor, produce un ventarrón que sacude las ramas de los árboles y hace caer la fruta.

— J. P. G., en *The Wall Street Journal*

Humorismo militar

DURANTE la segunda guerra mundial apareció en el boletín de noticias que edita nuestra parroquia el siguiente parte: "Roberto Fleming escribe que llegó a Filipinas procedente de Bougainville y que acaba de ver la primera mujer blanca después de más de un año. A Roberto le han adjudicado la medalla de buena conducta". —Sra. R. R. F.

UN SOLDADO de infantería, procedente de una región apartada de Tenesí se había distinguido por su valor en la guerra y lo habían ascendido a oficial en el campo de batalla. Más tarde lo invitaron a hablar en un curso que se daba en una academia militar sobre el don de mando. En el debate que siguió a su charla, un estudiante de primer año preguntó:

—¿Por qué al encabezar un ataque de infantería es costumbre que el jefe se yerga ante el grupo y grite la palabra tradicional: *síganme*?

La tropa —dijo el soldado— es como una cuerda: hay que arrastrarla; no se la puede empujar. —A. M. S.

UN PILOTO de la fuerza aérea norteamericana visitaba con unos amigos un bazar de Trípoli. De pronto se vieron rodeados por un grupo de 25 a 30 árabes que los acosaban para que les compraran sus mercancías. Les siguieron los pasos durante varias manzanas, sin que los oficiales se dignaran hacerles caso. Por fin, un joven beduino, más irascible que los demás, le acercó al estómago del oficial mayor una daga de fiero aspecto, exigiéndole que comprase algo.

Cuando, al contar el cuento, le preguntaban más tarde al oficial qué había hecho en ese apuro, respondía:

—¿Qué quería usted que hiciera? ¡Compré el puñal! —A. C. M.

NUESTRO instructor favorito en el curso de adiestramiento básico era un activo coronel que nos enseñaba estrategia y táctica.

—Señores —nos dijo el primer día—. ¿Cuántos de los presentes llevaron una muchacha al baile de anoche? Pues, bien —prosiguió— ... he aquí una comparación que les dará una idea de lo que trata este curso: la manera como se las arreglaron para convencerla de que fuera es la estrategia, y lo que hicieron después se llama táctica. —T. H.

CUANDO llamaron a filas a mi primo, durante la segunda guerra mundial, estaba convencido que lo rechazarían por mala vista, pues

R. DE LUCA - PUBL. TAN

DORMITORIO AMERICANO MODELO **ED** NEW LINE



Es un modelo creado únicamente para quienes gustan de la línea moderna en decoración. Conózcalo! Usted se sorprenderá de los detalles de construcción y de su precio accesible. Si lo desea podrá adquirirlo con nuestro modernísimo Sistema de Previsión. *Compuesto de cama de dos plazas con esterilla aplicada, mesa de luz y cómoda con espejo importado, construído en placa maciza y enchapado con maderas seleccionadas.*

CONSULTE A NUESTROS EXPERTOS DECORADORES QUIENES, SIN CARGO ALGUNO, LE RESOLVERAN TODOS LOS PROBLEMAS RELACIONADOS CON LA ELECCION DEL MUEBLE Y EL ARREGLO DE SU HOGAR.

UNICAMENTE EN

Eugenio Diez S. A.

CASA CENTRAL	EN BELGRANO	EN FLORES
BDO. DE IRIGOYEN 682	CABILDO 1769	RIVADAVIA 7523

era sumamente miope. Al pasar el reconocimiento dijo que no alcanzaba a leer las letras y el oculista le ordenó dar un paso adelante. Aún no podía distinguirlas. El procedimiento se repitió hasta que estuvo a unos 60 centímetros del cartel.

—Apto —dijo el médico— para combate cuerpo a cuerpo. —J. E. K.

Mi hermano, que estaba de servicio en el Pacífico del Sur, escribió diciendo que necesitaba un remedio para la tos: "del que siempre toma Roberto", explicaba. Le mostré la carta a Roberto, mi marido, que se echó a reír y dijo: "Lo que pide es whisky del que yo tomo, pero dudo mucho que pueda pasar por la aduana militar". Sin embargo, un amigo farmacéutico nos resolvió el problema echando el licor en un frasco de medicina y poniéndole una auténtica etiqueta de jarabe para la tos.

A pesar de las precauciones tomadas, mi hermano recibió el frasco vacío, con un recado del revisor que decía: "Lo siento, amigo: mi catarro era más grave que el tuyo".

—M. A. H.

Al terminar la segunda guerra mundial se nos informó que, en lugar de regresar a la patria, nuestra división de infantería de marina tomaría parte en la ocupación del Japón. Todos estábamos convencidos de que estaríamos allí corto tiempo, pero trascurrieron muchas semanas sin que llegase la orden de regresar a los Estados Unidos. Por ese tiempo se estaban estableciendo las escuelas de las fuerzas armadas, donde se podrían cursar asignaturas para confirmarlas después en establecimientos civiles. Durante las entrevistas previas a la inscripción, le hicieron a uno de los nostálgicos infantes de marina la pregunta general: "¿Qué curso desea seguir?"

El joven respondió sin titubear: "Hacia el oriente". —G. A. S.

Durante la guerra estuve de servicio por algún tiempo en el edificio de la Secretaría de Guerra, de Washington. Mi tarea, como soldado raso, era hacer tarjetas de identificación para los empleados civiles.

Una noche me había dado cita con una muchacha muy guapa, pero a última hora me encontré que no tenía suficiente dinero para convidarla en la forma a que ella estaba acostumbrada. Mis compañeros se hallaban también sin blanca. Muy a pesar mío la llamé por teléfono para romper el compromiso:

—Me apena muchísimo —le dije con tristeza—. Se ha presentado un asunto importantísimo en la Secretaría. Ya comprenderás que si falto a mi cita contigo es sólo porque se trata de algo realmente grave . . .

Al día siguiente los diarios anunciaron que se había iniciado la invasión de Europa por los Aliados. De entonces en adelante me trataron como a un soldado raso muy importante . . . incluso el padre de mi amiga, que era coronel. —E. W.



¡KODAK INICIA UNA NUEVA ERA DE SIMPLICIDAD EN FOTOGRAFIA!

Ahora, en el tiempo que tarda en leer esta frase,



CON EL NUEVO CARGADOR KODAPAK...

USTED CARGA SU CÁMARA INSTANTANEA Y AUTOMATICAMENTE...

Con la nueva cámara KODAK INSTAMATIC no hay nada más en qué pensar, sino en la foto... Basta introducir el Cargador Kodapak: no necesita enhebrar ni rebobinar. Usted nunca toca la película, y carga su

usted puede cargar la nueva Cámara KODAK INSTAMATIC



ASI ES MAS FACIL QUE NUNCA... **LOGRAR BUENAS FOTOS!**

cámara en forma instantánea y automática. Puede hacerlo aun a pleno sol. Hay cuatro tipos de película Kodak que ya se venden en Cargadores KODAPAK. Para más detalles... vuelva la página.

Deje que el proveedor de Kodak le demuestre las nuevas Cámaras INSTAMATIC. Una resultará ideal para usted.



Cámara KODAK INSTAMATIC 100—Es elegante, fácil y rápida de cargar, y muy cómoda de manejar. Tiene portaflash integral salidizo y seguro contra doble exposicion. Hay otras Cámaras INSTAMATIC para escoger:



Cámara KODAK INSTAMATIC 50—La de más bajo costo. Con Cargador KODAPAK. Rápida y fácil de operar. Tiene dispositivo para evitar exposiciones dobles.

Los Cargadores KODAPAK vienen con Películas KODACOLOR-X para hermosas fotografías en colores . . . KODACHROME-X y KODAK EKTACHROME-X para brillantes transparencias y KODAK VERICHROME PAN para vívidas fotos en blanco y negro. Realmente; tomar fotos nunca había sido tan fácil.



Sección de prensa

Del "Times" de Nueva York

La libertad de cultos

Si el Tribunal Supremo de los Estados Unidos falló que es inconstitucional leer la Biblia y rezar el Padrenuestro en las escuelas públicas de Maryland y Pensilvania, fue precisamente para proteger la libertad de cultos. Como dijo el magistrado Clark, dirigiéndose a la generalidad de los ciudadanos: "En las relaciones entre el hombre y la religión, el Estado se ha comprometido firmemente a observar una actitud de neutralidad", y neutralidad quiere decir que no se está ni por la religión ni por la irreligión.

La primera enmienda que se introdujo en la Constitución norteamericana depara una doble protección a la libertad de cultos: prohíbe al gobierno establecer una religión oficial y le impide que ponga trabas al libre ejercicio de la religión. Ambas cosas son inseparables, y garantizan la individualidad y la libertad de la religión en los Estados Unidos. La vida religiosa se puede ejercitar libremente en los hogares y en las iglesias, bajo la dirección familiar y con la orientación que uno mismo escoja.

El Tribunal Supremo no ha proscrito a Dios ni el Padrenuestro ... Lejos de entorpecer la libertad de cultos, lo que ha hecho es ayudar a que se respete.

Del "Eagle and Beacon" de Wichita

El egoísmo de los franceses

Estas son las órdenes que se han dado a los encargados de reclutar miembros para un nuevo organismo francés que equivale al Cuerpo de Paz de los Estados Unidos:

"Sólo se aceptarán mujeres serias y diligentes, cuya sensualidad no salte demasiado a la vista. Podrá una solicitante tener verdadera vocación, pero, si la apariencia exterior no responde a ese contenido, quedará eliminada". Interrogadas al respecto, las autoridades explicaron: "En el mundo se exagera la sensualidad de la mujer francesa, y no queremos fomentar esa idea. La mujer que no sea modesta en su porte es capaz de producir estragos cuando se la destina a hacer obras de beneficencia pública".

¡Vaya con los franceses! Siempre se les ha tenido por unos perfectos egoístas. Quieren que lo mejor se quede en casa ... vinos, manjares, perfumes y, ahora, las mujeres.

Del "Tribune" de Chicago

¿Por qué dólares para Cuba?

Pese a las objeciones de los Estados Unidos, las Naciones Unidas firmaron un convenio para gastar 1.157.600 dólares en la fundación de un instituto de investigaciones agrícolas en la Cuba comunista. Las Naciones Uni-

das proporcionarán técnicos y material, y se dice que no recurrirá a los dólares estadounidenses para pagar sus sueldos.

El dinero procede de un fondo especial de las Naciones Unidas. Los Estados Unidos aportan hasta un 40 por ciento de los recursos financieros del fondo, y en los últimos cinco años le han donado 100 millones de dólares. Al decir las Naciones Unidas que no se emplearán dólares norteamericanos en el proyecto de Cuba es como si dijeran que la esposa no gasta el dinero del marido, porque extiende cheques contra su cuenta bancaria.

Entre otros proyectos para los cuales Cuba recibe ayuda de las Naciones Unidas, figuran los siguientes:

- Revisión de los libros de texto para las escuelas cubanas, en los que se glorificará al comunismo.
- Entrenamiento de pilotos y mecánicos de aviación cubanos en un centro de enseñanza de las Naciones Unidas que funciona en la ciudad de Méjico. Los aviones que aprenden a pilotar pueden tener usos militares.
- Un estudio para el fomento de la pesca que mejorará la flota pesquera de Castro, flota igualmente útil para llevar armas y provocar disturbios en Centroamérica. En el proyecto también se trata el mejoramiento de puertos cubanos, que podrían surtir a los submarinos soviéticos.

Hay un viejo dicho que aconseja: "Nunca des oportunidades a los bobalicones". Nosotros somos pues los bobalicones.

Del "Journal" de Milwaukee

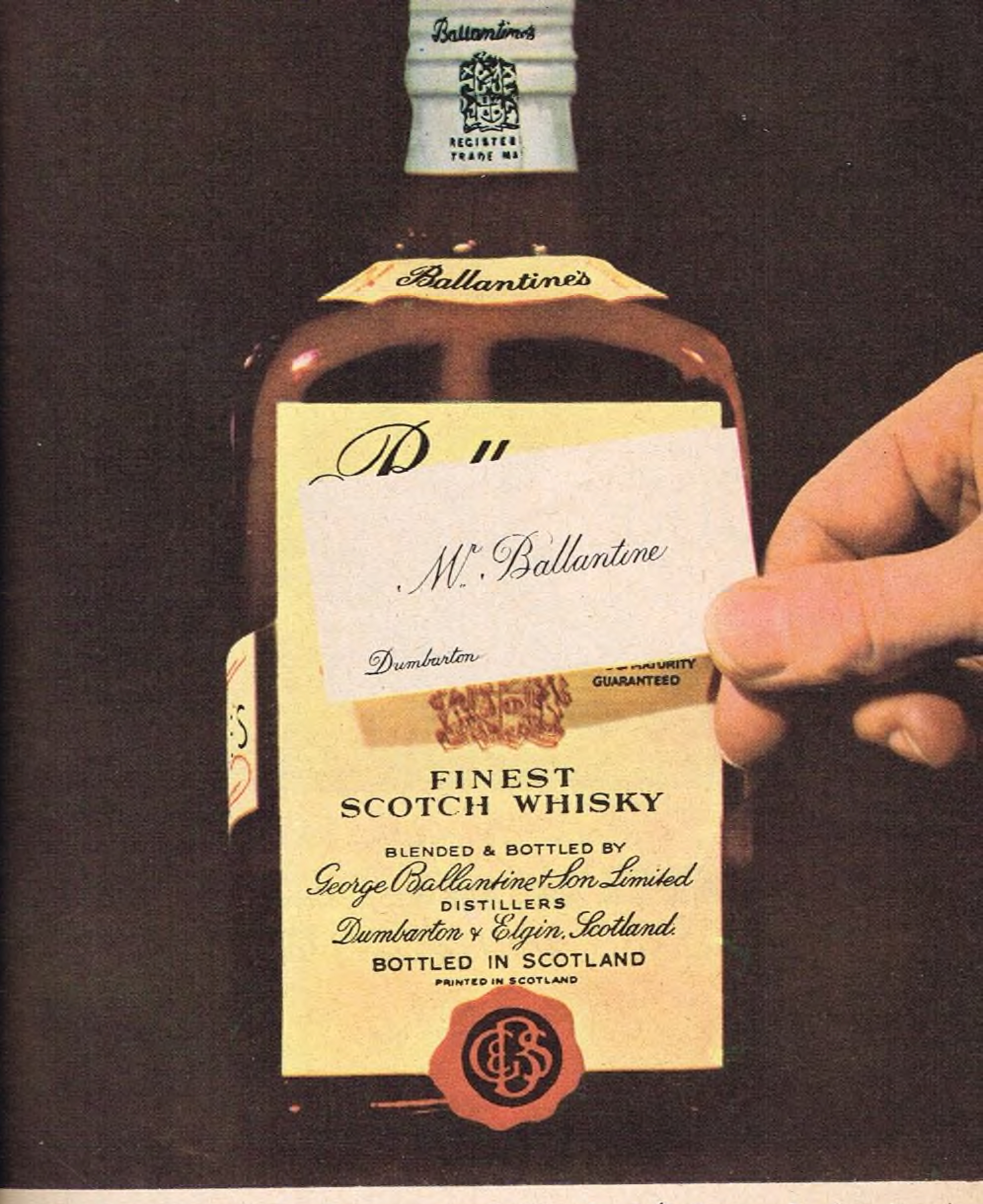
La tragedia de Haití

MATERIA de reflexión para las muchas naciones jóvenes que se han independizado en años recientes es comprobar que la independencia, en sí, no es una garantía de la libertad o del florecimiento económico. Consideremos el caso de Haití.

Haití es un país independiente desde 1804, si se exceptúa un período de 19 años que terminó en 1934, durante el cual fue ocupado por infantes de marina de los Estados Unidos. Cuando éstos evacuaron Haití, habían construido 6500 kilómetros de buenas carreteras y 160 kilómetros de buenas vías férreas, y habían instalado el primer sistema de teléfonos automáticos del hemisferio. Hoy sólo existen 2500 kilómetros de carreteras, de los cuales únicamente 320 están pavimentados. El sistema telefónico apenas funciona. El ferrocarril es un solo tren de carga que viaja a lo largo de una vía de 25 kilómetros de extensión.

Y la libertad es un sueño que ni siquiera acarician muchos de los campesinos negros analfabetos, que integran el 90 por ciento de la población. El país se encuentra atenazado por un dictador despiadado. Ha sufrido 130 revoluciones desde 1804. Se da por cierto que sufrirá una más cuando se recrudezcan los actos que se realizan para derrocar al dictador Duvalier.

Haití es un ejemplo de independencia en que los nuevos países del mundo debían meditar, para rechazarlo.



Mencione mi nombre . . . y tendrá la garantía de que, dondequiera que esté, le servirán el Scotch más excelente que existe. Cuanto más conoce uno el whisky escocés, tanto más le gusta el **Ballantine.**

SI, PROBE TODOS LOS METODOS...

hasta que me afeité con la nueva hoja

Super Gillette AZUL *y logré...*

LAS MEJORES AFEITADAS DE MI VIDA!

Afeitadas bien a ras e increíblemente suaves... tan suaves que no se sienten... tan suaves que dan la sensación de que la máquina no tiene hoja. Pruebe usted también la nueva hoja Super Gillette Azul en la moderna máquina Gillette de una pieza.



Gillette

MARCA REGISTRADA

Instantáneas personales 

J. Edward Day, director general de Correos de los Estados Unidos, relataba a un amigo suyo, en Washington, el problema que tenía y al que, aparentemente, no hallaba solución. Un señor, conocido de ambos, le había enviado como regalo un cepillo eléctrico para el pelo.

—Naturalmente, iba yo a devolverlo al remitente porque les está prohibido a los funcionarios públicos aceptar regalos, vengan de donde vinieren. Pero resultó que el cepillo en cuestión se había roto... evidentemente durante su trasporte postal.

De ahí el problema de Day, quien explica:

—¿Qué hago? Si devuelvo el cepillo, revelo un descuido de los empleados del correo; y si me quedo con el aparatito, soy culpable de violar los preceptos oficiales de la administración. —D. M.

Poco después de haber entrado a formar parte del equipo de béisbol de los Yanquis de Nueva York, Yogi Berra fue a que le tomaran medidas para el uniforme. El sastre, ciñendo el tórax de Berra con la cinta de medir, dijo a su ayudante:

—Pecho, 115 centímetros. No, mejor apunta 108, pues lo probable es que pierda peso durante el adiestramiento, en la primavera. Cintura, 98. No, mejor le ponemos 96, pues también por ahí va a perder. Pantalón, 69. No, lo llevará más arriba en la primavera. Pongamos 64.

Berra se adelantó a decir:

—La medida para la gorra es de siete tres octavos... en la primavera. —K. L.

"Cuando estoy a punto de concluir algún cuadro", dice Marc Chagall, "le pongo delante algo creado por Dios, como una piedra, una flor, una rama o mi propia mano, a modo de prueba definitiva. Si la pintura resiste la comparación con lo que el hombre no puede crear, me resulta auténtica. De lo contrario, no es una obra de arte. Es una idea que sólo he comprendido durante los últimos diez años. —E. O. H.

Siendo muy joven, cuando sentía yo el deseo de irme a otra parte, las personas mayores me aseguraban que los años me curarían de esa inquietud. Pasada la adolescencia, se me dijo que el remedio vendría con la edad madura. Maduro ya, se me aseguró que mi fiebre se calmaría con el paso de algunos años más; y ahora que cuento 58, quizá la senilidad se encargará de curarme. Pero, hasta ahora, todas las recetas han resultado inútiles.

Cuatro roncas pitadas de la sirena de un barco me hacen estremecer de pies a cabeza. El rugir de un avión a chorro a punto de partir, el de una locomotora preparándose a arrancar, y hasta el golpear de los cascos de un caballo sobre la carretera provocan en mí el viejo, insaciable deseo de partir; mi mirada se vuelve vaga, se me seca la boca, me sudan las manos y, entre las costillas, el estómago se me encoge. En otras palabras, no he mejorado; para decirlo más claro: quien fue vagabundo, lo será siempre. Me temo que el mal es incurable.

— John Steinbeck, en *Travels With Charley*

El ya desaparecido Sam Rayburn, siendo presidente de la Cámara de Diputados de los Estados Unidos, se enteró de que había muerto, aún adolescente, la hija de uno de los reporteros que asistían a las reuniones de prensa convocadas por aquél.

A la mañana siguiente de la muerte de la niña, Sam Rayburn llamó a temprana hora a la puerta del apartamento de la familia. El periodista abrió y reconoció con sorpresa al presidente de la Cámara.

—Vengo solamente —explicó éste— a ver en qué puedo servirle.

Confuso, el periodista respondió:

—No creo que haya nada en que usted pueda ayudarnos, señor Rayburn. Ya hemos hecho todos los preparativos.

—Bueno, pero ¿ya tomaron ustedes su café esta mañana? —inquirió Rayburn.

—No, no hemos tenido tiempo.

—Entonces —continuó el señor Rayburn— al menos les puedo preparar el café.

Y, mientras el presidente de la Cámara iba y venía entre los trastos de la cocina, el periodista comentó:

—Señor Rayburn, tenía entendido que esta mañana iba usted a desayunarse en la Casa Blanca.

—Es cierto, pero llamé al Presidente y le dije que a un amigo mío le había sucedido una desgracia y que me sería imposible acudir al desayuno.

— C. Dwight Dorough, en *Mr. Sam* (Editores: Random House)

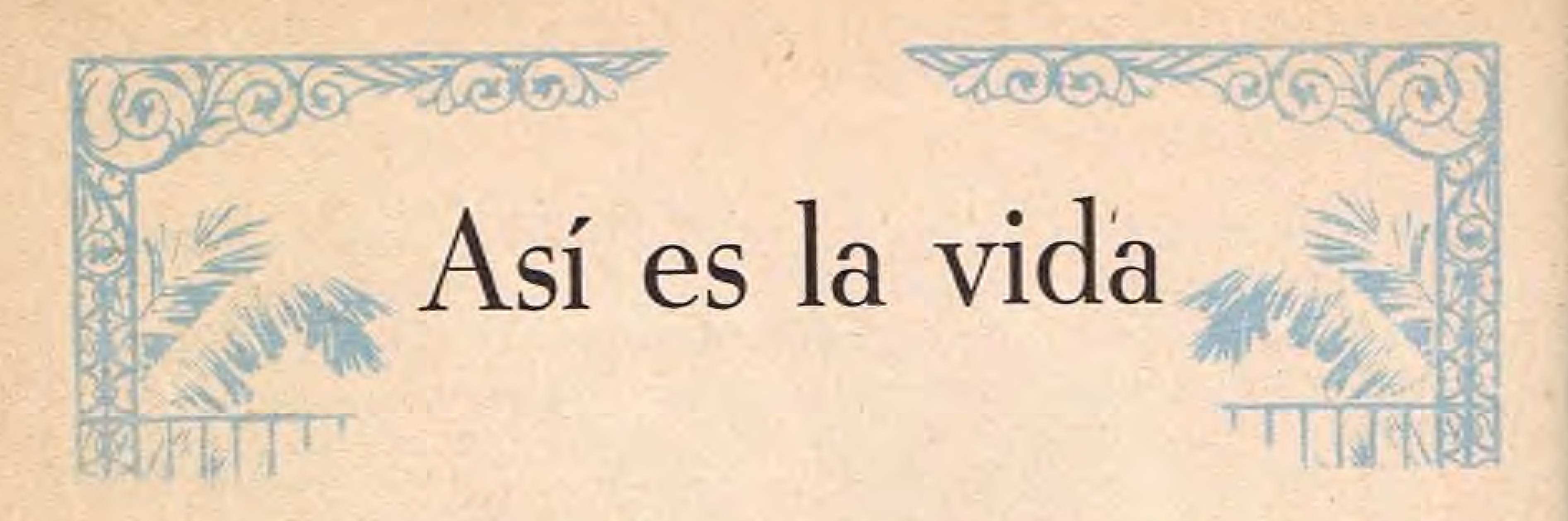
A principios de 1950, la comisión de ética profesional del poderoso sindicato de obreros CIO (Congreso de Organismos Industriales) se reunía en las oficinas de éste en Washington, contiguas a un callejón que las separaba de la Casa Blair, donde, por estar haciéndose reparaciones en la Casa Blanca, residían a la sazón el presidente Truman y su familia.

"Cierto día en que Henry Bridges, dirigente de los estibadores, insultaba soezmente a Truman", cuenta Arthur Goldberg, por entonces asesor jurídico de la comisión, "me eché atrás en la silla contra la ventana abierta, y sorprendí al Presidente de los Estados Unidos, que, de pie en el callejón, a muy corta distancia, escuchaba aquel discurso con evidente regocijo. Con la mano a la oreja a manera de auricular, para no perder palabra, sonreía abiertamente".

— Alfred Steinberg, en *The Man From Missouri* (Editores: Putnam)



FLORIDA 252 Y 834, SUIPACHA 375 Y 121, RIVADAVIA 6782 Y 11416, CABILDO 2162, CALLAO 52, BOEDO 832, SAN JUAN 2334 Y SUCURSALES DEL INTERIOR.



Así es la vida

Estando en una estación de servicio esperando que me engrasaran el automóvil, se acercó a una de las bombas de gasolina una rubia muy guapa en un coche convertible. Al momento rodearon el vehículo cuatro empleados. Otro dependiente se quedó inmóvil mirando a los demás, divertido. Era un mozo alto y apuesto.

—¿No va usted también a atender a la señorita? —le pregunté.

—Yo no tengo necesidad de ello, señor —me dijo sonriendo—; soy su marido. —J. R.

La señora que me precedía ante el mostrador de la carnicería miraba con interés al carnicero, que extendía una delgada hoja de papel sobre la balanza antes de colocar encima el medio kilo de chuletas de carnero que le había pedido.

—¿Cuántas hojas de ese papel contiene cada paquete? —le preguntó.

—Doscientas, señora —repuso el dependiente, ligeramente sorprendido.

—Y ¿cuánto pesa el paquete?

—Unos 250 gramos.

—Hace casi tres años que estoy comprando aquí cada dos días —dijo entonces la dama— y usted me ha venido cobrando hasta la última hojita de papel—. Echándole una severa mirada, continuó—: Así que hoy me cobrará usted solamente por un cuarto de kilo de chuletas, en vez del medio kilo.

Tan atónito quedó el carnicero con tal lógica, que le dio el medio kilo gratis. —B. D.

Había ido a visitar a una amiga de avanzada edad en la granja que habitaba con su marido desde que éste se jubiló. Al preguntarle si todavía le molestaba la artritis, me contestó:

—Los dedos se me estaban poniendo rígidos y el médico me recomendó que, para mantenerlos flexibles, apretara una pequeña pelota de caucho. Como me parecía ridículo estrujar una bola elástica durante cinco minutos, dos veces al día, resolví comprarme una vaca. Ahora el diario apretón resulta útil y tiene otra ventaja, además: con este método no es probable que se me olvide hacer mi ejercicio. ¡Cuando llega la hora de ordeñar, la propia vaca empieza a mugir! —J. R.

El año pasado poco faltó para que suspendieran la celebración tradicional del Día de la Independencia. La comisión encargada había descuidado el asunto de contratar una banda de música, y a última hora los conjuntos de la escuela superior, de los ex-combatientes, del club, etc., estaban ya comprometidos. ¡Y un desfile sin música marcial es inconcebible!

A alguien se le ocurrió entonces acudir al dueño de la radiodifusora local. Este convino en que se trasmitiría un programa de marchas durante una hora. El día de la celebración se unieron al desfile varios autos convertibles, adornados para la ocasión, con los radiorreceptores puestos a todo volumen. Los dueños de las casas vecinas hicieron lo mismo con sus aparatos de radio y abrieron las ventanas de par en par; los participantes en el desfile llevaban radios de transistores. Así pues, por toda la ruta se oyó la música con gran claridad y con el estrépito necesario, y la festividad resultó un éxito rotundo. —H. P.

La esposa de un piloto que hacía el recorrido entre Denver y Seattle acababa de estrenar casa en un suburbio de esta última ciudad. Todavía no habían acabado de instalar las tuberías y tenían que traer agua desde una distancia considerable. La señora, empero, resolvió uno de sus problemas muy ingeniosamente: cada sábado por la noche, usando el pasaje gratuito de que disponía, hacía el viaje de 1643 kilómetros hasta Denver (en donde la línea aérea tenía separada una habitación de hotel para que el piloto pernoctara) y allí se daba un delicioso baño caliente. —J. F. P.

Me dirigía en automóvil a un campamento de verano a donde llevaba a mi hijo y a dos muchachos más de nueve años. La mayor parte de sus talegos, baúles y efectos deportivos los habían colocado, bien sujetos, en el portamaletas, en el techo del vehículo. Cuando seguíamos por la autopista, oímos un estrépito: debido a la carga excesiva el bastidor se había caído.

Nos hicimos a un lado de la autopista. El equipaje, de unos 100 kilos, atado aún al portamaletas, se hallaba en medio de la vía rápida. Constituía un verdadero peligro, pues obligaba a los autos a moderar la marcha para evitar el obstáculo. Yo no sabía qué hacer. En esto un camión se apartó del camino y el chofer se ofreció a ayudarme. Entre los dos retiramos de la carretera el pesado fardo y lo subimos al camión.

En la próxima zona de servicio nos reunimos con el conductor del camión para hacer el trasbordo. No tenía yo palabras con qué expresarle mi agradecimiento. Pero cuando quise recompensarle por su asistencia me dio una respuesta que me conmovió:

—No, gracias —me dijo—. Sólo prométame que ayudará a la próxima persona que encuentre en apuros. —M. E. V.

DE UNA GRAN MARCA MUNDIAL



LA TOJA

EL MEJOR JABON

Clásico Jabón de Tocador "LA TOJA"

Con legítimas sales de La Toja,
coco y
esencias importadas

DISTRIBUIDORES: CASIMIRO POLLEDO S. A.

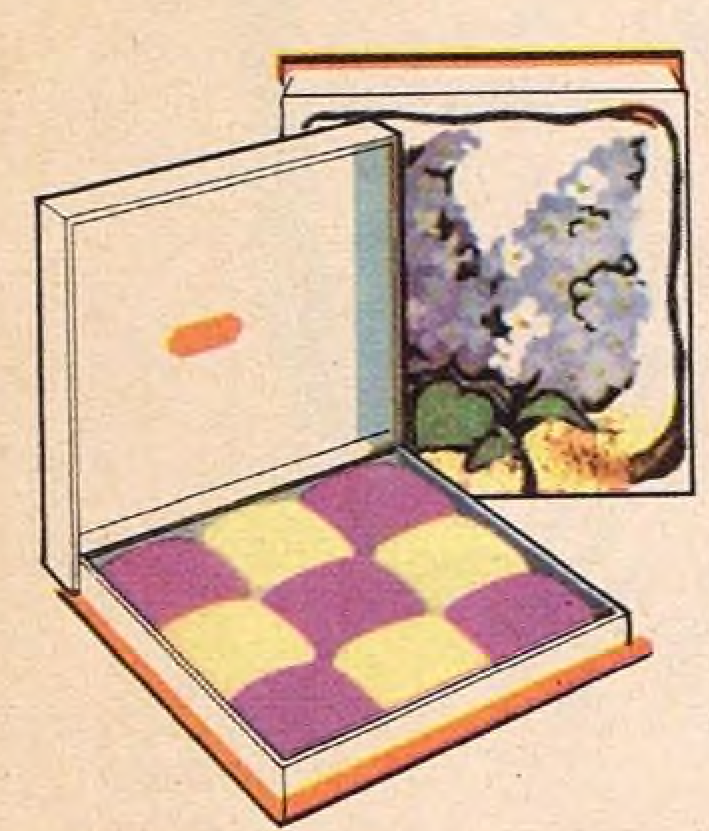
• PRO PUBLICIDAD •

(20 de Octubre)
DIA DE LA MADRE

Para mamá, la ternura de un presente



Su fina
y cariñosa atención
será apreciada durante
un largo tiempo feliz.





LILAS Y ROSAS
Caja de 9 jabones $ 360.-



MUGUET
Bolsita de 1 jabón $ 40.-
Caja de 2 jabones $ 80 -
Talco $ 45.-



VIOLETAS
Bolsita de 1 jabón $ 40.-
Caja de 2 jabones $ 80.-
Talco $ 45.-

ROSAS
GARDENIAS
LILAS
Caja de 2 jabones $ 80.-





VIEJA LAVANDA
Conjunto de 2 jabones
y Loción $ 420.-

TOMO XLVI
No. 275

Selecciones
del Reader's Digest

OCTUBRE
de 1963

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

Cisma en el mundo comunista

Evidentemente, la titánica pugna por la hegemonía entre Rusia y China sólo podrá terminar con la capitulación de una de las dos potencias.

POR MAX FRANKEL

Condensado de "The Saturday Evening Post"

LAS DOS grandes potencias comunistas se encuentran hoy comprometidas en una lucha prodigiosa, no sólo con el Occidente sino entre sí: la China roja, la nación más populosa de la Tierra, y la Rusia soviética, la segunda potencia industrial y nuclear, están destrozando el antes monolítico bloque comunista y dividiendo a los partidos revolucionarios de casi todos los países.

Abiertamente Nikita Kruschef denuncia a los chinos como "histéricos" y "viles", califica su política de "alocada" y hace mofa de sus esfuerzos por proclamar desde Peiping la doctrina comunista. Les ha retirado su ayuda, se niega a apoyarlos para que fabriquen armas nucleares, y públicamente se ha opuesto a sus aspiraciones militares contra Formosa y la India. Por su parte, Mao Tse-tung y sus colegas chinos han condenado a su vez al líder soviético como una figura "desaforada" y "ruda" que lanza proclamas como si fueran "decretos

imperiales" y sin embargo se muestra "tímido como un ratón" en presencia de Occidente.

Indicios sumamente interesantes del conflicto obran en poder de los Estados Unidos, aunque no se han dado a la publicidad porque Washington todavía no ha resuelto de qué manera ni si debe explotar la situación. El gobierno norteamericano es testigo de los esfuerzos que han hecho los rusos por averiguar dentro de qué plazo podrán los chinos producir la bomba nuclear; y de su consternación cuando se les informó que posiblemente lo lograrán en corto tiempo. En varias ocasiones los diplomáticos soviéticos han aplaudido las declaraciones anti-chinas hechas por funcionarios norteamericanos; y Washington ha recibido diversas indicaciones privadas, procedentes de Moscú, en el sentido de que los rusos no tienen intenciones de apoyar los objetivos revolucionarios o militares de los chinos en el Extremo Oriente.

Dalmas/Pix



Los expertos occidentales no se atreven a precisar si el comunismo dividido sería, al fin y al cabo, un adversario más peligroso que el comunismo unido, o si el Occidente debe apoyar a uno de los dos bandos contra el otro. El presidente Kennedy observó recientemente: "Una disputa sobre la mejor manera de enterrar al mundo libre no puede ser motivo de regocijo para el Occidente". La división, agregó, es ante todo una disputa "sobre los medios, no sobre los fines".

Desde luego, la agria polémica chino-soviética puede llegar a apaciguarse, como ha ocurrido en ocasiones anteriores durante los últimos años; pero hoy parece claro que los Soviets y la China roja están empeñados en una rivalidad virtualmente irreconciliable por el derecho de dirigir la estrategia de su causa. No se trata de una simple controversia en torno a sutilezas ideológicas. La historia del conflicto en los últimos lustros parece indicar que aquel tiene profundas raíces en antagonismos de carácter político, económico, geográfico, histórico, cultural, sicológico y aun racial.

Nikita Kruschef, maestro de la amenaza y la calumnia

Los viajeros han podido observar ese antagonismo en términos humanos. Hace tres años, estando yo en Moscú, por ejemplo, veía cómo los jóvenes rusos se burlaban de los estudiantes chinos que todos los días, a las seis de la mañana, se congregaban en el patio para hacer ejercicios calisténicos en grupo, aunque la temperatura fuera de 30 grados C. bajo cero. Y mientras los rusos decían que los chinos no tenían diversiones "ni domingo", éstos hablaban despectivamente de sus condiscípulos soviéticos a quienes tachaban de blandos, flojos y "burgueses".

Recuerdo a un centinela ruso en un aeropuerto situado cerca de la frontera chino-soviética, en Siberia, que estaba discutiendo acaloradamente con un viajero chino: sostenía que Rusia iba a demostrar que es posible combinar una vida "decente" con el comunismo; que no es necesario acorralar a la gente como ganado en comunas al estilo chino para "hacer a todos iguales". Y he oído a varios rusos preguntar a los norteamericanos en Moscú (disfrazando cuidadosamente el verdadero sentido de su pregunta) si no es cierto que la raza "amarilla" se mostró aún más bárbara que los nazis en la segunda guerra mundial.

Las actitudes chinas comparables a éstas no están, ni con mucho, tan bien comprobadas; pero las personas que conocen bien ambas naciones convienen en que los chinos muestran insistentemente un jactancioso sentido de superioridad. Así por ejemplo, en los últimos años del decenio de 1950, los chinos empezaron a rechazar grandes cargamentos de provisiones rusas, a pesar de que las necesitaban con urgencia, con el pretexto de que aquellos suministros eran defectuosos. En Moscú, los chinos tardaron en ocupar su nueva embajada, diciendo que la obra era "de pacotilla".

Los elementos de este conflicto chino-soviético han existido desde hace largo tiempo. Algunos de los mayores invasores de la historia violaron, ya en una, ya en otra di-

Eastfoto



Mao Tse-Tung, sonriente e imperturbable crítico de la política soviética



rección, lo que hoy constituye la frontera chino-soviética, de 6500 kilómetros de longitud. Todavía existen trechos no bien delimitados de esta frontera, hecho que ambas partes recuerdan de tiempo en tiempo en forma peligrosa. Ambas potencias compiten abiertamente por la dominación de la Mongolia Exterior, antigua provincia china que los Soviets, valiéndose de argucias, hicieron que se independizara en el decenio de 1920.

Algunas personas (y entre ellas se cuenta el general Charles de Gaulle) sostienen que con el tiempo los chinos presionarán a los rusos en demanda de espacio vital, enviando sus muchedumbres hambrientas a invadir la despoblada Siberia. Esas personas están convencidas de que una nación industrial y rélativamente próspera como es Rusia, con sus 223 millones de habitantes, no podrá resistir eternamente la presión de un vecino famélico que tiene 700 millones de bocas. Sin embargo, la mayor parte de los observadores occidentales no creen que el deseo de espacio vital que sienten los chinos sea uno de los principales motivos de tensión . . . al menos por ahora.

No hay duda, empero, de que el tamaño y la situación geográfica de la China contribuyen al conflicto, pues son factores básicos de toda la revolución de Mao Tse-tung. Esa revolución es tanto un movimiento anti-occidental de los campesinos asiáticos, como un movimiento marxista, y sus dirigentes aspiran a la hegemonía sobre las demás sociedades agrarias no blancas. Los rusos presienten esto y así lo demuestran, como cuando Kruschef,

al referirse a los chinos rojos, los llama "budas". Cuando se desarrollaba la revolución en China, Stalin no hizo gran cosa por ayudar a los comunistas a adueñarse del poder y probablemente le sorprendió su triunfo en 1949. Y aun cuando no pudo sorprenderle la intervención china en Corea, obligó al régimen de Mao a pagar todo avión, cañón y uniforme que se le envió de Moscú.

El acceso de Kruschef al poder, en 1953, dio a los chinos la oportunidad de redefinir la alianza. Se empezó con optimismo por ambas partes. Kruschef viajó a la China a ofrecer ayuda económica y olvido de viejas disputas, a predicar la belleza de "diversos caminos" hacia el comunismo y de una "mancomunidad comunista". Durante algún tiempo los chinos parecieron satisfechos. Peiping se sentía contento de actuar como una especie de sub-líder de la mancomunidad y esperaba recibir más y más auxilios de una Rusia más y más próspera. Los chinos divulgaban en Asia la tesis de la "convivencia pacífica" propugnada por Kruschef, mientras el dirigente soviético la difundía en el Occidente, con la esperanza, según cabe colegir, de reservarse para sí una clara esfera de influencia.

Este espíritu de cooperación se desvaneció hacia fines de 1956. La campaña anti-stalinista, acerca de la cual los chinos no fueron consultados, causó malestar en China. Cantidades cada vez mayores de la creciente riqueza rusa se enviaban, no a los gobernantes de Peiping, sino a los yugoslavos, que todavía permanecían "neutrales", y aun a amigos tan dudosos como Nehru y Nasser. La creciente fuerza militar soviética no se empleaba para satisfacer las ambiciones de China roja con respecto a Formosa, sino para apoyar las exigencias soviéticas en sus negociaciones con el Occidente. Los chinos descubrieron que la "convivencia pacífica" era decididamente una fórmula de penetración rusa, más bien que de penetración comunista, en que los intereses de los demás quedaban claramente supeditados a los intereses de Rusia.

En noviembre de 1957 los líderes del mundo comunista se reunieron en Moscú para celebrar su unidad, pero se reunieron en una atmósfera de tirantez. Los rusos acababan de negarse a ayudar a la China en su proyecto de fabricar armamento nuclear, y al propio tiempo le exigían el pago de deudas atrasadas, pese a los síntomas de una nueva crisis económica en China. La conferencia se dividió por cuestiones que hoy todavía constituyen los principales puntos contenciosos.

Kruschef sostuvo que ninguna nación podría sobrevivir a una gran guerra librada con las armas modernas; y que por consiguiente la política comunista debía encaminarse a prevenir una guerra grande y aun a evitar las guerras pequeñas que podrían degenerar fácilmente en grandes conflictos. Mao, por el contrario, arguyó que el mundo co-

munista, gracias a sus cohetes, era ya más fuerte que el Occidente, de modo que era éste el que debía tener miedo; el comunismo no debía renunciar al empleo de la fuerza para alcanzar sus objetivos.

Kruschef afirmó que el "ejemplo" del alto desarrollo alcanzado por la Unión Soviética, y las armas de la ayuda económica, la diplomacia y la propaganda, constituían los métodos menos aventurados para el progreso del comunismo. Dijo que los campos de acción más prometedores eran las naciones en proceso de desarrollo, que podían ser inducidas al neutralismo y a distanciarse del Occidente. Mao insistió en que Rusia estaba obligada a ayudar a sus aliados antes que a simples neutrales.

Después de la conferencia, los chinos decidieron desviarse y seguir su propio camino. Anunciando su gran "salto adelante", dijeron que sus comunas representaban un nuevo "atajo" hacia el comunismo, lo que hacía de Peiping, en vez de Moscú, la Meca de los pueblos no desarrollados. Aplastaron una rebelión en el Tibet, promovieron una guerra fronteriza con la India, y amenazaron atacar las islas de Quemoy, Matsú y Formosa. En franca competencia con Moscú, lanzaron su propia ofensiva de asistencia y propaganda en Iberoamérica y África.

Los rusos, por contraste, promovieron conferencias de alto nivel y negociaciones con los países occidentales, y hablaron de una prohibición de pruebas nucleares, con lo cual la China quedaría excluida del club atómico. Lo más importante de todo fue que Kruschef se negó a apoyar cualquier acción militar contra Formosa y prometió ayuda sólo en el caso de que la China continental fuera atacada.

El líder soviético, después de su última visita a Peiping en 1959, inició un plan claramente enderezado a obligar a Mao a someterse. En junio de 1960, en un congreso que se celebró en Bucarest, denunció abiertamente a Mao, mientras que otros funcionarios soviéticos advirtieron que ningún país grande, "como China, por ejemplo", podría prosperar en el aislamiento. En agosto, cuando la economía china estaba a punto de derrumbarse, Kruschef le retiró la ayuda de más de 10.000 técnicos rusos. Casi todo este personal abandonó el país dejando obras a medio terminar y llevándose sus planos consigo. Se cancelaron las negociaciones comerciales y los proyectos culturales se aplazaron.

En 1961 la disputa se concretó por fin al pequeño y poco desarrollado Estado de Albania, que había apoyado la posición china en Moscú. Los rusos le retiraron toda su ayuda a Albania, y los chinos se comprometieron a sostener a tan incómodo pupilo. Kruschef, en el congreso de su propio partido que se celebró en octubre del año pasado, expulsó a Albania del movimiento. Los delegados chinos protestaron abiertamente y abandona-

ron el congreso. Después de otros intercambios de agrias recriminaciones, Rusia rompió relaciones diplomáticas con Albania, mientras Peiping felicitaba a su pequeña aliada por lo "correcto" de su política.

Hoy se ha abandonado todo disimulo.* Oigamos a Kruschef:

"Bienaventurado el hombre que parlotea sobre la guerra y no sabe de qué está hablando. Si el imperialismo es un tigre de papel, es un tigre armado de colmillos nucleares".

Y oigamos la respuesta de Mao:

"A ningún pueblo revolucionario o marxista-leninista lo ha paralizado nunca el miedo a las armas nucleares, ni lo ha aterrorizado el chantaje imperialista. Cuba fue otro Munich, ni más ni menos. Por más colmillos que tenga el imperialismo, ya sean cañones, tanques, cohetes, o colmillos nucleares o de cualquier otra clase, su corrompida y decadente naturaleza de tigre de papel no puede cambiar".

En recientes intercambios de recriminaciones, los rusos acusaron a los chinos de estar trabajando por derrocar a los líderes soviéticos, mientras que los dirigentes chinos afirmaron que Kruschef estaba dando a China "una puñalada por la espalda". Con sorprendente perseverancia, rusos y chinos están adulando, rogando y presionando a otras naciones y partidos comunistas para que abracen su respectiva causa.

En el Asia, donde Peiping está haciendo su mayor esfuerzo por conquistar la hegemonía, sólo los partidos de Ceilán, India y Mongolia Exterior se han acogido a la bandera soviética, mientras que los importantes organismos comunistas de Corea del Norte, Vietnam del Norte, Indonesia y Japón se han solidarizado en parte o totalmente con Peiping. Entre los países europeos, los satélites siguen siendo satélites, pero son ahora objeto de las atenciones de pretendientes rivales. Los partidos de Iberoamérica, África y el Oriente Medio, igualmente cortejados, están completamente divididos.

Es claro que Moscú y Peiping se han convertido en centros de poder rivales, y toda sucesiva crisis, como la de Cuba y el ataque chino a la India, ahondan sus diferencias. Estas disputas son más importantes que los antagonismos personales entre rusos y chinos, o entre los líderes, ya envejecidos, de las dos gigantescas potencias. El conflicto sobrevivirá a Kruschef y a Mao. Para restaurar la unidad que ambos dicen buscar, cada uno ha puesto condiciones que sólo pueden cumplirse mediante la rendición del otro.

Naturalmente, la pugna no hace a ninguna de las dos potencias menos "comunista"; pero hay otras consideraciones que el Occidente

*Los dirigentes de China y Rusia que se reunieron en Moscú en julio de este año para explorar las posibilidades de reconciliarse, no lograron más que ahondar seriamente la escisión.

debe tener en cuenta. "El mundo estaría mucho peor si los chinos dominaran el movimiento comunista", ha dicho recientemente el presidente Kennedy, "porque ellos creen en la guerra como medio para implantar el comunismo mundial. De manera que estamos mejor con la posición de Kruschef que con la de los chinos".

¿Podrían tomarse medidas concretas para aprovechar el cisma comunista? La mayoría de los expertos lo dudan. Temen que la intervención extranjera sólo conseguiría unir a los dos rivales. El profesor Zbigniew Brzezinski, de la Universidad de Columbia, dice: "No se puede fomentar el cisma dentro de una iglesia a la cual no pertenece uno". Y en cuanto al futuro de ese cisma, el profesor adopta una perspectiva histórica cuando dice: "Moscú y Peiping deben reflexionar sobre la suerte de Roma y Bizancio. Ningún imperio o iglesia se ha sostenido jamás con dos capitales".



Diplomacia. Durante una temporada, me tocó hacer el turno de noche en la empresa de energía eléctrica en que trabajaba, y mi marido, que es algo dormilón, solía ir a acostarse sin esperarme, dejándome un recado escrito: "Saca al perro". Le reclamé en broma por ser tan prosaico, hasta que al fin un día me dejó una esquela que decía:

Siempre amor, cariño, afecto,
ardiente llama,
pasión entrañable,
románticos ratos ofrezco.

Emocionada la leí una y otra vez, saboreando cada palabra. Mas al fin caí en que tomando la primera letra de cada vocablo se podía leer la misma cantilena de siempre: "Saca al perro". —Sra. F. C.

¿Paz en la Tierra?

El automovilista común y corriente, sufre, cuando conduce por la autopista, mayor tensión nerviosa, mayor angustia y mayor desgaste emocional que el astronauta durante los críticos momentos del arranque y del retorno a la atmósfera. En California se llevaron a cabo ciertas pruebas con ayuda de un nuevo dispositivo registrador empleado por la fuerza aérea norteamericana. Así se comprobó que la persona que registraba 78 pulsaciones por minuto al guiar el coche por las calles de la ciudad, acusaba hasta 115 al transitar por las autopistas y que sus pulsaciones aumentaban violentamente cada vez que aplicaba los frenos.

En contraste, el pulso del astronauta Scott Carpenter nunca pasó de 94 mientras estuvo en órbita; durante el lanzamiento alcanzó a elevársele hasta 96, y hasta 104 al reingresar a la atmósfera. —P. B.

Para ser un verdadero profesional

Firma un contrato contigo mismo... y cúmplelo fielmente.

POR CHARLES MOORE, HIJO
Ex-vicepresidente de relaciones públicas de la Ford Motor Co.

TODOS envidiamos a la chica que en una fiesta se pone a tocar el piano y logra que los concurrentes se agrupen en torno del instrumento. Y no se diga de la admiración que despierta el pintor que con unas cuantas pinceladas realiza un interesante bosquejo. Lo que no envidiamos, en cambio, son los años que se han pasado la una y el otro aprendiendo todo lo que hay que aprender y ejercitándose para adquirir esa segura maestría.

Un amigo mío me contó que se ponía hecho un basilisco cuando por todo comentario, al enterarse de sus buenas notas, alguien le decía: "¡Bah! Eso para ti es como coser y cantar". Por muy lisonjera que fuese la intención, el supuesto elogio sacaba a mi amigo de sus casillas, porque recordaba él muy bien las horas de tenaz estudio que le habían costado las tales notas y las veces que se había quedado dormido quemándose las pestañas sobre los libros.

"Lo peor de todo", me decía, "es que, mientras dormía, babeaba como un rorro, y a la mañana siguiente tenía que rehacer lo escrito de cabo a rabo".

Al menos reconocía, pese a su húmeda condición, que, para adquirir la capacidad de hacer algo bien hecho en cualquier orden, es necesaria una base de conocimientos sólidos.

Descubrir que tenemos facultades para algo surte el efecto de una bebida espiritosa: se nos va a la cabeza. No hay nada comparable a

lo que se siente cuando se da uno cuenta de que sabe pintar un paisaje, o escribir unos versos, o lanzar de un puntapié el balón a mayor distancia que todos los demás chicos de la calle.

Pero toda facultad tiene también sus peligros. Puede uno confundirla muy fácilmente con su realización. No hay espectáculo más triste en el mundo que el de un ex-genio desorientado y atónito al ver que aquello mismo que le valió cálidos elogios cuando tenía 20 años, a los 40, sólo le produce tibios aplausos de cortesía. Quizá no habrá hecho más que emplear sus facultades sin haberlas educado y perfeccionado. Gran cosa es llevar en sí una promesa, pero es trágico no haber sabido convertirla en realidad.

Una de las razones por las cuales muchas personas se quedan en simple prometer es que el perfeccionamiento de una facultad natural exige trabajo abundante y arduo. La mera facultad es, en sí, punto menos que inútil si no va unida a la destreza que, a su vez, reclama incesante ejercicio y todo lo que el ejercitarse lleva aparejado: ensayos repetidos sin fin, autocrítica... y la saludable exasperación cuando la cosa no sale bien. A un conocido mío, cuando oye la palabra "monótono", se le pone la carne de gallina: se imagina al punto a su hermana mayor tecleando en el piano los estudios de Czerny y murmurando sin tregua: "uno, dos; uno, dos", mientras el péndulo del metrónomo se mece con ritmo adormecedor a derecha e izquierda junto al busto de Beethoven.

Mas, por pesado y monótono que se nos antoje, el ejercicio ayuda mucho a separar a los que sirven de los que no sirven. Hasta el campeón de golf, Arnold Palmer, tiene que ejercitarse todos los días en el *green* de práctica. Es cosa risible, y en cierto modo arrogante, creer que la excelencia en cualquier rama de la actividad humana se puede adquirir de otra manera. Dos mil años hace que Cicerón lo proclamó. Reconocía el valor de las facultades naturales, pero añadía: "Cuando a ellas se aúnan el método y la disciplina, el resultado suele ser asombroso".

Ese resultado lo produce solamente el ejercicio en que no se omite detalle alguno, por penoso y aburrido que sea. Estaba en cierta ocasión Miguel Ángel pintando uno de sus famosos frescos en la Capilla Sixtina, tendido cuan largo era en alto andamio; perfilaba muy cuidadosamente los contornos de una figura en un rincón del techo, cuando un amigo le preguntó por qué ponía tanto empeño en una figura que iba a quedar a muchos metros de quien la mirase.

—Después de todo —díjole el visitante—: ¿quién diablos va a saber si es perfecta, o no?

—Lo sabré yo —repuso el artista.

Eso es, exactamente, lo que debe pensar y hacer todo el que aspire a realizar bien su tarea profesional. Existe la tendencia a creer que los sujetos ocupados en obras de crea-

ción personal son un tanto soñadores y no se cuidan de los detalles. Será verdad, o no lo será, que tales individuos pierden sus carteras con más frecuencia que el resto de los mortales y que incurren en cuantas peregrinas distracciones pueda uno imaginarse; pero, si son auténticos profesionales, no desatenderán uno solo de los factores esenciales de su trabajo, y uno de esos factores esenciales es el cuidado del detalle.

El verdadero profesional se impone a sí mismo, sin ahorrar paciencia ni esfuerzo para cumplirla estrechamente, la norma de no producir cosa alguna que no llene todos los requisitos de una obra casi perfecta. A Red Smith, el cronista de deportes, le preguntaron una vez cómo se las arreglaba para escribir todos los días una columna en el periódico.

"Es muy fácil", contestó. "Me estoy sentado frente a la máquina de escribir hasta que sudo sangre".

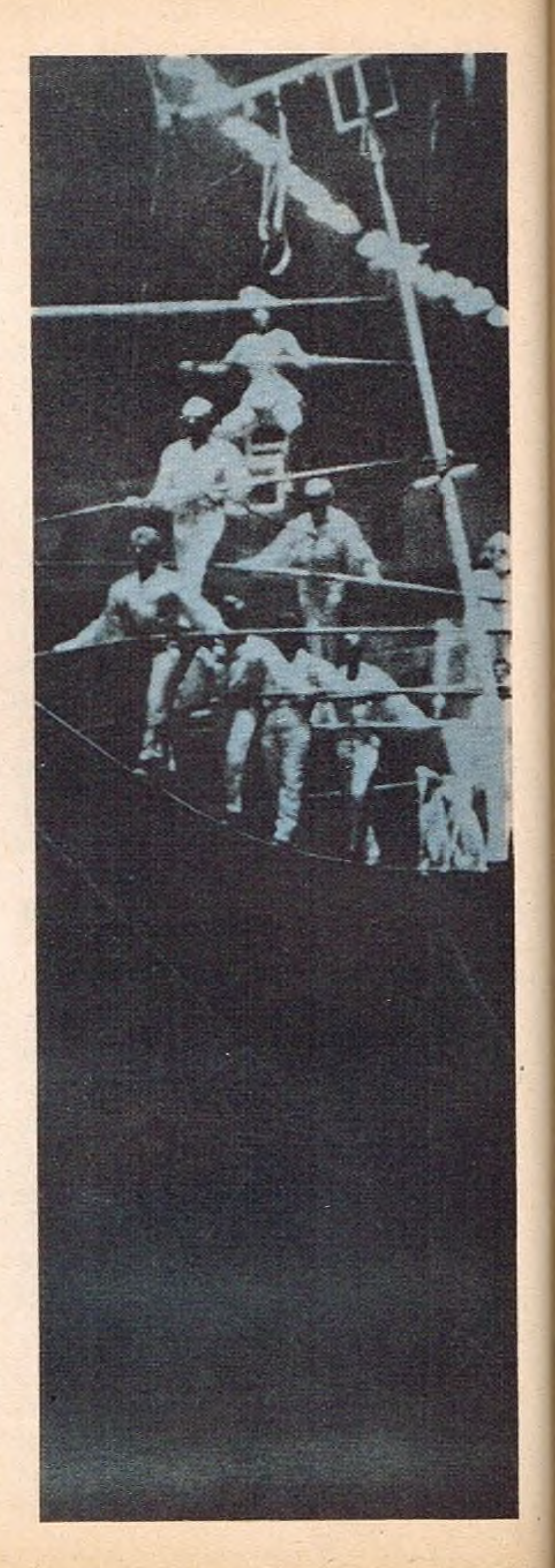
No quiso decir con eso solamente que no es cosa fácil bajar a la esquiva inspiración de sus sublimes alturas. Eso es una verdad por todos sabida. Lo que quiso decir es que no se daba por satisfecho mientras los párrafos de su crónica no dijesen exactamente lo que él se proponía decir, mientras no fuesen la expresión y el fruto del mayor esfuerzo de que el autor se consideraba capaz.

Todo profesional, cualquiera que sea su ciencia o arte, debe hacer una especie de contrato consigo mismo. La primera cláusula de ese contrato estipulará que debemos ser honrados con nosotros mismos. Cuando un artista pinta un lienzo, él solo conoce y ve el modelo que hay en su mente. Nadie más que él puede juzgar si lo que ha trasladado al cuadro reproduce, en realidad, aquella imagen interior, pero, en virtud de su contrato, no dará por terminada su obra hasta que no se conforme en todo con el arquetipo intuido.

No me atrevería yo a decir, sin embargo, que todos los que tienen la excelencia por mira e ideal son gente de recia voluntad; no. La mayoría de los profesionales de la creación que yo conozco son tan perezosos a lo menos como el resto de los mortales, y si me apuraran diré que tal vez un poco más. Se ponen a cambiar la cinta de la máquina, se liman las uñas y buscan mil y un pretextos para dejar a un lado el trabajo. No obstante, cuando agotan todos esos recursos morosos, la obra a que dan cima encarna lo mejor de ellos mismos.

Muchos de nosotros no llegamos nunca a ser profesionales de verdad porque nos figuramos que, para conseguir la excelencia en algo, hay que escalar las cumbres más altas... y abandonamos la empresa por la imposibilidad de subir tanto. Hay varios grados de excelencia. El peligro no está en no alcanzar la perfección absoluta: está en cejar en el empeño. Sé exigente contigo mismo. Pide mucho a tus facultades y quedarás gozosamente sorprendido de ver cuánto recibes.

Sobre la pista del circo se alza en peligroso equilibrio la pirámide humana de los siete Wallenda. Desde la gradería la observan 7000 espectadores; y abajo, en el duro suelo, la Muerte está al acecho.



Tragedia en la cuerda floja

POR BILL BALLANTINE
Condensado de "True"

EL AGUDO silbato del director del circo interrumpió la música de la banda. Con estentórea voz y levantando sobre su cabeza el sombrero de copa, anunció: "¡Los grandes Wallenda! ¡Van a *e-je*-cutar ahora la más *fan-tás*-tica demostración de arte en la *cuer-da flo-ja* que *ja-más* se haya

visto en *to*-da la historia del circo!"

Los reflectores enfocaron la célebre compañía de volatineros que en ese momento (en la noche del 30 de enero de 1962) entraba en la pista central del Circo Shrine, instalado en el Coliseo de la Feria de Detroit. Los equilibristas saludaron al público y treparon por los pilares a la cuerda floja, ante la mirada de 7000 rostros expectantes. Ya sabía todo el mundo que el remate emocionantísimo del acto iba a ser la pirámide humana, precario equilibrio de siete personas en tres hileras superpuestas sobre un cable de acero, templado a 11 metros de altura sobre el suelo... sin red protectora debajo.

Para esta función, que era la primera desde que la compañía salió de sus cuarteles de invierno en la Florida, el grupo se había aumentado de nueve, que era lo normal, a 13, número infausto; mas no era de los que creen en agüeros el organizador del acto, Karl Wallenda, hombre de 57 años y veterano de la cuerda floja desde hacía 40, es decir, desde que se inició en el oficio con su hermano Herman en Magdeburgo (Alemania). Había llegado a ser el más famoso volatinero de los Estados Unidos y había enseñado a los miembros de su compañía, casi todos parientes suyos por consanguinidad o por afinidad.

En su mundo de serrín y lentejuelas había, sin embargo, esa noche, un posible motivo de preocupación: el más reciente de sus protegidos, Dieter Schepp, de 23 años, sobrino de su mujer, a quien no se podía calificar todavía de veterano del circo. Karl lo había encontrado en Berlín Oriental, donde vivía con su madre viuda y su hermana de 16 años, Jana, y había alentado a la familia en su fuga al Occidente. En el otoño de 1961 los dos jóvenes Schepp se encontraban ya instalados en la propiedad de los Wallenda en Sarasota (Florida). Jana se convirtió rápidamente en una equilibrista de primera; pero a Dieter no le apasionaba la cuerda floja, que consideraba, por el contrario, simplemente como un modo de ganarse la vida. Le mortificaba la disciplina del adiestramiento y se quejaba, como todo principiante, de las manos ampolladas, los muslos y pantorrillas doloridos, los pies lastimados. No le gustaba su nuevo hogar ni le gustaba la cerveza norteamericana, que encontraba floja.

Con todo, gracias a la paciencia extraordinaria de Karl, el remiso joven llegó a ser un buen "sustentador", uno de los cuatro hombres que formaban la base de la pirámide.

—Nadie se preocupe por Dieter —había aconsejado Karl a los demás en los ensayos—. Yo lo he enseñado bien. No es un artista, pero miedo no tiene y, cuando actúa de sostén, es como una roca.

Mario, de 29 años de edad, hijo adoptivo de Karl, que desde los cuatro años había jugado en la cuerda floja y que por lo general era arrojado y optimista, abrigaba sus dudas sobre la buena disposición



Arriba: Instantes después del derrumbamiento de la pirámide, tres miembros del grupo yacen en el suelo; Jana, asida desesperadamente a Karl.
A la derecha: Gunther y Karl sueltan a Jana, que cae hacia el colchón tendido abajo.

del nuevo compañero. Antes de salir de Sarasota, dijo a la esposa de Karl:

—Mamá, no sé por qué será, pero francamente Dieter no me entra.

Gunther, de 35 años, hijo de Herman, le enseñó a Dieter todo cuanto él había aprendido.

—No te descuides —le decía— ni te sientas demasiado seguro de ti mismo. Allá arriba no queremos a nadie que no tenga miedo. Sólo los tontos no lo tienen. Yo cada vez que subo a la cuerda subo con un miedo terrible, pero me obligo a tener confianza. Sin el balancín —le explicaba al aprendiz— no puedes permanecer en la cuerda. Con el balancín siempre te puedes recuperar, aunque se te vuelva completamente hacia arriba. Agárrate a él aunque tengas que enterrarle las uñas.

Aquella noche en Detroit se presentaba Dieter por tercera vez en público, y poco antes de la función dijo a Dick Faughnan, yerno de Karl y uno de los cuatro sustentadores, que no se sentía muy bien.

—Si crees que te va a dar una gripe —le aconsejó Dick— debes decírselo a Karl. Nadie tiene obligación de trabajar si está malo.

—No es gripe —contestó Dieter—. No es más que un dolorcillo de estómago.

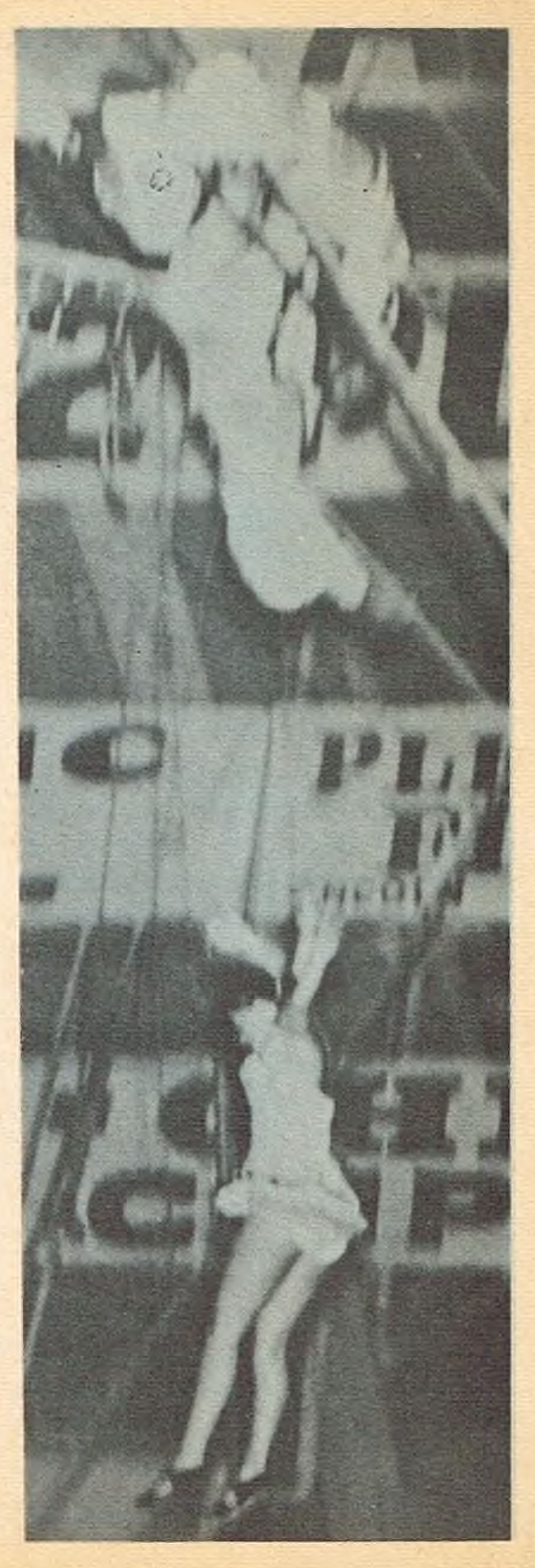
El acto de los Wallenda era el penúltimo de la primera parte del programa. Cuando se reunieron a la entrada de la pista, Karl le echó una mirada indagadora a Dieter y le preguntó:

—¿Te sientes bien?

—Sí, claro —contestó el joven sombríamente.

Después de la clarinada inicial y el ascenso de los volatineros a la cuerda floja, entró el número en su desarrollo de rutina. Gunther recorrió la cuerda de extremo a extremo en bicicleta, y Karl ejecutó la suerte incomparable de erguirse sobre las manos apoyadas en los hombros de Herman, en el centro de la cuerda, hazaña que siempre dejaba a los espectadores sin resuello cuando Karl se cimbreaba un poco. Por fin el director del circo anunció a "los siete", la pirámide humana, la obra maestra de unidad, de precisión y resistencia.

La música se hizo temblorosa, tan suave que los equilibristas podían oírse unos a otros. Primero avanzaron sobre la cuerda floja Dieter y Dick, acompañados por Karl; los siguieron, muy cuidadosamente, los demás compañeros que formarían con ellos la pirámide. Cada pareja de las dos que formaban los cuatro sustentadores se uncía de hombro a hombro por medio de una barra metálica de 1,5 metros de longitud, con los extremos encorvados para descansar sobre sus hombros; y sobre cada una de esas barras subían Karl y Herman, los "intermedios". Estos también sostenían sobre los hombros una barra igual, sobre la cual debía subir Jana, ápice de la pirámide. Otro miembro del grupo, Mike, colocó sobre esta última barra una silla chata de madera pintada de blanco. Por fin, con infi-



nito cuidado y precisión, Jana subió a la barra y se sentó en el asiento. La pirámide quedó completa. Las ondulaciones de los siete largos y flexibles balancines plateados daban a la escena un aspecto fantástico.

En seguida la pirámide se dispuso a recorrer la cuerda floja en toda su longitud (14,80 metros). Gunther, que ocupaba la posición más difícil como sustentador zaguero, echó una mirada a Jana y, convencido de que estaba segura en la silla, avisó: "¡Un paso!" Todos permanecieron a la expectativa y, para mayor seguridad. Gunther preguntó: "¿Listos?" Como no se escuchara ninguna voz de disentimiento, dio la orden final: "¡Adelante! . . . *Le-e-e-entamente*".

Con delicadeza y prudente confianza el bizarro grupo inició su jornada moviéndose en perfecta armonía, como si los siete fueran una sola persona; 590 kilos temblando en el espacio.

Los pies de los sustentadores, calzados con zapatillas de cuero, avanzaban suavemente y al unísono, tanteando con pasos cortos y rígidos, aunque rítmicos. Los balancines se columpiaban ligeramente como las sensitivas antenas de algún insecto grotesco.

—*Pass auf*! (¡cuidado!) —ordenó Gunther, y a esta orden la pirámide se detuvo en la mitad de la cuerda, como solía hacerlo siempre, en una pausa trémula que nunca deja de hacer sudar las palmas de las manos a los espectadores.

La banda, a la sordina, era un mero murmullo y el público alcanzaba a oír las voces de los hombres que hablaban a Jana para infundirle confianza en sí misma y en ellos. La joven contorsionó su diminuto cuerpo y con angustiosa lentitud dejó su posición sedente hasta quedar completamente erguida de pie sobre el asiento. Después, volvió a sentarse. *"Wunderbar!"* (¡maravilloso!) musitó Herman con alivio.

Nuevamente se animó la pirámide y prosiguió su camino a lo largo de la cuerda. Unos cinco metros antes de llegar a la plataforma donde aquella termina, Karl se dio cuenta de que algo andaba mal. El balancín de Dieter estaba curiosamente inclinado, y Karl lo oyó murmurar entre dientes.

—*Was ist los?* (¿qué pasa?) —le preguntó temeroso. Durante unos pocos y terribles segundos Dieter no contestó. Luego gritó:

—*Ich kann's nicht mehr halten!* (¡No resisto más!)

Antes de que a Karl le volviera el resuello, Dieter abrió las manos, el balancín se le escapó de los dedos, golpeó la cuerda metálica y se precipitó al suelo. Dieter lo siguió como el tronco de un árbol cortado. La caída pareció durar un millar de minutos antes de que se oyera el golpe seco de su cuerpo contra el suelo, 11 metros abajo.

Karl comprendió súbitamente que él y toda la pirámide se venían abajo también. Cayó rudamente de bruces sobre la cuerda floja y sintió como si un hachazo

lo hubiera cortado por el vientre; pero otro cable le presionaba dolorosamente el muslo izquierdo y tenía la pierna fuertemente sujeta bajo el cable de retención No. 4. El tronco le quedó proyectado sobre el vacío y el brazo izquierdo colgado de la cuerda.

Antes de que tuviera tiempo de pensar, Jana le cayó encima de la espalda. Se aferró fieramente a él enterrándole las uñas como un gato.

—¡Jana! ¡Jana! —le gritó Karl —. Aunque tenga que dejar mi pierna aquí, no te dejaré caer.

Pero poco a poco la muchacha resbalaba y él no lograba pasar su brazo alrededor de ella para sostenerla. En eso oyó la voz grave y tranquila de Gunther.

Gunther percibió también el primer síntoma de que la pirámide se derrumbaba. La barra que descansaba en su hombro pareció levantarse y elevarse por encima de su cabeza, y Mario, que era su compañero de yugo, ya se precipitaba a tierra. La silla pasó frente a él como una borrosa mancha blanca, pero Gunther mantuvo los ojos estrictamente en equilibrio y resistió como una roca. Oyó que Karl le pedía auxilio. Casi a sus pies vio a su padre, Herman, que había podido agarrarse de la cuerda y colgaba de ella en el aire.

—Todavía tengo mi balancín, papá —le dijo Gunther—. Estate quieto y cuida los dedos. Voy a pasar por encima de ti.

Con mucho cuidado, en efecto, pasó por encima de su padre y rápidamente, andando de lado como una gallina en percha, se acercó adonde colgaban Karl y Jana. Para colocarse en posición de salvamento, tenía que pasar sobre el cuerpo de Karl, maniobra peligrosísima pero que logró ejecutar con toda felicidad. En seguida colocó su balancín atravesado sobre la cuerda floja, en el punto donde ésta se cruza con los cables de retención en que estaba atrapado su tío, y se tendió con las piernas a ambos lados de la cuerda y el pecho descansando sobre el balancín. En esta posición, le quedaban libres los brazos.

Se inclinó, agarró a Jana por la muñeca con fuerza de tenaza, la retiró cuidadosamente de la espalda de Karl y la columpió en el vacío. En seguida la volvió a acercar a Karl para que éste pudiera asirla por la otra muñeca. Sosteniendo así a la muchacha entre los dos, tío y sobrino esperaron a que el personal de tierra extendiera una red de salvamento. Pero no había red. Trajeron en cambio un colchón de acrobacia que no tenía agarraderas. Los hombres enterraron los dedos en los bordes del colchón y con brazos vigorosos lo levantaron del suelo.

—Jana —dijo Gunther suavemente— ahora te vamos a soltar.

—*Nein! Nein!* (¡No, no!) —gritó ella aterrorizada; mas sin hacerle caso, Gunther se dirigió a Karl con toda calma:

—Contemos hasta tres. A las tres la soltamos. *Eins... zwei... DREI!*

Jana cayó a plomo, de pie. El peso de su cuerpo arrancó el colchón de las manos de los que lo sustentaban. La muchacha rebotó al suelo y se golpeó la cabeza. Mientras tanto Herman, andando como un mono por la cuerda floja, alcanzó la plataforma más cercana y allí esperó hasta que Gunther logró conducir a Karl hasta la plataforma, a salvo.

Después de 20 minutos de angustia general, se reanudó la función del circo. La banda tocó ruidosamente música vivaz y los payasos entraron dando tumbos en la pista, aunque tenían enlutado el corazón.

Pronto no quedarían sino cinco Wallendas. Dick murió 35 minutos después del accidente. Dieter duró hasta medianoche. Mario vivía, pero en estado de coma profundo. A Jana la llevaron al hospital, lo mismo que a Karl, que sufrió una fisura de la pelvis, una doble hernia y múltiples contusiones.

Al día siguiente Gunther y su padre trabajaron en la función vespertina y fueron atronadoramente aplaudidos. Para la función nocturna se unió a ellos un joven volatinero español, Gene Méndez, a quien hicieron venir de Nueva York.

Al otro día por la tarde Karl se presentó en el camarín de los Wallenda, con los ojos cansados y enrojecidos de tanto llorar, y con fiebre de 39 grados.

—Estoy aquí contra los deseos pero no contra las órdenes de los médicos —dijo a su grupo; y, mientras se ponía trabajosamente los pantalones rojos de franela y la camisa de seda dorada de su disfraz, agregó—: El único día de mi vida que no he podido estar en la cuerda floja ha sido ayer. Ya me conocéis. Tengo que subir. Allá arriba, en mi oficio, puedo pensar. Aquí abajo veo dos muertos y mi hijo que se está muriendo.*

En la función vespertina, Karl ejecutó varias suertes, entre ellas la de erguirse sobre las manos apoyadas en los hombros de Herman, la de ponerse de pie en una silla colocada sobre una barra sostenida por dos compañeros en mitad de la cuerda y, como complemento, la temeraria hazaña de levantar sobre la cabeza el balancín. Comentando esta última suerte, dijo un diario de Detroit: "Durante un momento de angustia pareció como si la tragedia se fuera a repetir, porque el asiento en que Karl estaba de pie saludando al público comenzó a columpiarse. Por fortuna él logró recobrar el equilibrio, volvió a sentarse y lo condujeron otra vez a salvo a la plataforma".

Los trabajadores del circo, en cambio, observando fríamente el acto, sabían que no había tal. Reconocieron y admiraron el temblar

---

*Mario no murió. Paralizado de la cintura abajo, pero por lo demás repuesto, anda en muletas. El 18 de abril de este año, otro miembro de la familia equilibrista, Henrietta Wallenda, murió en Omaha al caerse de un poste flexible de 15 metros. Ha habido otros accidentes graves, pero éstos han sido los únicos fatales desde que los Wallenda iniciaron su número en 1923.

EL CUERPO HUMANO:

Maravillas y cuidado de nuestro organismo.

¡Nunca antes se había editado una obra tan rica en informaciones esenciales y consejos prácticos! Un libro extraordinariamente útil, que será leído por toda la familia con verdadero placer, una y otra vez.

¡ACTÚE HOY MISMO!

¡No se pierda esta oferta sensacional!

Permiso No. 25
RESPUESTAS POSTALES
PAGADAS

El franqueo sera pagado
por el destinatario

SELECCIONES DEL
READER'S DIGEST

Apartado Especial No. 51

Buenos Aires

Permiso No. 25
RESPUESTAS POSTALES
PAGADAS

El franqueo será pagado
por el destinatario

SELECCIONES DEL
READER'S DIGEST

Apartado Especial No. 51

Buenos Aires

del asiento como el mejor de los trucos que para impresionar al público ha inventado el "maestro" en su larga carrera.

De nuevo en el camarín, con tantos recuerdos de las tres víctimas, Karl empezó a llorar.

—Tío Karl —le dijo tranquilamente Gunther— este día tú le has enseñando al público una cosa importante: que la vida tiene que continuar, pase lo que pase. Ahora pueden afrontar mejor sus problemas todos los que están sentados allá en las graderías. Nosotros tenemos que seguir dando ejemplo de valor. Ese es nuestro oficio. Somos trabajadores del circo.

Se hizo un largo silencio, que al fin rompió Karl asintiendo: "Sí, sí, sí". Luego, en el tono de un hombre muy seguro de sí mismo, les habló así:

—Ahora nos sentamos y hacemos algo juntos. Volvemos a hacer la suerte del asiento. Cuando lleguemos a Cleveland ya la tendremos ... tal vez con bicicletas. Entonces reorganizaremos todo el número, completo ... excepto "los siete". En este momento no puedo decir si algún día volveremos a hacerlo. Hace falta tiempo para conseguir sustitutos, tiempo para enseñarles. Tiempo ... todo requiere tiempo.

Todos intervinieron entonces para discutir los detalles técnicos de la cuerda floja y reconstruir su acto. Los grandes Wallenda seguían adelante.

GHANDI tenía colgado de la pared de su habitación en Sevagram, su postrera residencia, este aviso:

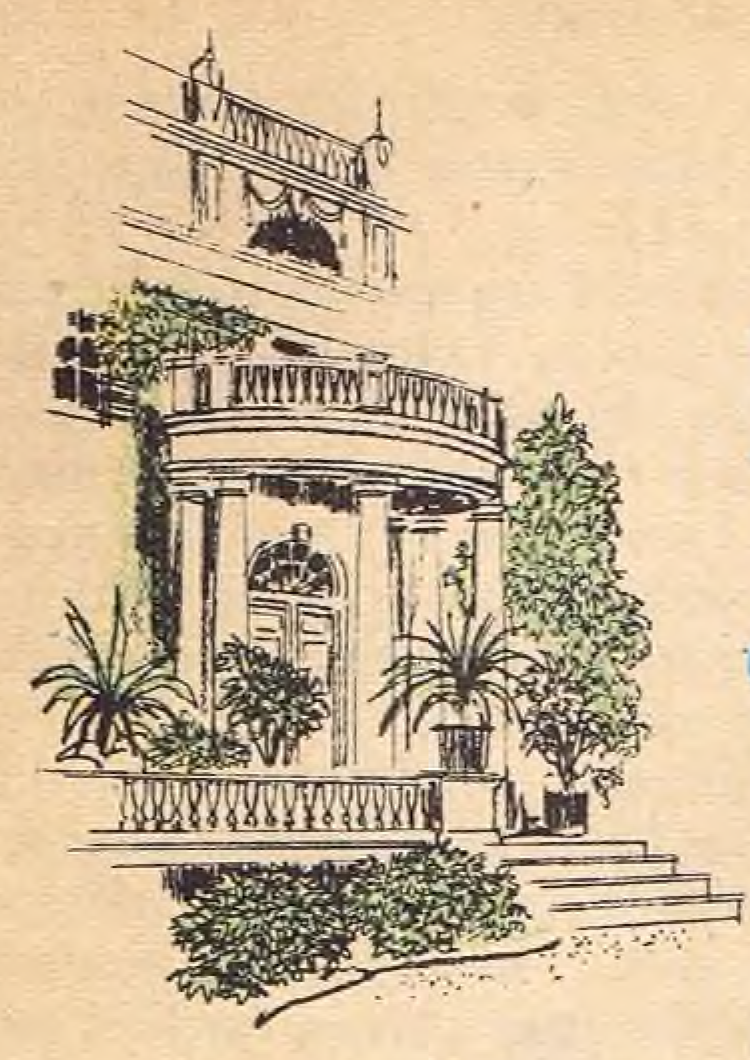
Si nos asiste la razón, bien podemos permitirnos el conservar la ecuanimidad, y si estamos equivocados, no podemos darnos el lujo de perderla.

Planes celestes

EL OTRO día me escribía una señora diciendo: "Estimada señora Bowen: Hace algún tiempo leí una cita suya en la que decía que, si se moría y despertaba en algún lugar desconocido, sabría que aquel sitio era el cielo cuando se le acercara Mozart para decirle: *Señora B: ¡Cuánto me alegro de que haya venido! Acabo de escribir 258 nuevos cuartetos para instrumentos de cuerda, y necesitábamos con urgencia un segundo violín*".

La cita era al pie de la letra. Mi corresponsal continuaba diciendo que había estado cavilando mucho sobre el asunto. Luego agregaba: "En caso de que usted llegara allá primero, le ruego recomendarme como violoncelista, si es que aún está libre el puesto. Le prometo ensayar todo lo que pueda para llegar bien preparada".

— Catharine Drinker Bowen, en *The Atlantic Monthly*



Memorias de Hyde Park

POR ELEANOR ROOSEVELT
Condensado de "McCall's"

En una emotiva evocación publicada póstumamente, la señora Roosevelt cuenta sus luchas y sus alegrías en la famosa mansión donde señoreaba su suegra.

RECUERDO haber ido a la gran casa cuando yo era una joven tímida, todavía no comprometida con Franklin Delano Roosevelt. Él me llevó allí para que conociera a los parientes de su madre. Un año más tarde pasamos nuestra luna de miel en esa mansión, todavía cerrada a causa del invierno. Permanecimos diez días solos, con la criada escocesa Elsie, que lavaba la ropa y cocinaba. Recuerdo que volvíamos, ya con nuestros hijos, todas las primaveras y todos los otoños, y recuerdo muy especialmente haber pasado allí parte de un año, cuando Franklin, que entonces tenía 39, cayó enfermo de poliomielitis. Recuerdo haber regresado el 15 de abril de 1945, cuando mi esposo fue a descansar para siempre en la rosaleda del jardín, cerca de la casa donde había nacido y a la que había querido tanto durante los 63 años de su vida.

Pero recuerdo también que Hyde Park era de mi suegra, que ella era un ama celosa y que tomaba siempre todas las decisiones. Durante más de 40 años yo fui allí sólo una huéspeda. Mi suegra dirigía todo: las actividades de sus siete criados y sus cinco jardineros y, si nosotros llevábamos nuestros propios servidores para que cuidaran de los niños y ayudaran a atender a la enorme multitud de visitantes (como lo hacíamos cuando Franklin fue primero gobernador y luego presiden-

te), era ella quien les daba órdenes. La única ayuda que alguna vez aceptó fue que su hijo pagara la cuenta del teléfono cuando resultó realmente enorme.

La casa, como todas las otras grandes mansiones a orillas del río Hudson, mantenía el tren de una casa solariega inglesa. A la hora del desayuno, los huéspedes se servían ellos mismos de los aparadores, donde había una colección de platos calientes con gachas de avena, huevos revueltos, diversas clases de salchichas, jamón y tocino, y una variedad de panes también calientes. Luego venía el gran almuerzo, que comenzaba con sopa y terminaba con postre, y siempre té en la tarde, al cual la dueña de casa esperaba que todos asistieran.

Una hora antes de la comida sonaba el gran gong chino que colgaba cerca de la escalera del vestíbulo, para recordar que era tiempo de lavarse y vestirse. Franklin solía invitar a todos a tomar cocteles en su despacho 30 minutos antes de sentarse a la mesa, pero su madre rechazaba invariablemente tal invitación, pues desaprobaba el consumo de bebidas alcohólicas. En el comedor todos teníamos nuestros lugares respectivos. Cuando los niños eran pequeños comían en una mesa aparte. En la mesa principal, mi esposo se sentaba en una cabecera, mamá en la otra y yo a un costado.

Después de la cena íbamos generalmente a la enorme biblioteca, que tenía dos chimeneas, una en cada extremo. Allí también teníamos nuestros sitios fijados. Como mi marido había desempeñado dos veces la gobernación del Estado de Nueva York, le regalaron (según era costumbre) los dos sillones de cuero castaño y alto respaldo que él utilizaba en su despacho y que quedaron después a ambos lados de una de las chimeneas. Franklin siempre se sentaba en el que le habían regalado por el período de 1929 a 1930, y generalmente se entretenía en ordenar sus sellos. Su madre ocupaba el del año 1931 a 1932, y en él leía o tejía. Yo me colocaba en cualquier parte, también tejiendo o leyendo, y a veces les leía algo en voz alta. Como acos-

Eleanor Roosevelt con su marido y su suegra



Wide World Photo

tumbraba a leerles a los niños todos los días después del almuerzo y del té, para que se estuvieran quietos, me había habituado a hacerlo con todo el sentimiento posible, única manera de captar la atención de los pequeños. Al parecer, los adultos también apreciaban esta habilidad.

La vida en Hyde Park, sin embargo, no era siempre tan plácida. Cuando Franklin enfermó de poliomielitis, se hicieron algunos cambios en la casa. Hasta entonces, él y yo habíamos compartido un dormitorio en el ala nueva, precisamente encima de la gran biblioteca, mas después de su enfermedad yo me pasé al pequeño dormitorio contiguo, y su madre convirtió la antesala de nuestra habitación en un dormitorio para ella. Luego se construyó una rampa para la silla de ruedas sobre un tramo de la escalera que descendía a la sala principal, y el montacargas del ala donde estaba la cocina, utilizado corrientemente para subir baúles hasta el segundo piso, se convirtió en un ascensor para Franklin.

Como supongo que siempre ocurrirá cuando dos mujeres viven bajo el mismo techo, a menudo mi suegra y yo solíamos opinar de maneras muy diferentes. Ella se había opuesto a que Franklin se casara conmigo, porque consideraba que su hijo era demasiado joven y pensaba, además, que podía contraer un matrimonio más ventajoso desde el punto de vista social. Luego, cuando vio que la cosa era inevitable, decidió influir en nuestra unión hasta adaptarla a sus deseos. No quería que se apartaran de ella Franklin ni los niños. En realidad, los hijos de mi marido fueron más de mi suegra que míos.

Sin duda esto fue en parte culpa mía, pues durante muchos, muchísimos años, permití que ella me dominara por completo. Nunca se me ocurrió que mi suegra podría no tener razón en algo. Permítaseme explicar cómo ocurrió esto.

Después de nuestro casamiento, Franklin y yo fuimos a vivir en un apartamento de hotel, mientras él terminaba de estudiar derecho, de modo que yo no tuve ocasión alguna de aprender a dirigir un hogar. Cuando él se dispuso a ejercer la profesión en Nueva York, su madre tenía ya una casa completamente amueblada esperándonos. Allí nacieron Anna y James, y mi suegra les eligió las niñeras. A mí no se me permitió atender a los niños, ni sabía tampoco cómo hacerlo. Mi inexperiencia era completa, no me atrevía a asumir obligación alguna, les tenía miedo a las niñeras y obedecía todas las resoluciones impuestas por ellas.

Más tarde mamá decidió que la casa era demasiado pequeña para nosotros, y mandó edificar dos contiguas en la calle 65, una de las cuales habitó. Tres puertas la comunicaban con los pisos de la sala, del comedor y el de las habitaciones de los niños, y yo nunca sabía en qué momento del día o de la noche iba ella a aparecer. Hasta cuando fuimos por primera vez a Albany,

donde permanecimos los cuatro años que Franklin fue senador del Estado de Nueva York, mi suegra vino con nosotros para dirigir nuestra instalación y dar la primera recepción; hecho eso, consintió en regresar a su casa.

Sólo cuando nacieron nuestros dos últimos hijos: Franklin y Johnny, me decidí a tratar de hacerme cargo de ellos. Y no puedo menos de pensar que estos dos tuvieron una niñez mucho más feliz que los tres primeros.

Pero tratar de imponerme era una cosa, y conseguirlo, otra. Mi suegra juzgaba a las personas casi únicamente por su posición social, y continuamente pretendía enseñar a mis hijos a hacer lo mismo. Le resultaba sumamente difícil entenderse con Al Smith y muchos otros políticos neoyorquinos, aunque sólo quienes la conocían muy bien podían darse cuenta de cuándo era estudiada su displicencia.

Su cuchicheo era el más penetrante que he oído y, a veces, cuando Franklin invitaba a almorzar a algún político importante, la oíamos murmurar:

—¿Quién es esa persona tan vulgar que está sentada al lado de mi hijo?

Cada vez que había un gran mitin del partido demócrata, el césped de su jardín quedaba arruinado, y ella se lamentaba durante varios días.

Creo que fue su afán de relacionarse con la "gente bien" lo que provocó nuestro disgusto familiar más comentado. A esto se unían los mimos constantes que daba a los niños, contra mi opinión de que la disciplina es indispensable para formar el carácter.

Cuando Franklin, hijo, tenía cerca de 20 años, lo detuvieron por exceso de velocidad y le quitaron la licencia de conducir. El siguiente fin de semana iba a tener lugar una reunión social muy selecta a cierta distancia de nuestra casa, y él deseaba asistir. Cuando yo le informé que no podría hacerlo porque no le permitiría conducir uno de los automóviles de la familia, él recurrió a su abuela, que le compró entonces un coche deportivo nuevo. Nunca olvidaré lo que sentí cuando lo vi detener el vehículo en la entrada del jardín. Me dijo que mi suegra se lo había regalado para que pudiera ir a la fiesta, y yo le ordené que fuese inmediatamente a hablar a su padre.

Expuse el caso a mi marido, insistiendo en que yo desaprobaba que se premiara a nuestro hijo por haber sufrido un arresto, y luego me retiré, dejándolos solos. Como siempre ocurría cuando se trataba de problemas con los muchachos, a Franklin le costaba mucho esfuerzo ser severo. Al regresar a su despacho lo encontré dando palmadas en la espalda del joven y, volviéndose hacia mí, me dijo:

—En realidad, creo que debe quedarse con el coche e ir a la fiesta.

Yo casi no dirigí la palabra a mi marido ni a mi suegra durante tres días.

Sin embargo, no tengo la intención de referirme solamente a nuestras diferencias. Hubo numerosas ocasiones en que la vida en Hyde Park fue agradable y en que reinó la armonía, aun durante la época que siguió a la enfermedad de Franklin. Yo antes había desistido de aprender a conducir un automóvil, pero entonces tuve que hacerlo, y pronto pude organizar grandes meriendas campestres. En una ocasión cometí un error y, al retroceder, el coche se precipitó por un terraplén con toda la familia.

El único matrimonio que tuvo lugar en Hyde Park fue encantador. Nuestra hija, Anna, se casó con Curtis Dall, y asistieron a la ceremonia todos los Roosevelt de ambas ramas y numerosos amigos. También dábamos recepciones casi tan grandes a una serie de huéspedes prominentes. El acontecimiento social de mayor resonancia fue la visita de los Reyes de Inglaterra, padres de la actual reina Isabel, realizada en 1939. En esta ocasión ocurrieron varios incidentes cómicos y bochornosos.

Sus Majestades y un gran séquito debían llegar un sábado, a tiempo para la comida. Nosotros habíamos juntado nuestra vajilla más valiosa, y pedido prestado platos a "Rosie" Roosevelt, hermanastro de Franklin, y a su mujer, que vivían al lado. Además, habíamos hecho venir de la Casa Blanca varios camareros de color para servir la mesa, cosa que indignó tanto al mayordomo inglés de mi suegra que solicitó permiso para ir de vacaciones a su patria.

Mientras esperábamos a nuestros huéspedes reales, Franklin y su madre discutían sobre el tema habitual de los cocteles. Ella sentenció:

—Estoy segura de que preferirán té, porque son ingleses.

Franklin los aguardaba en la biblioteca, con la bandeja de bebidas lista enfrente de él, y en cuanto pudo dijo a Su Majestad:

—Mi madre cree que ustedes preferirán una taza de té después de su fatigoso viaje, pero yo me pregunto si no les agradará más un coctel.

El Rey sonrió a ambos antes de contestar:

—Mi madre habría dicho exactamente lo mismo. Yo, francamente, prefiero un coctel.

El primer episodio verdaderamente embarazoso ocurrió a la mitad de la comida. La vajilla suplementaria para los platos siguientes había sido apilada en una mesa antigua con dos alas plegadizas, oculta detrás del biombo que disimulaba la puerta de la cocina. De pronto, mientras comíamos y charlábamos, oímos un horrible estrépito: la mesa había perdido el equilibrio, dejando caer todo al suelo. Los comensales guardamos silencio, sorprendidos, y entonces la cuñada de Franklin dijo a mi suegra en un aparte que todos oímos:

—¡Espero que no haya sido la vajilla mía!

Después de comer, generalmente empujábamos la silla de ruedas de

Franklin hasta la biblioteca, mas esta vez él prefirió andar junto al Rey, apoyándose en el brazo de Jimmy y en su bastón. Habían llegado casi a la puerta, y los demás los seguíamos, cuando ocurrió el segundo incidente. El mayordomo de la Casa Blanca había olvidado enviar con anticipación vasos y licores a la sala; lo vimos pasar junto a nosotros con una enorme bandeja llena de copas, recipientes con hielo y botellas, y un instante después tropezó en los escalones que había junto a la rampa para la silla de mi marido, y cayó cuan largo era en el piso. Durante el resto de sus días, mi suegra afirmó con absoluta convicción:

—Si mi mayordomo se hubiese hecho cargo de los preparativos, en lugar de esos camareros de la Casa Blanca, no hubieran ocurrido tales incidentes.

Estoy segura de que Sus Majestades respiraron con alivio el día siguiente al subir de nuevo a su tren. Pero probablemente sintieron la misma penosa emoción que experimenté yo cuando partieron en los vagones especiales. Una compacta muchedumbre se había reunido en ambas orillas del río Hudson, y de pronto el aire resonó con el son de miles de voces que entonaban la canción *Auld Lang Syne*. Todos sabían que el Rey y la Reina regresaban a presidir los destinos de su patria, que estaba en pie de guerra, y todavía me parece que esos cantos fueron la cosa más emocionante que he oído.

Durante 40 años fuimos y vinimos a Hyde Park, y en ese tiempo ocurrieron muchos cambios en nuestras vidas. Mi marido había sufrido el golpe más desmoralizador que puede soportar un hombre vigoroso, y sus compatriotas le habían concedido cuatro veces el honor más alto a que puede aspirar un norteamericano. Mis hijos habían crecido y se habían casado, y yo, que antes fui una joven desmañada e indecisa, siempre dominada por la voluntad ajena, era ya una mujer independiente. Poco a poco había hecho lo que todos los seres humanos deben hacer: adaptarse a las circunstancias y llegar a ser dueños de sí mismos.

Después de la muerte de Franklin, el secretario del Interior aceptó la posesión de Hyde Park y terrenos adyacentes. En 1946, la mansión fue declarada Monumento Histórico Nacional y abierta al público. Ahora, aunque habito en una casa neoyorquina de piedra rojiza, considero que mi verdadero hogar es Val-Kill Cottage, edificado después de 1930 en parte de las tierras de los Roosevelt en Hyde Park, y allí paso los fines de semana cuando me es posible. En esta forma puedo recorrer las habitaciones de la antigua residencia si mis huéspedes desean verlas.

Son todavía muy semejantes a lo que eran cuando yo vivía en ellas. Veo los mismos muebles, la misma vajilla, los mismos objetos de arte y cuadros, y evoco íntimos recuerdos de nuestra existencia, tales co-

mo la traílla y la manta de Fala, el perro de Franklin, y los anteojos de mi marido sobre el escritorio de su despacho. Pero ahora hay otras cosas: la multitud que avanza lentamente por los corredores, los celadores uniformados y las barreras que impiden la entrada a esos cuartos para mí tan familiares. Y, desde luego, faltan muchas personas: mi esposo, mis cinco hijos, mi suegra y nuestros diversos amigos. Es en ellos en quienes realmente pienso cuando recuerdo Hyde Park.

Adiós a la niñez

La vi por primera vez cierto día, ya para finalizar el año escolar. Pasó ante mí como una exhalación, deslizándose sobre los patines por la acera agrietada, cuando yo me dirigía a la biblioteca. Al detenerme para darle paso, me asaltaron en tropel las memorias de la infancia: el columpio hecho de un neumático viejo, las largas cintas de seda con que ceñía mis cabellos, el algodón de azúcar, la melcocha. ¡Qué época tan maravillosa es la niñez!

Al día siguiente volví a verla. Cuando salíamos de clases esperaba al lado opuesto de la calle. Después seguí viéndola a diario, y a menudo varias veces al día. Tenía largos bucles rubios y usaba un lindo vestidito que, cosa singular, me parecía conocer. Jamás le vi la cara muy claramente; estaba siempre en las sombras. ¿Quién era? ¿Por qué la veía con tanta frecuencia? Cuando trataba de acercarme, ella huía. Siempre volvía, sin embargo, y me aguardaba entre las sombras. Al avecinarse la época de los exámenes, tuve menos tiempo para pensar en aquella niña silenciosa que esperaba ... ¿qué? ¡Quién sabe!

Al fin llegó la noche solemne de la graduación, con su séquito de emociones, angustias y un toque de tristeza. Yo había estado muy agitada durante todo el día y trataba de alejar los recuerdos de los años pasados y el pensamiento de las condiscípulas que dejaba. Al salir de casa eché de menos algo; me di cuenta de que no había visto a la niñita en todo el día, y me asaltó de súbito un sentimiento de soledad.

La velada trascurrió rápidamente. Cuando desfilábamos por el pasillo hacia la salida, yo buscaba a la chiquilla entre la multitud. La vi por fin, sentada junto a mis padres. Se volvió a mirarme, y en eso, por primera vez, alcancé a ver su rostro. En aquel breve instante comprendí quién era y por qué estaba allí. Me invadió una inmensa tristeza. Aquí era donde nuestros caminos se separaban, y ella había venido a despedirse. Quizá la volvería a ver en alguna parte, muy lejos, pero ya nunca sería como antes. Tocaban a su fin los 18 años que habíamos pasado juntas. Tendría yo que seguir sin ella mi camino. Al traspasar el umbral, volví la mirada por última vez. Ella había desaparecido. Ya sabía yo que así sería.

— Mary Libbey, en *Myriad*, de la Escuela Superior de Fort Collins (Colorado)

La batalla contra el mal del sueño

Larga y tenaz es la lucha para librar a África de este espantoso azote, mas mucho es lo que está en juego, tanto en vidas humanas como de animales.

POR DAVID REED



A TODO lo largo y ancho del África Tropical, desde Dakar hasta Dar-es Salaam, está combatiéndose sin tregua contra uno de los enemigos más temibles y mortíferos. Ejércitos cuyas armas son la niveladora mecánica y los insecticidas luchan día tras día en la selva. El enemigo es una mosca de tamaño poco mayor que la mosca común, y al parecer inofensiva, pero en realidad es la chupadora mosca tsetsé, que trasmite la tripanosomiasis o enfermedad del sueño, extraña y terrible dolencia que ataca por igual al hombre y sus animales domésticos. Como bíblica plaga, la tsetsé ha ocasionado en toda el África increíbles daños. Unos 30 países, o sea, más de la tercera parte del Continente Africano, están invadidos por ella en grado variable. La enfermedad que produce ha diezmado poblaciones enteras, con pérdida de 200.000 vidas humanas en una sola epidemia. Crecido es, además, el número de cabezas de ganado vacuno, así como de caballos, asnos y camellos que mueren todos los años a consecuencia de la insistente picadura de la tsetsé.

Al privar de bestias de carga y tiro a las tribus africanas, la tsetsé reduce a millones de hombres a primitiva servidumbre. La labranza de los campos ha de hacerse con la sola ayuda del azadón. A menos que se cuente con la vecindad de un río (y en África son escasos los ríos y se hallan muy distantes unos

de otros) el comercio tiene que limitarse al de las mercancías que puedan trasportarse sobre la cabeza o sobre los hombros. En tanto que la desnutrición debida a la falta de carne y leche priva a la gente de su natural energía, la enfermedad del sueño la sume en un estado de letargo. Así, aunque se han trazado grandiosos planes para el adelanto del África Central, su buen éxito dependerá en mucho de lo que se logre en la lucha contra la tsetsé.

Habita esta mosca en la tupida vegetación africana, por lo general a orillas de lagos y ríos, e inficiona a niños y mujeres cuando éstas van por agua o a lavar la ropa. Los hombres se ven infectados al internarse en la maleza en busca de caza o miel. Como en el bosquecillo sagrado que suele haber cerca de las aldeas africanas abunda también la tsetsé, es éste otro de los lugares en que contraen la enfermedad del sueño quienes acuden a decir sus preces.

Es curioso, pero tratándose de personas, las probabilidades de contraer la enfermedad son escasas. Por ser muy lenta de movimientos, la tsetsé, una vez posada, tarda unos momentos en picar, y por tanto es fácil espantarla. Además, en condiciones normales, sólo una de cada 2000 a 5000 de estas moscas es portadora del tripanosoma causante de la infección en el hombre. Según me manifiesta el Dr. K. C. Willett, director del Instituto del África Occidental para la Investigación de la Tripanosomiasis, establecido en Kaduna (Nigeria), las moscas tsetsés le han picado miles de veces sin que en ninguna ocasión haya experimentado malas consecuencias.

Pero eso sí, una vez contraída, la infección progresa insidiosamente. Si la forma que presenta la dolencia es la gambiense, o sea, la propia del África Occidental, la víctima podrá experimentar ligeros accesos de fiebre, dolor de cabeza o hinchazón de las glándulas del cuello a las dos o tres semanas. Ocasiones hay en que no aparece ninguno de estos síntomas. La persona inficionada ni siquiera experimenta malestar alguno. Sin embargo, acaso se halle sentenciada a morir.

A medida que trascurren los días la enfermedad va invadiendo el sistema nervioso central. "Veces hay", dice el Dr. Willett, "en que el semblante del enfermo adquiere una expresión característica, la llamada de callado pesar, que se debe al embotamiento del cerebro. Todo le es indiferente a ese enfermo. Va debilitándose a ojos vistas, enflaquece hasta quedar reducido casi a un esqueleto. En los períodos avanzados de la dolencia se da el caso de que el paciente se desploma a tierra profundamente dormido".

La forma "rodesiense" de la enfermedad del sueño, esto es, la propia del África Central y Oriental, cede en unos cuantos meses, mas la gambiense se prolonga por períodos hasta de 10 años. En tales casos, y pasado este término, hay

veces en que el enfermo, demasiado aletargado para comer, muere de inanición.

Debido a la lentitud con que se desarrolla la enfermedad en su forma gambiense, podrán trascurrir dos y aun tres años antes de que las autoridades se percaten de la presencia del mal, del que para entonces se habrán contagiado centenares de personas. De prestarse oportuna asistencia médica con ciertas drogas, la tripanosomiasis es hoy virtualmente curable. Ocurre, empero, que la mayoría de los africanos, crónicamente aquejados de malaria, de parásitos intestinales y de otras dolencias, ven cualquiera enfermedad como algo propio de su existencia. Por tanto, es frecuente que no acudan al médico sino cuando ya es demasiado tarde.

Al enterarse de que se ha presentado un nuevo brote de la enfermedad, las autoridades sanitárias dan comienzo a una lucha tan larga como laboriosa. El Dr. Howard Freas, médico misionero estadounidense que ha servido por espacio de 30 años en el Congo, señala lo dificultoso que resulta determinar quiénes son los aquejados de tripanosomiasis, y dice: "Hay que examinar a cada uno de los habitantes de cada una de las aldeas dispersas en varios kilómetros a la redonda. En unas 40 aldeas de mi distrito, yo reconocía 8000 personas anualmente. Si encontraba en alguna síntomas de la enfermedad del sueño procedía a administrar medicamentos adecuados".

Aunque la enfermedad ha existido en el África desde tiempo inmemorial, la colonización contribuyó a propagarla. En épocas anteriores, las tribus africanas, continuamente en guerra, jamás se aventuraban fuera de sus respectivos territorios, con lo cual la enfermedad del sueño quedaba circunscrita en gran parte a determinadas regiones. Con la paz impuesta por el colonialismo, y la construcción de carreteras y vías férreas, los nativos dieron en viajar de un sitio a otro, llevando consigo el mal. También la mosca tsetsé resultó gran viajera. Posada en automóviles, camiones y trenes recorre cientos de kilómetros e invade porciones de África que hasta entonces habían estado exentas de la plaga.

La peor de las epidemias parece haber sido la que debió su origen a la última expedición del periodista y viajero Henry Morton Stanley. Al parecer, algunos de sus porteadores contrajeron la enfermedad del sueño en el Congo y de allí la llevaron a Uganda. Aquí, en los años de 1901 a 1905, pereció una tercera parte de los habitantes de la región víctima de la epidemia. Durante el decenio de los 1930, otra epidemia azotó el África Occidental; sólo en Nigeria se registraron 100.000 casos en un año.

Con ser grandes los estragos que la tripanosomiasis causa entre la especie humana, son mayores los que acarrea a los animales la enfermedad llamada nagana, muy extendida en el África Central. En tanto

que de cada mil moscas tsetsé solamente una es portadora de la enfermedad del sueño, una de cada 10 es portadora de la nagana. Parte de los millones de reses infectadas reciben asistencia veterinaria, pero la empresa es de tal magnitud que la mayoría de los animales perecen sin remedio.

En Tangañica y en otros países africanos inmensas extensiones de tierras se hallan abandonadas a causa de la nagana. Cuando la tsetsé invade una región, el hombre se bate en retirada llevándose los pocos animales que han sobrevivido. La Organización Mundial de la Salud estima que la cantidad de ganado existente hoy en África (unos 114 millones de cabezas) podría doblarse de no ser por la tsetsé. Y no es sólo que las tierras se hallen ociosas, sino que la gente desalojada de las zonas invadidas por la tsetsé se congrega en las regiones altas y en otras tierras libres de la plaga, y allí, ruinosamente aglomerada, trabaja el suelo hasta agotarlo.

El causante de tal miseria es un insecto incomprensible. Pocos tienen un índice tan bajo de reproducción. De cada hembra tsetsé nacen unas cinco moscas solamente. De tarde en tarde la población de estos insectos disminuye, al parecer sin causa alguna, en forma tan considerable como si la especie se hallara próxima a extinguirse. Mas pronto la tsetsé reaparece, tan numerosa como antes.

El Dr. Willett resume en los siguientes términos los resultados de años de observar la tsetsé: se conocen, dice, 22 especies de estas moscas, cuyo tamaño fluctúa entre ocho y 16 milímetros de largo. La duración de la vida del macho es de dos meses o poco más; la de la hembra un 50 por ciento más, probablemente. Se aparea ésta sólo una vez, en la cual queda fecundada permanentemente. No aova, sino que cada 10 o 12 días deposita en el suelo una larva. Ésta se introduce en la tierra y a las pocas horas cría una recia especie de caparazón. Pasados 26 o 40 días la ninfa madura y una tsetsé perfectamente formada se abre camino a la superficie. Al volar produce un zumbido característico al cual debe su nombre.

El único alimento de esta mosca es la sangre, y para obtenerla ataca a toda cosa viviente. La que trasmite tanto la enfermedad del sueño como la nagana es la tsetsé que picó a individuos ya inficionados, por lo común animales salvajes. Al par que la sangre la tsetsé ingiere ciertos organismos unicelulares llamados tripanosomas, unos de los cuales causan el mal del sueño, otros la nagana. Cualquiera que sea el género de los tripanosomas, se hallan sujetos a un ciclo de desarrollo dentro del insecto, al que así inficionan de por vida. De ahí en adelante, siempre que la mosca pique podrá introducir en la víctima de 50 a varios miles de tripanosomas.

La campaña que África libra contra la tsetsé es lenta y a veces

desalentadora. Sin embargo, se logran progresos. De todas las armas empleadas, las que prometen mejores resultados son los nuevos insecticidas, que se esparcen desde tierra o desde el aire. Pero aunque eficaces para erradicar las manchas de tsetsés bien localizadas, como las de las orillas de los ríos, no dan resultados igualmente satisfactorios en dilatadas extensiones de terreno, en las cuales basta que sobrevivan unas pocas de esas moscas para que su descendencia pulule más adelante en la región.

Otro medio es el establecimiento de puestos de vigilancia en los límites de las regiones infectadas por la tsetsé. Todo vehículo es examinado y queda limpio de las moscas que lleva adheridas. Por ahora, empero, de cuantos procedimientos se emplean en esta guerra, el más eficaz es uno de los más antiguos: el desmonte total del terreno, ya por medios mecánicos, ya a brazo. La tsetsé necesita de un sitio sombreado para vivir y, privada de él, muere prontamente. Aunque costoso, el procedimiento tiene la doble ventaja de acabar a un tiempo mismo con la tsetsé y con la vegetación que es su natural criadero. Mas para que sus efectos sean permanentes, a la limpieza del terreno ha de seguir la intensiva colonización del mismo, pues de lo contrario, tanto la vegetación como la tsetsé reaparecen tarde o temprano.

Otro procedimiento consiste en esterilizar, mediante radiación a los machos de la tsetsé, procedimiento utilizado con éxito en la Florida para combatir la mosca de la gusanera.* Otra esperanza es la posibilidad de crear una vacuna que inmunice tanto a los animales como al mismo hombre contra la tripanosomiasis.

Pese a que se han evitado las grandes epidemias de la enfermedad del sueño por largo tiempo, va en aumento entre los entendidos el temor de que lleguen a presentarse de nuevo, particularmente en el Congo. En gran parte de este vasto país se han frustrado los métodos usados para reprimir el mal y éste ha vuelto a reinar en regiones que hace años estaban libres de él. Otro motivo de preocupación es que, tanto por inexperiencia como por falta de recursos, las nuevas naciones africanas independientes descuiden la vigilancia.

En todo caso, África tiene que seguir la guerra. Se halla frente a una ineludible disyuntiva: o destruye a la tsetsé, o una tercera parte del Continente Africano habrá de verse abandonado al dominio de ese implacable enemigo.

*Véase *Guerra atómica contra los insectos* en SELECCIONES de marzo de 1962.



MI ÚLTIMO recuerdo de George Bernard Shaw es el comentario que hizo al cumplir 90 años: "No olviden que lo que modifica nuestra conducta no es la experiencia, sino la expectativa". — Teresa Helburn



Krag, el indómito

*Condensado del libro "The Lives of the Hunted"**

UN REGALO para los ojos era Krag, el musmón de Kootenay. Cuando en esa apartada región del noroeste de las montañas Rocosas saltaba de risco en risco del pico de Gunder asentando apenas en las serradas peñas la velluda pezuña mientras jugueteaban en el lustroso pelaje los rayos del sol, antes se le hubiese tomado por fantástica aparición que por lo que era en realidad: un corpulento carnero montés de 135 kilos de peso y 10 anillos, correspondientes a otros tantos años de vida, en las encorvadas astas. ¡Y qué soberbias astas las suyas, arrolladas en espiral de vuelta y cuarto! Al amparo de la cornamenta abríanse los ojos, hermosas esferas color de ámbar con pupilas profundas y oscuras.

*Publicado en 1901 por Scribner's Sons. Esta selección aparece también en "Ernest Thompson Seton's America",

Por cinco años le había inculcado a su manada que recelase de las tierras bajas. Eran solamente las cumbres escarpadas que señorean la comarca, los picachos a los que llegan el mugido del viento y el rayo de la tempestad, pero en los que jamás alcanzarían a coger desprevenido al musmón las garras del puma ni los disparos del cazador, el propio y natural territorio de los carneros monteses. Sucedió, sin embargo, que un cazador viejo llamado Scotty McDougall llegó en sus correrías hasta una choza de la quebrada del Tabaco, y que, en divisando desde allí con los gemelos de campo la gallarda estampa de Krag, exclamó: "¡Qué cornamenta!" para añadir, anticipándose a los sucesos: "Será mi trofeo".

A reunirse con Scotty llegó días después el ganadero Lee acompañado de tres galgos rusos. A poco de esto, los dos hombres y los tres perros andaban por aquellas breñas buscando el rastro de Krag. Una vez divisaron el musmón, muy lejos y por sólo unos instantes, a considerable altura del lugar en donde ellos estaban; hacia allá se fueron, presurosos y esperanzados, de barranco en barranco. Aunque hallaron claramente impresas en la tierra blanda las huellas de la recia pata hendida, un trecho adelante, al entrar en las rocas, desaparecía por completo el rastro. Los perros, que andaban tomando el viento por las barrancas y bosquecillos de abedules enanos de las cercanías, lo encontraron por fin y, rompiendo a ladrar ruidosamente, salieron disparados en pos de la presa. Atravesando matorrales, saltando grietas, salvando casi en un vuelo risco tras risco, ágil, veloz, espléndido, seguro en todo momento de sí mismo, luciendo las soberbias astas con la misma desembarazada gracia con que una dama luciría un regio par de pendientes, iba Krag en su huida. Alarmadas, salían de sus escondites y seguían al adalid las demás reses de la manada. Se echaron la escopeta a la cara los cazadores, pero los galgos, al interponerse entre ellos y la única pieza que codiciaban, les obligaron a bajar el arma sin haber podido dispararla siquiera.

Continuó la persecución, pero Krag, seguido de la manada, iba ganando más y más terreno al buscar, ya en rauda carrera, ya en alígero salto, ya en repentino zigzagueo, la seguridad de las tierras altas. Al hallar cortada la retirada al picacho, torció hacia el sur. La persecución fue ahora a carrera abierta. Uno, dos, tres, cuatro kilómetros llevaron a Krag y a la manada que en larga hilera le seguía a la peñascosa sierra que termina, cortada a pico, en la quebrada de Skinkler. En un instante más se verían entre sus perseguidores y el

---

ERNEST THOMPSON SETON, naturalista que continuó la gloriosa tradición de Henry David Thoreau y John Burroughs, fue asimismo escritor notable. Murió en 1946, pero sus relatos de la fauna y de las leyendas le han hecho inmortal. Las páginas que le inspiró Krag sobresalen entre las mejores suyas.

abismo. Aterrorizada, sin escape posible, apiñábase la manada a pocos pasos del precipicio de 150 metros, y viendo enfrente a tres sañudos galgos y detrás de éstos a dos hombres más sañudos aún.

Krag no temía a los perros; contra ellos podía pelear. Muerte segura eran, en cambio, las escopetas de los cazadores. Ante esto, sólo quedaba un camino: las peñascosas escarpas del río Yak-in-i-kak. Por crueles que fuesen, no lo serían tanto como los hombres. Los perros estaban ya a 200 metros. O ahora o nunca; y a él, Krag, el carnero padre, le tocaba decidir la suerte de todos. Girando sobre sí mismo, avanzó hasta la saliente que formaba el borde de la escarpa. De allí se lanzó. Caía, caía Krag, mas no a ciegas, ni tampoco llevando por término la sima. A 10 metros del borde de la escarpa, una piedra, no mayor que la nariz del musmón, ofrecía un punto de apoyo, el único, en la pared que bajaba hacia las hirvientes aguas del encajonado río. En esa piedra hizo pie Krag y tomó momentáneo respiro. Su rápida mirada penetrante halló en la pared opuesta otro punto, que hasta entonces le había ocultado el saliente borde de la escarpa. Recogiendo el cuerpo, tensos los músculos, se dispuso a saltar ... Más que salto, fue vuelo aquel paso sobre el abismo. Tomando impulso en el nuevo punto de apoyo de tal suerte alcanzado, rebotó de allí a otro — apenas una rugosidad de la pared de enfrente—; de éste, en caída de seis metros, pasó a la piedra plana que, por más ancha, le prestaba segura posibilidad de salvación.

La manada siguió rápidamente a Krag. Cuando la última res de esa viviente catarata se desprendía de la salvadora rugosidad anterior a la piedra plana, tres bultos blancos y amarillos caían dando vueltas en el aire a hundirse en las turbulentas aguas del Yak-in-i-kak. Eran los galgos que, valientes y enardecidos por la caza, no consintieron que ni la misma muerte les hiciera cejar de la persecución.

Por un momento, de pie en el borde de la escarpa, Lee y Scotty se resistían a dar crédito a sus ojos. Scotty se soltó a maldecir. Lee tenía un nudo en la garganta.

"¡Bran! ¡Roldán! ¡Aída!" gritó al cabo, esperando contra toda esperanza. Mas la sola respuesta que hubo a su voz fue la lúgubre voz del viento que gemía en la quebrada de Skinkler.

Muchos fueron los cazadores a los que en los años siguientes se les iban los ojos tras la cornamenta sin par de Krag, el musmón de Kootenay. La fama de tan codiciable trofeo trascendió a las ciudades. Hubo quienes ofrecieron crecidas sumas por la espléndida cabeza. Aunque ya se venía encima el invierno, lo tentador de una de esas ofertas animó a Scotty a emprender tenaz y prolongada caza. Apercibido de escopeta, manta, tasajo, una olla, algo de chocolate, pipa con suficiente provisión de picadura y cerillas — que era a su juicio cuanto necesi-

taría— se puso resueltamente en camino. Siguió en la nieve el serpenteante rastro de Krag, que, aun cuando se mezclase a veces con el de la manada, era fácilmente reconocible por el mayor tamaño de la huella.

Cierto día, al oír un disparo, sintió Krag que algo quemante le rozaba un asta y le abría, de paso, un surco en el pelaje de la espaldilla de ese lado. Aturdido por un instante, recobrose luego y dio a la manada la señal que para los carneros monteses equivale al grito de "¡Sálvese quien pueda!" Se dispersó la manada. Pero Scotty, que tenía puesta la mira en Krag, no dejó que esto le distrajese. Sin perder de vista un solo momento al carnero padre, lo siguió cerro abajo en dirección al este; cruzó tras él la helada superficie del río Flathead; no le arredró lo escabroso del terreno para seguir todo aquel día el rastro que dejaba el musmón al huir hacia el nordeste. Cinco días llevaba en la terca persecución cuando sobrevino una ventisca. Desapareció Krag tras la remolinante cortina de la nevada. Borró la nieve sus huellas. Había perdido Scotty el rastro tan afanosamente seguido.

Al otro día, mientras oteaba la vasta extensión que lo separaba del lago Kintla, divisó un puntito negro que se movía a lo lejos. Corrió hacia allá, para salirle al paso al que, por la cuenta, debía de ser Krag. Pero al llegar adonde se prometía hallarlo, divisó al famoso musmón erguido en el cerro siguiente, a unos 450 metros de distancia. Ambos, perseguidor y perseguido, quedaron el uno a la vista del otro. Tomó Scotty la puntería y apretó el gatillo; pero la distancia era mayor que el alcance del arma.

Krag dio media vuelta y se alejó en dirección al este en tanto que Scotty iba en su seguimiento. El rastro era a veces claro; otras, lo borraba la nieve recién caída. Pero día tras día caminaban el musmón delante y el hombre yéndole a los alcances. Aunque el musmón parecía haberse dado cuenta de que el arma no ponía la bala más allá de 450 metros, prefería aparentemente no perder de vista al cazador, para saber así de dónde amenazaba el peligro. En cierta ocasión le ganó Scotty por la mano, y hasta habría conseguido dispararle de cerca, si el viento que soplaba del oeste no hubiese hecho que Krag oliera el peligro a tiempo.

Al cabo de un mes de incesante persecución, Krag empezó a experimentar los efectos del ajetreo a que esto le sometía. Scotty contaba para reparar las fuerzas con el tasajo y las pastillas de chocolate; aun agotado esto —de lo cual había llevado provisión para varios días— una liebre o un gallo de monte que se le pusieran a tiro de escopeta pasarían a la olla y de ésta, en un periquete, al estómago. Krag, que no disponía de las muchas horas que necesitaba para buscar escarbando en la nieve la escasa vegetación que por allí se daba, empezó

a sentir las punzadas del hambre, convertida ahora en su otro enemigo.

Trascurrieron dos semanas en las que Scotty y Krag se hallaban diariamente a vista uno de otro. Todas las mañanas, como el lobo que sale de la guarida, echaba Scotty a un lado la manta cubierta de escarcha e, incorporándose, gritaba: "¡Alza arriba, Krag, que ya es hora de ponerse en camino!" Desde el cerro donde estaba a conveniente distancia de Scotty, respondía Krag escarbando en actitud desafiante el suelo; tomaba en seguida el viento y echaba a andar, ya veloz, ya sosegadamente, pero conservando la delantera de 450 metros o más. Los ratos en que el cazador se sentaba a descansar le consentían a Krag herbajar un tanto. En una de tales ocasiones, al disponerse Scotty a reanudar la marcha, tiende la vista hacia el norte buscando a Krag, no lo encuentra, oye a su espalda impaciente resoplido, se vuelve a mirar, y qué ve sino a Krag. Había cambiado el viento, y Krag juzgó sin duda que era del caso marchar en la dirección correspondiente. Una vez que Scotty tardó dos horas en vadear un río que el musmón atravesó sin dificultad, oyó cuando alcanzaba la orilla un mugido de impaciencia, y al mirar en torno vio a Krag, que había desandado el camino, inquieto, al parecer, por la tardanza de su perseguidor.

En 12 interminables semanas de seguir al musmón por entre nieves y riscos de 10 largas serranías llevaba recorridos Scotty 800 fatigosos kilómetros. Tanto el hombre como el carnero estaban cada vez más flacos y ojihundidos. El hombre había encanecido visiblemente desde que emprendió su alocada aventura; al carnero le griseaba el pelaje de la cabeza y las espaldillas. Cierta mañana que ambos, Scotty y Krag, descansaban en sendos collados distantes entre sí 600 metros, algún espíritu maligno le sugirió a Scotty un ardid traicionero. Cortó el cazador unas ramas de abedul enano, y se hizo de un puñado de piedras. Se acercó luego al borde del collado y con las pocas prendas de ropa que pudo destinar a tal fin, arregló un muñeco que se le pareciese lo más posible. Acto seguido, colocándose detrás de este muñeco de manera que le ocultase a la vista de Krag, retrocedió, traspuso el borde del collado y desapareció. Al cabo de una hora de avanzar cautelosamente, gateando a ratos y quedando a ratos en acecho, dio con un collado a espaldas de aquel en que se hallaba Krag.

De allí vio Scotty a Krag: soberbio como un toro de casta, airoso como un ciervo, erguida la cabeza en que ostentaba las enroscadas astas a manera de las nubes de tempestad que a veces son diadema de las cumbres. Miraba Krag inquisitivamente al muñeco dejado por Scotty, como si le sorprendiese ver tan inmóvil al que con tanta diligencia le seguía siempre los pasos. A casi 300 metros de Krag se echó

en el suelo Scotty y, tomando a puñados la nieve, fue cubriéndose con ella hasta quedar vestido de su blancura. Entonces avanzó reptando por espacio de 200 metros más, fija de continuo la vista en la imponente cabeza del musmón. Hubo un momento en que el musmón miró en torno en actitud recelosa. Más y más fue acortando el cazador, con trabajosa maña, la distancia que los separaba. Al fin, escondido tras unas peñas, a escasos 50 metros de Krag, se detuvo y descansó. Por primera vez contemplaba desde tan cerca la famosa cornamenta. Veía, asimismo, el ancho pecho, la gallarda curva del cuello, aún robustos pese a las huellas que en ambos dejó el hambre; admirable aparecía a la vista de Scotty la soberbia criatura que respiraba vida al exhalar por el vaheante hocico el cálido aliento en tanto que el cuerpo todo le vibraba de energía bajo el sol mañanero; hasta llegó a ver Scotty, en fugaz relámpago, la luz de los ojos color de ámbar, Cuando apuntó a Krag con la escopeta, la mano del cazador, que nunca había temblado antes, estaba trémula, como si un vago temor lo poseyera.

Poco a poco la mano se afirmó; el semblante del cazador se tornó resuelto y duro. Sonó el disparo. Scotty, agachándose, ocultó la cabeza. Le llegó de lejos el ruido de algo que rebotaba contra las piedras; oyó después un resoplido; luego, nada. A los dos minutos, como el silencio era absoluto, levantó Scotty la cabeza y se aventuró a mirar.

Tendido en la nieve yacía un bulto gris pardo. En uno de los extremos, cual fabulosa hidra bicéfala, estaba la cornamenta en cuyas enroscadas astas quedó esculpido el paso de cada año de la espléndida existencia de una criatura espléndida. Acercándose lentamente, contempló Scotty en silencioso recogimiento, no el magnífico trofeo, sino los claros ojos color de ámbar, abiertos aún, en los que ni la misma muerte había opacado la irradiante gloria de la vida. Fue a sentarse Scotty a unos 20 metros de allí, vuelto de espaldas a la pieza cobrada. No alcanzaba a entender lo que sentía. Era él, por otra parte, hombre muy poco acostumbrado a hallar palabras para sus sentimientos. Largo rato se estuvo sin despegar los labios. Al fin murmuró: "Le devolvería la vida, si pudiera".

Pasaron cuatro años. Scotty, llamado ahora "el viejo Scotty", no había vuelto a cazar.

Cierto día, un antiguo socio se detuvo ante su choza.

—Déjame verlo, Scotty.

—Como quieras —respondió el viejo, volviendo a medias la cabeza hacia un bulto cubierto que había en la pared.

El forastero tiró del trapo, y el fuego de la hoguera se reflejó en los vidriosos ojos, que lo miraron sanguinolentos e iracundos.

—Cuando hayas terminado, tá-

palo —dijo Scotty ásperamente.

—¿Por qué no lo vendes?

—No lo venderé nunca. No pienso separarme de él, a su lado estuve hasta que lo maté, y él estará conmigo esperando su desquite. Me acabó en aquel viaje, me hizo envejecer, y todavía no ha terminado. Te digo que no es su testuz lo único que hay aquí: cuando sopla el sudoeste por la quebrada del Tabaco, oigo ruidos que no hace el viento: lo oigo resoplar, como el día en que murió, mientras yo esperaba, tumbado casi a su lado.

Nadie recuerda hoy a Scotty. En el salón de cierto palacio ocupa el puesto de honor una cabeza de carnero montés, trofeo preciado entre los más preciados. Quienes detienen la mirada en la soberbia cornamenta, hablan aun hoy del maravilloso musmón que habitó en el pico de Gunder, allá en las apartadas montañas de Kootenay.



Charlas y parlas

"Carrousel" matrimonial. Inteligente es el hombre que declara estar de acuerdo con su esposa, de manera tan convincente, que ella cambia al punto de parecer. (*Look*) ... El saber a medias es cosa peligrosa, pero lo es más cuando uno se cree que la esposa no sabe de la misa la media. (F. P. J.)

Letreros. En el escaparate de un oculista: "Si no ve usted lo que quiere, este es el lugar que le conviene". — *Daily News*, de Nueva York

Sabiduría. El color de sus ojos lo determinó la herencia, pero el brillo se los da el medio ambiente. (*Sentinel*, de Pomeroy, Ohio) ... Hay tareas que tenemos que aplazar muchísimas veces antes que se nos olviden por completo. (*Grit*)

Juguete irrompible es aquel que usa el niño para romper todos los demás. (*Democrat*, de Bates County, Misurí) ... Un regalo práctico para la chica que lo tiene todo sería un silbato de policía. (M. J.)

¡Así hemos progresado! Uno de los resultados que se han logrado con las nuevas super-autopistas es que se produzcan embotellamientos de más tremendas proporciones que nunca. — H. B. en *The Saturday Evening Post*

Ostentación: Magnificencia exterior que nos irrita por no estar al alcance de nuestro propio bolsillo. — G. S. G. en *The Saturday Evening Post*

Los niños pueden aprender desde temprano

Incluso a la más tierna edad es el niño capaz de asimilar una suma sorprendente de conocimientos, con tal que se le den en pequeñas dosis y en el momento oportuno.

POR LA DOCTORA MARGUERITE KURTH FREY

Condensado de "Parents' Magazine"

MIENTRAS contemplaba arrobada en mis brazos aquel montoncito de carne sonrosada que era mi primer hijo, y escuchaba sus vagidos, mi marido me dijo:

—Vamos a hacer algo más que cuidarlo físicamente: algo más que darle la papilla, vestirlo y acunarlo bien abrigadito entre mantas cantándole la nana. Le daremos algo más que eso.

¿A qué padres no hace vibrar el mismo generoso impulso? No obstante, a medida que van pasando los primeros meses y años de la existencia del niño, la urgencia de satisfacer las necesidades esenciales nos hace olvidar aquella buena intención de dar al nene *algo más*.

Es asombrosa, sin embargo, la capacidad de asimilar que posee un chiquitín. Téngase presente que la inteligencia de un parvulito, pese a sus caprichosas divagaciones aparentes, es como un papel secante que absorbe cuanto se ponga en contacto con él. Cosa que conozca: un cuadro, el nombre de una flor, el modo de hacer algo, cosa que no se le olvida más.

Entremos en el mundo del arte. No veía yo por qué nuestros niños no habían de familiarizarse con Dufy o con Degas tanto como con el mismísimo Pato Donald. Y no me costó ni pizca de trabajo conseguirlo. Todo se redujo a mostrarles

las pinturas. Mi hija se extasía contemplando unas bailarinas de Degas. No tiene más que tres años; pero se queda como embrujada. Los alegres tonos de Dufy deleitan a los pequeñuelos. Recorto de las revistas reproducciones de cuadros para mostrárselas. Huelga decir que en más de una ocasión sobre las pinceladas del autor se extiende alguna que otra chafarrinada de pegajosa confitura, o padece serio menoscabo la integridad del cuadro. En todas las librerías se encuentran reproducciones baratas. Yo las guardo apiladas en una caja grande de cartón.

A veces las fijo a la pared por encima de la mesa de la cocina en que sirvo el desayuno y el almuerzo de los niños. Una exposición giratoria es más interesante que eso de ver en las paredes las mismas figuras un día sí y otro también. Al colocar un cuadro y al quitarlo, les digo a los chicos el título del mismo y el nombre de su autor. Las vistas de lugares famosos y pintorescos, así como los mapas, les van dando a conocer la maravillosa faz del mundo.

Echamos repetidos vistazos directamente a la Naturaleza y cuanto la realza y hermosea. Acostumbraba yo a salmodiarles 17 veces frente a otras tantas flores: "¡Mirad qué flor tan linda!" Hasta que un día me reproché allá en mi interior: "¡Qué archipesada me pongo!"

Comencé entonces a dar a cada una de las flores su nombre. Los niños los repiten encantados. Cuando se agotaba mi escaso caudal de conocimientos florales, apelaba yo a una de esas guías botánicas *ad usum vulgi* que se venden en rústica y, si la cosa apretaba, acudía a todo un grave señor librote de la materia. El resultado fue que los niños, al ver las flores, gritaban alborozados: "¡Mira una margarita... una clavellina... una azucena!" Y así fue como llegaron a tratar las flores lo mismo que a viejas amigas.

Salimos a dar un paseíto de 10 minutos todos los días. Lo damos hasta en invierno: es tonificante para los chicos y me libra a mí de la sensación de encierro. Volvemos a casa con una hoja, una flor, un insecto, una piedra, una ramita que tratamos de clasificar. O procuramos recordar el grito de un ave que hemos oído y consultamos la *Guía de las aves canoras* de Aretas Saunders hasta dar allí con el nombre y los pelos y señales del desconocido gorjeador.

Educar a los pequeñuelos lleva poco tiempo. Todo es cuestión de atinar con lo que se debe decir o mostrar cuando una ocasión propicia se nos presente de modo natural y espontáneo, y no traída por los cabellos. Ese es el secreto de la educación en el hogar: aprovechar sólo los instantes de calma y tranquilidad. No podéis hacer tragar a un chiquillo ocupado o preocupado hechos, nombres y datos, como si fuese un pato de ceba al que se embute maíz. Y guardaos muy bien de repetir el consabido canto de sirena: "Aprende esto y te daré un carame-

lo". Maldito el efecto que surte la promesa.

Tengo para mí que la hora del desayuno es uno de los momentos más favorables del día para aleccionar a los pequeños. Todavía no anda la máquina fisiológica a todo vapor, y los comensales musitan y gorgoritean plácidamente entre cucharada y cucharada de cereal. Les leo entonces alguna poesía que presumo haya de gustarles. Y los oigo después repetirse a sí mismos, balbuciendo y tropezando, versos de Shakespeare mezclados con poemas infantiles.

La hora de irse a la cama es, por de contado, muy favorable para aprender con cierta delectación. La aprovechamos para relatarles cuentos y darles una sesión de música. Ponemos discos infantiles y, de vez en cuando, intercalo uno para mayores de mi colección propia. Poco a poco, a fuerza de oírlos, se aficionan a ellos, y no tengo que hacer mayor esfuerzo para llegar a ese resultado. Se aprenden el título y el nombre del autor cada vez que se toca la pieza. Respecto a la lectura, nos quedamos sorprendidos al descubrir que los chiquitines se sienten tan hechizados por las cosas reales como por las risueñas creaciones de la imaginación. El mago de las narraciones de pura fantasía y el oceanógrafo comparten en igual medida la admiración de los pequeñuelos. Para éstos, el mundo de las realidades es un jardín de hadas y el mundo de los cuentos de hadas es una realidad. Lo mismo el uno que el otro seducen y embelesan a los niños.

Tenemos a nuestros hijos a nuestro lado de una manera constante sólo cinco o seis años. Es fácil explicarles en unas cuantas palabras sencillas la índole y la finalidad de nuestros quehaceres caseros. Lo mismo si se trata de un trabajo de reparación del portal del fondo que está haciendo papá o de una torta que esté confeccionando mamá. Mi marido deja a los impacientes mirones que martillen a su modo lento y torpe. Desde luego, hay que armarse de paciencia; pero la cosa lo merece.

Y de esta suerte, mezclando en dosis oportunas una migaja de paciencia, una pizca de inteligente dirección y su buen trozo de perseverancia, hemos conseguido enriquecer nuestras propias vidas y echar los cimientos de una amplia educación para nuestros chicos. Y conste que a éstos les gusta la fórmula a rabiar. Y —¿por qué negarlo?— a nosotros también.

Pertinentes e impertinentes

Cuando al humorista James Thurber le hacían la pregunta consabida de "¿Cómo está su esposa?" solía responder: "¿Comparándola con quién?"

—J. B.

¿Quién debe tomar las grandes decisiones militares?

Los jefes militares podrán impacientarse por estar sujetos a la autoridad civil, pero esta sujeción tiene una sólida razón de ser.

Por Joseph Alsop

Condensado del "Herald Tribune" de Nueva York

Es tiempo ya de examinar esta cuestión fundamental: ¿Quién debe tomar las grandes decisiones militares? ¿Los profesionales de la milicia o los altos funcionarios civiles del gobierno?

Quienquiera que busque la respuesta atinada a tal pregunta debe tener presente, ante todo, algo esencial en la defensa de cualquier nación en la época moderna: los incesantes y aterradores progresos alcanzados por innumerables especialidades científicas aplicables a la guerra. La técnica militar, que quizá cambiase cada cien años antes de la era industrial y cada veinte antes de la segunda guerra mundial, se halla en la actualidad en rápida y continua evolución.

A causa de ello, raro es el oficial cuyos conocimientos no quedan anticuados antes de que alcance el grado de general. Es natural que los miembros del arma de caballería crean fervientemente en la caballería, que los generales de un cuerpo de bombarderos pongan su fe en esta arma, y que los almirantes al mando de portaaviones depositen su confianza en esos buques. Pero si los armamentos en que unos y otros confían se pasan de moda, en ese preciso momento generales y almirantes se quedan también anticuados, pues se resisten con em-

peño a cambiar de modo de pensar.

En los Estados Unidos, Robert McNamara, secretario de la Defensa, ha sido blanco de crecientes censuras en meses pasados y se le acusa de "entremeterse" en los asuntos que conciernen a los jefes del estado mayor conjunto.

La historia de la actuación del ejército y la armada norteamericanos entre las dos guerras mundiales ofrece incontables y tristes muestras de la incapacidad de los jefes superiores de la milicia para desechar métodos y armamentos que se han envejecido.

En el decenio de 1920 a 1930, el general Billy Mitchell, a causa de su previsora fe en el poderío aéreo, fue depuesto de su cargo, víctima de los generales del arma de caballería, que privaban a la sazón en el ejército, y de los almirantes jefes de acorazados, que dominaban en la armada. Las pruebas de bombardeo efectuadas entonces por Mitchell, aunque primitivas aún, debieron ser suficientes para demostrar la justicia de su alegato en contra del parecer de los almirantes. Mas éstos se negaron a dejarse convencer hasta que, en 1941, el *Prince of Wales* y el *Repulse* se fueron a pique de resultas de los ataques aéreos japoneses, ataques por lo demás muy débiles.

De la misma manera, la doctrina del uso de los tanques, tan brillantemente propugnada por el entonces coronel Charles de Gaulle, debiera haber servido de base a los planes militares de franceses e ingleses antes de la última guerra. Nadie, sin embargo, ejercía entonces influencia bastante para imponer la modernización a los altos jefes militares de Francia e Inglaterra. Y así, la doctrina de Gaulle fue adoptada únicamente por el estado mayor alemán... que había aprendido mucho de esa gran fuerza modernizadora y reformadora de un ejército: la derrota total.

En la posguerra, la lección práctica más evidente y aterradora se encierra en la historia de los trabajos que realizó el estado mayor de la fuerza aérea de los Estados Unidos con motivo de los primeros proyectiles teledirigidos. Terminada la guerra, el alto mando de la aviación se hallaba totalmente bajo el dominio de ciertos jefes que por entonces estaban profundamente convencidos (más de lo que hoy lo está el general Curtis LeMay) de que "nada podría remplazar a los bombarderos". El perfeccionamiento de los proyectiles teledirigidos, pues, recibió de aquéllos tan débil impulso que los Estados Unidos tardaron varios años en construir una sola copia, capaz de funcionar, del proyectil V-2 alemán cobrado como botín de guerra.

Por añadidura, los partidarios del bombardero (miembros del estado mayor de la fuerza aérea) fueron quienes fijaron las características que debía tener el primer proyectil teledirigido norteamericano de largo alcance. Ya por sí mismas tales características, que habrían hecho necesaria la fabricación de un arma

de la magnitud y forma del edificio Empire State de Nueva York (el más alto del mundo), hicieron incosteable la realización de un programa serio de construcción de esos proyectiles.

En 1953, sin embargo, salvaron a los Estados Unidos dos civiles (y la expresión salvar no es en modo alguno exagerada): Harold Talbott, ex-secretario de la Defensa Aérea, y Trevor Gardner, a la sazón subsecretario de la misma, quienes posteriormente se vieron destituidos en recompensa a sus afanes. Talbott y Gardner lograron primeramente que se nombrara una comisión, presidida por el extinto Dr. John von Neumann, que se encargaría de estudiar el programa para la construcción de proyectiles teledirigidos.

La comisión propuso cambios radicales en las características fijadas para el arma, cambios que hicieron posible el nuevo plan de construcción de los proyectiles teledirigidos intercontinentales. De este plan surgieron los actuales Atlas y Titanes. La reacción del estado mayor de la fuerza aérea fue áspera y casi unánimemente negativa. En realidad, fueron Talbott y Gardner quienes obligaron a la fuerza aérea a aceptar el informe rendido por la comisión del Dr. von Neumann, y ellos solos convencieron a Charles Wilson, entonces secretario de la Defensa, de que pusiera por obra el nuevo programa, a despecho de la oposición del estado mayor del arma aérea.

En verdad, sólo hay dos maneras de asegurarse un moderno sistema de defensa cuando la técnica hace tan rápidos progresos. La una es confiar en la dirección civil. La otra, permitir a los de caballería, o a quienes les hayan de suceder, que gasten cuanto quieran en sus armas predilectas, pero sin dejar de asignar todos los fondos que hagan falta para adquirir también los armamentos más nuevos.

Excusas escolares

Una maestra amiga me mostró una divertida esquela que le había escrito mi cuñada, persona muy ocurrente: "Sírvase excusar a mi hijito por haber faltado ayer. Yo no hubiera disfrutado la llegada del circo sin él a mi lado". —E. M.

Como Marcos es el menor de cuatro varones, la familia le da mucha importancia a su asistencia al jardín infantil. Un día llegó tarde a la escuela con la excusa siguiente, que le había escrito su mamá: "Le ruego perdonar a Marcos por llegar retrasado. Esta mañana lo degradaron de cacique a indio, y la ceremonia se prolongó un poco más de lo previsto". —M. A. E.

Dibujo de la Mona Lisa, atribuido también a Leonardo de Vinci, que se exhibe en un museo de Chantilly, cerca de París. Foto: Giraudon



No es sólo el enigma de su sonrisa lo que da a la Mona Lisa su misterioso atractivo

La hechicera del Louvre



La Mona Lisa, cortesía del Museo del Louvre (París) Foto: Giraudon-Agraci

POR GEORGE KENT

Condensado de "U. S. Lady"

MONA LISA está de nuevo en París. Se halla bien segura en la pared del Museo del Louvre, resguardada por grueso vidrio a prueba de bala. Los peritos la han examinado centímetro por centímetro, con microscopio, con rayos X, e informan que el viaje que a principios de año hizo a los Estados Unidos no le causó

detrimento alguno. La enigmática sonrisa permanece inalterable. Si algo cabe decir del misterioso hechizo con que atrae a cuantos la contemplan, es que ha dilatado su imperio.

Explicable parece que en París, donde es la Mona Lisa una especie de monumento nacional, atraiga tantos visitantes como la torre Eiffel o la catedral de Notre-Dame. Mas ¿cómo explicar que 1.500.000 estadounidenses (y la mitad de ellos era la primera vez que iban a un museo) permaneciesen horas y horas soportando el frío invernal en espera de turno para contemplarla por breves instantes en Washington o en Nueva York? ¿Fue debido a que ese cuadro es la obra maestra del pincel de un genio? Según los críticos de arte, un centenar de obras hay, en el mismo Museo del Louvre, no menos admirables. Es, empero, la Mona Lisa la que se lleva la palma; la que inspira canciones, poemas, óperas, libros.

Objetivamente considerado, el cuadro es una tabla de madera de álamo negro de Italia sobre la cual se extendió una delgadísima capa de pintura, con tan consumada maestría que ni aun con los rayos X se advierten las huellas del pincel. Tan tenues y trasparentes son las capas superpuestas del color, que la capa del blanco, cuidadosamente preparada, todavía conserva sus reflejos debajo de ellas y da al conjunto una gran luminosidad. El cuadro, ejecutado en Florencia por Leonardo de Vinci hace más de 400 años, mide 76 por 53 centímetros.

—¡Pero qué pequeño es! —exclamó en Washington uno de los que primero habían ido a verlo, convencido, a lo que se colige, de que cuadro tan famoso sería de tamaño proporcionado a su fama.

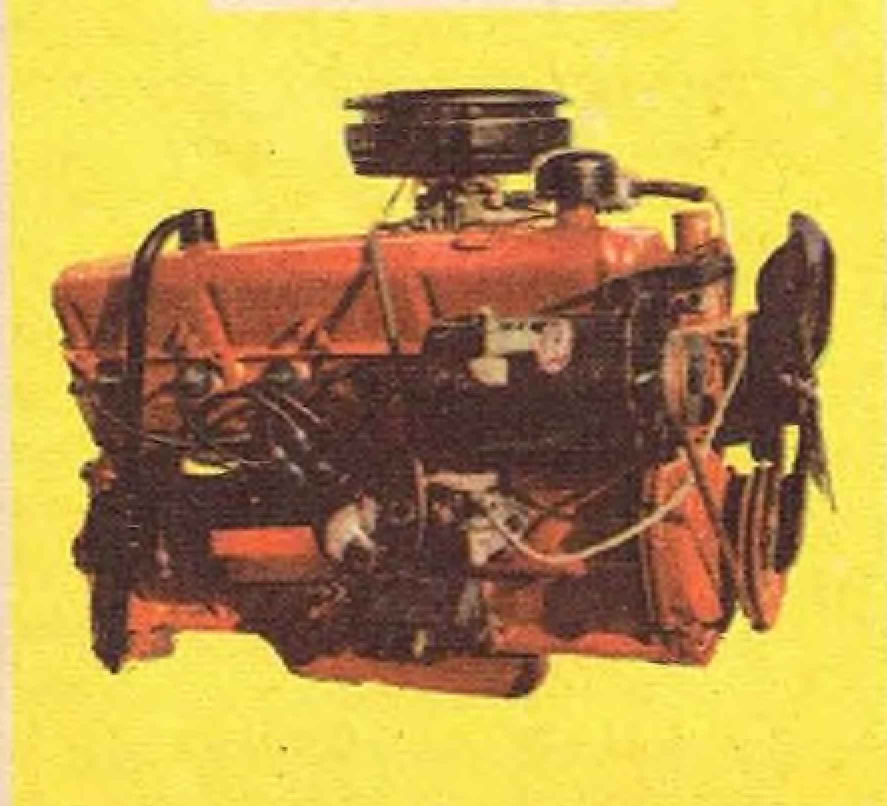
En la Mona Lisa se notan ya los efectos del paso de los años. Los restauradores del Louvre no se atreven a limpiar ese cuadro, temerosos de que el más leve roce del algodón empapado en disolvente altere en algo la preciosa superficie de la tabla. Ofrece la pintura, antes tan tersa, ligeras resquebrajaduras. Las hermosas tintas se han desvaído; repetidas capas de barniz han amortiguado el antiguo esplendor. Una grieta de la tabla quedó hábilmente reparada mediante la inserción de una cuña en forma de mariposa. Se advierten en la madera perforaciones dejadas por la carcoma. Mas con todo, pese al menoscabo acarreado por el tiempo, Mona Lisa conserva su embelesador atractivo.

Débese en parte la magia de ese cuadro a la manera como las manos de Mona Lisa, que reposan plácidamente una sobre otra, cautivan la mirada para llevarla en torno a la figura mientras que el rostro y los ojos, vueltos ligeramente de lado, la atraen de nuevo al punto de partida. La graduación de claros y oscuros con que se da forma y relieve a la figura, así como la actitud de ésta y el propio estilo del pintor, marcan un momento decisivo en la historia de las bellas artes. La ausencia de joyas y la sencilla dispo-

POTENCIA en el *Valiant II*

NUEVO MOTOR DE 137 HP





Cilindrada, 3687 c.c. (225 pulg.^{3}) ¡El famoso Slant Six (6 cilindros, inclinados) de CHRYSLER, está más potente que nunca!

Dinámico pique, rápida aceleración, marcha firme. Todo esto brinda a usted la potencia extra del VALIANT II. Y para mayor satisfacción suya, muchos años de excelente automóvil con un mínimo de preocupaciones y gastos.

Por eso se dice que... "hay más VALORES en el VALIANT II." Suspensión por barras de torsión y rótulas esféricas... Fuerte caja de tres velocidades adelante y marcha atrás... Lujosos interiores con tapizados al tono.

Valiant

Producido por

FEVRE Y BASSET LTDA. S.A.



CHRYSLER ARGENTINA S.A.

Miembro de la Asociación de Fábricas de Automotores

Véalo en el Concesionario Autorizado

sición del cabello, que cae sin artificio hasta los hombros —cosas ambas inusitadas en los retratos de la época— revelaron a los pintores el campo que ofrecía a su inspiración la hermosura de personas pertenecientes al estado llano.

En la historia del arte no era una novedad la famosa sonrisa de ese retrato. Se había acusado ya la misma sonrisa callada, levemente irónica y vaga en los labios de algunas estatuas góticas, tanto de la catedral de Reims como de otras catedrales.

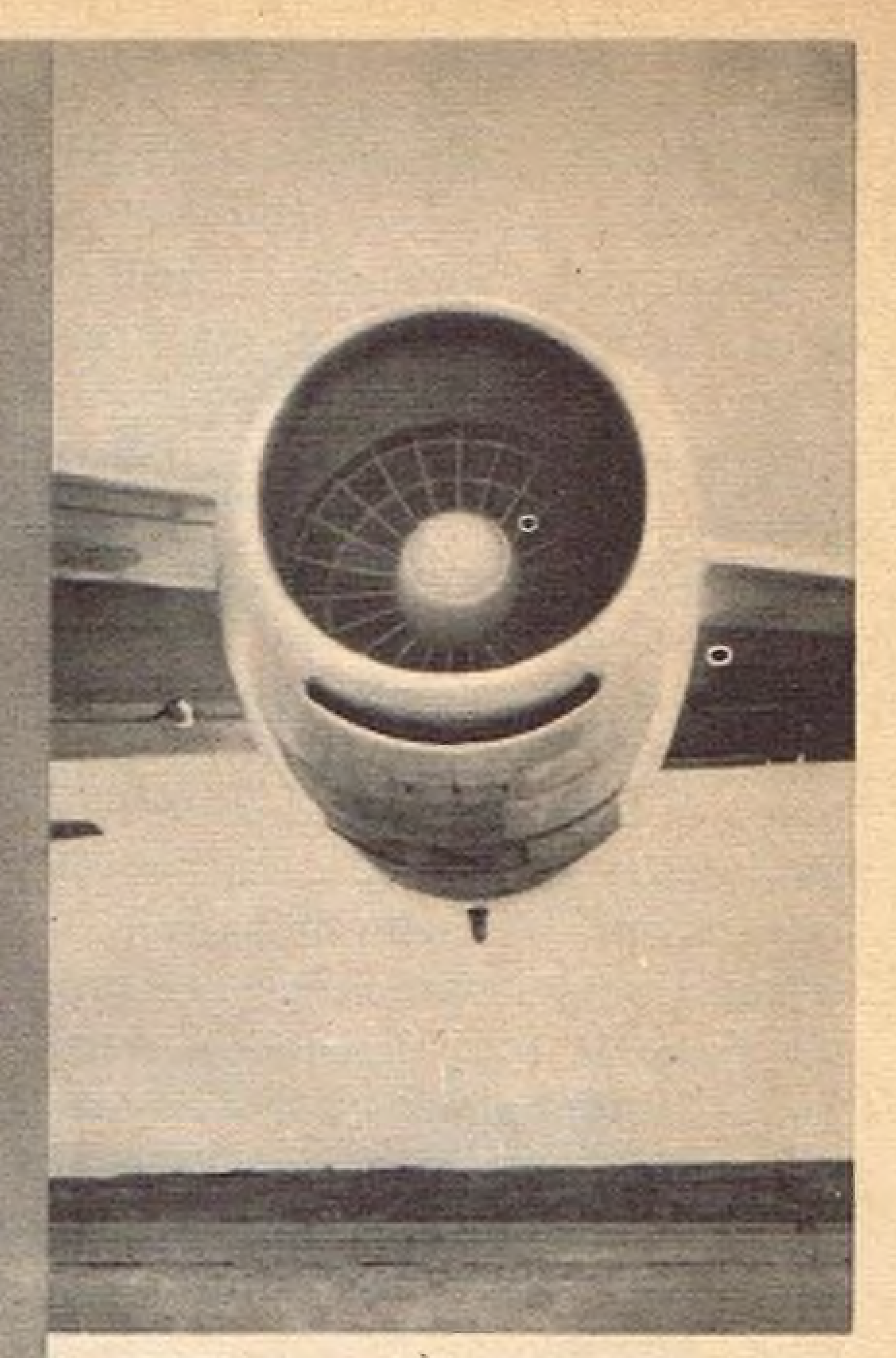
Quién fuese en realidad Mona Lisa, acaso nunca lo sepamos. La tradición más generalmente aceptada da por cierto que fue Lisa Gherardini, esposa de Francesco de Zanobi del Giocondo, florentino de modesta condición, de cuyo nombre vino que la llamasen la Gioconda. Andaba ella por los veintitantos años cuando, en los de 1503 a 1507, sirvió a Leonardo de modelo. Cuentan que en los cuatro años que duró la ejecución del retrato llevaba Leonardo al taller músicos y narradores de cuentos, para que, al escucharlos la modelo, asomase a su rostro la hoy famosa sonrisa.

Algunos eruditos sostienen que no fue Lisa Gherardini, sino otra mujer, la que sirvió de modelo. A la verdad, no hay noticia de que Francesco del Giocondo comprase el retrato; y, antes bien, es un hecho que nunca le fue entregado. Por espacio de años el título del cuadro, según consta en el real inventario de Francia, fue *La cortesana del velo de gasa*. En no menos de 20 cuadros, algunos de ellos pintados por discípulos de Leonardo, aparece desnuda o envuelta en trasparentes velos la misma mujer que sirvió de modelo para el retrato de Mona Lisa.

Se supone con algún fundamento que Costanza d'Avalos, amante de Giuliano de Médici, pudo haber sido la que sirvió de modelo para el célebre cuadro. Otra candidata para este honor es la princesa Isabel d'Este, de la cual se sabe tan sólo que dio a Leonardo constantes muestras de admiración y de amor.

Lo verdaderamente enigmático no es acaso la identidad de la Mona Lisa, sino la extraordinaria personalidad de su creador. Fue Leonardo de Vinci escritor notable. Dotado de hermosa voz, solía acompañarse con la lira al entonar canciones, en muchos casos compuestas por él mismo. A más de haber sido autor de obras maestras de pintura, construyó canales, desecó terrenos, fabricó cañones. A él se debe la invención, al menos en teoría, del obús, de una máquina voladora, de una especie de campana de buzo y de una orquesta completa de instrumentos musicales. De todos estos inventos dejó constancia en sus notas. Pero tan reservado era que las escribió en cifra, y no dio cabida en ellas a nada que se relacionase con su vida emocional ni con sus obras maestras. Esto no obstante, es indudable que la Mona Lisa era su obra preferida. De las muchas que tenía en su taller, fue la única que llevó consigo cuando, herido en su





¿Quién recibe en Líneas Aéreas IBERIA una atención aún más cuidadosa y personal que el pasajero mismo?

Yo!

Nuevo-Unica salida a MADRID, dos veces por semana al anochecer! Los lujosos Jets DC-8 con motor TURBO-FAN salen los Miércoles a las 19.10 y los Domingos a las 19.55. Para una atención amable, pródiga, personal, vuele por IBERIA Líneas Aéreas de España. Unicamente el propio avión recibe un servicio aún más minucioso que Ud.

Nuevo- A Europa con una sola etapa: RIO!

El vuelo del DC-8 del Domingo hace una sola etapa: RIO DE JANEIRO.
El vuelo del Miércoles hace también escala en MONTEVIDEO.



LINEAS AEREAS DE ESPAÑA

Para informaciones y reservas, consulte a su Agente de Viajes I. A. T. A.

IBERIA Líneas Aéreas de España S. A. - Cangallo 545 - T. E. 46-5101-6919 y 6963 - Bs. As.

amor propio, abandonó a Italia, pasó los Alpes y fue a establecerse en Francia. Allí, andando el tiempo, le compró ese cuadro el rey Francisco I.

Desde entonces hasta nuestros días ha estado en Francia la Mona Lisa, salvo un corto período en 1913, cuando el albañil italiano Vincenzo Peruggia, que dos años antes había robado del Museo del Louvre el famoso cuadro, lo llevó a Florencia para tratar de venderlo en 500.000 francos oro. Devuelta al Louvre, la Mona Lisa permaneció en este museo hasta la segunda guerra mundial, cuando hubo de viajar de nuevo, esta vez en la misma Francia, de castillo en castillo, para escapar en no menos de cuatro ocasiones de aquel infame coleccionista de obras de arte que se llamó Hermann Goering.

En vísperas del viaje de la Mona Lisa a los Estados Unidos emplearon los técnicos cinco semanas en someter a toda clase de pruebas la caja metálica acondicionada contra choques e interiormente revestida de caucho sintético en la cual iría el cuadro, puesto en pie, bien encajado y sujeto en las ranuras de dos planchas de poliestireno. Se cuidó de que el interior de la caja estuviese constantemente a una temperatura de 20°C. y de que la humedad fuese de 55 a 60 por ciento.

En el trayecto de París al Havre escoltaron el cuadro motociclistas de la policía y varios coches en que viajaban agentes de la secreta. A bordo del trasatlántico *France* se le destinó un camarote de lujo situado en la parte central del barco, donde los balances y cabeceos son menos perceptibles. Seis guardias que se turnaban cada cierto tiempo vigilaban allí las 24 horas del día. En los dos camarotes que quedaban a uno y otro lado de aquél se alojaron, respectivamente, el director de museos de Francia y un conservador del Museo del Louvre.

El camión, dotado de muelles amortiguadores como los de las ambulancias, en el cual viajó la Mona Lisa de Nueva York a Washington iba precedido y seguido de escolta armada. Durante su paso por el túnel de Lincoln, que comunica a Nueva York con Nueva Jersey, y por el túnel de la bahía de Baltimore, quedó suspendida en ambos lugares la circulación de vehículos. En Washington instalaron en la Galería Nacional de Arte un equipo especial de generadores destinado a remediar cualquier falla que pudiera presentarse en los aparatos de acondicionamiento de aire.

El 8 de enero, a las tres semanas de haber llegado la Mona Lisa, se inauguró la exhibición con asistencia de 2000 personas, entre las que se contaban el presidente Kennedy y su esposa, los ministros, los miembros de ambas cámaras, el cuerpo diplomático y numeroso gentío (tan numeroso que sólo desde lejos pudo la mayoría de quienes lo formaban echar una mirada al famoso retrato). En el curso de la exhibición, la señora Madeleine Hours, representante del Louvre, temerosa

de que el calor resultante de las luces de la televisión enfocadas en la Mona Lisa fuese más del que convenía, quiso salir de dudas consultando el higro-termómetro instalado detrás del cuadro, y con tal propósito pasó al otro lado del cordón de seda que impedía al público acercarse más de lo debido a la Mona Lisa. Uno de los infantes de marina que montaban guardia, creyendo que Madame Hours se proponía cometer un atentado, esgrimió contra ella la bayoneta, que por fortuna alcanzó apenas a rasgar el traje de la señora. La inmediata intervención de un agente de la policía secreta que acudió en auxilio de la agredida puso fin al incidente.

El número de visitantes que fueron en Washington a la Galería de Arte en cada uno de los 27 días que estuvo allí la Mona Lisa superó diariamente todas las marcas anteriores, y alcanzó en el último día la cifra de 61.305. En Nueva York, donde no llegó a estar la Mona Lisa un mes completo, atrajo al Museo Metropolitano de Arte 1.077.521 visitantes. Coronada así su gira triunfal, inició viaje de regreso a bordo del *United States.*

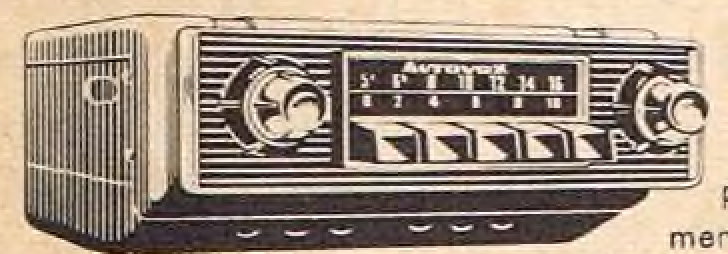
¿Ocupa la Mona Lisa el primer lugar entre todas las obras maestras de la pintura? Algunos críticos no lo creen así. Pero la mayoría de ellos, desde la época de Leonardo de Vinci hasta la presente, hallan que esa obra de Leonardo ejerce un encanto irresistible. "Este cuadro me atrae, se apodera de mí, me absorta", dice Jules Michelet, el gran historiador francés del siglo XIX. "Tengo que ir a contemplarlo, he de buscarlo a pesar mío". Y el paso triunfal de la Mona Lisa por Washington y por Nueva York viene a decirnos que, en este año de 1963, continúa ejerciendo dondequiera su misterioso, imperecedero hechizo.

Del diario batallar

En Londres se declararon en huelga 200 trabajadoras de una fábrica al descubrir que les estaban llevando cuenta de sus visitas al tocador. Pero pronto se llegó a un acuerdo con la gerencia. En lo sucesivo, se permitirá a las obreras fumar en sus mesas de trabajo, a cambio de que se abstengan de lavar medias en los lavabos, de hacerse permanente unas a otras y de lavarse la cabeza en horas hábiles. —A. P.

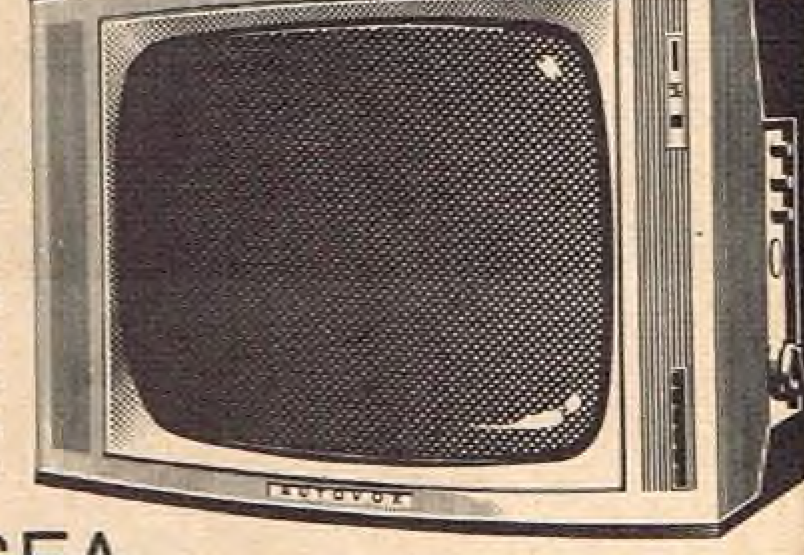
Un tribunal de distrito de Bonn (Alemania) fallaba así un litigio reciente: "En principio, no se puede considerar como accidente de trabajo ni percance sufrido en horas hábiles el que un empleado público descanse con ambos codos apoyados sobre el escritorio, se resbale lateralmente en esa posición y se lesione la cabeza, la nariz o la barbilla al pegar contra el filo del mismo escritorio". —*Freedom & Union*

su auto-radio



Cualquiera sea la marca o modelo de su coche, Autovox brinda el modelo de autoradio especialmente adecuado. Con Autovox en su coche, no más vibraciones ni ruidos parásitos, gracias al sistema de válvulas y transistores alimentados por batería, exclusivo de Autovox.

su televisor



En su hogar, t. v. Autovox Modelo 892 de 23", único con control automático de brillo, único con frente panorámico convexo, único con control visual de sintonía "ojo mágico", único con control de relieve, único con chasis vertical giratorio, único con sonido Hi-Fi de dos parlantes elípticos, uno de ellos de 6" x 9", y dos controles de tono, único con luz ambiental "tranquilizante"

...QUE SEA

AUTOVOX

ES GRAN CALIDAD EUROPEA!

prestigio electrónico internacional



Garantía y Respaldo de

AUTOVOX ARGENTINA S.A.

USPALLATA 2430 - T.E. 91-9251 AL 56 - Buenos Aires

© ESPACIO PUBLICIDAD

Un destacado especialista en cuestiones de seguridad nos recuerda que la mejor excusa no nos salvará la vida . . . pero quizá nos la salve un cinturón de seguridad.

El cinturón que puede salvar su vida

POR PAUL KEARNEY *Condensado de "Family Safety"*

EN ESTA era del viaje aéreo, en la que nadie se opone a abrocharse el cinturón de seguridad en un avión, hemos sido remisos en aplicar al automóvil el mismo principio protector. ¿Por qué no es mayor el número de personas que compran y usan lo que, según todos los expertos, es la pieza de equipo protector más eficaz de que se dispone para reducir el número de heridos y muertos en accidentes de automóvil? Varios estudios independientes revelan que las excusas más frecuentemente citadas son las que exponemos a continuación, juntamente con las razones que demuestran su completa falta de fundamento.

El temor de quedar atrapado en un coche incendiado o sumergido. Este tipo de accidente es el que tiene menos probabilidades de ocurrir: en un análisis de 10.000 accidentes en que hubo heridos, el grupo de Investigación de Lesiones en Accidentes de Automóvil de la Universidad de Cornell encontró que el fuego sólo figuraba en el 0,2 por ciento de los casos, y la sumersión sólo en el 0,3 por ciento Aun cuando ocurra uno de estos accidentes, está uno mucho más seguro si va provisto de un cinturón, porque éste evita que algún golpe lo deje a uno inconsciente o lesionado y, por tanto, incapacitado para salvarse por sí solo. Y el cinturón está hecho de manera que el pasajero o quien acuda en su socorro pueda soltarlo

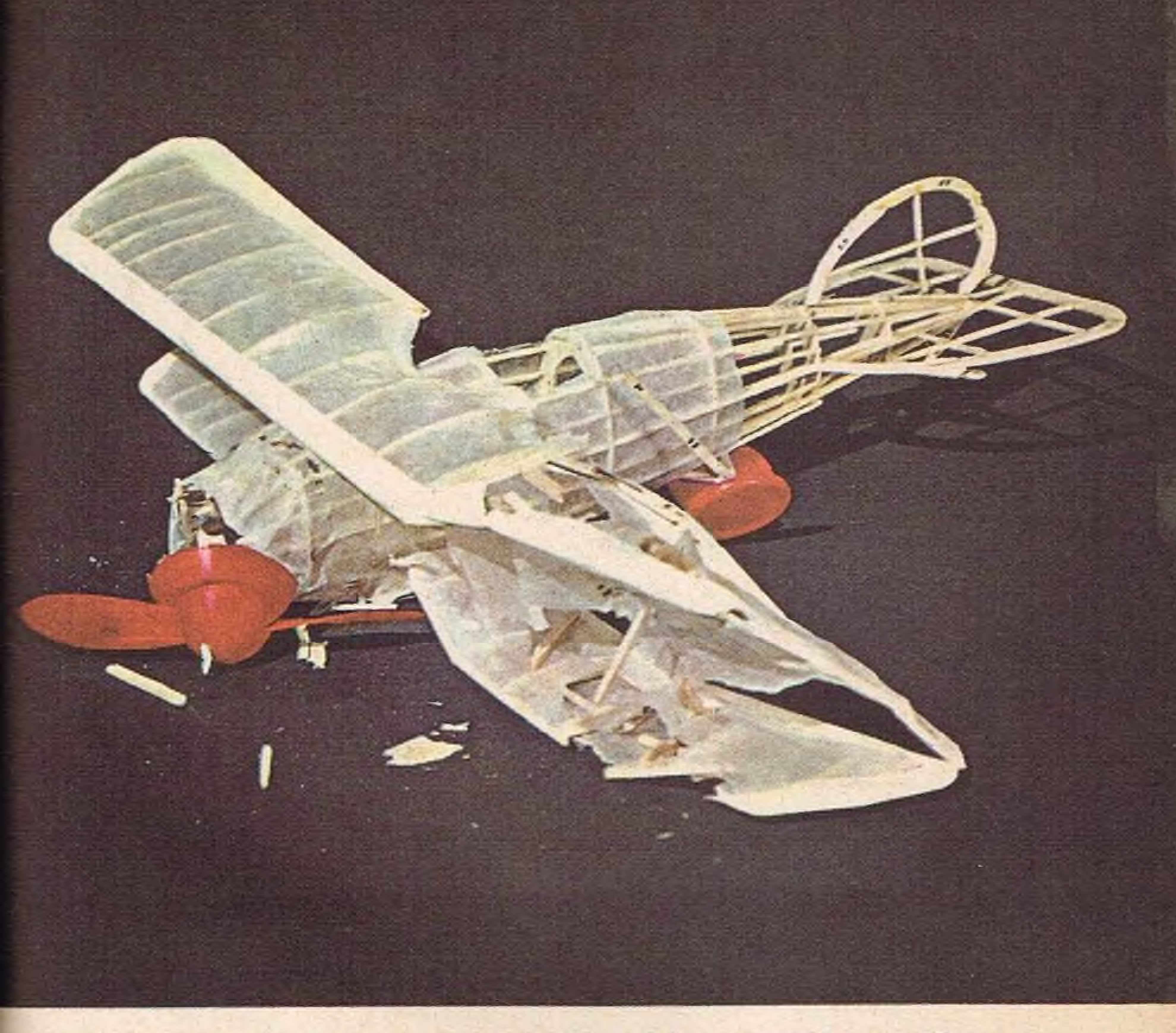
inmediatamente con toda facilidad.

El temor de quedar encerrado en caso de choque. Indiscutiblemente, ha habido casos en que personas que salieron despedidas al producirse el choque sobrevivieron a un accidente que pudo haberles comprimido mortalmente si hubieran quedado en el auto. Pero la forma en que estos sobrevivientes cayeron fue excepcionalmente afortunada. Las estadísticas de millares de tales accidentes muestran que hay *cinco veces más* probabilidades de sufrir heridas mortales cuando sale uno despedido de un vehículo que cuando queda dentro de éste. En consecuencia, los expertos consideran que la función primordial del cinturón de seguridad es evitar que quien lo lleva se vea lanzado fuera del vehículo.

El cinturón es innecesario para circular a poca velocidad por zonas urbanas. Los estudios llevados a cabo sobre accidentes causantes de lesiones demuestran que cerca de la mitad de los accidentes mortales ocurren a velocidades de 65 kilómetros por hora o aun menos; y que el 65 por ciento de todas las heridas mortales y el 80 por ciento de todos los accidentes se producen en un radio de 40 kilómetros del propio domicilio.

Que el cinturón sería inútil en un accidente ocurrido a gran velocidad. No hay cinturón de seguridad ni otro dispositivo que sea una panacea. Este medio de protección está destinado a servir en aquellos accidentes a los cuales se puede *sobrevivir*, que representan, según un estudio reciente de la policía, cerca de la mitad de la totalidad de los accidentes de tráfico. No obstante, hay muchos casos comprobados en que los cinturones de seguridad han salvado a quienes los llevaban al ocurrir algún accidente de los considerados definitivamente mortales, tales como choques de frente a 110 kilómetros por hora. La Patrulla de Caminos del Estado de California informa sobre cuatro distintos accidentes en los cuales los coches de patrulla se salieron de la carretera y volcaron al ir, en persecución de alguien, a velocidades de 145 a 160 kilómetros por hora; en todos estos casos, el policía ocupante del vehículo demolido salió con vida gracias a su cinturón de seguridad.

Que restringe la libertad de movimientos durante el viaje. La comodidad que proporciona un cinturón bien ajustado contrarresta con creces cualquier imaginaria restricción corporal. Hasta que no se usa el cinturón, no se puede apreciar lo que significa hallarse libre de todo deslizamiento lateral sobre el asiento al tomar las curvas cerradas, de dar botes al pasar sobre baches o prominencias de la carretera, o de verse proyectado bruscamente hacia adelante en las detenciones repentinas. Los policías de caminos, quienes desde hace tiempo usan el cinturón con regularidad, expresan su entusiasmo por la comodidad y la tranquilidad que les proporciona. Y son hombres que recorren diariamente centenares de kilómetros.



La dificultad para determinar la calidad de un cinturón. Desgraciadamente éste ha sido el argumento más válido aducido por quienes se resisten a comprar cinturones de seguridad. Existe una vasta y perniciosa variedad en los precios, propiedades y calidad de los cinturones. Será necesario fijar normas uniformes de producción ... y así se hará si el público lo exige con suficiente energía. Entretanto, al comprar cinturones de seguridad para su coche, el automovilista avisado hará bien en no buscar gangas, sino calidad.

En resumen, la cuestión se reduce a que, como lo demuestran millares de casos, todas las endebles excusas dadas para eludir el uso de cinturones de seguridad en el automóvil quedan anuladas por razones positivas aducidas en favor de su instalación y empleo.

Los sueños sueños son

En mi juventud lo deseaba todo, y todo a la vez, hasta que cierto día nuestro anciano párroco me contó la siguiente fabulilla:

Una noche soñó que había visto una nueva tienda en la calle Alta. Entró y vio un ángel tras el mostrador. Nerviosamente le preguntó qué se vendía allí:

—Todo lo que puedas desear —repuso el espíritu celeste.

—Entonces deseo la paz sobre la Tierra —exclamó el ministro del Señor—; que cesen las angustias, el hambre y las enfermedades ...

—Un momento —dijo sonriente el ángel—. No me has entendido bien, aquí no se vende el fruto sino tan sólo la semilla. — M. L. G.

Pareja casera

Muchos extraños idilios han nacido en las bancas callejeras de St. Petersburgo (Florida), lugar muy popular entre los ciudadanos jubilados. Hace poco un caballero anciano conoció a una viuda de edad madura, mientras ambos tomaban el sol en una de esas bancas. A poco floreció entre ellos la amistad y ésta no tardó en tornarse en amor. Al cabo de un mes, más o menos, él se declaró; ella aceptó; él le obsequió un anillo de compromiso y comenzaron a buscar casa.

Una hubo que a ella le gustó mucho, y su futuro la compró en el acto. Mas al siguiente día la novia no acudió a la banca donde siempre se daban cita. Fue a buscarla a la casa de huéspedes donde vivía y, diciéndole que se había mudado, le dieron la dirección del nuevo domicilio de los dos. Tampoco estaba allí. Fue a la agencia de bienes raíces, y se enteró de que la casa que acababa de comprar era de ella. La propietaria había desaparecido dejando al novio "plantado" aunque con techo. — R. B.



"Ese hombre
tiene un
no sé qué..."

R QUE ATRAE EL HOMBRE QUE USA PRODUCTOS ICE BLUE?

r su evidente magnetismo... porque tiene confianza en sí smo... personalidad. Es el hombre de detalle, que conoce y ge la calidad. Y por supuesto, él prefiere Espuma Instantá- Ice Blue, la nueva crema de afeitar en Aerosol, y Ice Blue ua Velva, loción para después de afeitarse; son dos finos ductos que se complementan para brindar al hombre de y, un rostro perfectamente afeitado y compuesto a la ura de la época.



efiera usted también los productos

ICE BLUE de **williams**

ROTOR S.A

...y para mamá el mejor regalo!

Alibé

SU VAJILLA MÁGICA DEL BUEN COM



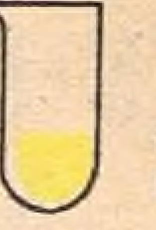
SARTEN MÁGICA **Alibé**

ASADERA "MULTI-USOS"
MÁGICA **Alibé**
PARA HORNO

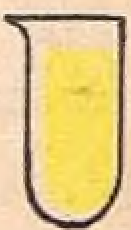
GRATIS: RETIRE EL CUPÓN NUMERADO QUE HALLARÁ EN ESTA REVISTA, Y TENDRÁ DERECHO A INTERVENIR SIN GASTOS NI BOLETAS DE COMPRAS, DEL SORTEO EXTRAORDINARIO **Alibé** EN ADHESIÓN AL "DÍA DE LA MADRE"! MAGNÍFICOS PREMIOS A SU DISPOSICIÓN!!!

Vajilla MÁGICA

Alibé®



CANTIDAD ECONOMICA CON Alibé.



MAYOR CANTIDAD PARA VAJILLA COMÚN.

APROBADA Y RECOMENDADA POR EXPERTOS PROFESORES DE COCINA QUE AFIRMAN: "Para mí, Alibé es la MEJOR y la PRIMERA VAJILLA INTEGRAL que permite cocinar, indistintamente, **CON o SIN** ACEITES, GRASAS o MANTECA, COMIDAS MÁS RICAS, NUTRITIVAS, con DIGESTIONES LIVIANAS!" NO DA HUMO NI OLOR. FÁCIL LIMPIEZA.

AHORRE CON Alibé: Si desea usar aceite, con Alibé MENOS de la MITAD es suficiente!



OF. AMANDA C. DE RAMELLA





FUENTE REDONDA MÁGICA **Alibé** PARA HORNO

CACEROLA SEMI-PRESIÓN MÁGICA **Alibé** (CAPAC. 2-4 LTS.)

FUENTE OVALADA MÁGICA **Alibé** PARA HORNO

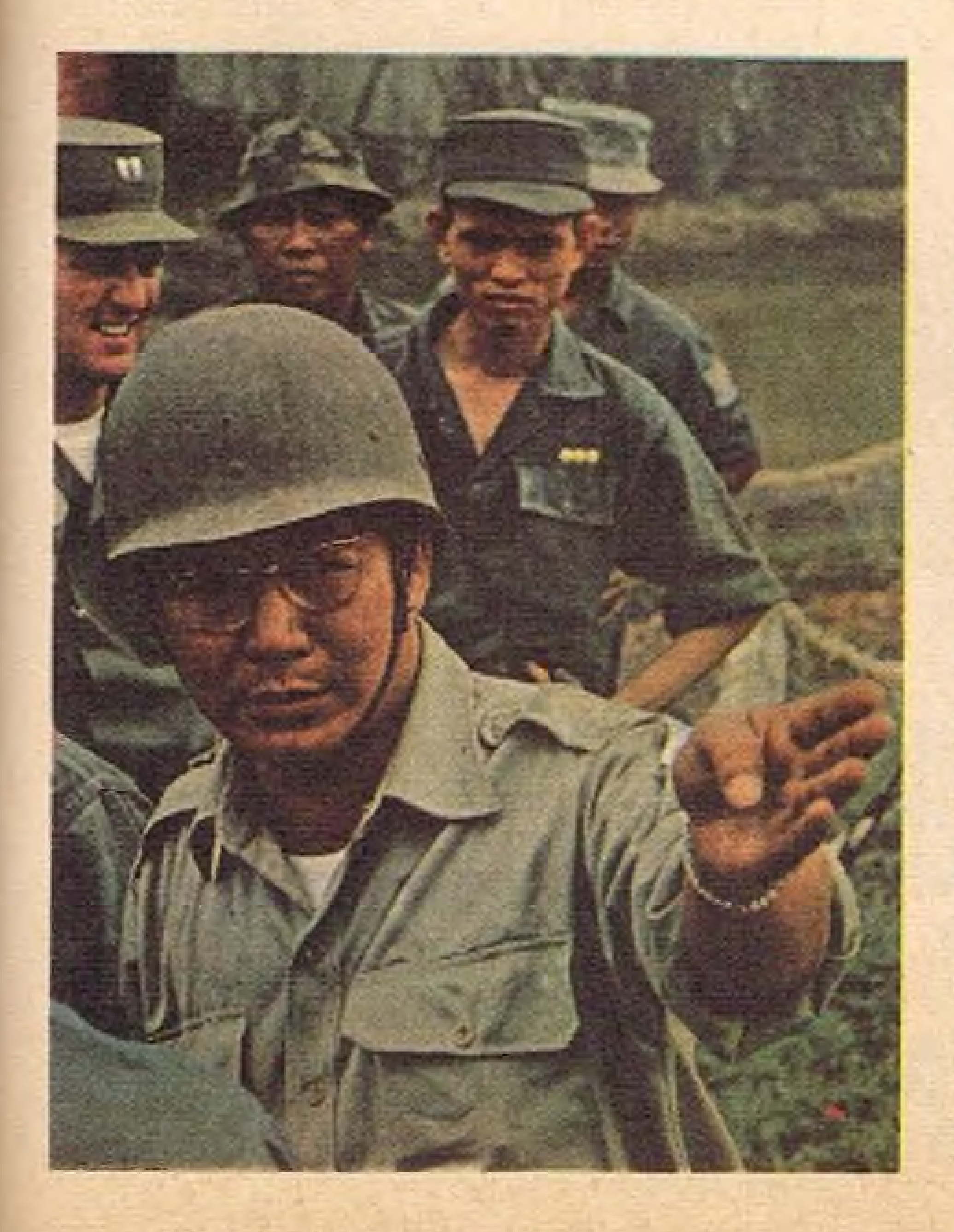
EN VENTA EN LAS PRINCIPALES CASAS DEL RAMO DE TODO EL PAÍS

DISTRIBUÍDA POR: **PANORAMIC S.A.I.C.** MÉXICO 2049 - TE: 48-6011 - BUENOS AIRES

El sacerdote guerrero de Vietnam del Sur

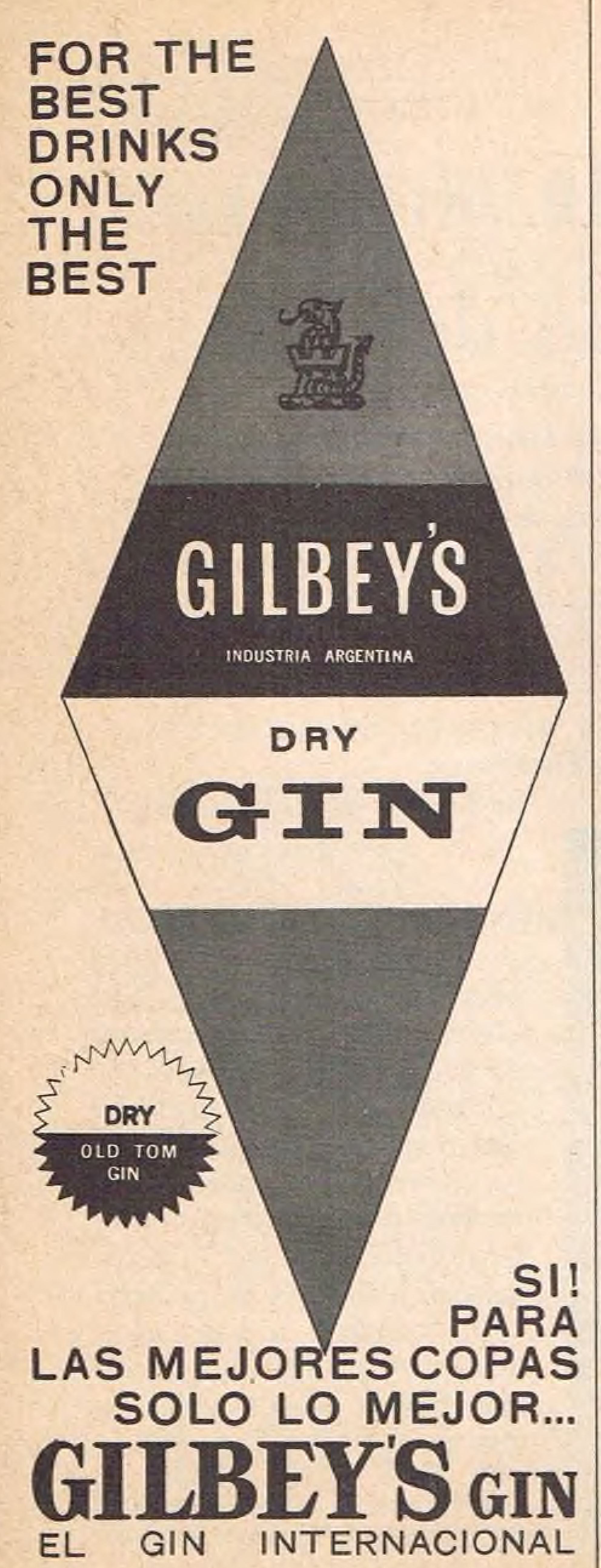
Durante muchos años anduvo buscando este recio varón apostólico un lugar en que su grey quedase a salvo de los comunistas. Ahora, terminada la huida, se ha puesto a la cabeza de valerosos cristianos para iniciar la reconquista y ensanchar día a día los confines del mundo libre.

POR DICKEY CHAPELLE



VI POR primera vez al sacerdote soldado desde un helicóptero de las fuerzas aéreas vietnamesas. Viajaba yo hacia la aldea de Binh Hung, situada en el extremo meridional de Vietnam del Sur. Por más de una hora habíamos estado volando, perdido el rumbo, entre las turbulencias del monzón. Aunque los arrozales que divisábamos allá abajo se habrían prestado para el aterrizaje, acertaban a hallarse en una de las regiones en que eran más fuertes las guerrillas comunistas del Viet Cong. Al ca-

El padre Hoa da órdenes e instrucciones, para emprender una acción contra los terroristas del Viet Cong.



bo aclaró el tiempo y columbramos el poblado de unas 200 casas rodeadas por un muro cerca del cual se extendía un trecho de parda tierra llana. De pie en el llano, agitando enérgicamente un catavientos blanco, estaba un hombre de elevada estatura. Soldados con uniformes verdes permanecían inmóviles en correcta formación, unos pasos más atrás.

En cuanto aterrizamos, el hombre alto vino corriendo hacia nosotros. Era el padre Hoa, sacerdote guerrero de quien me había dicho un paracaidista que era la persona más valiente que había visto en su vida. De anchos hombros, medía el sacerdote más de 1,80 metros de estatura. En el rostro amplio y lampiño, de ojos castaños ligeramente oblicuos, le asomaba una sonrisa de satisfacción.

—¿A dónde pensaba ir, amigo? —gritó en francés al piloto y, en cuanto saltó a tierra, lo abrazó y le dio afectuosas palmadas en la espalda. Acto seguido se acercó a uno de los pasajeros, lo tomó jovialmente del brazo y empezó a hablarle en vietnamés. Al serle presentada yo, retuvo mis dos manos en la suya en tanto me decía en inglés con su voz atronadora:

Dickey Chapelle, corresponsal y fotógrafa de prensa, ha actuado desde los días de la segunda guerra mundial en los lugares donde era más crítica la situación. En 1962 se le otorgó un premio de periodismo, al que se hizo acreedora "por sus informaciones de la lucha en Vietnam, durante la cual efectuó dos descensos en paracaídas en territorio enemigo".

—Bien venida, hija mía. Encantados de que venga a conocer nuestro ejército.

Al atardecer despegó el helicóptero con destino a Saigón, 300 kilómetros al norte. Yo me quedé en tierra. El padre Hoa me había dado permiso para que pasase una temporada en Binh Hung. En las cinco semanas siguientes me fui poniendo al tanto de las cosas de la aldea, de sus moradores, de su vigilante ejército, del enemigo, y del padre Hoa, el cura soldado.

El padre Hoa —su nombre significa "el que hace feliz"— nació en China y era el hijo mayor de una familia de pescadores de Cantón. Su primer oficio fue el manejo de lanchas en las agitadas aguas del mar de la China Oriental, pero tuvo, al mismo tiempo, la rara ocasión de completar los estudios de segunda enseñanza y decidió profesar en el clero católico.

En el otoño de 1937, a los 29 años de edad, lo destinaron a una parroquia del distrito en que imperaba Wong Lo Dai, el más infame pirata de los ríos de la China Meridional. Ningún sacerdote había podido sostenerse mucho tiempo en aquel curato. Lo primero que hizo el padre Hoa fue presentarse resueltamente en el cuartel general del pirata y ofrecerse a enseñar a sus cinco hijos. La respuesta del bandido fue ordenarles a sus secuaces que velaran por la seguridad del cura. Más adelante decidió patrocinar las tres escuelas aldeanas fundadas y dirigidas por el padre Hoa.

Cuánto tarda una crema en empezar a corregir su cutis seco?

Sólo 10 minutos... si es Crema Pond's "S" con Alantoina!

Todo cutis normal se renueva constantemente: pero el cutis seco es "perezoso", y deja que las células viejas se acumulen, ahogándolo. Sólo la Alantoina puede ayudarlo de veras y comenzar a corregirlo a sólo 10 minutos de aplicada, porque acelera el desprendimiento de las células muertas, libera los poros y "abre el camino" hacia las capas profundas de la piel.

Su cutis revive, científicamente estimulado! Por la acción de la Alantoina, el rico contenido de aceites naturales y lanolina homogeneizada de Crema Pond's "S" *(Dry Skin Cream)*, puede penetrar a fondo y comenzar *de inmediato* su acción nutritiva y humectante. Además, la Alantoina regulariza las funciones de la piel... el cutis seco revive con nueva elasticidad y tersura. Comience esta noche su tratamiento con Crema Pond's "S" con Alantoina.

Crema Pond's "S" con Alantoina



¡Sólo 10 minutos para empezar a ser más joven!



En el canal, o "calle mayor" de Binh Hung. Dos soldados vietnameses traen prisioneros rojos.

Como muchos de los clérigos chinos que han de viajar desarmados por lugares en que son frecuentes los asaltos y asesinatos, el padre Hoa conocía ciertos procedimientos defensivos del *jiu-jitsu*. Adiestró en ellos a los hijos del pirata, ganó así la voluntad de esos muchachos y pudo impartirles otra clase de enseñanzas. Al mismo tiempo, aprendió de ellos algo sobre armas y táctica de guerrillas.

En 1939, China llamó a filas en la provincia de Cantón a los hijos mayores de todas las familias para que se incorporaran a las tropas que luchaban contra los japoneses. En el ejército chino no hay capellanes. El padre Hoa, lo mismo que los demás sacerdotes, hubo de vestir el uniforme de las fuerzas combatientes. Diez años estuvo en servicio activo. Al retirarse de él, ostentaba en el uniforme la flor de loto, insignia del grado de coronel. Vistió de nuevo la sotana, pero no fue mucho el tiempo que pudo ejercer en paz el sacerdocio.

En 1949 inundó la provincia de Cantón la creciente marea roja. Los sacerdotes eran blanco predilecto de su furia, y el comandante comunista puso al padre Hoa ante esta forzosa disyuntiva: huir o morir. Sobrevino la crisis en el carácter del sacerdote. Pudo en él más el miedo, y huyó. Viajó en tren a Haifong, la ciudad más cercana de la Indochina francesa, y fue en seguida a ponerse a las órdenes de su superior eclesiástico.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó el obispo—. ¿Por qué no está con sus feligreses?

—De nada les habría servido yo después de muerto —repuso el sacerdote.

—Tampoco les sirve de nada aquí —fue la respuesta—. Nunca han necesitado ellos de su párroco tanto como ahora. El deber de usted es estar con ellos.

Cabizbajo y avergonzado, el padre Hoa no se atrevió a levantar los ojos del suelo hasta que sintió la mano del obispo en el hombro.

—Hijo mío, nunca tema a la muerte. Desde que el hombre existe, ¿quién se ha librado de morir?

Muy otro era el padre Hoa que volvió a su parroquia: iba dispuesto a morir, pero no le quitó la vida el

comandante comunista, aunque sí la libertad. Un año de cárcel trasformó al padre Hoa en el varón que cautiva la imaginación de cuantos lo conocen.

En la cárcel maduró el proyecto para la defensa de su pueblo. Y un día, burlando la vigilancia de los centinelas, huyó a la Indochina francesa a bordo de una pequeña embarcación pesquera. Empezó luego a poner por obra su plan. A fin de permanecer —conforme a lo que le había enseñado el obispo— al lado de sus feligreses, ayudó a éstos a escapar de la China roja. En 1951 más de 200 familias de la antigua parroquia del padre Hoa habían embarcado en los juncos que, navegando por el mar de la China, las llevaron a reunirse con su párroco en tierra no dominada por los comunistas.

Cuando el turbión de la guerra contra Francia amenazó esa tierra en la que el padre Hoa y sus feligreses hallaron refugio, marchó él con ellos de un extremo al otro de la Indochina (unos 1500 kilómetros) para conducirlos a Camboya. Consiguió allí que les diesen empleo en una plantación de caucho. Poco duró, sin embargo, este respiro. Después de la caída de Dien Bien Fu, empezaron a infiltrarse en Camboya los comunistas. A fines de 1956, cuando el gobierno de aquel país reconoció al de la China roja, los súbditos de esta última que habían huido de su territorio quedaron en situación legal por demás precaria.

Acuciado por la urgencia de hallar lugar seguro para sus feligreses, el padre Hoa se dirigió a las autoridades del recién constituido gobierno anticomunista del Vietnam del Sur, que se enfrentaba a la sazón con las dificultades de un programa nacional de reforma agraria. En respuesta a la solicitud de asilo, el presidente Ngo Din Diem preguntó al padre Hoa si su gente estaría dispuesta a desmontar y roturar tierras de una región apartada. Así fue como el 17 de marzo de 1959 el reducido y errante grupo llegó a Binh Hung para establecerse allí.

El terreno que les habían asignado estaba encharcado por una capa de 30 centímetros de agua. Sobre la fétida y verdosa superficie bullían enjambres de mosquitos. Al día siguiente muy de mañana mandó el padre a la aldea de Tan Hung Tai, distante cosa de 10 kilómetros, a unos muchachos que debían preguntar allá cómo se las arreglaban los habitantes de la región para construir viviendas en terrenos anegadizos. Anochecía ya cuando volvieron los muchachos con la respuesta, que fue la siguiente: para disponer de terreno que sobresaliese de la superficie del agua era menester sacar, excavando en el fondo de la charca, un bloque de tierra y asentarlo en el lugar donde estaban los que excavaron. Hecho esto, debía sacarse un segundo bloque de tierra, para asentarlo encima del primero. A este segundo bloque se le superpondría otro, a éste otro más


deslizantes
afeitadas
eléctricas...
aún en días de calor
con
williams
Lectric
Shave
loción para antes
de afeitarse
williams
Lectric
Shave

y así sucesivamente hasta alcanzar la altura deseada sobre el nivel del agua.

La faena era abrumadora, pero al cabo de unas 12 semanas en las que hombres, mujeres y niños trabajaron casi sin interrupción de sol a sol, metidos en el agua hasta la cintura, se alzó en mitad de la charca la aldea de Binh Hung. Doscientas casas fabricadas de bambúes y bejucos formaban cuatro hileras paralelas. Un canal cruzado por un puente de madera hacía las veces de calle mayor.

En un festivo atardecer desplegaron los habitantes de Binh Hung en ese puente una gran bandera de color amarillo dorado: la bandera de Vietnam del Sur. Significaba esto que habían alcanzado por fin el término de su larga jornada. Al cabo de ocho años de andar errantes, esos campesinos hallaban tierra y sosiego fuera del alcance del organizado comunismo chino, del que ya antes habían huido.

Los ufanos vecinos de Binh Hung se propusieron demostrar su lealtad a la nueva patria votando a favor del gobierno anticomunista en las elecciones nacionales que iban a efectuarse en Tan Hung Tai al día siguiente. Los agentes del Viet Cong les advirtieron que más les valdría abstenerse de concurrir a las elecciones, mas ellos se resistían a creer que los comunistas de la localidad fuesen tan desalmados como sus correligionarios de Cantón; por otra parte, ¿no era obligación de todo hombre amante de la libertad consignar su voto?

En la mañana del día de las elec-



Patrulla de la "Golondrina de Mar" en acción. Siempre hay peligro en los canales.

ciones todos los adultos de Binh Hung, encabezados por el padre Hoa, marcharon hacia Tan Hung Tai para votar. Solamente quedaron en la aldea los niños, encomendados los de más tierna edad al cuidado de los mayores. A las pocas horas de hallarse en Tan Hung Tai el padre Hoa y sus feligreses vieron llegar corriendo un hombre que decía a gritos:

—¡Los comunistas acaban de matar un niño en Binh Hung!

Oír esto y salir todos en tropel camino de la aldea fue la misma cosa.

—¡Deteneos! —les mandó con voz de trueno el padre Hoa—. Lo que haya pasado, sea lo que sea, ya pasó sin remedio. Los comunistas han procedido conforme a su maldad. ¡No procedamos nosotros conforme a lo que ellos se han propuesto! Que ninguno de vosotros vuelva a la aldea sin haber depositado aquí su voto.

Viendo que una mujer sollozaba, dijo:

—Lo que da fuerza al enemigo es el miedo que le tenéis a la muerte. ¡No la temáis! Desde que el hombre existe, ¿quién se ha librado de morir?

Todos votaron antes de emprender el regreso a Binh Hung. Al llegar a la aldea vieron el cadáver de Ah Fung, niño de 11 años, pendiente de una cruz de bambú frente a su propia casa con este letrero: "Lo mismo puede sucederles a todos vuestros hijos". Así fue como comprendieron los feligreses del padre Hoa que su nueva patria es-

taba también infestada de terroristas rojos.

Como primera medida defensiva los hombres de la aldea construyeron estacadas y se armaron de cuchillos de pesca. El capitán vietnamés Nguyen Khue, jefe del distrito, les "prestó" seis anticuados fusiles franceses y convino más adelante en asumir la dirección táctica del grupo. El presidente Diem aprobó la constitución de la reducida fuerza vigilante, la designó con el nombre de Ejército de la Golondrina de Mar y le dio por insignia la figura de esta ave habitante del delta. Se proveyó a los hombres de fusiles viejos que habían pertenecido a las disueltas bandas de piratas.

Aunque el Ejército de la Golondrina de Mar no difiere en apariencia de centenares de cuerpos de vigilancia que se oponen a los comunistas del Viet Cong, alienta en esa reducida fuerza un espíritu que le ha conquistado lugar aparte y legendaria fama en la empeñada contienda sostenida en Vietnam del Sur. Lo que enaltece y singulariza al Ejército de la Golondrina de Mar es que no está a la defensiva. Por el contrario, está *a la ofensiva.* Ha cesado de batirse en retirada, y el espíritu y las tácticas nuevas que han adoptado les han dado a gustar la dulzura de la victoria. El padre Hoa les ha inculcado que no hay esperanza para quienes permanecen inactivos. Les ha convencido de que es indispensable *salir* a atacar, atacar siempre, de día y de noche, con buen o mal tiempo, por la selva o

por el campo, ora tendiendo emboscadas a las correrías rojas, ora burlando las que ellos tiendan. Cuando llegué a Binh Hung todos y cada uno de los hombres de la aldea eran combatientes adiestrados para la ofensiva.

A los pocos cientos de chinos que formaron en un principio el Ejército de la Golondrina de Mar se suman día a día vietnameses de todas partes del país: montañeses de las tierras altas de la región central; agricultores de los arrozales de las provincias del delta; fugitivos que escaparon del terror comunista imperante en Vietnam del Norte. Un día presencié el ingreso de 74 voluntarios a los que el padre Hoa habló en estos términos:

"Os habéis unido a nosotros, hijos míos, y no viviréis más de tres años. Pero vuestra muerte será bendita; no será la muerte de los cobardes; vosotros moriréis por la libertad de todos los pueblos. Y antes de que os llegue la hora tendréis ocasión de quitar de en medio muchos enemigos".

A la mañana siguiente los nuevos soldados del Ejército de la Golondrina de Mar salieron a campaña. Yo fui con ellos. Andando el tiempo acompañé a las fuerzas de la Golondrina de Mar en nueve de sus acciones de guerra. Una noche de luna estuve con el destacamento que sorprendió a una guerrilla del Viet Cong. Huyeron los comunistas bajo una granizada de balas y se llevaron consigo cuatro muertos. Otra vez estuve toda una noche con los que aguardaban emboscados a los "recaudadores" del Viet Cong que, según noticias, irían a saquear una aldea costera. No asomaron por parte alguna esos comunistas. Aunque era frecuente que hubiese bajas en nuestro lado, siempre eran mayores las del enemigo, por muertos, heridos o prisioneros. Y la zona de seguridad que rodeaba a la aldea iba ensanchándose poco a poco.

He ahí la empresa que el padre Hoa y sus hombres del Ejército de la Golondrina de Mar están llevando a cabo. Han sabido ellos por experiencia propia lo amarga que es la esclavitud. Ahora, su empeño es engrandecer el reino de la libertad en el mundo ¿quién podría servir a una causa más noble?

El obispo Edwin Hughes pronunció una vez un inspirado sermón sobre el tema: "Dios es dueño de todo", que afectó profundamente a uno de sus más acaudalados feligreses. Terminado el oficio divino, éste invitó al prelado a almorzar, y luego lo llevó a visitar sus bien cuidados jardines, bosques y granjas. Ya de regreso, le preguntó:

—¿Me va a decir usted ahora que nada de esto me pertenece?

Sonriendo, el obispo contestó:

—Hágame esa misma pregunta dentro de cien años. — Bennett Cerf

Parnelli Jones gana la mundialmente famosa carrera "500 de Indianápolis" de 1963, estableciendo un récord de velocidad de 230.35 kph . . . ¡su auto está equipado con las bujías plateadas Champion!

Los ases del volante en todo el mundo prefieren las bujías de encendido Champion porque las Champion responden siempre a perfección. ¿Por qué conformarse con algo inferior para su auto? Exija siempre bujías Champion.



LAS BUJIAS FAVORITAS EN TIERRA, MAR Y AIRE

Citas citables

Es PREFERIBLE realizar una buena acción cerca de casa que ir muy lejos a quemar incienso.
— Proverbio chino

FANÁTICO es aquel que cree proceder como procedería Dios si estuviera al tanto de las circunstancias del caso.
— F. P. D.

LA HABILIDAD de la mujer para curar una herida sólo es superada por su capacidad para causarla.
— Barbey d'Aurevilly

EN ESTOS tiempos, para inducir a los niños a que obedezcan hay que averiguar, por lo visto, qué es lo que quieren. Se trata de algo así como convencer a un arroyo para que se deslice cuesta abajo.
— E. L. M., en *Arkansas Baptist*

SE DEBE pensar siempre en las proporciones. Es preferible ser un escarabajo joven que una vieja ave del paraíso.
— Mark Twain

SI LA gente se casara sólo cuando es prudente hacerlo, ¡cómo se reduciría la población de la Tierra!
— William Makepeace Thackeray

APENAS había edificado el hombre las primeras ciudades cuando ya estaba buscando la forma de salir de ellas.
— Joseph Wood Krutch, en *More Lives Than One* (Editores: Sloane)

LA VIDA es como una cebolla. Se va deshojando capa por capa y, a veces, hace llorar.
— Carl Sandburg

LA CORAZA más impenetrable se encuentra encerrándose uno dentro de sí mismo.
— Henry David Thoreau

EN CUANTO alguien se hace famoso, no falta quien diga que fue su compañero de clase.
— K. H.

NO BASTA ser ingenioso; hay que tener el ingenio suficiente para no excederse en las agudezas.
— André Maurois

EL QUE se afirme en la Declaración de Independencia que todo el mundo tiene derecho a perseguir su felicidad, no quiere decir que el gobierno deba sufragar los gastos de esa cacería.
— A. W. Q.



La verdadera Universidad de hoy es una colección de libros
Carlyle

6a. EDICION

7.338 páginas.
7.819 ilustraciones en negro y color.

UNIVERSITAS

ENCICLOPEDIA CULTURAL

20 TOMOS
Y UN TOMO INDICE



UNIVERSITAS encierra el verdadero espíritu de la Universidad de hoy.

En sus páginas se hallan reunidos cuantos conocimientos son indispensables a la cultura del hombre y de la mujer en nuestros días.

UNIVERSITAS es un compendio de cuanto de noble, útil y bello se ha realizado o llegado a conocer.



En COMODAS MENSUALIDADES usted puede adquirir ésta o cualquier otra obra del sello SALVAT en:

CORRIENTES 2777 · Tel. 89-4762-5812

LAVALLE 371 · Tel. 31-9014

Librería FAUSTO · CORRIENTES 1311

AGENTES EN TODA LA REPUBLICA

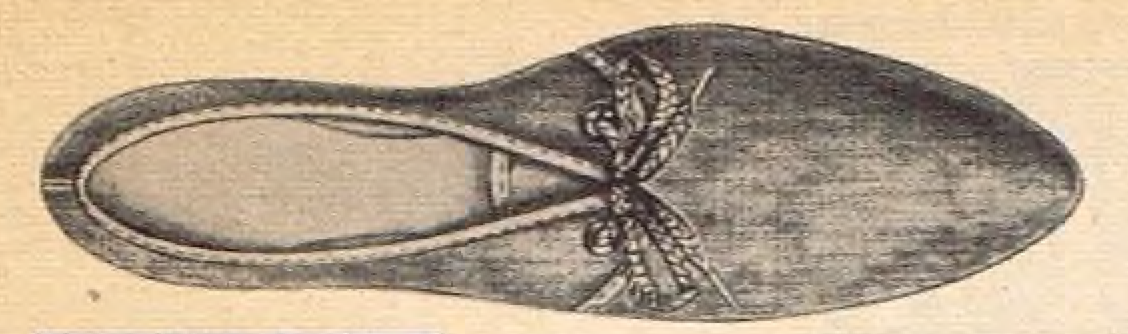
ES UNA EDICION SALVAT

ENVIE ESTE CUPON Y RECIBIRA FOLLETO ILUSTRADO.

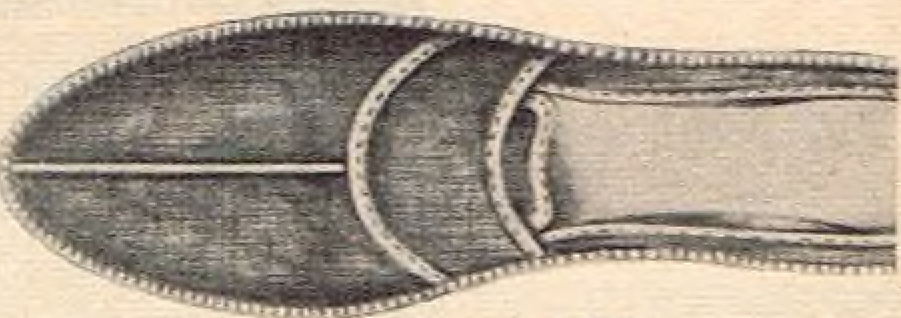
SALVAT EDITORES ARGENTINA, S.A. **50**
CORRIENTES 2777 • BUENOS AIRES

Sírvanse remitirme, sin compromiso, folleto y condiciones de adquisición de **UNIVERSITAS**

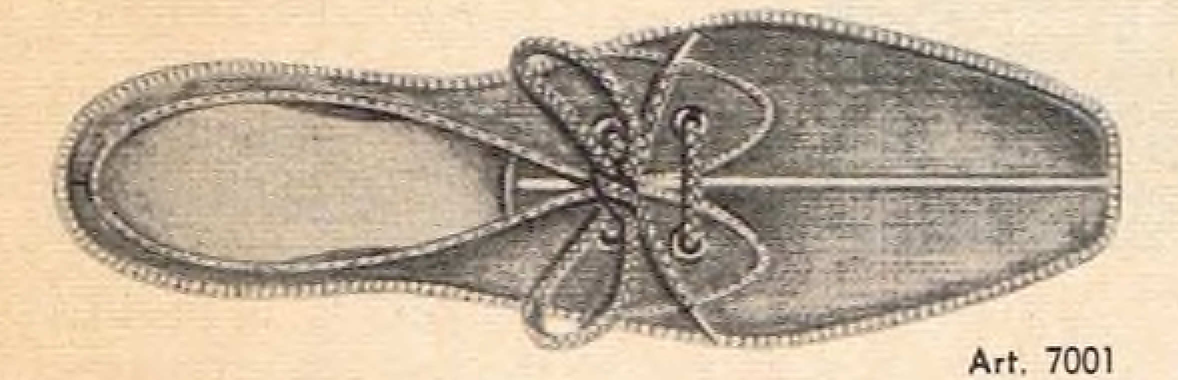
Nombre ....
Profesión ....
Domicilio ....
Localidad ....
Provincia .... F.C.



Art. 80

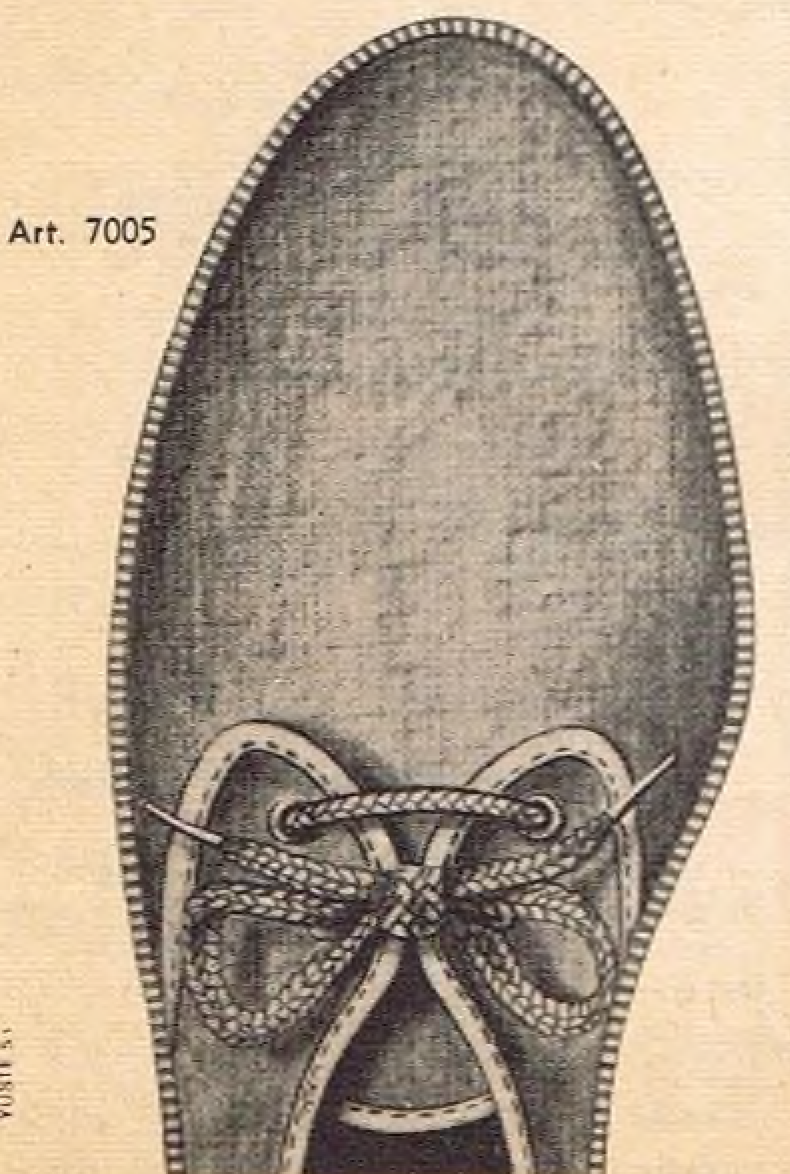


Art. 7002



Art. 7001

fresco **descanso**
en cada paso



Art. 7005

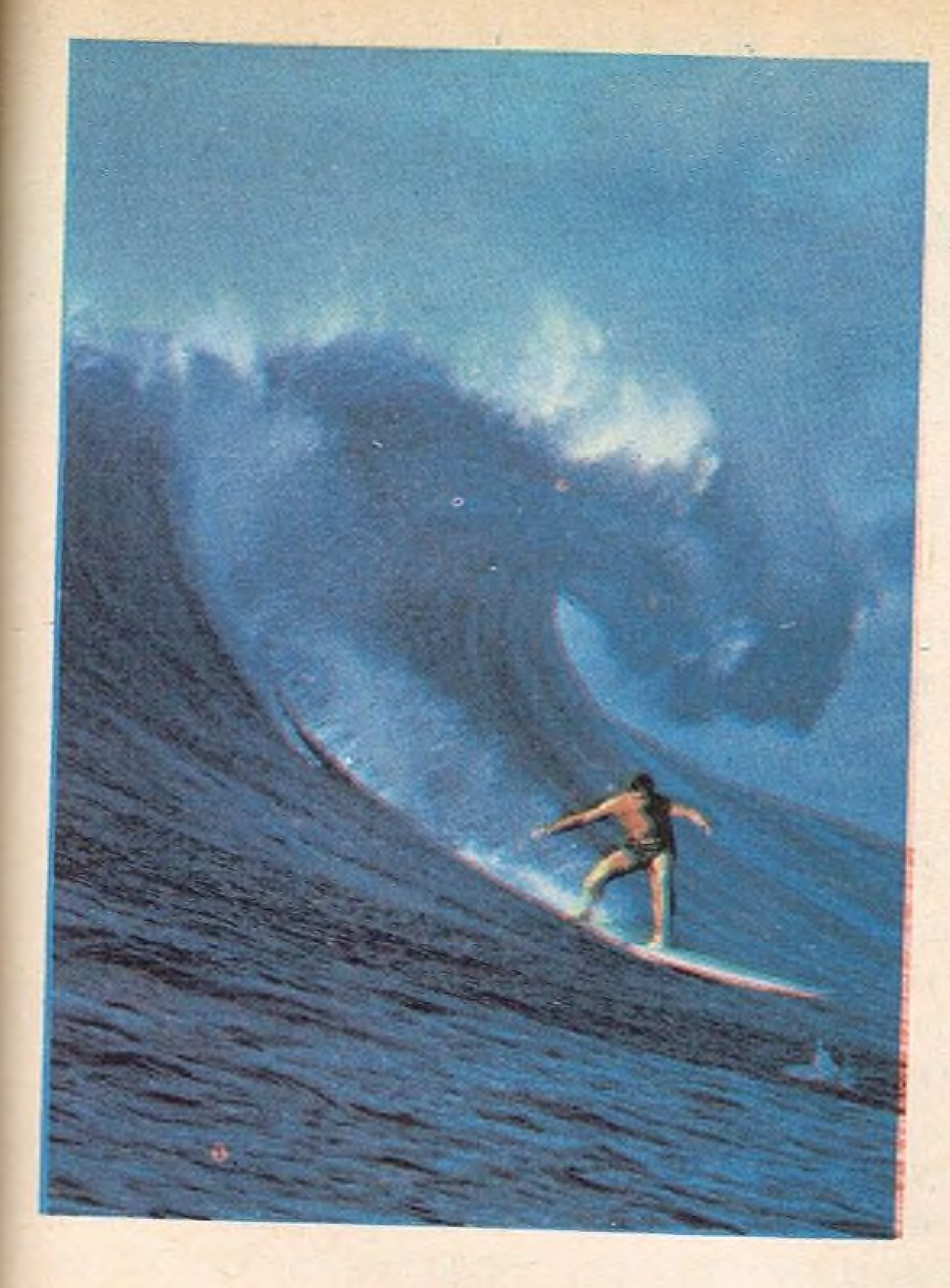
Muy elegante y como a medida para sus pies, el calzado de paseo PIRELLI confiere un elástico andar y un confort descansado a cada paso. Confeccionado con capellada de algodón panamá extra fuerte en una atractiva gama de elegantes tonos y goma microporosa, el calzado para hombre PIRELLI es especialmente apto para resistir a pie fresco las exigencias del uso diario y la vida al aire libre.

calzado de goma



INDUSTRIA ARGENTINA

YUSTE S.



El tobogán acuático, antiguo deporte de los reyes de Hawaii, lleva hoy a millares de personas donde revientan las olas.

Jinetes de la marejada

POR EUGENE BURDICK

LAS OLAS del mar son poderosas, hermosas, seductoras, peligrosas; y "montar" en ellas produce una extraña sensación. Va uno bogando en una tabla larga y angosta y, cuando llega al sitio preciso y a la velocidad precisa, súbitamente empieza a avanzar a una velocidad de 30 a 50 kilómetros por hora. El patinador se pone entonces de pie y, desviando el peso del cuerpo, comienza a deslizarse lateralmente, a casi 65 kilómetros por hora. Al mismo tiempo resbala ha-



Un patinador en el momento de descender de una bella cresta en la playa de Sunset, en las islas Hawaii.



El deportista demuestra su pericia en el deslizamiento rápido sobre las olas de la playa de Banzai, Hawaii.

cia abajo por una pared de agua. En realidad, se mueve simultáneamente en las tres dimensiones, mientras la masa de la ola lo persigue con su rugido primordial.

El tobogán acuático es uno de los deportes más emocionantes y provocativos que el hombre ha inventado, y cuenta hoy con más de 200.000 aficionados en el mundo entero. Este número sigue creciendo en proporción geométrica.

Sobre algunas personas el deporte ejerce una especie de fascinación que linda con el fanatismo, como en el caso reciente de un siquiatra de California, bastante acomodado, que abandonó la profesión por dedicar todo su tiempo al tobogán acuático. Viaja a Waikiki, al Perú, al sur de California o Australia, utilizando los más económicos medios de trasporte, para ir a buscar "las grandes olas que están afuera". Ha reducido su nivel de vida al mínimo indispensable para la subsistencia (vive con su mujer en una tienda de campaña levantada en cualquier playa) y ha reducido también los resquemores de conciencia, la gordura excesiva de 10 kilos, y muy probablemente el riesgo de sufrir un infarto coronario o una úlcera.

"El mar forma parte de nuestra misma naturaleza", dice este siquiatra. "Su ritmo y su contextura tienen para nosotros un atractivo que nace quizá del recuerdo profundo y primitivo del océano hace muchísimos milenios. Observemos a los niños. Ellos comprenden las olas desde el instante en que las ven. Yo también quiero gozar de ellas mientras pueda hacerlo. Más tarde volveré al ejercicio de mi profesión".

El deporte ya no se limita a las aguas tropicales, pues se ha inventado un atuendo que sirve de barrera térmica y se llama "traje húmedo". Se hace de espuma de neopreno y se ajusta perfectamente desde el cuello hasta los tobillos, dejando, sin embargo, entrar una pequeña capa de agua que se caldea rápidamente con el calor del cuerpo. No es cosa extraña, pues, ver en pleno invierno, cuando la temperatura del agua es de cinco a seis grados centígrados en el norte de California y en Oregón, y un viento

---

Eugene Burdick, profesor adjunto de ciencias políticas en la Universidad de California, es, además, novelista y un gran entusiasta del buceo sin escafandra y del tobogán acuático.


La ola se derrumba y el patinador cae en un remolino de toneladas de agua lechosa y espuma salada.


Cabalgando sobre una "pesada" que revienta ahora en una playa del Pacífico después de recorrer miles de kilómetros por el océano.

helado despeina las crestas de las olas, a muchos deportistas metidos en su "traje húmedo" meciéndose pacientemente en el mar en espera de que llegue "la grande".

Fenómeno notable es la ola marina. En efecto, no es más que una onda de energía que atraviesa el agua, pero no lleva el agua consigo. En mar abierto las olas alcanzan a veces alturas increíbles, como una de 35 metros que vio un oficial del barco de la marina norteamericana *Ramapo* en 1933. Estas olas no ofrecen peligro para un buque bien construido, porque no revientan.

Cuando la ola se hace peligrosa es cuando llega a los bajos. Allí tiene que disiparse esa inmensa energía después de un recorrido que puede haber sido de muchos millares de kilómetros. Esto ocurre con mucha rapidez. La ola empieza a levantar el agua y, a medida que su energía se agota, entra en juego la fuerza de gravedad. La ola se encrespa, luego revienta, y caen entonces toneladas de agua.

Cada ola tiene su manera especial de extinguirse. Si es muy grande y la profundidad del mar disminuye muy rápidamente en la orilla, la ola se envuelve en forma de un voluminoso túnel de agua que rompe formando una gran pendiente de veloz espuma. Ningún patinador que esté en su sano juicio tratará de montar semejante ola.

Si, por el contrario, las grandes olas están reventando por encima y no estrellándose en toda su longitud, constituyen la delicia del deportista, que entonces sí puede poner a prueba su tabla y su pericia. En algunas playas se presentan largas olas de movimiento suave en las cuales se puede montar medio kilómetro con muy poco riesgo. En otras se produce una empinada cuesta de vítrea hermosura en que el agua se mueve a gran velocidad y es el encanto de los patinadores que se especializan en la carrera corta, rápida e impresionante "lanzados sobre la cresta de la ola".

En algunas playas, como las de Rincón y San Onofre, en California, puede uno apreciar el virtuosismo de algunos de estos especialistas tan diestros como Dewey Weber o Mickey Muñoz. Moviendo los pies y el tronco con la gracia de bailarines de *ballet*, se mantienen justamente adelante del punto por donde la ola rompe, y a veces adquieren tal velocidad que pueden



mente PERFECTA LEW ofrece tanta distinción y prestancia
24 horas del día.- No se plancha, y sus puños y cuello con
ceso Permanente (R) son detalles que hacen al hombre ver-
eramente elegante. Adquiérala Ud. y quedará mucho mejor.
PERFECTA LEW es maravillosa!!

(R) Permanente: Registrado por PERFECTA LEW para los cuellos y puños fabricados con procesos exclusivos que los m??tienen como nuevos durante todo el tiempo de us- de la camisa.

nueva camisa

Perfecta Lew

NO SE PLANCHA

ICA CON CUELLO Y PUÑOS **Permanente®**

Viste mejor!

ESTAN EN VENTA EN LAS MEJORES CAMISERIAS Y TIENDAS DE TODO EL PAIS.

equilibrarse en el mismo borde delantero de la tabla, hasta con los dedos de un pie fuera del borde, sobre el agua. A esto lo llaman "colgar los cinco", y entonces el patinador parece que desafía la ley de la gravedad.

Aun cuando el sueño de la mayoría de los patinadores es montar en las "pesadas", es decir, en las inmensas olas características de las playas de Hawaii durante las tormentas, son apenas un puñado los que realmente logran hacerlo. Las "pesadas" no sólo requieren habilidad, sino también valor y criterio excepcionales, porque en este caso se agrega el elemento de peligro, como se ve en Makaha, en la isla de Oahú, que es tal vez la más famosa playa del mundo en lo que se refiere al tobogán acuático y el lugar escogido para los torneos de campeonato mundial. Allí en diciembre y enero las olas empiezan a "corcovarse". A la entrada de la bahía hay un arrecife que obliga a una parte de la ola a levantarse y luego a romperse para formar un largo "resbaladero" a mano derecha.

En Makaha los patinadores expertos se congregan en diversos puntos, para buscar cada uno su ola. Los más audaces se ven muy lejos mar adentro, en espera de la última ola, que empezará a corcovarse más lejos por razón de su gran masa. Las olas más grandes tienden a presentarse en series de tres, de las cuales la central es la mayor; y cada serie va siendo también más grande que la precedente hasta que las olas ya no se encrespan y se restablece un ritmo más normal.

Cuando el patinador ha escogido su ola, se echa de bruces en la tabla, mira por encima del hombro y empieza a bogar. Si ha calculado bien su velocidad y la giba de la ola, "arranca" súbitamente. Se pone de pie. Tiene al frente el largo y veloz declive de la ola, y detrás el agua que lo persigue. Oye dos sonidos, el ludir de la tabla con el agua y el tronar del agua que cae detrás de él. Tal es la esencia del tobogán acuático: el delicado equilibrio entre el control y el desastre, y para los patinadores tiene el efecto de una droga que envicia.

La menor equivocación puede tener consecuencias gravísimas. Si el individuo se desliza demasiado aprisa, la tabla salta fuera del agua; durante un momento terrible el patinador se ve suspendido en el aire y luego cae al agua.

También puede verse atrapado en un "derrumbamiento" que le echará encima toneladas de agua. Al momento la tabla se convierte en una arma mortal y la primera preocupación del deportista es zambullirse para alejarse lo más posible de ella. La mayoría de los que han perdido la vida en este deporte han sido víctimas de un tremendo golpe asestado por la tabla suelta.

El segundo objetivo del patinador es sobrevivir a la turbulencia de la ola, que se extiende a una profundidad de aproximadamente la

LO MISMO EN TODO IDIOMA

En los idiomas de 125 países distintos, el nombre Fiat significa automóvil. También quiere decir turbinas, motores diesel marinos, camiones, trenes y autobuses. Cada día en más idiomas, Fiat significa aviones jet, motores de chorro y nucleónica. Fiat en Turín es ya una sede y autoridad mundial de la imaginación y la producción técnica.



FIAT S. p. A. Turín, Italia

FIAT – DELEGACION PARA LA AMERICA LATINA – San Martín 353 / Buenos Aires

mitad de su altura. Así, una ola de 10 metros produce un caos de cinco metros en que el agua sube y baja alternativamente, y causa bolsas de presión o de enrarecimiento. En ese loco vaivén el patinador necesita mucha presencia de ánimo. Siente los pulmones ardiendo y debe decidir rápida y acertadamente en qué momento nadar hacia la superficie. Si sale muy pronto, encuentra en la superficie una mezcla de aire y espuma salada tan espesa que no puede sacar la cabeza hasta donde hay aire puro; y si tarda demasiado, es posible que no tenga tiempo de respirar antes de que la siguiente ola de la serie se le eche encima. En los grandes "derrumbamientos", hasta un nadador experimentado puede perder la cabeza. A veces se desorienta tanto que nada desesperadamente hacia lo que él supone que es la superficie, y se estrella en el fondo de coral o de arena.

No siempre es peligroso el tobogán acuático. En el sur de California sería muy raro encontrar olas de 4,5 metros, razón por la cual los especialistas del patinaje rápido han perfeccionado allí un estilo muy interesante. Se sirven de tablas livianas, que pesan entre 10 y 15 kilos, y con ellas hacen cosas extraordinarias en las olas pequeñas. Algunos se yerguen de cabeza en la tabla, patinan de espaldas, llevan una muchacha sobre los hombros, o se lanzan por entre las rocas o los pilotes de un muelle... todo muy emocionante y relativamente sin peligro.

Desde tiempos remotos los hawaiianos adquirieron gran destreza en el manejo de la plancha acuática. El capitán James Cook los observó y en su libro de bitácora describió el deporte pormenorizadamente. Sobresalían en él, especialmente, los reyes de Hawaii. Fueron famosos patinadores el rey Kamehameha, un gigantón de casi dos metros de estatura y 180 kilos de peso, y su mujer, la reina Kaahumanu, que apenas le iba en zaga en unos cinco centímetros y unos pocos kilos.

Las primeras tablas que se usaron en las islas eran enormes, de cuatro a cinco metros de longitud y, a veces, casi 70 kilos de peso; para sobrevivir en una fuerte marejada se requerían años de adiestramiento y mucha fuerza corporal. El tobogán acuático no se popularizó hasta después de la segunda guerra mundial, cuando se construyeron tablas más ligeras. Las que se usan hoy se hacen por lo general de espuma reforzada de poliuretano, con un revestimiento exterior de fibra de vidrio; pesan entre 10 y 20 kilos y cuestan de 75 a 150 dólares. En la parte de popa llevan un remate o quilla abreviada que es casi exactamente igual, en su forma, a la aleta dorsal del tiburón.

Esta nueva tabla se aprende a dominar tan rápidamente y es tan fácil de manejar, que ha puesto el deporte al alcance de casi todo el mundo. Son muchos los patinadores que han aprendido la técnica después de los 40 años de edad, y

muchísimos, tanto hombres como mujeres, siguen gozando de esta diversión aun después de los 60. Los niños aprenden con rapidez. El único factor que limita el crecimiento del deporte es el número de buenas playas donde se puede practicar. En los días de verano en Waikiki el mar se ve tan lleno de tablas acuáticas, que los residentes del lugar lo llaman "la madererría".

Sin embargo, playas apropiadas para este deporte se encuentran en muchas costas marítimas, y en sólo el sur de California hay cerca de 300. Allí en un buen fin de semana, lo mismo que en el sudeste de Australia y en Hawaii, ve uno a los entusiastas que llevan sus toboganes amarrados al automóvil, como si fueran grandes esquís, en dirección a alguna buena playa. El que los siga y los observe se convencerá de que esto no es una moda pasajera. Es una espléndida competición entre el hombre y la Naturaleza, uno de los deportes más emocionantes que se hayan inventado jamás.

Caricaturas

El marido a la esposa: "El jefe no me dio el aumento de sueldo, pero en cambio me enseñó un truco que no conocía para pagar menos impuestos al hacer mi declaración de ingresos". — D. T.

Una adolescente, en tono plañidero, a otra: "Y entonces comprendí que el anillo de que venía hablando era para el motor del automóvil". — F. N.

Al oír los cascabeles del vendedor de helados, dice un niño a otro: "¡Óyela! Es nuestra pieza favorita". — B. K.

El gerente al nuevo empleado: "Si usted lo desea, puede privarse de los descansos para tomar café, y con el tiempo así ahorrado podrá retirarse tres años antes". — D. R.

Un niño entregando el teléfono a su mamá: "Llama la señora Carter, con el noticiario de las seis y media". — D. T.

El dueño de un jardín exuberante, envidia del vecindario, a un amigo: "Es de lo más fácil: se siembran las semillas bajo techo, luego se trasplantan a un invernadero y, tras cuidarlas con gran esmero, se tiran todas y se compran las matitas ya criadas en un vivero". — Wilkinson

En una bodega el hermano Sebastián y otro fraile amigo contemplan un letrero que dice: "Se prohíben las pruebas subterráneas". — C. D.



LA NEGRA

TRADICION EN DURAZNOS

En duraznos al natural no es lo mismo una marca que otra. Los de **"LA NEGRA"** ofrecen la más alta garantía de frescura y buen sabor: son parejos, consistentes, en su punto exacto de cocción y sazón, con el escrupuloso aspecto que caracteriza a todos los productos de **"LA NEGRA"**.

Tienen auténtica tradición de calidad en los hogares argentinos porque en las latas de duraznos **"LA NEGRA"**... nunca hay sorpresas.

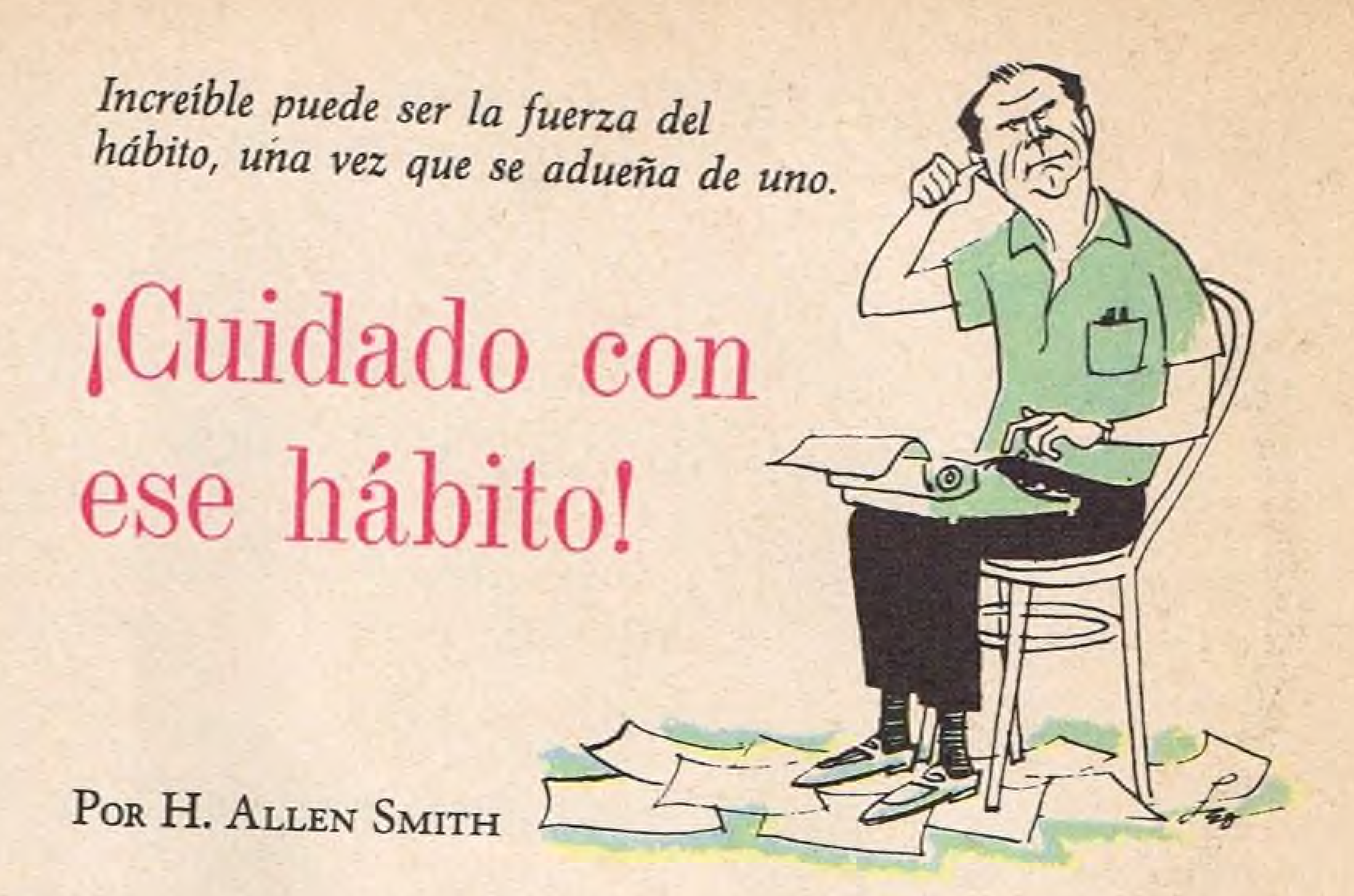
LA NEGRA

Duraznos amarillos al natural

CEREZAS AL NATURAL
LA NEGRA
CEREZAS EN CUALQUIER EPOCA DEL AÑO, SABROSAS, FINAS, GUSTOSAS, COMO RECIEN CORTADAS

LA NEGRA

Cerezas al natural



Increíble puede ser la fuerza del hábito, una vez que se adueña de uno.

¡Cuidado con ese hábito!

POR H. ALLEN SMITH

"EL HÁBITO", ha dicho el filósofo William James, autoridad en la materia, "es el enorme volante de inercia que mueve a la sociedad, su más valioso agente de conservación". Y aunque yo no tengo *el hábito* de señalar los puntos débiles de los filósofos, quiero hacer constar que el hábito puede ser también causa de serios contratiempos.

Tomemos, por ejemplo, el caso de un joven que fue con una chica a bailar. Después de divertirse en grande, la llevó en el automóvil a casa de los padres de ella y le dio un beso de despedida; al cabo de un rato, viendo que la muchacha no hacía el menor movimiento para apearse, ¡recordó que estaba casado con ella desde hacía 15 días!

Mas si el hábito es la rueda de inercia puede ser también innecesario impedimento. Se cuenta que el dueño de una tienda de comestibles estaba preparando una noche su declaración de ingresos para el pago de impuestos y, por más que sudaba con el lápiz y el formulario, no le salía la cuenta. De pronto, se le ocurrió una idea y llamó a su hijo:

—Corre a la tienda —le dijo— y tráeme media docena de bolsas de papel de las pequeñas.

Sólo así, haciendo las operaciones en el papel que solía emplear para sumar las compras de sus clientes, pudo el buen tendero llenar su declaración.

Podría ser hermano suyo el cartero de la zona rural en que vivo: recorre muchos kilómetros cada día en su automóvil, sentado a la derecha del volante, porque éste es el lado del camino donde se encuentran

El Omega Seamaster de Ville desempeña las funciones de cuatro relojes.

1. Un reloj deportivo robusto. 2. Un reloj calendario seguro. 3. Un reloj fino y elegante. 4. Un reloj automático de alta precisión.

Uniendo la robustez de un reloj deportivo con la elegancia de un reloj plano, el Seamaster de Ville conviene al hombre moderno cuyas actividades son múltiples. Una caja impermeable, de una sola pieza, muy «estilizada», ha permitido hacer esta hazaña: introducir una máquina de alta precisión, muy robusta, con calendario y cuerda automática.
El Omega Seamaster de Ville se adapta a cualquier circunstancia. Es uno de los triunfos de la técnica relojera; un nuevo florón de la colección de relojes Omega de alta precisión. Fiel compañero de siempre, le dará la hora exacta en todo momento.

Dondequiera que se encuentre, el servicio Omega estará siempre a su alcance. La red de la Organización Mundial Omega se extiende por 129 países. La garantía internacional que se entrega con cada reloj Omega, es honrada durante un año en cada uno de estos países, cualquiera que sea el lugar donde Vd. haya comprado su Omega.
También Vd., llevará algún día un Omega.

Todos los Omega Seamaster de Ville son impermeables, a prueba de golpes y antimagnéticos. La cuerda automática y el calendario son facultativos. De oro 18 quilates, goldcap (oro y acero) o de acero.



Omega Seamaster de Ville: la elegancia unida con la robustez de un reloj deportivo de alta precisión.


AUTOMATIC
Seamaster
DE VILLE

los buzones de las fincas. Saca y echa las cartas con la mano derecha, conduce el coche con la izquierda y hace funcionar el acelerador y el freno con el pie izquierdo. Después de conducir así el automóvil durante muchos años, se siente entumecido cuando está detrás del volante y, en los viajes largos que hace con su mujer en las vacaciones, la manda al asiento posterior para poder conducir como está habituado.

Todos conocemos los experimentos de Pavlov con los perros, que segregaban jugos digestivos por "reflejo condicionado". Los animales, en efecto, están más sujetos al dominio del hábito que las personas. He aquí dos ejemplos:

En la aldea de Mojave, situada en el desierto del indómito Oeste norteamericano y que era punto de llegada de las antiguas carretas cargadas con bórax y tiradas por diez yuntas de mulas, todo el mundo sabía que los carreteros no tenían rival en la aspereza de su lenguaje. Acicateaban a los animales con palabrotas desconocidas aun para los novelistas de hoy. Un día llegó a Mojave cierto predicador y convirtió hasta al más grosero de todos ellos. A la mañana siguiente, el blasfemo arrepentido subió a su carreta y, mirando el lomo de las mulas, se puso a pensar qué podría decirles para que se pusieran en marcha, hasta que por fin gritó:

—¡Arre!

Las mulas se quedaron como si fueran estatuas.

—¡Arre! —gritó con más fuerza.

Hubo otra larga pausa y, finalmente, las veinte mulas volvieron la cabeza a la vez y miraron hacia atrás para ver si era cierto que el mundo sacrílego en que estaban acostumbradas a vivir se había reformado al fin.

Un amigo mío suele contar lo que aconteció, cuando era muchacho, con una vaca propiedad de su familia. Su hermano Bill estudiaba el catecismo en la iglesia, y aprovechaba para repasar el Padrenuestro y el Credo mientras ordeñaba la vaca en la mañana y en la tarde. Por fin logró aprender bien de memoria las dos oraciones y terminó su etapa de catecúmeno, después de lo cual no tenía ya necesidad de aprender de memoria los rezos. Esa tarde empezó a ordeñar la vaca en silencio. Al momento, la res se re-



beló violentamente y, dando saltos y tirando coces, se negó a dar una sola gota de leche. Después de eso, Bill no tuvo más remedio que recitar el Padrenuestro y el Credo dos veces por día para poder ordeñar al animal.

Los hábitos llegan frecuentemente a arraigarse en el subconsciente. Se afirma que la actriz de cine Tallulah Bankhead no puede conciliar el sueño si no funciona la radio; cuando deja de oírse, se despierta. Eso me recuerda una escena cómica en un antiguo programa de radio: era un matrimonio que vivía en una casa de vecindad de una gran ciudad; la ventana del dormitorio daba al tren elevado. Tienen la costumbre de retirarse a media noche. El último tranvía pasa por allí, con gran estrépito, a la una de la mañana, pero el ruido no los molesta ni los despierta. Un buen día, el elevado deja de funcionar. La primera noche en que ya no corre el tranvía, el marido y la mujer se van a dormir. Exactamente a la una de la madrugada, al no ocurrir nada, el hombre despierta espantado y, dando un salto en la cama, grita: "¿Qué fue eso?"

Siempre han sido famosos los escritores por los extraños hábitos que adquieren al dedicarse a su solitaria tarea. Théophile Gautier no podía redactar un párrafo inteligible si no tenía uno o dos gatos en las rodillas, y Disraeli era incapaz de escribir una letra cuando no estaba vestido de etiqueta. Al parecer, su apariencia influía en su estilo. Aunque esta es también mi profesión, no creo ser víctima de ninguna de esas excentricidades . . . salvo que no sé escribir una línea con algún sentido si no me meto el pulgar en el oído derecho.

No hay que reírse nunca del poder que tiene el hábito. Hace poco tiempo, John Barta, conductor de autobuses urbanos, se dirigía al domicilio de una casa comercial y al llegar a la calle que tenía anotada, advirtió que, según el letrero de la esquina, iba en dirección prohibida. Entonces continuó hasta la calle siguiente, dio vuelta a la manzana y entró por el otro lado en la calle que le correspondía. Sólo cuando estaba a pocos metros de la casa que buscaba cayó en la cuenta de que iba a pie.

Tal es la fuerza del hábito.




alianza
para
el deleite
FERNET
CINZANO
CINZANO
VERMOUTH
Sí! Esta alianza
asegura su deleite. El
delicioso amarguito
y la firme y persistente
espuma de
Fernet Cinzano, unido al
sabor tan delicioso
y tan familiar
de Vermouth Cinzano.
CINZANO
VERMOUTH
FRANCESCO CINZANO
TORINO
FERNET
CINZANO
ELABORADO POR
Soc. Anón. Fsco. CINZANO y Cía. Ltda.
INDUSTRIA ARGENTINA
950

Pocos han tenido tanto éxito como este simpático gato para ganarse amigos e influir sobre la gente

El gato con teléfono

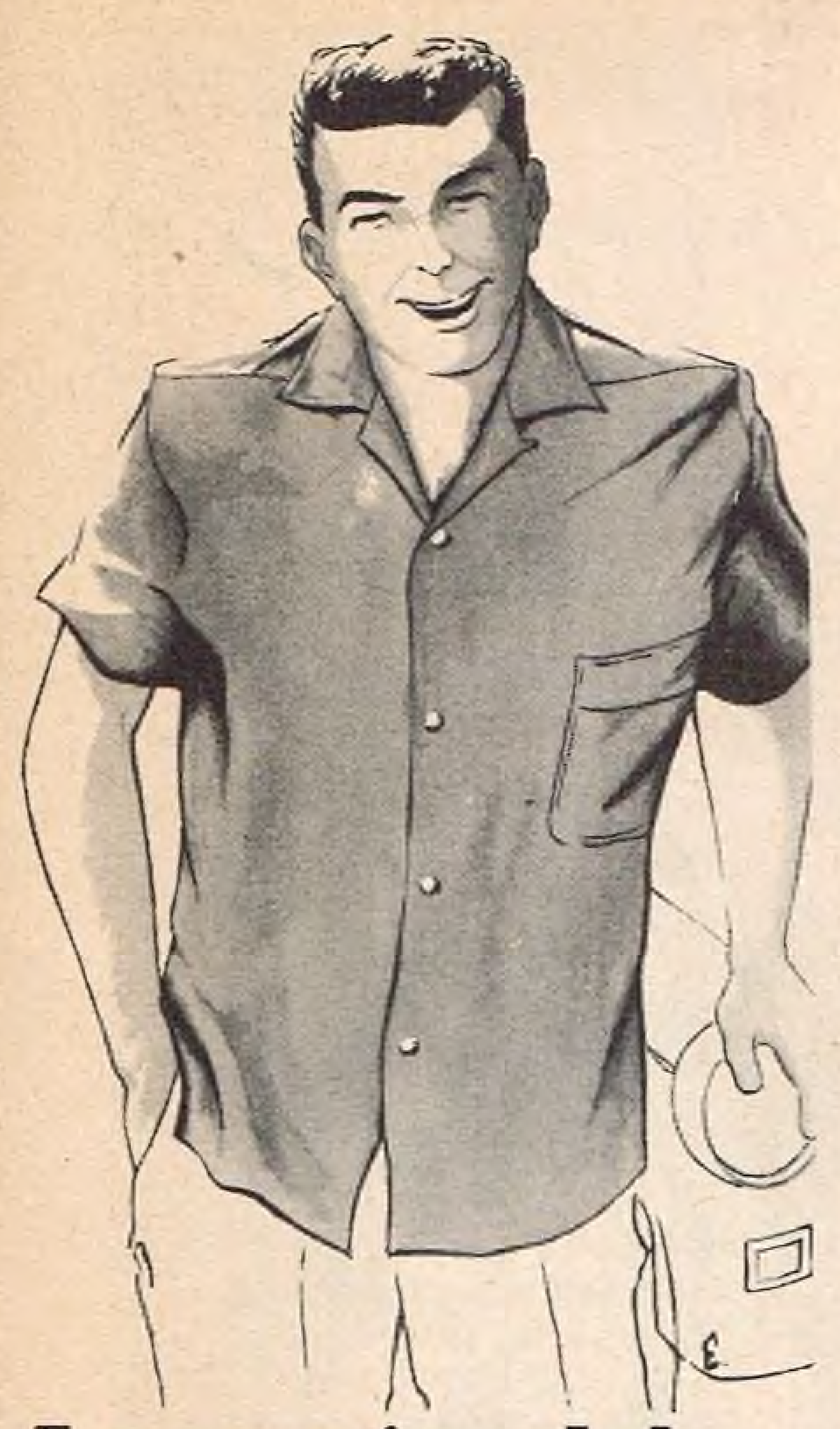


POR FRED SPARKS

Condensado de "World-Telegram and The Sun", de Nueva York

PARA un soltero es una confesión humillante la que debo hacer, pero la verdad es que, cada vez que suena el timbre del teléfono, estoy casi seguro de que la llamada no es para mí, sino para mi gato Moscatel. Él y yo vivimos en un departamento de Nueva York, en el primer piso. Una de las ramas del roble que tenemos en la parte posterior de la casa roza la barandilla de mi balcón y le sirve de escalera al felino, que puede llevar así una doble vida: civilizada y sedentaria en el departamento, libre y aventurera cuando, deslizándose por el árbol, vagabundea por el mundo exterior.

El comienzo de mis relaciones con Moscatel data de hace tres años, cuando una noche de frío terrible



volvía a casa y vi un gatito de pelo leonado acurrucado en la escalinata llena de nieve de una casa de piedra rojiza. Al aproximarme, el animalito trató de erguirse, se tambaleó y cayó al peldaño inferior, semicongelado.

Envolví aquella bolita peluda y temblorosa en mi bufanda, e inmediatamente me respondió un ronroneo de confianza y gratitud. Una vez en casa, Moscatel (como lo llamé por no buscar más entre los gatunos nombres) reaccionó muy pronto al recibir una tonificante ración de leche caliente con unas gotitas de coñac. A la semana retozaba por todo el departamento y, al llegar la primavera, gracias a la extendida rama del roble, había descubierto el mundo lleno de sorpresas de las aceras neoyorquinas.

Cuando sus excursiones comenzaron a hacerse cada vez más largas, le compré un collar liviano con una placa que decía:

TENGO DUEÑO. EN CASO
DE APURO, LLAMAR
A FRED SPARKS, TEL. 8 . . .

A diferencia de los gatos vagabundos de los tejados, que huyen de todos los bípedos, Moscatel es muy confiado; mientras recorre el vecindario, muchos desconocidos lo detienen para hacerle una caricia y, viendo la placa, me llaman por docenas. Al parecer, piensan que el gato se ha escapado o se ha perdido, y se muestran decepcionados cuando les aseguro que sabe encontrar el camino para regresar.

Un señor al que no veía desde

muchos años atrás telefoneó y me dijo:

—¡Pues sí que es pequeño el mundo! Me paro a acariciar un gato y descubro que usted ha vuelto a Nueva York. ¿Recuerda los 20 dólares que me debe?

Esta no fue la única vez que Moscatel me costó dinero. Uno de los que llamaron declaró ser el dueño de un restaurante especializado en mariscos, cerca de la esquina, y se quejó de que los gatos le estaban saqueando la cocina: se colaban por una gatera del sótano y le robaban langostas y cangrejos.

—El único que pude agarrar tenía este número de teléfono —agregó—. Haga el favor de darme su dirección para mandarle la cuenta por la parte que toca a su gato.

Convencido de que se trataba de una broma, le di mis señas. Al alejarme del teléfono pisé algo que crujió; era una pinza de langosta.

Al cumplir sus seis meses de callejeo, Moscatel era ya un veterano de las luchas en la selva urbana de cemento; tenía el hocico cruzado por una red de arañazos y las orejas llenas de muescas como el cinto de un matón del Oeste. Pero, a pesar de los supuestos horrores que sufren los animales pequeños que andan sueltos por las calles, nunca ha dado muestras de haber sido maltratado. En realidad, muchas de las llamadas telefónicas que recibo proceden de almas caritativas que se preocupan por él. Un hombre habló recientemente para decirme:

—Tengo su lindo gatito conmigo

en la caseta del teléfono. ¿No le hará daño si le doy a comer un higo?

Otro quería saber si Moscatel se las arreglaría sin peligro con una costilla de carnero, y la esposa de un delegado ante las Naciones Unidas telefoneó un domingo y me informó que el animal estaba de visita en el jardín de su casa, cerca de allí, donde se celebraba una fiesta.

—Acaba de entrar y ahora está saboreando una anchoa. ¿No querría usted venir a acompañarnos? —agregó.

Acepté la invitación, y puedo decir que fue una fiesta encantadora.

Por cierto que Moscatel sabe entenderse con la gente. Una mañana trepó a un taxi estacionado calle abajo y sólo me enteré cuando una voz muy excitada preguntó en mi auricular:

—¿Es usted el fulano del gato?

Cuando le respondí afirmativamente, gritó:

—¡Bendito sea! Soy taxista y hasta hoy creía haber visto de todo, pero cuando entré hace un rato en la fila frente a la estación del Gran Central, me encontré con este gato sentado muy cómodo en el asiento de los pasajeros, ¡y para colmo con un número de teléfono!

—¿Dónde está ahora? —pregunté a mi vez, con un poco de temor.

—En uno de los casilleros de consignación de equipajes. Vaya a buscar la llave en la oficina del jefe del garaje y déjeme 25 centavos. ¡Y oiga, amigo! ¿Qué le parece si añadiera una propina o algo así? Nadie, ni siquiera un gato, debe viajar gratis, ¿verdad?

Moscatel se lleva igualmente bien con el vecindario. Hace pocos meses, recibí a altas horas de la noche una llamada de cierta dama que parecía estar muy indignada.

—¡El gato de usted está debajo de mi cama! —protestó—. Pude ver la placa antes de que se me escapara y fuera a esconderse.

Tratando de calmarla, le dije:

—¿Cómo sabe usted que es un gato, y no una gata?

—¡Porque hace algún tiempo que viene sacando de quicio a *mi gata*!

Me dio de mala manera su nombre, Elena X, y su dirección, un departamento de la planta baja del otro lado del jardín. Cuando fui a recoger mi noctívago compañero, quise presentar disculpas en su nombre, pero ella nos despidió con un portazo.

Dos noches después volvió a suceder lo mismo. Esa vez llevé una caja de bombones para Elena y un ratoncito de juguete, con fuerte olor a menta (que deleita a los gatos) para su gatita. Ella encontró divertida mi ocurrencia, y yo a mi vez la encontré a ella muy simpática, de modo que convinimos en cenar juntos al día siguiente.

Moscatel ya no visita a la gata de Elena, pero yo sigo viendo a ésta. Ahora cuando suena el timbre del teléfono, sé que al menos algunas veces es por mí.

* * *

La felicidad jamás se toma el pulso. —Alexander Smith

Enriquezca su vocabulario

POR CARLOS F. MAC HALE

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

AL AMAR a nuestra patria, amamos también la lengua que en ella se habla. En el caso de la nuestra no debemos olvidar que es común a otras veinte naciones que forman el grupo más homogéneo y numeroso del mundo. Lo que es peculiar de cada país es ciertamente respetable; pero, si pensamos que en la época moderna no podemos vivir aislados, daremos más importancia a lo que se puede entender en todos ellos, como ocurre con todas las voces explicadas a la vuelta.



1) **amilanar** — A: atolondrar. B: derruir. C: acobardar. D: entristecer.

2) **borona** — A: maíz. B: hierba. C: avena. D: cebada.

3) **corazonada** — A: coraje. B: barrunto. C: coraza. D: dolor.

4) **desecho** — A: despego. B: gofio. C: montón. D: sobra.

5) **ergástula** — A: sótano. B: cuartel. C: cárcel. D: pocilga.

6) **hispanidad** — A: Hispanoamérica. B: hispanoamericanismo. C: iberoamericano. D: carácter genérico y conjunto de los pueblos hispánicos.

7) **Lutecia** — A: Portugal. B: París. C: Roma. D: Lisboa.

8) **mesocracia** — A: gobierno en que domina la clase alta. B: la clase baja. C: la clase rica. D: la clase media.

9) **mitología** — A: término médico. B: término litúrgico. C: término forense. D: término folklórico.

10) **mota** — A: efecto. B: defecto. C: afecto. D: aspecto.

11) **neón** — A: perla falsa. B: pez. C: niño deforme. D: gas.

12) **otrora** — A: otro que tal. B: otra hora. C: en otro tiempo. D: otra vez.

13) **peregrino** — A: extraño. B: simple. C: extranjero. D: desgraciado.

14) **propugnar** — A: amparar. B: proponer. C: rescatar. D: proclamar.

15) **prosapia** — A: sabor. B: prosaico. C: linaje. D: sabiduría.

16) **rabel** — A: instrumento de viento. B: de percusión. C: de cuerdas. D: de teclas.

17) **reportar** — A: relucir. B: refrenar. C: reponer. D: refutar.

18) **sibilino** — A: sibarita. B: misterioso. C: sicalíptico. D: cabal.

19) **tesón** — A: gravedad. B: pereza. C: firmeza. D: vanidad.

20) **vínculo** — A: venda. B: lazo. C: vendaje. D: pegote.

* * * * * * * * * *

RESPUESTAS A "ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

* * * * * * * * * *

(Véase la página anterior)

1) **amilanar** — C: acobardar. "Vago pavor lo *amilana*". (Lugones)
2) **borona** — A: mijo, maíz. "Pregunta si hay leche cuajada y *borona* tierna". (Valle Inclán)
3) **corazonada** — B: barrunto, presentimiento. "Tenía la *corazonada,* el presentimiento, de una gran desgracia". (Ricardo Palma)
4) **desecho** — D: sobra, desperdicio, cosa que se desecha. "Su biblioteca aumentaba con *desechos*". (Baroja)
5) **ergástula** — C: cárcel de esclavos en la antigua Roma. También *ergástulo*. "El paria necesita / la *ergástula* infamante; la libertad lo asusta". (Luis Muñoz Rivera)
6) **hispanidad** — D: carácter genérico de todos los pueblos de lengua y cultura españolas. Conjunto de estos pueblos. "*Hispanidad*, en su sentido concreto, quiere decir el conjunto de los pueblos o naciones que han brotado de la raíz española". (Manuel García Llorente)
7) **Lutecia** — B: antiguo nombre de la ciudad de París, que a veces se hace extensivo a Francia en el lenguaje poético. "¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara *Lutecia*!" (Rubén Darío)
8) **mesocracia** — D: gobierno en que domina la clase media; burguesía. "Perteneció a esa *mesocracia* a la que pertenecemos tantos y tantos". (Amado Nervo)
9) **mitología** — D: conjunto de mitos de un pueblo. "La *mitología* pagana continuó suministrando imágenes y símbolos al poeta". (Andrés Bello)
10) **mota** — B: defecto leve. "Las *motas* percibe en los ojos del vecino". (Baltasar Gracián)
11) **neón** — D: un gas usado en algunas lámparas eléctricas. "... el brillante resplandor de los multicolores anuncios de *neón*". (Daniel Belmar)
12) **otrora** — C: en otro tiempo. "... escribió *otrora* páginas próceras ..." (Roberto García Peña)
13) **peregrino** — A: extraño, singular. "Contaremos brevemente el *peregrino* caso". (Pérez Galdós)
14) **propugnar** — A: amparar, defender. "... lo *propugna* y preconiza el sabio filólogo Cuervo". (Manuel G. Revilla)
15) **prosapia** — C: ascendencia, linaje. "... doncellas, damas y varones de alta *prosapia*". (Alberto Insúa)
16) **rabel** — C: especie de laúd. "Noche andaluza, guitarreo, panderos, *rabeles*, zambombas, lumbre, vino ..." (Rodríguez Soriano)
17) **reportar** — B: refrenar, reprimir, corregir. "*Reporta* tu lenguaje, Lucio". (Hnos. Álvarez Quintero)
18) **sibilino** — B: misterioso. "¿Qué engañosa lengua *sibilina* te ha dicho dónde se halla?" (A. Zum Felde)
19) **tesón** — C: firmeza, constancia. "... (ella) renunció a nuevas nupcias con decidido *tesón*". (Concha Espina)
20) **vínculo** — B: lazo, unión, ligadura. "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo una sola nación con un solo *vínculo* que ligue sus partes entre sí y con el todo". (Bolívar)

Calificación

20 respuestas acertadas ... sobresaliente
15 a 19 acertadas .... notable
12 a 14 acertadas .... bueno
9 a 11 acertadas .... regular



Su nuevo hogar merece una marca de prestigio

Heladera Westinghouse: Su presencia en el hogar es garantía absoluta de salud, bienestar y alta expresión de un nuevo confort! En 4 modelos - W 4 - W 6 - W 10 y W 13 -, Westinghouse significa REFRIGERACION AVANZADA, por sus características técnicas, belleza de diseño y la calidad impuesta mundialmente desde hace 75 años en realizaciones de envergadura internacional.

Westinghouse

CARMA
Belgrano 3770, Capital

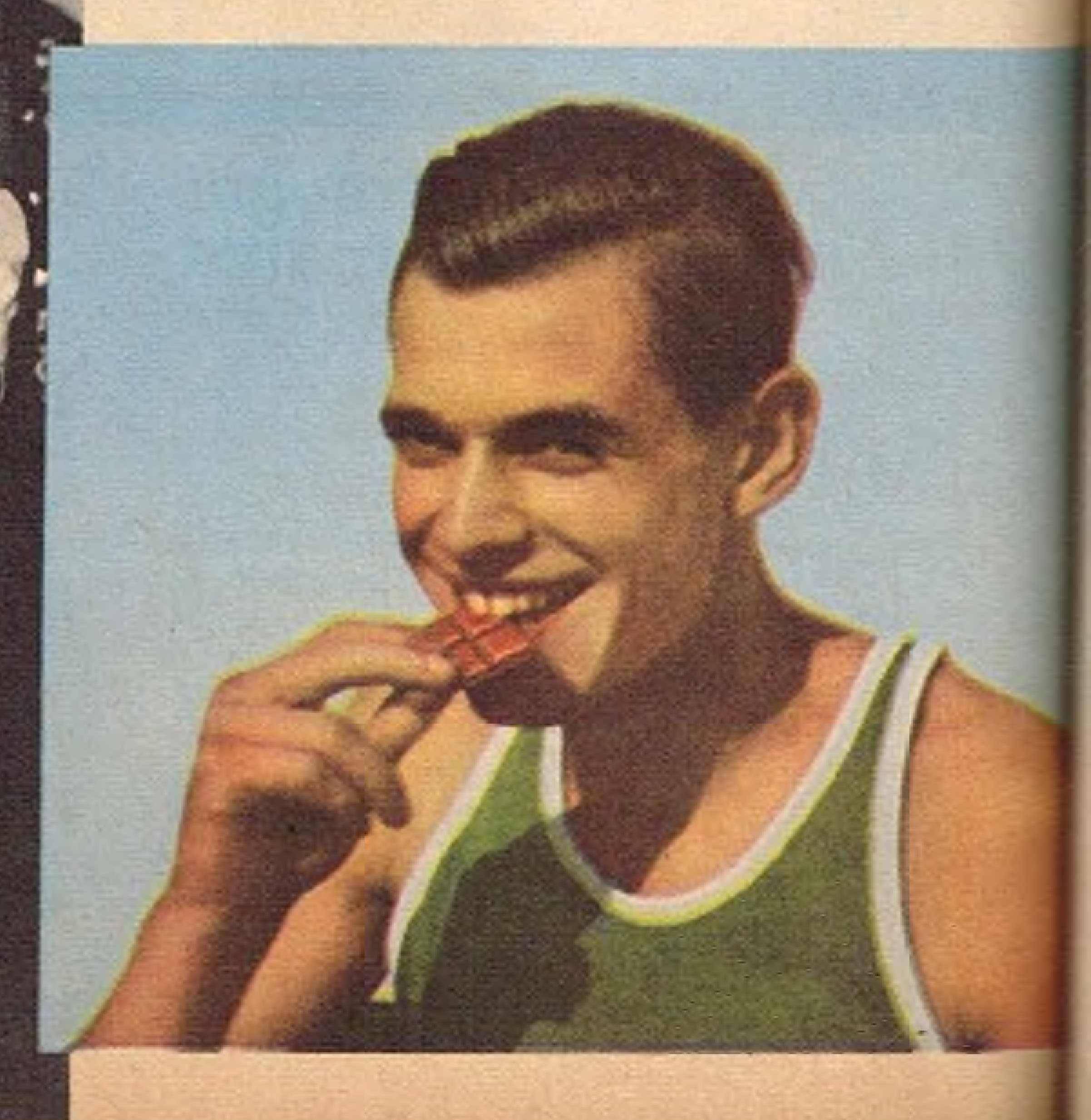




DISFRUTE DE LA VIDA...

CON ENERGIA!





La Alemania de hoy ante los judíos

Durante los últimos diez años Alemania Occidental, por medio de las reparaciones oficiales y de la filantropía particular, ha venido tratando de expiar uno de los más execrables crímenes de la historia.

Por Robert Littell

David Wolff empezó a escribir a los 16 años. Así como otros muchachos berlineses coleccionaban sellos de correo o construían modelos de aviones, él escribía; era este su entretenimiento, su pasión, y nadie dudaba de que estaba destinado a abrazar las letras como profesión.

Hitler, empero, lo había dispuesto de otra manera para David Wolff, para su familia y para más de seis millones de judíos . . .

Al padre de David lo metieron en una prisión donde murió; a la madre la desterraron al este y no se volvió a saber de ella. El propio David, que entonces tenía 20 años, habría perdido también la vida, a no ser porque se consiguió el pasaporte de un cristiano belga. Se enganchó en el movimiento sionista secreto y, durante tres años, ayudó a muchos niños judíos a fugarse a Suiza. En sus ratos desocupados aprendió jardinería.

Con este oficio se ganaba la vida en Palestina, adonde fue a establecerse una vez terminada la guerra. Con el tiempo, a pesar de su estado enfermizo, llegó a sostener precariamente a una familia de siete personas. Por las noches, o durante los fines de semana, ter-

minado el rudo trabajo con pala y azada, lo reclamaba su vieja afición y se dedicaba a escribir. De vez en cuando vendía algún artículo a un periódico europeo.

En 1956, cuando tenía 41 años de edad, recibió del gobierno alemán la suma de 20.000 marcos como primer pago de la indemnización que aquel gobierno le reconocía por haber sido confiscado por los nazis el negocio de vinos de su padre.

Abandonó entonces la herramienta de jardín, se compró una nueva máquina de escribir, voló a Europa donde estableció relaciones con estaciones radiodifusoras, revistas y cadenas de periódicos, compró una grabadora magnetofónica y un automóvil de 5000 marcos. A la vuelta de nueve meses estaba ganando más dinero del que jamás le produjo la jardinería. Hoy no cultiva más plantas ni flores que las de su propio jardín, y suele comentar: "He convertido mi oficio en diversión y mi diversión en oficio".

David Wolff es uno de los centenares de miles de judíos a quienes el gobierno alemán ha indemnizado, hasta cierto punto, por las injusticias de que fueron víctimas bajo el régimen nazi. Esto lo hace Alemania de acuerdo con sus propias leyes y con el convenio celebrado con el Estado de Israel, convenio único en la historia, ya que nunca una nación vencida en guerra había pagado voluntariamente reparaciones a los ciudadanos de otra que ni siquiera existía en la época en que se cometieron los atropellos.

En el término de tres a cuatro años, Alemania Occidental habrá pagado en efectivo o en especie más de veinte mil millones de marcos por concepto de *Wiedergutmachung* o reparación tangible. La mayor parte de esta inmensa suma representa la compensación individual a judíos repartidos por todo el mundo, cuya propiedad fue destruida o confiscada, y la indemnización entregada a los que perdieron la salud o la manera de ganarse la vida, o cuyos estudios o carreras fueron truncados por la persecución nazi. Más de 450 millones de marcos se han destinado para volver a establecer sinagogas, hospitales judíos, bibliotecas, orfanatos, escuelas de párvulos y actividades culturales en 40 países. Además, todos los años, hasta 1965, se estarán enviando mercancías por valor de 3000 millones de marcos al Estado de Israel.

Los judíos sólo han reclamado reparación y restitución por concepto de daños materiales. Desde luego, no puede haber compensación para el daño moral: el asesinato de una tercera parte de este antiquísimo pueblo.

La tarea de escoger los artículos que debía entregar Alemania en virtud del acuerdo de reparaciones se confió a una empresa llamada Shilumim, palabra que en hebreo significa algo así como "rembolso". Se estableció en Colonia una misión israelí, presidida por el embajador

F. E. Shinnar. Los 58.000 pedidos de material alemán que se han hecho hasta ahora abarcan desde 300 kilómetros de tubería de acero hasta una máquina de contar píldoras, para una casa farmacéutica.

El millón y medio de toneladas de materias primas y objetos de ferretería entregados desde 1953, ha favorecido enormemente el rápido desarrollo de Israel. Entre las principales realizaciones que se han conseguido gracias a las actividades de la Shilumim, podemos citar las siguientes:

• En menos de diez años, la marina mercante de Israel dejó de estar formada por unos pocos buques viejos para convertirse en una de las flotas más modernas en la competencia mundial del trasporte marítimo: medio millón de toneladas de barcos de carga, buques-tanques, trasportes de mercancía a granel, y hermosos buques de pasajeros.

• En los muelles de Haifa, principal puerto del país, resaltan un sinnúmero de gigantescas grúas portuarias, que en la fecha de la independencia de Israel se engalanan con luces multicolores. En la bahía flota un dique seco de 7500 toneladas. Las grúas fueron construidas en Hamburgo y el dique en Lübeck.

• Entre Haifa y Tel Aviv, la ciudad más grande de Israel, corren trenes expresos movidos por motores diésel fabricados en Esslingen, cerca de Stuttgart. Una nueva vía férrea que va a la floreciente ciudad fronteriza de Bersabee (donde Abrahán excavó un pozo para sus ganados) se construyó con rieles hechos en Alemania.

• La producción de energía eléctrica de Israel se ha triplicado. No hay hoy ninguna aldea que no tenga teléfono y luz eléctrica. Una red radiotelefónica conecta los más apartados lugares diseminados en las soledades del desierto del Negueb.

• Por mediación de la Shilumim, 1500 fábricas, grandes y pequeñas, han adquirido nuevo equipo mecánico, se han ampliado y automatizado, y han dado trabajo a muchos inmigrantes recién llegados. También por su conducto las cooperativas agrícolas y las *kibbutzim* (granjas comunales) poseen hoy tractores, fumigadoras y trilladoras. Gracias en gran parte a las máquinas importadas de Alemania Occidental, lo que ayer era una tierra de campesinos y pequeñas fábricas se está convirtiendo rápidamente en una nación industrializada, capaz de competir con las exportaciones de Occidente.

"Lo más importante de todo", comenta Nachum Shamir, gerente general de la empresa, "es que la Shilumim ha enseñado a los israelíes a considerar con grandeza su país".

En el campo de las indemnizaciones individuales las cosas no han marchado tan sin tropiezo como en el caso de la Shilumim, porque el problema es más complejo. De tres millones y pico de reclamacio-





Nueva elegancia... desde un ángulo distinto!

El nuevo ángulo del techo —su más avanzada conquista en diseño— define la personalidad del FALCON, exaltando la moderna elegancia de su perfil. Y en su interior, la rica variedad tonal del tapizado juega un armonioso ritmo de matices y formas con el color del coche y con el diseño del nuevo tablero, en el que los instrumentos se ubican de manera gratamente funcional. Las perfecciones mecánicas del NUEVO FORD FALCON están respaldadas por la famosa garantía 12/20, y por la seguridad del service especializado y los repuestos legítimos que brindan más de 210 Concesionarias Ford de todo el país. Todo esto contribuye a que Ud.. al manejar su NUEVO FORD FALCON, disfrute la experiencia de manejar futuro.

Un estilo de vida... NUEVO

FORD FALCON

UN PRODUCTO DE CALIDAD DEL CENTRO DE CALIDAD 

Miembro de la Asociación de Fábricas de Automotores

nes hechas a Alemania, una quinta parte está por resolverse, pese a lo cual se han pagado ya más de 6000 millones de marcos, casi todos a personas que viven en Israel. Como los que emigraron a este país fueron los judíos más pobres, una compensación de 8000 o de 12.000 marcos, y hasta una pensión de 250 marcos mensuales, significan mucho: mejor vivienda, ropa nueva, más que comer, algo de diversión. A muchos la indemnización les ha proporcionado una nueva oportunidad de ganarse la vida o les ha abierto inesperadas perspectivas.

Aarón Cohen, por ejemplo, no necesitaba más que un trampolín. Sus vecinos lo respetaban y lo habían elegido miembro de la junta de la cooperativa; pero, por falta de capital, su granja apenas le daba a él y a Raquel, su mujer, lo indispensable para vivir.

Con el cheque que recibió por la confiscación de la tienda de su padre por los nazis, compró cinco vacas y una ordeñadora mecánica. Pignorándolas obtuvo crédito suficiente para adquirir 400 gallinas y un tractor. El número de sus animales se duplicó, y también sus ingresos. Hoy tiene un peón que le cuida su prado, manda a sus hijos al instituto y Raquel sólo trabaja una o dos horas al día.

En el fértil valle de Jezrael se encuentra el *kibbutz* de Hazorea, fundado por jóvenes que salieron de Alemania en 1936. Casi todos eran estudiantes universitarios o graduados ya: los cinco pastores del *kibbutz* tenían el grado de doctor en filosofía. De los 320 miembros del grupo, 86 tenían derecho a compensación "por interrupción de estudios" o "privación de su profesión".

Hazorea se benefició de un convenio celebrado con el gobierno alemán, en virtud del cual se refundieron en una sola las reclamaciones individuales. Así se ganó tiempo, se economizaron honorarios jurídicos y se obtuvo una suma de consideración, de donde se tomaron 800.000 marcos para invertirlos en construir una fábrica de plásticos. A varios de los *kibbutzniks* se les envió al exterior a aprender la técnica de esta industria, que ha ayudado a resolver el problema de aquellos que por razón de su edad se han visto obligados a abandonar las labores del campo.

Salomón H. poseía en Danzig cuatro grandes tiendas de zapatos, que fueron confiscadas por los nazis. Llegó a Tel Aviv a la edad de 60 años, acompañado por su esposa, Hannah, mucho más joven que él. Mientras que él se dedicó a diversos oficios modestos, ella trabajaba como sirvienta, daba clases de inglés o cuidaba niños pequeños. Vestían ropa vieja que les mandaban los parientes que tenían en el extranjero y a menudo pasaban hambre. Salomón enfermó gravemente, con lo cual se consumieron los pocos ahorros de la pareja. Poco antes de su muerte recibieron un cheque de indemnización por valor de 10.000 marcos. Hannah pagó las deudas y

compró la mitad de un negocio de biblioteca circulante. Hoy es dueña de todo el negocio y también vende libros nuevos. El otro día, por primera vez en los 24 años que ha vivido en Tel Aviv, entró en una tienda de modas y se compró el vestido que más le gustó, que por cierto no era el más barato. Recuerda este pequeño episodio con viva emoción y exclama: "¡Viva Adenauer!"

Nadie sabrá jamás cuántos judíos en todo el mundo dejaron de recibir compensación porque murieron antes de que el Bundestag de Alemania Occidental ratificara el acuerdo de reparaciones, en 1953. En esa época había una fuerte oposición al acuerdo no sólo en Alemania, sino también en el propio Israel, donde muchas personas no querían tener tratos de ninguna clase con los alemanes. Al día siguiente de la firma del tratado, muchos periódicos israelíes aparecieron con una orla negra en señal de duelo. Motines de protesta y hasta una pequeña bomba saludaron la llegada del primer barco cargado de artículos alemanes.

El paso del tiempo, las repercusiones del programa de la Shilumim en la economía nacional, la convicción reiterada por el presidente del consejo de ministros, Ben Gurion, de que "los actuales gobernantes de Alemania no son responsables de lo que ocurrió", son todos ellos factores que han ido operando un cambio en la opinión pública. Todavía hay muchos israe-

líes que se niegan a comprar un automóvil alemán, pero a pesar de ello las calles de Tel Aviv están llenas de Volkswagens. Al Dr. Martin Buber, decano de los filósofos judíos, ya no se le critica por haber aceptado honores académicos de Alemania. Por otra parte, cautelosamente se fueron haciendo amistades entre los israelíes y algunos de los ingenieros y técnicos alemanes que acudieron a dirigir la instalación de la nueva maquinaria. Algunos de los hijos de aquellos ingenieros asistieron a las escuelas del país y regresaron a Alemania hablando hebreo.

Se puede decir que en Israel no se canta ópera alemana ni se proyectan películas de esa procedencia. Sin embargo, aun durante el juicio de Eichmann a unos pocos corresponsales alemanes enviados para que informaran sobre aquel suceso se les invitó a casas judías. "Si nosotros fuéramos a odiar a todos los alemanes sin distinción", ha dicho un ciudadano de Israel, "caeríamos precisamente en el mismo prejuicio racial que censuramos en los nazis".

Desde 1960, más de 50 grupos alemanes de maestros, obreros, funcionarios del gobierno y estudiantes han visitado a Israel y lo han recorrido desde Nazaret hasta el mar Rojo. Algunos se han quedado, invitados a trabajar en un *kibbutz*.

Entre los más recientes viajeros alemanes a Israel se cuentan varios grupos de jóvenes reclutados por dirigentes eclesiásticos, que forman

una especie de "Cuerpos de expiación". No sólo en Israel, sino también en Francia, Grecia, Noruega, Holanda y otros países donde los nazis dejaron nefanda memoria, estos jóvenes voluntarios pasan de seis meses a un año ayudando a reconstruir centros sociales, iglesias, clínicas o asociaciones juveniles. Esperan poder demostrar a la población de los países que sojuzgaron sus mayores que la nueva generación se siente contrita por lo que se hizo bajo el régimen de Hitler.

Los jóvenes de estos cuerpos, hombres y mujeres de 24 años por término medio, buscan trabajos arduos en el *kibbutz,* y los obtienen. Una carta de un muchacho alemán que reside en Israel reza así: "Mientras Rolf lava los platos, Marianne plancha la ropa, Hans arranca maleza, Martin madruga a ordeñar las vacas antes del alba, y todos salimos al campo a desenterrar patatas, patatas y más patatas . . ."

A uno de estos "penitentes" alemanes un israelí le mostró fotos de su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas y su sobrinita de dos años . . . todos asesinados por los nazis. En seguida le tendió la mano y le dijo: "Me alegro muchísimo de haberlo conocido".

Lo cual demuestra que los hombres de buena voluntad pueden construir entre sí pequeños puentes de comprensión humana sobre el abismo de uno de los crímenes más execrables de la historia.



Internacionalismo. En Londres, Alan Robertson se gana la vida exportando leones de los sobrepoblados jardines zoológicos ingleses, a los países africanos (UPI) . . . En el histórico bosque de Sherwood (Inglaterra) se están sembrando robles americanos, porque los robles ingleses son demasiado débiles para resistir la vida moderna (*Times* de Londres) . . . Entre los objetos que se venden como recuerdo en una droguería de Washington, se cuenta una reproducción en miniatura del monumento que representa a unos infantes de marina en el acto de izar la bandera norteamericana en Iwo-Yima. La miniatura lleva en la base la leyenda: "Hecho en Japón". (CDN)

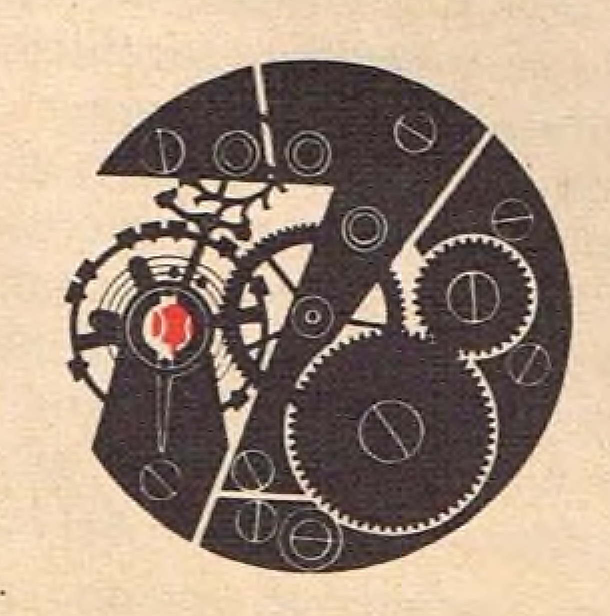
"Vive la France"

La ley francesa prohíbe un segundo matrimonio durante los primeros nueve meses, exactamente, después de concedido el divorcio, cosa que los franceses explican así: "Es por si acaso ocurriese una despedida demasiado sentimental entre la señora y su anterior marido el día en que se concede la separación legal".

—Olivia de Havilland, en *Every Frenchman Has One* (Editores: Random House)

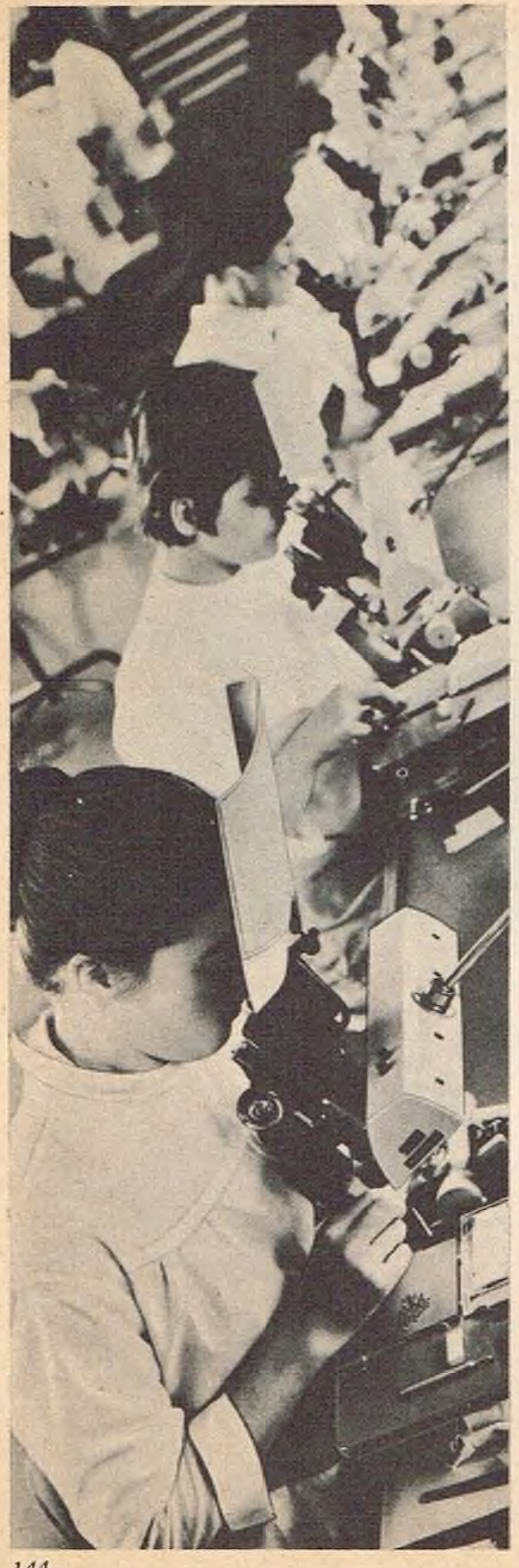


Ud. apenas puede distinguirlo
a simple vista, pero,
por increíble que parezca, es el
corazón de su reloj...



EN SU RELOJ ESTE CORAZON ETERNO

El hombre del siglo XX, siempre entre dos vuelos, entre una cita de negocios en Milán y la firma de un contrato en París o en Roma, atraviesa la vida como un ciclón. Apurado, pero puntual, devorando los



En su reloj este corazón eterno

Continuación

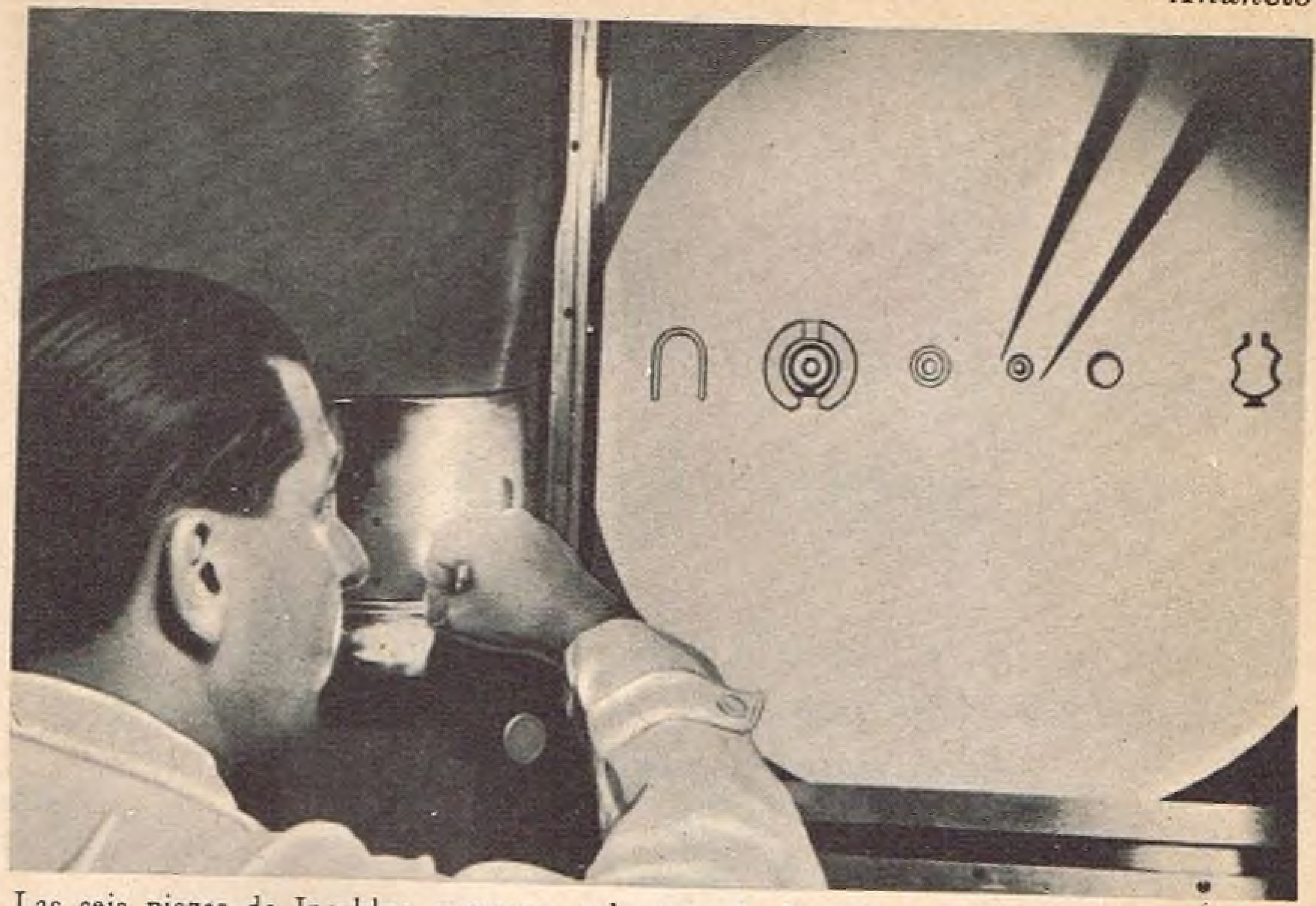
minutos, el hombre de nuestros días no tiene más que un arma para defenderse: la exactitud. Para conservar su equilibrio en el torbellino de las jornadas modernas, no tiene más que un instrumento de orientación, su reloj. Veinte veces por día lo mira. Veinte veces por día hace ese gesto habitual que el célebre psicoanalista Segismundo Freud ha descripto "como una imploración del subconsciente frente a las incertidumbres de lo temporal". En una época en la que todo se cuenta en horas, minutos y segundos, el hombre actual, sin un buen reloj, está desorientado, perdido, expuesto a incumplimientos que en esta era de organización y tecnocracia no se perdonan jamás.

Incabloc: Precisión Garantida

La pequeña maquinaria de contar el tiempo, universo de engranajes, de resortes y tornillos, es un mundo en perpetua agitación que requiere una protección absoluta. Un mecanismo casi microscópico se encarga de ésa, casi imposible tarea. Es una pequeña pieza en forma de lira: el Incabloc. Coraza y escudo, Incabloc protege y garantiza la precisión del reloj.

Una formidable organización que se alza en La Chaux-de-Fonds,

Diámetro del Incabloc: 3 milímetros. Su precisión está controlada por aparatos que aumentan su tamaño aproximadamente 50 veces. Se producen 100.000 por día. Se hacen 1.600 operaciones diarias y 70 controles.



Las seis piezas de Incabloc protegen cada uno de los pivotes del balancín. Sobre la pantalla del técnico relojero, las piezas se reflejan con un tamaño 100 veces mayor que el natural. La perfección de estas piezas protege al reloj 100 %.

Suiza, es necesaria para montar cada día cien mil de esas pequeñas maravillas de exactitud y paciencia, el Incabloc. Constituido por dos piedras rubíes montadas elásticamente en el reloj, sobre el pivote del balancín, bajo la acción de un choque o de un golpe las piedras se desplazan con él. Un engarce cónico sujeta las dos piedras rojas o rubíes y un resorte en forma de lira comanda todo el movimiento. Si el reloj cae, el engarce con sus dos piedras desciende, el eje se detiene contra el block y el resorte (la lira) se encarga otra vez de llevar todo el mecanismo a su posición correspondiente, impidiendo que los pivotes se rompan y, evitando así la descompostura del reloj.

Es muy simple, sí, pero quien encuentra el Incabloc en el centro de su reloj descubre tras las fronteras de lo infinitamente pequeño y simple, una verdadera grandeza: la paciencia y el ingenio.

Si hoy, más de 250.000.000 de relojes en el mundo están equipados con Incabloc, es porque un puñado de suizos, los creadores de Incabloc y los operarios de su fábrica, han tenido la paciencia, allá en La Chaux-de-Fonds, bajo el claro cielo suizo, de inclinarse sobre ese problema, aparentemente microscópico, que es la protección del mecanismo de un reloj. Así, gracias a Incabloc, símbolo de perfección técnica y corazón eterno del reloj, éste puede ser el segundo corazón del hombre.

¿Por qué es oscuro el cielo de noche?

En la respuesta a esta sencilla pregunta, hecha hace 100 años, está la clave de un portentoso descubrimiento acerca del universo.

POR BRUCE BLIVEN

DESDE su infancia, el género humano ha aceptado la oscuridad del cielo nocturno como un hecho tan obvio que no vale la pena analizarlo. Cuando sale el Sol por la mañana, nos trae el día; cuando se pone, desaparece nuestra mayor fuente de luz y, por consiguiente, el cielo ya no puede tener luminosidad. Así han razonado muchísimas generaciones de hombres, pero en ese razonamiento han pasado por alto algo muy importante.

El primero que parece haber reflexionado hondamente en torno a este fenómeno fue un médico alemán, el Dr. Heinrich Olbers, residente en Bremen, que en 1826 se propuso encontrar respuesta científica y matemática a la pregunta: *¿Por qué es oscuro el mundo de noche?*

Toda la vida lo apasionó la astronomía, y aun en la época en que ejercía la medicina, pasaba la mayor parte de las noches despejadas escudriñando el firmamento desde un observatorio que había construido encima de su casa. Localizó el cometa de 1815, que fue bautizado con su nombre; participó en el redescubrimiento de Ceres y descubrió a Palas y Vesta, tres pequeños planetas que giran alrededor del Sol. Sin embargo, su mayor acierto fue precisamente inquirir sobre algo que parecía tan sencillo de entender.

Olbers se figuraba que el Sol nos envía solamente la mitad, más o menos, de la luz que en teoría de-



porque el
PEUGEOT 404
posee la calidad
que no se discute!

RESISTENCIA EXCEPCIONAL...
MAXIMA SEGURIDAD...
EXTRAORDINARIA POTENCIA...

Pero está demás toda argumentación. Acérquese a un PEUGEOT 404... Observe cuidadosamente cada detalle... Siéntese al volante... Manéjelo... y ése será su coche!

PEUGEOT
404

CONSTRUIDO PARA DURAR MAS



D. A. P. A. S. A. - PASEO COLON 1070 - T. E. 34-7560/7569 - 30-3807 - BUENOS AIRES

be llegar a la Tierra; la otra mitad llegaría de las estrellas que, en miles de millones, pueblan el cielo. Con toda esta luz estelar, ¿por qué la medianoche no es tan brillante como el día?

La perplejidad del Dr. Olbers hubiera sido mayor aún si hubiese conocido (como nosotros hoy) la increíble vastedad del universo, los incontados millares de millones de estrellas que despiden luz en los abismos del espacio. Nuestro Sol y sus planetas constituyen apenas una minúscula parte de la Vía Láctea, galaxia de tamaño corriente que contiene 100.000 millones de estrellas. Éstas son, por término medio, tan brillantes como el Sol. Por su parte, la Vía Láctea no es más que una de las galaxias, que parecen existir en número ilimitado. Los radio-telescopios pueden ahora "escuchar" en el espacio a distancias de varios miles de millones de años luz; y en todas direcciones siguen apareciendo galaxias.

En efecto, el número de estrellas sobrepasa la capacidad de comprensión de la mente humana; y sin embargo el espacio es tan vasto, que está en gran parte vacío.

Aun cuando el Dr. Olbers sólo tenía conocimiento de una pequeña parte del universo estelar, el número de estrellas que conocía era enorme. Tomando en cuenta su número, su brillantez y su distancia, y haciendo cálculos muy prolijos, llegó a una conclusión sorprendente: con la luz que emana de tantas estrellas, el cielo *no debería* ser oscuro por la noche. La Tierra debía estar abrasada de luz y calor, incluso a medianoche. En realidad, tendría que estarse friendo.

He aquí la idea que tenía Olbers al respecto: "Supongamos", decía, "que el universo es una gran esfera hueca llena de estrellas, que su diámetro mide billones de kilómetros y que la Tierra está en el centro. La luz le llegará a ésta desde una multitud de estrellas y, aunque los rayos procedentes de las más lejanas sean ya muy tenues, su debilidad quedará compensada porque, cuanto mayor sea la distancia a la Tierra en una dirección determinada, mayor será el número de estrellas que allí se encuentren. En realidad, la cantidad de estrellas aumenta mucho más rápidamente que la distancia (lo mismo que aumenta el volumen de una esfera en proporción a su radio). Así pues, el debilitamiento de la luz por el efecto de las mayores distancias queda *compensado con creces* por virtud del mayor número de estrellas que se encuentran cuando se toman en cuenta esas distancias. No importa, por consiguiente, lo débil que sea el efecto de una estrella cualquiera; si su número es suficientemente elevado y trascurre tiempo bastante, el planeta situado en el centro de la esfera quedaría abrasado por la luz y el calor".

¿Por qué no ocurre así? ¿Por qué, en cambio, es oscuro el cielo de noche? El sabio de Bremen supuso que una niebla interestelar debía absorber casi toda la luz de las


FELIPE
Ese simpático muchacho porteño, que transita por las calles de Buenos Aires con la voz y la presencia de LUIS SANDRINI, trae su cordial mensaje de humanidad sobre libros de Miguel Coronatto Paz. FELIPE vuelve a ser el Quijote porteño, capaz de la gauchada grandota y de la amistad de hierro, para que usted se sienta unido a él en las humanas cosas de todos los dias. Con su sabiduría de asfalto, FELIPE tiene la verdad en el bolsillo de su corazón, el cual, al lado de una billetera vacía, luce sus latidos como billetes de diez mil, siempre nuevitos en su amor por la gente grande, los pibes y los animalitos. Espérelo en su televisor ★★★★★★★★★★★★★★★★
TODOS LOS MARTES, A LAS 21.30
CANAL 13
*ES UNA PRODUCCIÓN DE PROARTEL
*Esta producción de Proartel se transmite en Canal 12, Córdoba, los martes a las 21.30 - Canal 4, Montevideo, los sábados a las 21.00.

estrellas; pero otros astrónomos no quedaron convencidos de que esta fuera una explicación suficiente, y la cuestión se convirtió en la famosa "paradoja de Olbers"..

Durante cien años los astrónomos trataron de resolverla. Sólo 16 años después de haber planteado Olbers el problema, se tuvo una clave, pero por el momento nadie advirtió la relación que pudiera tener con él.

En 1842 un profesor austriaco de matemáticas, Christian Doppler, descubrió un fenómeno que hoy lleva su nombre: el efecto Doppler. Si uno se pone al lado de la vía férrea, a medida que se aproxima un tren el pito de la locomotora suena cada vez más agudo, pero una vez que ha pasado, el tono se hace progresivamente más grave. Doppler halló la explicación. Al acercarse el tren, las ondas sonoras que emite hacia el observador le parecen a éste que se acortan o se "amontonan" y, como el sonido de la onda más corta tiene un tono más alto, el pito suena más agudo. Por el contrario, cuando el tren se aleja del observador, las ondas sonoras deben recorrer una distancia mayor, de manera que parece que se alargan y, en consecuencia, el tono del pito es más grave.

El efecto Doppler se aplica también a las ondas luminosas. Éstas le parecen al observador más largas cuando provienen de un objeto que se está alejando, y más cortas o "amontonadas" cuando el foco de luz se está acercando a nosotros.

Tratándose de la luz, el efecto se manifiesta en colores. Las ondas luminosas son más largas (y más débiles) en el extremo rojo del espectro, y más cortas en el extremo violeta. Así pues, las que provienen de un objeto que se aleja tienden a desplazarse hacia el extremo rojo del espectro, fenómeno que se conoce con el nombre de "desviación hacia el rojo". De esta manera los astrónomos llegaron a darse cuenta de que una ligera coloración rojiza en la luz que nos llega de un cuerpo celeste significa que éste se está alejando del observador.

Entre los que en el siglo presente han meditado sobre la paradoja de Olbers, sabiendo que tenía que tener una explicación, se contaba el Dr. Edwin Hubble, del Observatorio de Mount Wilson, en California. En 1924 el Dr. Hubble, sirviéndose de instrumentos ya muy perfeccionados, encontró que la luz de fuentes distantes, la luz procedente de galaxias lejanas, acusaba la "desviación hacia el rojo". Esto sólo podía significar, según su raciocinio, que sus ondas luminosas se están alargando y, por consiguiente, que esas estrellas, y en realidad todas las galaxias de que forman parte, tienen que estarse alejando de nosotros a velocidades tremendas.

¿Podría ser esto cierto? Hubble siguió observando el cielo y se fueron acumulando las pruebas de que su tesis era exacta. Encontró que, cuanto más lejos miraba, más roja era la luz que captaba su telescopio. Vio que, en realidad, las galaxias

huyen de nosotros a velocidades que aumentan en una relación matemáticamente calculable con su distancia.

Hubble llegó a la conclusión de que todo el universo se está expandiendo: todo lo que contiene se está alejando continuamente de todo lo demás. Otros observadores confirmaron su teoría; y el "universo en expansión" vino a ser el descubrimiento fundamental, aun cuando casi increíble, de la astronomía moderna.

Con este descubrimiento se dio por fin respuesta al interrogante del Dr. Olbers. *¡El cielo es oscuro de noche porque el universo se dilata!* Las galaxias se alejan de nosotros tan velozmente que las radiaciones que nos envían se debilitan. Esto es lo que nos proporciona la tranquilizante oscuridad nocturna, al mismo tiempo que nos salva de vaporizarnos en el incesante aguacero de cálida luz estelar. Si no fuera por ello, la vida sobre la Tierra sería imposible.

La historia de la paradoja de Olbers y del universo en expansión la ha narrado recientemente D. W. Sciama en *The Unity of the Universe* (La unidad del universo), libro editado por Doubleday & Co., Inc., de Nueva York.



Problemas de tráfico

Un día que atravesaba el túnel para vehículos, apresurado por llegar a tiempo a una cita importante, me contrarió mucho hallar la entrada atestada de automóviles y camiones. Mi afán aumentaba por momentos y ya no tenía límites cuando vi que tardé 30 minutos para recorrer a paso de tortuga las últimas tres manzanas y llegar por fin a la caseta donde se pagaba el peaje. Al pagar éste, le pregunté al encargado:

—¿A qué se debe el embotellamiento?

—En parte —repuso— a que ocurrió un accidente; y en parte a que la gente se detiene a preguntar. —C. R. C.

El guardia que dirigía el tráfico en una transitada plaza gritaba por un altavoz instrucciones a peatones y automovilistas. Una dama, que trataba de atravesar en su coche por aquel laberinto de flechas y luces intermitentes, había comenzado a doblar en dirección contraria por una de las calles.

—¡Por ahí no se puede, señora! —vociferó el guardia.

Bajando la ventanilla, y en tono suplicante, ella contestó:

—Entonces ¿qué hago para volver a aquella calle?

Respondió el otro:

—El mundo es redondo, señora. —S. W. V.



SECCIÓN DE LIBROS – I

Peregrinación a GUADALCANAL

POR JACK PAAR
con la colaboración de John Reddy

Durante la segunda guerra mundial, Jack Paar, celebrado humorista de la televisión norteamericana, pasó más de dos años en Guadalcanal y otras islas del Pacífico del Sur. El año pasado regresó allí para observar los cambios operados por el tiempo en una región por la cual tantos hombres sacrificaron su vida.

El siguiente ensayo, escrito en colaboración con John Reddy, del cuerpo de redacción del Reader's Digest, revela por qué el nombre de Guadalcanal está trágica y orgullosamente grabado en la historia de las fuerzas armadas de los Estados Unidos.

LA EXTENSA isla se elevaba lentamente, a estribor de la proa de nuestro barco, cual una nube azul verdosa que volara a ras del horizonte. Al romper sobre las playas ribeteadas de palmeras, las olas daban al paisaje el aspecto sereno de una tarjeta postal, y el sol, apareciendo de súbito a través de un chubasco tropical, trazó en el cénit un majestuoso arco iris para completar la ilusión de un edén de los mares del Sur. Sin embargo, no me engañaba la lejana belleza de la isla,

porque recordaba muy bien el Guadalcanal de veinte años antes.

Al igual que todos los que allí prestaron servicio militar, reconocía en aquella isla lo que era en realidad: el escenario húmedo, inhospitalario y palúdico donde tuvieron lugar algunas de las batallas más sangrientas de la guerra del Pacífico. Pero, también al igual que todos los demás norteamericanos que alguna vez maldijeron esa isla y sus selvas, sus bichos y sus lluvias, no podía borrarla de mi memoria. "Para quienes estuvimos allí", dice el almirante Samuel Elliot Morison, "Guadalcanal no es un nombre, sino una emoción". Al observarla ahora, mientras doblábamos el cabo Esperanza, donde los morados dondiegos crecían entre los restos de barcos japoneses que se oxidaban al sol, pude darme cuenta cabal de por qué esta isla oscura y pestilente ocupa en nuestros libros de historia un lugar glorioso al lado de los nombres de Valley Forge y Gettysburgo.

"En muchos sentidos, Guadalcanal fue las Termópilas de la guerra del Pacífico", ha declarado un historiador de la infantería de marina. "Por su violencia y desesperación, por el leve margen que medió entre la victoria y la derrota, y por sus profundos efectos sobre los esfuerzos bélicos de los Estados Unidos y del Japón, bien puede figurar entre las campañas decisivas de la historia".

La batalla por la isla constituyó una campaña de contradicciones; una pugna feroz y prolongada por conquistar un sitio que a ninguno de los dos bandos le interesaba. Para los japoneses era tan sólo otra isla que habían ocupado en su avance hacia la Nueva Guinea. Mas luego se les ocurrió iniciar allí la construcción de un aeródromo, y esta fue la chispa que prendió una explosión gigantesca cuyo eco se alcanzó a oír en Tokio. Porque nosotros decidimos apoderarnos de ese aeródromo.

Operación Cactus

La batalla de Guadalcanal se riñó principalmente en el aire y en el mar. Aunque la isla tiene 152 kilómetros de longitud y 48 de ancho, casi todas las acciones de tierra tuvieron lugar en una estrecha franja de pocos kilómetros de longitud, en la costa setentrional. Sólo participaron en esa campaña 60.000 hombres de la infantería de marina y del ejército, que sufrieron 1592 bajas. Estas cifras no son muy altas si se las compara con las de muchas otras batallas de antaño. Sin embargo, como acción aérea y naval, la de Guadalcanal fue titánica. En las aguas vecinas a la isla, la armada trabó media docena de batallas de gran envergadura. En algunas de ellas enormes acorazados se trenzaron en dantescos cañoneos nocturnos. En otras, gigantescos portaaviones, separados por centenares de kilómetros, se batieron a muerte valiéndose de sus aeroplanos. Destructores, lanchas torpederas y submarinos se acechaban unos a otros,

jugando mortalmente al escondite.

El nombre cifrado de Guadalcanal era Cactus; un nombre muy bien escogido. Porque allí nuestras fuerzas se vieron en espinosos aprietos desde el principio. Inmediatamente después del desembarco inicial de los infantes de marina, el 7 de agosto de 1942, nuestra armada fue abrumadoramente derrotada en una batalla que se peleó a la vista de la isla, y el resto de nuestras unidades navales se vio obligado a retirarse, dejando a los contingentes de la infantería de marina abandonados en la playa sin apoyo naval o aéreo.

Los infantes de marina no se desalentaron. Se apoderaron del aeródromo que los japoneses habían construido a medias, lo terminaron rápidamente y lo bautizaron en honor del comandante Lofton Henderson, piloto de la infantería de marina muerto en la batalla de Midway. En seguida aterrizaron allí algunos aviones norteamericanos para aportar apoyo aéreo. La armada se sobrepuso a su derrota y comenzó el contraataque. Mas aquella fue una lucha larga y dificultosa.

Durante el día los aviones enemigos bombardeaban el aeródromo Henderson. Y por la noche solían bajar tantos buques de guerra japoneses por El Corredor (el largo canal que, entre una doble fila de islotes, conduce hacia Guadalcanal) que los infantes de marina les pusieron el "expreso de Tokio". Esos navíos desembarcaban refuerzos y luego bombardeaban el aeródromo.

Pero a pesar de todos aquellos contratiempos, los nuestros nunca perdieron su sombría agudeza y referíanse con ingeniosos nombres al canal de la Alondra Marina, desde donde los navíos enemigos los bombardeaban noche tras noche; a las peligrosas aguas entre Guadalcanal y Espíritu Santo, donde tantos hombres y barcos se perdieron; al avión japonés que lanzaba luces de bengala para iluminar el aeródromo de Henderson antes de cada bombardeo; a los cañones de campaña que los hostigaban desde las colinas circundantes. Cierta vez que el piloto de un lento y pesado avión de patrulla, fácil presa para los aparatos de caza japoneses, avistó un barco enemigo, se apresuró a comunicar por radio: "Acabo avistar portaaviones enemigo. Sírvanse notificar a mis parientes más cercanos".

El lugar menos divertido de la Tierra

Durante 28 meses serví en la zona del Pacífico meridional en calidad de sargento de infantería de una compañía encargada de servicios especiales; casi todo ese tiempo estuve en "Canal", como llamaban nuestros soldados a la isla. Se me había asignado la tarea de procurar hacer reír a los soldados en aquel sitio, sin duda uno de los menos divertidos que había sobre la faz de la Tierra. Con un pequeño grupo de soldados que habían tenido experiencia en las tablas, acudí a dondequiera que hubiere un contingente de los nuestros que divertir. Les



contaba chistes a infantes de marina que el combate tenía rendidos y demacrados, y a aviadores tan horrendamente quemados que estaban cubiertos de papel de seda porque no podían soportar el peso de las sábanas. Trataba de hacer reír a soldados nerviosos y atemorizados, a punto de entrar en batalla.

Mis compañeros y yo actuábamos en barcos, pistas de aterrizaje, hospitales, playas, hasta en la selva misma. Actuamos a veces ante no más de 20 espectadores, mas en alguna ocasión éstos llegaron al número de 5000. Cuando no estábamos dedicados a hacernos los graciosos, nos pasábamos el día quejándonos del rancho, del tiempo y de la soledad.

Y, sin embargo, en los años pasados desde entonces, a menudo pensé largamente en el Pacífico del Sur; y hace pocos meses decidí regresar a esa región para observar los cambios operados en la isla en el trascurso de dos decenios.

Los soldados que prestaron servicio en Guadalcanal no reconocerían hoy aquella isla. Su nombre mismo se escucha ya rara vez; ahora se habla de Honiara, la nueva capital de las islas Salomón, construida en Guadalcanal después de la guerra. Al terminar la contienda los ingleses abandonaron a Tulagi, la antigua capital (que, situada a 40 kilómetros más lejos, en la orilla opuesta del estrecho de Fondo de Hierro, quedó demolida por los bombardeos) para construir desde sus cimientos, sobre la playa, cerca de Punta Cruz, esta nueva capital. El sector comercial, edificado en terreno llano paralelamente al litoral, fue años antes sangriento campo de batalla.

Desembarca la infantería de marina

Un contingente de infantes de marina a las órdenes del comandante Otho Rogers efectuó un desembarco detrás de las líneas japonesas, aproximadamente en el lugar donde hoy se levanta el Hotel Mendana. A medida que la tropa avanzaba colina arriba, la resistencia del enemigo se fue haciendo cada vez más encarnizada. El comandante Rogers cayó muerto y el grupo quedó aislado de la playa. Al verse rodeados,

los infantes de marina, valiéndose de sus camisetas blancas, formaron la palabra SOCORRO sobre la colina donde se hallaban atrapados. El teniente Dale Leslie, piloto de un bombardero de reconocimiento tipo Dauntless, los localizó e informó por radio del aprieto en que se hallaban.

El teniente coronel Lewis Puller, conocido por "Chesty", al enterarse de la situación en que se encontraban sus hombres, ordenó el envío inmediato de refuerzos a bordo del destructor *Ballard* y se lanzó sin demora al rescate. Cuando los infantes de marina atrapados vieron al *Ballard* navegando a todo vapor frente a la costa, el sargento Robert Raysbrook se encaramó a un montículo para comunicar su posición por medio de un semáforo. Aunque las balas enemigas no dejaban de zumbar en su derredor, continuó mandando señales. Por su parte, Puller comunicó a los infantes la orden de bajar a la playa. El *Ballard* tendió entonces con sus baterías una protectora columna de fuego. El teniente Leslie se lanzó en picado para ametrallar a los japoneses; luego, volando a poca altura sobre las lanchas del *Ballard*, las fue guiando entre el oleaje.

A medida que los infantes de marina, luchando, descendían de las colinas, el sargento Tony Malanowski, armado con un fusil automático, les cubrió por sí solo la retirada hasta que cayó muerto por las balas enemigas. El devastador fuego japonés los siguió hasta la playa.

El cabo de señales Douglas Monro dirigió la maniobra de dos lanchas Higgins que atracaron en la playa misma para recoger a los infantes, a quienes aquél protegió con fuego de ametralladora mientras embarcaban, heridos y exhaustos. Luego, cuando ya las lanchas regresaban sin contratiempo, una bala japonesa puso fin a los días de Monro.



Cerveza helada y duchas frías

Hoy la playa y las colinas donde tuvo lugar esta acción constituyen el corazón de Honiara, soñolienta ciudad tropical cuya población está integrada por 500 europeos, 300 chinos y unos 3000 indígenas. En una isla donde combatieron tantos estadounidenses, en la actualidad sólo hay una familia norteamericana, la de Alvin Blum, oriunda de Brooklyn, la cual es propietaria de un comercio de artículos varios.

Honiara cuenta con un hotel (que ofrece cerveza helada y duchas frías), un banco, un templo masónico, varias escuelas modernas, un club y un excelente restaurante chino. En las verdes y menudas colinas que se extienden más allá del sector comercial contiguo a la playa, hay un barrio de residencias, algunas muy atractivas. La capital dispone también de ciertos servicios modernos, entre los que se cuentan un hospital para enfermedades mentales, un sistema de impuestos, un grupo de teatro experimental, varios sindicatos obreros y un campo de golf.

No obstante el hecho de que Honiara es una ciudad nueva, construida en gran parte con materiales y equipo allí abandonados por los estadounidenses, en general Guadalcanal parece estar hoy en peores condiciones que durante las últimas fases de la guerra. En aquellos días, cuando se empleaba la isla como base para los ataques contra posiciones enemigas situadas más hacia el norte, el ejército lo tenía todo organizado a la perfección. Los caminos estaban en buenas condiciones, el drenaje era excelente y se había vencido a los mosquitos. Hoy el camino principal, que recorre la isla paralelamente a la costa y que entonces era magnífico, se ha convertido en una vía escabrosa y llena de baches. Los canales de drenaje están plagados de maleza. Los mosquitos trasmisores del paludismo han reaparecido en densas nubes y son tan escurridizos como lo eran los "Zeros" japoneses. El aeródromo Henderson, que antes tuvo una magnífica pista de aterrizaje de coral triturado, revestida de rejilla metálica, hoy está invadido por la hierba, y los tropicales aguaceros lo convierten en verdadera ciénaga.

La ciudad en la selva

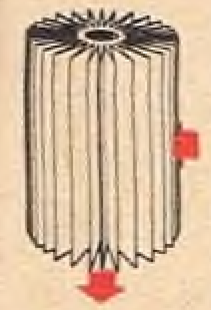
Cuando Guadalcanal era base de operaciones militares, parecía como si una pequeña ciudad hubiera surgido súbitamente en medio de la selva, en gran parte en un extremo de la isla. Entonces había allí un almacén de provisiones bien grande, una activísima oficina de correos y una estación de radio. También había periódicos impresos en mimeógrafo, libros en rústica y cerca de 100 salas de cine.

Estos "cinematógrafos" consistían en unos troncos de cocoteros dispuestos como butacas y un escenario formado por unas cuantas tablas colocadas sobre barriles de petróleo. La cabina de proyección era del tamaño de una casilla de

cuidado con las imitaciones!

UNICAMENTE FILTROS PUROLATOR

TIENEN PAPEL *micronic*®



Parece mentira, pero una simple tira de papel puede ahorrarle muchos pesos y dolores de cabeza... pues es de primordial importancia el tipo de papel que se emplea en los filtros de aire, aceite y combustible de su coche, ya que en él reside toda la eficacia de estos filtros.

Para ilustrar la importancia de la filtración basta un solo ejemplo: introduciendo 110 gramos de impurezas en la admisión de aire de un motor, éste, en 150 horas demuestra igual desgaste que trabajando 8.000 horas con aire perfectamente filtrado.

En los Filtros Purolator se emplea un papel resinoso de porosidad calibrada, importado de la casa matriz en EE. UU. y precisamente denominado "micronic", por ser el único capaz de retener impurezas tan reducidas como de un micrón (0,001 mm.) de diámetro.

PROTEJA SU MOTOR - EXIJA LEGITIMOS FILTROS



Esto podrá ser un detalle sin importancia, pero si consideramos que el 70 % de las impurezas dañinas para su motor tienen menos que 2 micrones de diámetro, este poder de retención significa un factor de seguridad y economía de primer orden.

Afirmamos categóricamente: NINGUN FILTRO DE OTRA MARCA PUEDE COMPROBAR IDENTICA EFICACIA Y RENDIMIENTO QUE LOS FILTROS PUROLATOR MICRONIC.

En su interés, por su seguridad, por su bolsillo, advertímosle ¡Cuidado con las imitaciones! Los filtros de aire, aceite y combustible PUROLATOR MICRONIC son fabricados en la Argentina por PUROLATOR ARGENTINA S.A.I.C. con licencia y garantía de PUROLATOR PRODUCTS, INC. (USA).

PUROLATOR EN LAS REPOSICIONES.

teléfonos y se levantaba en un claro entre los espectadores. Se proyectaban las películas sobre una pantalla de lona blanca hecha especialmente a prueba de lluvia. Cuando llovía, lo que ocurría a menudo, los soldados se ponían sus ponchos impermeables y seguía la función. Surgían indígenas de las entrañas de la selva para unirse silenciosamente al auditorio militar y contemplar a Betty Grable, Clark Gable y Heddy Lamarr.

Ahora no hay sino una sala de cine, situada en una antigua estructura metálica, semicilíndrica, de las llamadas "Quonset huts". Allí se exhiben películas muy viejas y Randolph Scott es el actor más popular en Guadalcanal. Los indígenas gritan divertidos con las escenas de violencia de las películas de vaqueros o pandilleros, con las cuales se les exhiben también anuncios comerciales, proyectados en la pantalla a los acordes solemnes de ciertos himnos religiosos.

Los edificios y equipos que dejamos hace 20 años en la isla muestran claramente los estragos del tiempo. Las estructuras Quonset, convertidas en comercios, casas, y hasta en iglesias, se han vuelto herrumbrosas con los años. La rejilla metálica que antes afianzaba las pistas de aterrizaje, ha sido cortada en secciones y empleada en la construcción de cercas y otras cosas, y el orín está acabando implacablemente con ella. En la playa de Lunga vi una cabra que saboreaba pensativamente la vieja tela metálica.

La batalla por el Matanikau

Saliendo de Honiara por la sinuosa avenida bordeada de frondosas casuarinas, me dirigí hacia el oriente a lo largo de la costa a fin de visitar los escenarios de las principales batallas y tratar de localizar en la selva algunos de los lugares donde yo tuve ocasión de actuar para divertir a los soldados después de que la lucha se hubo desplazado de allí hacia otras islas.

El límite oriental de Honiara lo forma el río Matanikau. En la orilla del río, del lado del levante, se alza un soñoliento barrio chino que ofrece una docena de comercios. En la orilla opuesta hay una aldea limpia y bien trazada construida por los isleños de Fiji que han sido llevados a Honiara para trabajar como artesanos en la floreciente industria de la construcción. Es difícil creer que en este escenario tan plácido se libraron algunas de las batallas más cruentas de la campaña de Guadalcanal.

La lucha se desarrolló con alternativas en una y otra orilla del Matanikau durante los primeros meses de la conquista de la isla. Fue allí donde cayó en una emboscada una patrulla de la infantería de marina a las órdenes del coronel Frank Goettge. Los únicos tres sobrevivientes lograron escapar lanzándose al mar y nadando varios kilómetros hasta volver a las líneas norteamericanas.

Nunca se encontró el menor vestigio del resto de la patrulla. "Los

japoneses nos rodearon y procedieron a hacernos picadillo", informó uno de los sobrevivientes. "Alcancé a ver cómo sus espadas relampagueaban al sol".

Posteriormente los infantes de marina supieron vengar con dureza sus pérdidas iniciales. En una campaña de tres días a través del Matanikau, mataron a 700 japoneses y sólo contaron 65 bajas. En otra batalla, al occidente del río, un pelotón de infantes se encontró atrapado en medio de dos fuerzas enemigas. "¡Ánimo, muchachos!" les gritó el comandante. "Tenemos a los japoneses exactamente donde nos quieren".

Los norteamericanos pudieron escapar gracias a la única carga a la bayoneta calada efectuada por su bando durante toda la campaña, bajo las órdenes del capitán Erskine Wells. Los japoneses se vieron obligados a agruparse en un solo sector, y allí fueron diezmados. Sus bajas ascendieron a 239.

Los japoneses estaban tan seguros de la victoria que en sus planes de batalla figuraba la designación exacta del sitio del Matanikau donde debía comparecer para rendirse el general Alexander Vandegrift, de la infantería de marina. Inclusive llegaron a fijar la fecha de la rendición. Pero los infantes de marina, que no se hallaban al tanto de tales planes, los echaron a rodar. En total, la batalla por el Matanikau costó a los japoneses 3500 muertos, y entre ellos estaba el general Yumio Nasu.

La lucha por el aeródromo Henderson

Siguiendo hacia el oriente, más allá del canal de la Alondra Marina y de los cocotales del río Lunga, en otro tiempo despedazados por los cañoneos y hoy de nuevo altos y majestuosos, me aparté del camino principal y seguí por una senda sinuosa hasta un lugar venerado: el aeródromo Henderson. Situado a kilómetro y medio tierra adentro, el vasto campo de aterrizaje veíase ahora silencioso y desierto. Nubes de pequeñas mariposas amarillas se levantaban de la hierba, y mi presencia asustó a una familia de codornices.

Me invadieron entonces los recuerdos de todos los relatos oídos durante la guerra sobre los días desesperados que vivió el aeródromo Henderson en los primeros meses de la contienda. Por esos días un abigarrado grupo de aviadores de la infantería de marina, del ejército y de la armada despegaban de allí varias veces al día para rechazar a los aparatos enemigos. Las fuerzas japonesas atacaban constantemente a las pocas unidades de la infantería de marina que defendían el campo de aviación. Hubo un momento en que se les terminó el agua a los infantes y tuvieron que orinar sobre sus ametralladoras para enfriarlas. Las incursiones aéreas del enemigo se sucedían con tal rapidez y frecuencia que nuestros pilotos dormían en sus aparatos entre combate y combate. Nuestros aviones

P-400 no tenían techo suficiente para alcanzar a los Zeros. "Un P-400 es un P-40 con un Zero detrás", decían nuestros aviadores.

Los cañones de campaña japoneses bombardeaban el aeródromo durante el día. Por la noche el avión que arrojaba luces de bengala dejaba el campo mejor iluminado que el Broadway neoyorquino. Y en seguida los acorazados japoneses, situados cerca de la costa, comenzaban el bombardeo con devastadoras andanadas. En un lapso de 24 horas, cayeron sobre el aeródromo Henderson 53 bombas y obuses japoneses. En otro bombardeo perdieron la vida 41 norteamericanos. El oficial de enlace naval de las fuerzas japonesas en Guadalcanal comunicó por radio al vicealmirante Nobutake Kondo: "*banzai!* Ocupamos el aeródromo a las 23:00".

El mensaje de los japoneses era optimista, aunque no en exceso. Porque, si bien no capturaron el campo Henderson, éste quedó totalmente inservible. La pista estaba llena de aparatos destrozados y de hoyos abiertos por las bombas. Los depósitos de combustible quedaron literalmente despedazados.

Pero los infantes de marina no abandonaron la plaza. Los del cuerpo de ingenieros repararon la pista apresuradamente. Los mecánicos sacaron el combustible de los tanques de los aviones destrozados. Los pilotos encontraron tres aparatos aún intactos y se prepararon para el contraataque. Uno de ellos se estrelló al caer en el agujero abierto por una bomba. El segundo corrió igual suerte al topar con un hoyo causado por un obús. Finalmente el teniente Robert Patterson logró despegar y acometió la empresa por sí solo. No pudo dar en ningún blanco, pero ya el aeródromo Henderson se hallaba de nuevo en funciones.

La situación era en extremo delicada y la balanza de la victoria oscilaba de un lado a otro. En algunas ocasiones los acosados pilotos norteamericanos tenían que volar en círculos mientras que ingenieros e infantes rellenaban desesperadamente los agujeros hechos por las bombas para que aquéllos pudieran aterrizar. Un avión que intentó efectuar un aterrizaje de cola se estrelló contra una explanadora. El aeródromo era un torbellino de polvo



cuando ardía el sol tropical, y quedaba convertido en un pantano cada vez que llovía. Pero los nuestros seguían volando, y poco a poco, a medida que llegaban refuerzos, fueron obteniendo la ventaja.

Ahora tan sólo quedan recuerdos. Las pistas de las que antes despegaran, entre rosadas nubes de polvo de coral, los recios "Wildcats" Grumman, los veloces "Lightnings" de doble cola y los pesados "Black Cats", están ahora cubiertas totalmente de hierba. El esqueleto de la vieja torre de control, cuya negra silueta se alzaba contra el cielo, era lo único que nos hablaba de la valentía de aquellos pilotos que lucharon en condiciones de inferioridad numérica.

Loma Sangrienta

MÁS ALLÁ del campo de aterrizaje, podía yo ver la mole accidentada y verdosa de loma Sangrienta, donde los infantes de marina, a las órdenes del coronel Merritt Edson, rechazaron un decidido ataque japonés que estuvo a punto de conquistar el asediado aeródromo, en la acción más importante de la campaña de Guadalcanal. La batalla de loma Sangrienta fue en extremo feroz. Más de 2000 japoneses al mando del general Kiyotake Kawaguchi, se congregaron en la selva que se extendía al pie de la colina, a kilómetro y medio del aeródromo, para tratar de reconquistarlo. A lo largo de las estribaciones de la loma estaban apostados unos cuantos centenares de infantes de marina, cuyo comandante llamaba festivamente a tal zona "lugar de reposo de Edson".

Los japoneses trataron de debilitar la resistencia con una serie de ataques por aire y por mar. Un avión enemigo logró hacer blanco directo en el cerro, pero los aviones de caza y las baterías antiaéreas de la infantería de marina derribaron 14 de los aparatos atacantes. Los navíos enemigos cañonearon la colina, aunque muchos de sus proyectiles fueron a parar a la selva donde se agrupaban las fuerzas japonesas.

El resplandor rojizo de una bengala, iluminando las tinieblas, marcó la iniciación del ataque japonés. Desde la selva comenzó a arrastrarse hacia la loma una cortina de humo; detrás de ella los japoneses emprendieron la carga, trepando por las faldas cubiertas de hierba mientras gritaban: "¡Ataque de gas! ¡Marino, vas a morir!"

Los infantes contestaron el ataque con fuego de fusilería, ametralladoras y artillería, pero las primeras olas de japoneses consiguieron rebasar algunas posiciones norteamericanas. Los soldados enemigos, a bayoneta calada, se apoderaron de algunas trincheras y volvieron contra los apurados infantes de marina sus propias ametralladoras.

Durante toda la noche el enemigo atacó las posiciones de los infantes, iluminadas por las bengalas que lanzaba uno de los aviones japoneses. Los atacantes gritaban: "¡Sangre para el Emperador!" mientras que avanzaban resueltamente loma

arriba. "¡Sangre para Eleanor!" les contestaban los defensores al abatirlos con la metralla o lanzarles granadas de mano. Las repetidas cargas obligaron a los infantes a replegarse hasta la cima de la loma, donde se mantuvieron firmes.

Al amanecer se agotó el ataque enemigo. Nuestros aviones se lanzaron en picado sobre las estribaciones de la loma y forzaron la retirada hacia la selva de los japoneses que aún quedaban con vida. La acción costó a los infantes 40 muertos y más de 100 heridos, pero los japoneses perdieron más de la mitad de sus 2000 hombres; las faldas humeantes y devastadas de la colina quedaron sembradas de cadáveres enemigos.

Ahora, mientras miraba yo hacia las lomas, caía una lluvia leve. La neblina envolvía la desgarrada cima donde los infantes lucharon tan denodadamente. Procuré localizar el teatro que habían construido cerca de ese lugar durante la guerra y donde yo había actuado a menudo, pero no pude encontrar la menor huella de él. En el sitio donde antes se levantaba, había ahora una colección de casuchas. Un corrillo de madres indígenas, con los senos al aire, seguía con la mirada a sus chiquillos desnudos, que jugaban alegremente bajo la lluvia.

La escuela de las colinas

ECHÉ LOMAS arriba por ver si encontraba el hospital de Tenaru, donde alguna vez estuve recluido. Fue allí donde conocí a Jack Benny,

acontecimiento que cambió todo el curso de mi vida. (Como resultado de ese encuentro casual, algunos años más tarde Jack me eligió para que lo remplazara en su programa de radio durante el verano.)

Encontré el viejo hospital convertido en la Escuela de San José para Varones, dirigida por los Hermanos Maristas, orden religiosa católica. Dos hermanos australianos, Coleman Carroll y Ervan McDonough, me mostraron las dependencias del antiguo hospital, actualmente dedicadas a la enseñanza. Lo que una vez fue la sala de cirugía es hoy una capilla, y los pabellones para convalecientes han sido convertidos en aulas. La educación es una de las necesidades más apremiantes de las islas Salomón, donde hay un solo indígena que tiene grado universitario, y la Escuela de San José está colaborando activamente en la solución del problema.

"Aquí estudian 140 muchachos indígenas procedentes de todas las islas Salomón", me explicó el hermano Carroll. "Tenemos todos los cursos elementales y los de secundaria. Los estudiantes más brillantes reciben becas del gobierno para seguir estudios superiores en Australia o Nueva Zelandia".

Escuché a todos los colegiales, vestidos con *sulus* (corta falda indígena) azules y rojos, cantando *Japani Ha Ha*, canción en inglés chapurrado que fue compuesta por los isleños durante la guerra y en que se hace burla de los japoneses. El canto lo dirigía el hermano

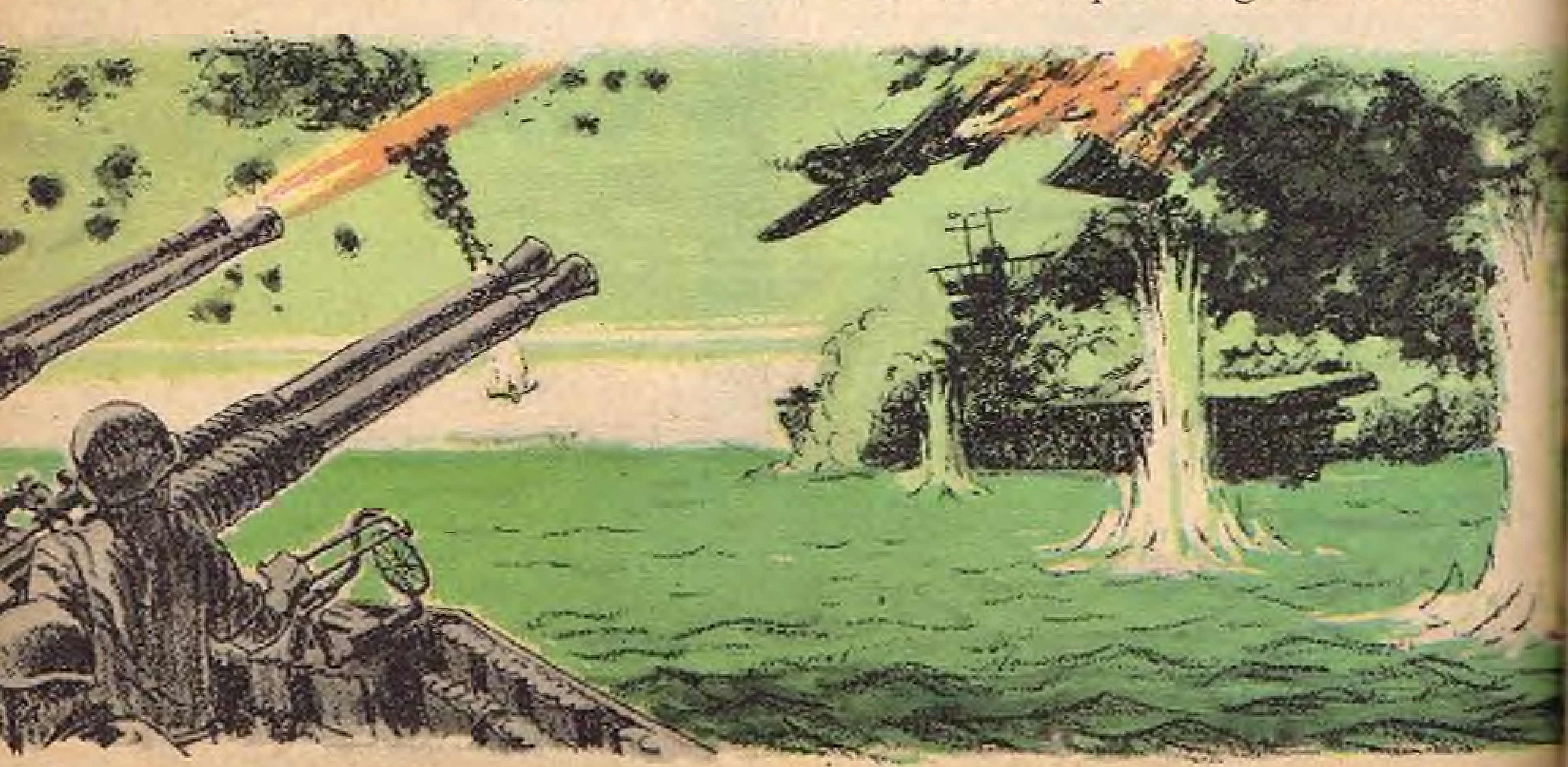
Ervan, quien tiene buenos motivos para burlarse de los japoneses . . . y para estar agradecido a los norteamericanos. Durante la guerra, fue capturado, acusado de espionaje a favor de los estadounidenses y atado a un poste. Ya el pelotón de ejecución se aprestaba a hacer la descarga fatal. En ese mismo instante una formación de aviones norteamericanos apareció en el cielo y el pelotón de fusilamiento se dispersó en busca de refugio.

"Luego que pasaron los aviones, los japoneses me metieron en el calabozo en vez de fusilarme", me explicó el hermano Ervan. "Poco después una patrulla norteamericana atacó la aldea donde nos encontrábamos y nos puso en libertad".

El estrecho de Fondo de Hierro

DESDE el centro escolar de Tenaru, continué por Honiara hacia el occidente, para explorar la costa en dirección al cabo Esperanza, frente al cual se libraron las batallas navales más importantes. Recordé que durante la guerra aquel sitio estaba erizado de baterías antiaéreas y que muchas noches tuve que recorrer ese mismo camino para ir a divertir a los artilleros. En ese entonces la carretera, que estaba en excelentes condiciones, veíase atestada de vehículos del ejército. Ahora se hallaba completamente desierta. Pasamos unas pocas aldeas indígenas, donde, entre las casuchas de techo de palma, los muchachos caminaban cogidos de la mano; algunos fumaban pipas y llevaban en la cabeza flores de hibisco de color amarillo encendido.

En la ensenada de Doma bajé hasta la playa y, al lado opuesto del estrecho de Fondo de Hierro, columbré la pequeña isla volcánica de Savo, que surgía del mar cual melancólico monumento a la memoria de los millares de hombres que perecieron en aquellas aguas. Al mirar



el océano tranquilo, que chispeaba al rayo del sol, se hacía difícil creer que hay allí más barcos hundidos que en cualquier otro lugar de los siete mares. Esas aguas plácidas, de tono azul verdoso, que espumaban suavemente a mis pies, constituyen la tumba de medio centenar de grandes barcos de guerra y de un sinnúmero de destructores, lanchas torpederas, trasportes y aviones. Durante la guerra nuestros marinos le pusieron el mote de "estrecho de Fondo de Hierro". Hoy figura en los mapas con ese mismo nombre.

Lucha sin victorias

Una y otra vez los japoneses lanzaron poderosas fuerzas navales contra Guadalcanal. Nuestros barcos y aviones acudían a interceptarlas, y de esta manera se produjeron algunos de los choques más feroces y terribles de toda la historia naval.

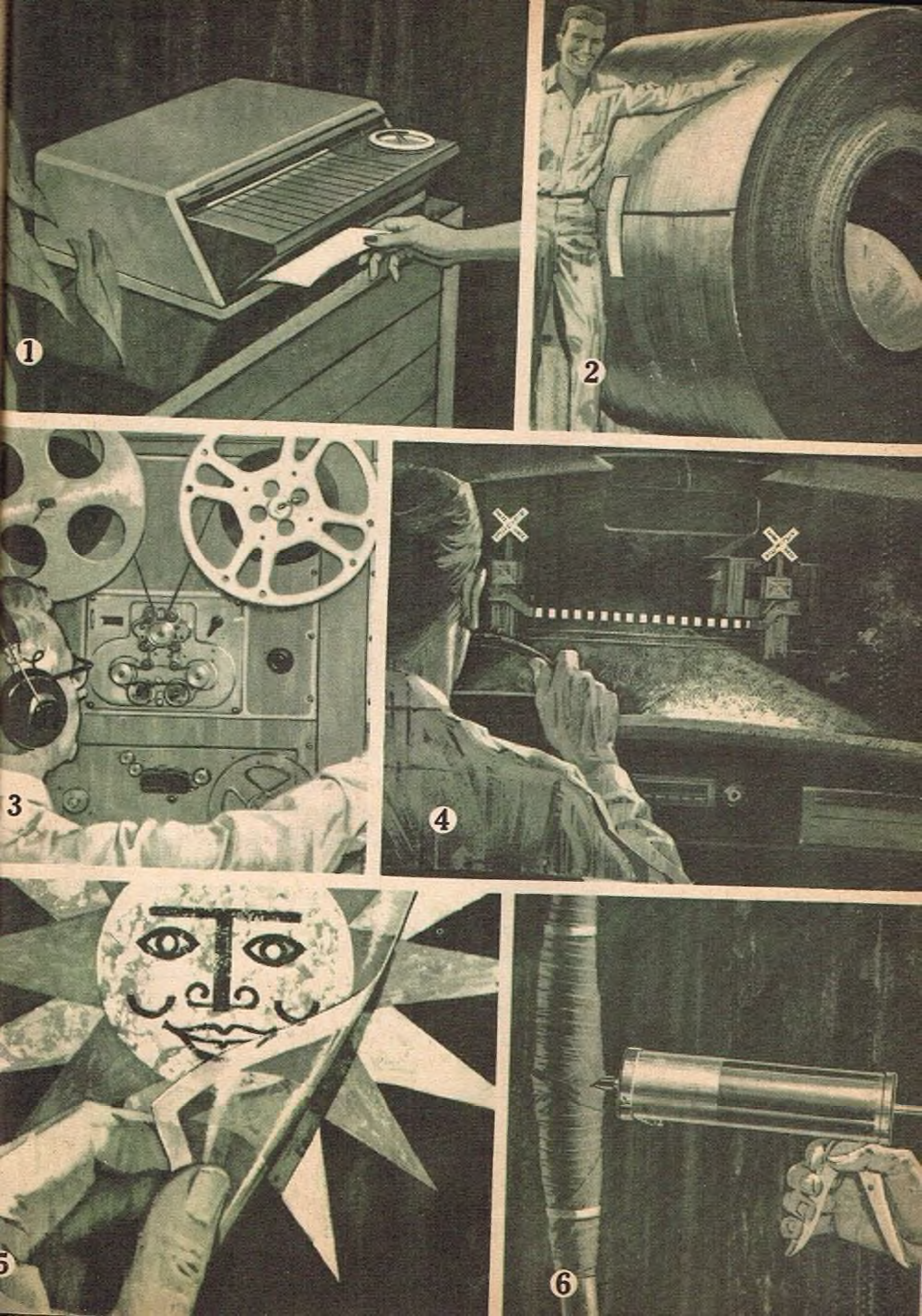
La primera batalla constituyó una de las derrotas más tremendas de nuestra historia, un desastre sólo comparable al de Pearl Harbor. Aquel encuentro tuvo lugar sólo dos noches después de que invadimos Guadalcanal. Cuando nuestra infantería de marina desembarcó en la playa, los japoneses despacharon una armada poderosa para aniquilar las fuerzas de invasión. Aunque los barcos enemigos fueron observados oportunamente cuando se dirigían hacia Guadalcanal, la señal de peligro llegó demasiado tarde, debido a una trágica sarta de errores.

Un avión de patrulla avistó la flota enemiga cuando ésta navegaba a todo vapor por el Corredor, mas el piloto no dio parte por no romper el silencio impuesto a las comunicaciones de radio. Prefirió terminar su largo vuelo de patrulla, después del cual aterrizó en la bahía de Milne (Nueva Guinea) donde tomó el té antes de dar su informe. Éste fue remitido entonces al general Douglas MacArthur, quien estaba en Australia. El general, a su vez, lo envió a Pearl Harbor. De allí fue trasmitido al contralmirante Richmond Kelly Turner, quien patrullaba frente a Guadalcanal. ¡Se tardó ocho horas en enviar una vital señal de alarma, a una distancia de sólo 560 kilómetros, desde el avión de patrulla hasta el buque del almirante Turner!

Para entonces era ya demasiado tarde. Una fuerza naval japonesa, bajo el mando del vicealmirante Gunichi Mikawa, emergió en la noche y arremetió contra los desprevenidos barcos norteamericanos. Las siluetas de estos últimos, recortándose contra el fondo de un trasporte en llamas, fueron blanco fácil para las andanadas y torpedos de Mikawa. En pocos minutos quedaba despedazada la flotilla norteamericana.

Allí perdimos cuatro cruceros y un destructor. El enemigo no perdió un solo navío.

En otra epopeya naval, el contralmirante Norman Scott sorprendió a los japoneses a la altura del cabo Esperanza. Allí ejecutó la maniobra


1
2
3
4
5
6

clásica de cruzar la T (navegar más adelante de la columna enemiga y en ángulo recto con relación a aquélla) para que sus cañones pudieran apuntar a cada uno de los barcos enemigos a medida que éstos avanzaban. No obstante, la acción constituyó apenas un empate. Ambos bandos sufrieron graves daños y allí perdió la vida el contralmirante japonés Aritomo Goto.

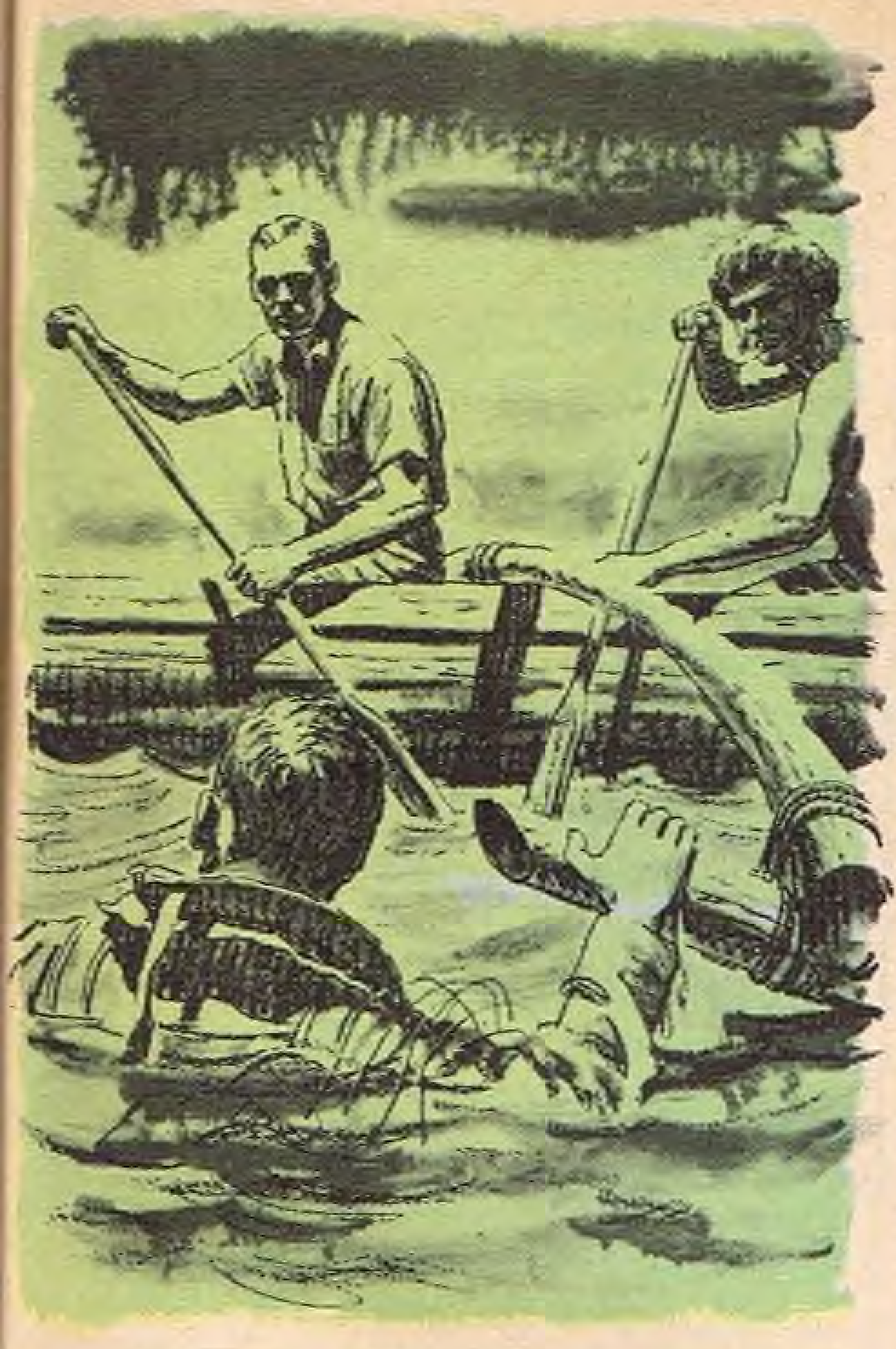
Un mes más tarde pereció el propio Scott, junto con el contralmirante Daniel Callaghan, en otro feroz encuentro nocturno en el estrecho de Fondo de Hierro. En esta vez fue tal la confusión, que ambos bandos cañonearon en la oscuridad a sus propias unidades. Allí perdimos los cruceros *Atlanta* y *Juneau*, así como cuatro destructores. Los japoneses perdieron un acorazado y dos destructores. Los incendios que se produjeron en esos nueve buques iluminaban el estrecho como si fuera de día. Centenares de hombres, entre norteamericanos y japoneses, flotaban indefensos en aquellas aguas cubiertas de petróleo e infestadas de tiburones.

Ninguna de estas batallas podría calificarse como una victoria norteamericana. Sin embargo, pérdidas tan enormes fueron debilitando paulatinamente a la armada japonesa. Y los intentos del enemigo por reforzar sus contingentes en Guadalcanal se tornaban más costosos a medida que aumentaba el poderío aéreo estadounidense. Finalmente, el contralmirante Raizo Tanaka realizó un último y desesperado esfuerzo por desembarcar refuerzos y sufrió una aplastante derrota por obra de nuestra aviación, que hundió siete trasportes repletos de tropa, a la vez que los acorazados norteamericanos, al mando del almirante Willis ("Ching") Lee, cambiaron estruendosas andanadas con los buques de guerra enemigos.

Recuerdos de la guerra

A TODO lo largo del cabo Esperanza, todavía se pueden observar testimonios de los inútiles esfuerzos que realizó la armada japonesa para apoderarse nuevamente de la isla. Medio enterrados en la arena yacen los restos de sus lanchas de desembarco. El oleaje rompe sobre un submarino miniatura, hoy encallado. Entre punta Aruligo y el río Bonegi, vi los restos de tres grandes trasportes japoneses: el *Yamazuki Maru*, el *Nyusyu Maru* y el *Kinigawa Maru*.

A pesar de que han pasado veinte años, en todas partes hay recuerdos de la guerra. "Constantemente descubro por doquier indicios de la lucha", me dijo Evan Evans, un joven contratista australiano. "No hace mucho, cuando estábamos haciendo excavaciones para la construcción de un muelle, me encontré cerca de la avenida Mendana una cueva llena de esqueletos de japoneses. Otra vez estaba recogiendo mangos en las inmediaciones del aeródromo Henderson y hallé el esqueleto de un soldado japonés debajo de uno de los árboles. En 1954, al hacer las excavaciones para los



cimientos de la nueva oficina de tránsito, en pleno centro de Honiara, uno de los albañiles indígenas dio con el zapapico en un casco, y los trabajadores vinieron corriendo a informarme. Se trataba de un infante de marina norteamericano. Notificamos a las autoridades, y alguien vino por avión desde Honolulú para identificar al muerto y reclamar los restos".

La historia de Joe Foss

MIENTRAS monseñor Stuyvenberg, obispo católico de las islas Salomón, y yo paladeábamos una cerveza fría en el corredor de su residencia, situada en una colina que domina a Honiara, me relató cómo había colaborado en una operación de salvamento llevada a cabo en el mar.

"Yo estaba en ese entonces de sacerdote en la misión de Buma, situada en la extensa isla de Malaita", comenzó el obispo, levantando los ojos al sol con dificultad. "Situada a unos 95 kilómetros de Guadalcanal, Malaita no fue ocupada por ninguno de los dos bandos durante la guerra. Pero desde allí presenciamos algunas de las grandes batallas navales y aéreas. Una tarde, cuando ya estaba oscureciendo, oímos un avión que volaba sobre la misión. Por el ruido del motor, nos dimos cuenta de que estaba averiado. Pero en aquella oscuridad no podíamos saber si se trataba de un norteamericano o de un japonés.

"Pocos minutos después oímos que el avión se estrellaba en el mar. Unos muchachos indígenas aprestaron sus canoas y me llevaron consigo para tratar de encontrarlo. Pero ya había oscurecido del todo y no podíamos ver nada. Después de bogar un rato en las tinieblas, ya nos disponíamos a abandonar nuestra empresa cuando de repente junto a mi canoa, brotó de las aguas la cabeza de un hombre. *Los oí hablar inglés*, exclamó. *¡Soy norteamericano!*

"Se trataba nada menos que de Joe Foss, el as de los aviadores, quien había derribado 26 aparatos enemigos. Lo subimos a la canoa y regresamos a la playa. Foss estaba

todo enredado en su paracaídas y sufría náuseas por el agua salada que había tragado. Lo llevamos a la misión, donde lo primero que pidió fue un puro. Le dimos un rollo de tabaco y una muda de ropa (jamás me devolvió aquel par de pantalones). Esa noche hablamos hasta muy tarde. Nos dijo que ese mismo día había derribado tres aviones japoneses antes de verse obligado a descender en el mar debido a las averías que sufrió su propio aparato Grumman Wildcat. Nos hicimos buenos amigos. Es una magnífica persona. Posteriormente fue elegido gobernador del Estado de Dakota del Norte. Hoy es director de la Liga Norteamericana de Fútbol.

"Al día siguiente, cuando desayunábamos, oímos el ruido de un avión. ¡*Es la patrulla*! gritó Joe. Salimos corriendo y tendimos su paracaídas sobre la playa. En efecto, se trataba de un aparato norteamericano. El piloto nos vio mientras hacíamos señales en la playa y pronto llegó un hidroplano tipo Catalina para recoger a Joe. Éste nos dejó su paracaídas. Estaba confeccionado de seda blanca de la más alta calidad. Más tarde lo utilizamos para forrar el tabernáculo de nuestro altar.

Pocos días después oímos un gran estruendo. Salimos a la carrera por ver de qué se trataba, y vimos una escuadrilla de cazas norteamericanos que se dirigían en línea recta hacia nosotros. Era la escuadrilla de Joe Foss. Los aviones picaron y pasaron a poca altura de la misión.

Luego, uno por uno, los pilotos fueron dejando caer sendos regalos: nos obsequiaron chocolate, cigarrillos y harina. Luego volvieron a pasar por encima de la misión y, volando sobre el mar, hicieron rumbo a Guadalcanal".

Un explorador llamado Vouza

AUNQUE millares de hombres lucharon en Guadalcanal y participaron en las batallas aéreas y navales que tuvieron lugar en esa región, hoy tan sólo permanecen allí unos pocos de aquellos combatientes. Ninguno de ellos es norteamericano. Son australianos o neozelandeses que prestaron servicios como vigías de las costas, o indígenas que actuaron como exploradores y guerrilleros.

Los habitantes de las islas Salomón, de cabellera hirsuta y tez morena, fueron valerosos aliados nuestros. Mataron a centenares de japoneses y salvaron la vida a numerosos aviadores y marinos norteamericanos. El héroe indígena más famoso se llama Vouza y prestó servicios como sargento mayor en la guardia civil de la isla.

A los pocos días del desembarco de nuestros infantes de marina, Vouza se presentó en las líneas estadounidenses para ofrecer sus servicios. Luego volvió a aparecer, con el objeto de informar que los japoneses estaban reuniendo un poderoso ejército para efectuar un ataque en un punto de la costa situado más hacia el oriente. Pocos días después él mismo añadió una

dramática confirmación a su advertencia al llegar tambaleante a nuestras líneas, más muerto que vivo. La más vívida relación de las aventuras de Vouza está contenida en su propio informe escrito:

"Bueno, pues resulta que me pescan los japoneses y uno de sus oficiales me hizo muchas preguntas, pero yo no quiero decir ni pío. Por ello me picaron dos veces con espada larga en el pecho y a través del pescuezo, y luego me dieron un tajo en la lengua, y yo pararme lejos de los enemigos y caminar hasta líneas del frente norteamericano y, ahora aquí estoy, todavía con vida".

Por su valor, Vouza fue condecorado con la Estrella de Plata de los Estados Unidos y la Medalla del rey Jorge de Inglaterra. En 1953, habiendo sido invitado a Londres para asistir a las ceremonias de la coronación, fue presentado a la reina Isabel. Ahora ocupa el cargo de magistrado en la aldea indígena de Roroni.

"¿Qué debo hacer para conocer a Vouza?" pregunté.

Se hicieron las gestiones necesarias para que un camión trasportara a Vouza hasta la costa y para que una lancha lo recogiera allí. Yo estaba en el muelle de Honiara cuando la lancha dobló punta Cruz y entró en el puerto, donde muchos indígenas de piel cobriza y amplia sonrisa se habían congregado para presenciar el espectáculo. Los ojos se me nublaron cuando vi desembarcar a Vouza, hoy un venerable anciano. De porte erecto y semblante solemne, tenía el orgulloso aspecto de un cacique indio. Aunque iba descalzo, vestía su antiguo uniforme blanco de sargento mayor y lucía una hilera de medallas resplandecientes.

Pasamos un rato hablando de sus experiencias durante la guerra y él me mostró la cicatriz tremenda que lleva en el sitio donde los japoneses le traspasaron la garganta con la espada. Al mirar aquella cicatriz, recordé que un médico militar norteamericano había informado que tan pronto como le cosieron la garganta a Vouza, éste había pedido algo de comer.

Pregunté a Eric Lawson, residente de la isla y viejo amigo de Vouza, qué atención podía yo dispensar al viejo explorador para agradecerle que hubiera venido a verme.

"Lo que necesita Vouza con más urgencia", me contestó, "es una dentadura nueva".

Al parecer, el proporcionar a Vouza una nueva dentadura postiza era motivo de cívica preocupación en Honiara. El gobierno de Su Majestad Británica venía considerando el problema, pero la maquinaria oficial se mueve muy lentamente en las lejanas islas británicas y hasta el momento nada se había conseguido. Yo me apresuré a declarar que tendría el mayor gusto en regalarle a Vouza una nueva dentadura.

Y en seguida todos brindamos por la salud del viejo y valeroso explorador.



cambie su
cognac
por
Bisquit
LA TRADICIONAL
MARCA FRANCESA
tome Bisquit
☆☆☆ TRES ESTRELLAS
EN SUS REUNIONES
O EN EL BAR
Bisquit
BD & C°
BD & C°
Bisquit Dubouché & C°
Licor de Sobremesa
INDUSTRIA ARGENTINA
DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
ERVEN LUCAS BOLS S.A.C.eI.
SARMIENTO 669 BUENOS AIRES
ELABORADO BAJO LICENCIA DE
BISQUIT DUBOUCHÉ Y CIA. - FRANCIA
LUCAS BOLS
A° 1575
DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
ERVEN LUCAS BOLS S.A.C.e I.

Los vigías de la costa

SIEMPRE que uno conversa sobre la guerra en Guadalcanal, ya sea con ingleses, australianos o indígenas, todos hablan con orgullo de los vigías de la costa. Y la historia de estos vigías es una de las menos conocidas de la guerra y una de las más fascinantes.

Durante la lucha los Aliados ni siquiera reconocieron la existencia de ese organismo. Y sin embargo, este puñado de hombres, casi todos de edad madura, que se escondían en las islas dominadas por los japoneses y enviaban mensajes por radio a los norteamericanos sobre los movimientos de aviones y barcos enemigos, prestaron un servicio de valor incalculable. "Gracias a los vigías de la costa se salvó Guadalcanal", declaró el almirante William Halsey, conocido como *El Toro*, "y Guadalcanal fue la salvación de todo el Pacífico".

Cuando los japoneses comenzaron a invadir las islas del Pacífico del Sur, un comandante naval australiano, Eric Feldt, inició la organización de los vigías costaneros. El nombre cifrado de esta operación fue el de Ferdinando, en honor del toro del cuento, que se negaba a ser lidiado en la plaza. Porque el papel de aquellos vigías no era el de luchar, sino el de observar. Feldt reclutó elementos familiarizados con las islas: plantadores, buscadores de minerales, funcionarios. Algunos se internaron en las sierras cuando desembarcó el enemigo. Otros fueron conducidos subrepticiamente a las islas en submarino o canoa. Muchos de ellos perdieron la vida. Sin embargo, en muy poco tiempo estos hombres, encaramados en las cimas de selváticas montañas, equipados tan sólo con un aparato de radio difusor y receptor y armas pequeñas, y contando con la ayuda de unos pocos indígenas amigos, lograron formar una poderosa red de información secreta que abarcaba más de un millón de kilómetros cuadrados de islas y océano.

Uno de los vigías más conocidos era un neozelandés, el comandante D. G. Kennedy, quien estuvo apostado en punta Segi, en la parte meridional de la isla de Nueva Georgia. En Guadalcanal lo llamaban "nuestro Kennedy", para no confundirlo con el teniente de la marina norteamericana, J. F. Kennedy, quien también se distinguió en las islas Salomón. Antes de la guerra, el Kennedy neozelandés había sido funcionario de la administración del distrito de estas islas. Cuando los japoneses se apoderaron de Tulagi, frente a Guadalcanal, aquél lo comunicó por radio a los norteamericanos. Inmediatamente éstos dieron las instrucciones para que aparatos procedentes de portaaviones bombardearan el puerto de Tulagi. Como resultado de esta acción, fueron hundidos nueve barcos japoneses.

El principal explorador indígena a las órdenes de Kennedy era Billy Bennett, hombre regordete y sonriente que habla un inglés perfecto

y que debe de ser, sin lugar a duda, el soldado más jovial que haya degollado jamás a un enemigo. Cierta noche, mientras disfrutábamos de una comida china en el restaurante Kwong Chow, Billy me relató algunas de sus peripecias.

Una vez, mientras estaba de visita en un villorrio indígena, se aparecieron dos soldados japoneses armados hasta los dientes. Billy estaba desarmado, de manera que simuló ser uno de los aldeanos. Los japoneses hicieron venir a todos los vecinos y les manifestaron que las fuerzas del Japón habían ocupado la isla y que todos los habitantes debían prestarles su colaboración. Para impresionar a los aldeanos, les enseñaron sus armas. Los indígenas se mostraron maravillados de las armas modernas y uno de los japoneses fue pasando su pistola de mano en mano. Los vecinos la tomaban con gran cuidado, entre exclamaciones de admiración y de respeto. Finalmente, la pistola llegó a manos de Billy. Éste también la aceptó con expresión de curiosidad y de temor. Luego procedió a acribillar a balazos a los dos japoneses.

Cuando me llegó la hora de partir de Guadalcanal, volví por última vez al aeródromo Henderson. Había allí un pequeño grupo de pasajeros listos para tomar el avión. Tres indígenas de semblante solemne, vestidos con *sulus* y portando máscaras contra incendios, entraron en el campo con un camión de bomberos pintado de rojo y se apostaron junto a la pista.

Yo caminé a solas por el campo, deseoso de echarle un último vistazo. Al mirar la extensa pista, en otro tiempo centro de gran actividad aérea y hoy desierta, con excepción de nuestro pequeño avión de pasajeros, el aeródromo me pareció henchido del recuerdo de los valientes que lucharon allí. Mas luego el ingeniero de vuelo, sujeto delgaducho cuya única prenda de vestir era un calzón de baño, calentó los motores; había llegado la hora de la partida.

Nuestro pequeño avión, un de Havilland Heron, se lanzó por la pista y comenzó a ganar altura. Nos elevamos por encima de loma Sangrienta. Cuando el aparato viró para dirigirse hacia el mar, pude apreciar una vista panorámica de toda la isla. Abajo se retorcían lentamente los meandros de los ríos Matanikau y Tenaru, escenarios de tantas cruentas luchas. El oleaje que rompía sobre la playa Roja, sitio del desembarco inicial de la infantería de marina, semejaba una cinta blanca y arrugada cuando cruzamos el litoral y nos dirigimos hacia las aguas azuladas del estrecho de Fondo de Hierro. Lancé entonces una larga y postrera mirada a Guadalcanal, que se esfumaba en la distancia. El viento, que silbaba al chocar contra la ventanilla al correr del avión, producía un suave susurro, como el que hace, al volverse, una página de algún libro de historia.

La niña que venció a la muerte



Condensado del libro de* LAWRENCE ELLIOTT

Tenía apenas ocho años cuando se supo la mala nueva. No obstante, durante el tiempo que le quedó de vida creó y nos legó una fortuna tan valiosa como nunca hubiera imaginado ella misma. He aquí una conmovedora peregrinación dentro del corazón de una chiquilla extraordinaria.

SE LLAMABA Janis. "Janis, con una sola *s*", solía advertir ella muy seria. En aquel invierno de 1959 cumplió los ocho años. Tenía el pelo rubio, un poco más oscuro que el oro; era delgada y mimbreña, y cuando reía le brillaban los ojos con una expresión de alegría que acusaba un torrente de vida allá en su interior.

—¡Mamá, mamá, qué gusto! —entró gorjeando en su casa una tarde de enero.

—¿Qué es lo que te divierte? —le preguntó Rita Babson, su madre.

—Pues la escuela, y la nieve, y el juego con las niñas . . . ¡todo, mamá, todo!

Había nacido en Windsor (Nueva Escocia); pero cuando era apenas una nena de pocos meses, su padre, agente de la policía montada del Canadá, fue trasladado a Ottawa, y allí se instaló con su familia en una buena casa enlucida de estuco y situada en una tranquila calle de City View, arrabal del sudoeste de la ciudad. Esa casa y esa calle llegaron a ser para Janis Babson todo su mundo, que ella amó con toda la fuerza de su exuberante corazón.

Calle abajo estaba la escuela de niñas de San Nicolás, donde ella cursaba el tercer grado —en seria rivalidad con Elizabeth Hayes por el primer puesto de la clase—. Más allá se extendían los terrenos de una granja donde criaban caballos de raza para concursos ecuestres. A ella la cautivaban desde hacía tiempo; casi todas las tardes la veían bajar alegremente la colina agitando en la mano un manojo de zanahorias que les llevaba de regalo. Rita Babson decía que, para que duraran las zanahorias en su casa, tenía que esconderlas.

También vivía calle abajo Patricia Kennedy, su mejor amiga, y en la casa de al lado, Suzie, la perrita sabuesa. Había en su vida libros, llenos de hechizo, que hablaban de lugares distantes, y estampas para colorear, y bailes que inventaba con su hermana mayor, y labores de punto, y un chico llamado Ronnie que le había sonreído en varias ocasiones el verano pasado. Cada amanecer era una dicha.

Cuántas veces, de rodillas, le había dado gracias a Dios por todos esos bienes que colmaban su pequeño mundo. No era una niña mística. Ni siquiera hubiera entendido el significado de la palabra. Sencillamente, tenía a Dios muy cerca de sí; formaba parte de su vida diaria; lo conocía, era un ser presente para ella.

Además de su madre, hermosa mujer de pelo rojo oscuro, y de su padre, Rudy, apuesto agente de la policía montada, había otros Babson: Charmaine, dos años mayor que Janis; Roddy, Karen, Timmy y Sally, todos menores que ella. Los chiquillos Timmy y Sally eran especialmente encantadores; Janis los llamaba "la gente menuda". Los domingos, después de misa, rogaba a su madre que los metiera en el cochecillo, de cuya barra apenas sobresalía su cabeza, y lo empujaba

*Este libro ha sido publicado en inglés bajo el título "A Little Girl's Gift". Editores: Holt, [illegible]

de un extremo a otro de la calle Côte des Neiges, y no cabía en sí de orgullo cuando los vecinos se paraban a admirar a sus hermanitos.

—Son muy traviesos —solía decir con mucha gravedad . . . y sonreía luego amablemente.

Era muy compasiva. Un día le dijo a su madre que la entristecía ver crecer a Sally, pues quizá fuese "el último bebé de la casa". Se intranquilizaba pensando que los pajaritos no podrían conseguir suficiente alimento en el invierno, y en lo que haría la abuelita tan lejos, en Fort William.

Cuando la conmovía algún relato se le llenaban de lágrimas los ojos y preguntaba:

—¿Por qué será que las personas se hacen daño unas a otras? Quisiera ser la mejor amiga de todos en el mundo.

Un día, durante la Semana del Bastón Blanco (campaña anual que se hace en el Canadá en favor de los ciegos) escuchó al anunciador de un programa de televisión que explicaba la manera como el Banco de Ojos ayudaba a quienes estaban privados de la vista a recobrarla por medio de trasplantes de la córnea. Luego oyó contar a una madre joven, que había perdido a su hijo en un accidente, cómo había donado los ojos de su hijo para que algún extraño pudiese ver. Le parecía a ella, según dijo, que su hijito seguiría viviendo en la visión devuelta a una persona que ella nunca conocería.

El programa afectó a Janis profundamente y, después de meditar largo rato, fue a la cocina y le dijo a su madre:

—Mamá, cuando yo me muera voy a legar mis ojos a ese Banco.

Rita la miró sorprendida, pero contuvo su impaciencia al ver los ojos de su hijita anegados en lágrimas.

—Son tantos los que necesitan socorro —continuó la niña—; miles y miles los que aguardan a que les llegue el turno. Si hubiera muchos que se comprometieran a dar sus ojos . . .

Aunque conmovida, Rita se mostró prudente.

—Ya me imagino lo que sientes, mi vida. Pero esta es una decisión muy seria para una niñita como tú. Es posible que cambies de parecer cuando crezcas.

Los cabellos de Janis se agitaron como una cascada de oro oscuro al mover la cabecita para decir enfáticamente.

—No, mamá, siempre pensaré lo mismo —meditó un momento y añadió—: Ni tampoco lo olvidaré nunca.

Cuesta arriba

Cayó mucha nieve aquel febrero; para Janis el tiempo era encantador. Salía todas las tardes a deslizarse por la colina en su "platillo volador", o a construir fortalezas de nieve con Patricia Kennedy y las otras niñas, y volvía a casa a regañadientes, con las mejillas encendidas, como si le hubiese faltado día para jugar.

Después, repentinamente, se le acabó el vapor. Unos pocos minutos de juego la dejaban exhausta. Bostezaba y suspiraba tristemente, sentíase demasiado cansada para comer unos cuantos bocados. Su madre pensó que iba a caer en cama con un fuerte resfriado, mas no tenía fiebre ni otros síntomas de catarro. Sin embargo, el desaliento no desaparecía.

Al terminar febrero y comenzar marzo se había puesto ojerosa. Le dolía la cabeza y le producía náuseas el solo olor de la comida. Luego, una tarde, enderezándose en su asiento, gritó:

—¡Ay, qué dolor!

—¿Qué te duele, hija mía? ¿Qué te pasa? —le preguntó la madre alarmada.

—La espalda . . . Ya, ya pasó, pero sentí una punzada . . .

A ella que no le hablaran de quedarse en casa sin asistir a la escuela.

—No puedo dejar que Elizabeth Hayes me adelante. Por favor, mamá. Si no estoy enferma . . .

Pero una tarde ventosa, como Janis no llegara a casa junto con Charmaine y Roddy, Rita se asomó a la ventana del comedor y se quedó fría al verla cargada de libros, subiendo paso a paso, con gran dificultad, la cuesta de Côte des Neiges, luchando con la nieve y el viento que casi la hacían hincarse de rodillas.

—¡Roddy —gritó la madre—; sal al momento y ayuda a Janis a subir! ¡Date prisa!

El hermanito de siete años se puso el abrigo, salió a todo correr y cogió él los libros. Asida de las faldas del abrigo de Roddy, que caminaba delante para protegerla del viento, llegó por fin Janis a su casa.

—¡Uf! —jadeó débilmente cuando llegó—. No sé qué me pasó . . . sencillamente no pude caminar más. Estoy tan cansada —y se desplomó en una silla.

Rita le quitó el abrigo y la miró detenidamente. Se quedó aterrada con la palidez de la niña y con el tamaño de sus ojos pardos que parecían llenarle toda la cara.

Cuando Rudy llegó esa noche, marido y mujer decidieron que era preciso llamar al médico. Así que, al otro día, Rudy salió temprano del trabajo y llevó a Janis a casa del Dr. James Whillans, el pediatra de la familia.

El Dr. Whillans, hombre joven y efusivo, al verla entrar en el consultorio acompañada de su padre, le dijo:

—Vamos, señorita ¿es este un nuevo truco para escaparse de la escuela?

Janis sonrió y los hizo reír a ambos con su aguda respuesta:

—No; es un nuevo método que ha inventado papá para salir temprano del trabajo.

El Dr. Whillans le examinó la garganta y los oídos, y le auscultó el pecho. Después observó al microscopio una gotita de sangre que le extrajo y, poniéndose muy serio, le dijo:

—¿Quieres dejar a la enfermera

que te pinche el dedo otra vez, Janis?

Y tras de examinar la segunda gota habló con el padre.

—Parece que tiene muchos glóbulos blancos. Sería conveniente que le hicieran un análisis detenido en el laboratorio. ¿Qué le parece a usted?

Rudy miró al médico fijamente. Un momento antes ambos habían reído de buena gana; ahora, le hubiera querido consultar muchas cosas, pero solamente dijo:

—Lo que usted crea conveniente, doctor.

El viernes siguiente, Rudy llevó a su hija al laboratorio en donde le tomaron muchas muestras de sangre de los dedos y de las venas. Al otro día lo llamó por teléfono el Dr. Whillans.

—Escuche usted —le dijo bruscamente—. Esto no me gusta. Es preciso que lleve a Janis inmediatamente al hospital. Estoy haciendo arreglos para que la vea un especialista de la sangre.

Durante esos días, ni Rita ni Rudy se habían atrevido a hablar del asunto, a pesar de que ambos no hacían más que pensar en él. En un momento que Rudy se encontró solo en la cocina, tomó el teléfono y habló con voz queda.

—¿No podría ser leucemia? . . . ¿Qué dice usted, doctor?

Por un instante, sólo lejanos zumbidos eléctricos pasaron por el alambre. Luego se oyó la voz del Dr. Whillans.

—Podría ser.

Diagnóstico

A Janis se le arrasaron los ojos en lágrimas cuando sus padres le dijeron que tendría que ir al hospital.

—Pero si yo no estoy enferma de verdad —lloriqueó—. Si solamente estoy cansada.

La inquietaba el faltar a la escuela. Rita le explicó que los médicos la mejorarían y al fin dejó de llorar y subió a su cuarto a sacar sus cosas. A los pocos minutos, después de rezar el rosario, bajó y murmuró: "Ya estoy lista".

En el Hospital Civil de Ottawa, extenso grupo de edificios de ladrillo rojo y vidrieras, Janis se sintió pequeñita y perdida al principio. Pero ya había dejado de llorar y resueltamente siguió a la enfermera que la conducía al pabellón infantil. Cuando Rita y Rudy fueron a despedirse la encontraron vestida con su bata de hospital, sentada al estilo moro sobre su cama, contemplando a los otros niños que había en la gran sala blanca. Cuando la abrazaron les dijo ansiosamente al oído:

—¿Volveréis a visitarme, verdad?

Rita iba casi todas las tardes; al atardecer, iban los dos. Le llevaban cartas de Charmaine y monigotes pintados por Karen que la hacían reventar de risa y que enseñaba a sus nuevos amigos. Pasaba los largos días jugando con los otros pequeños pacientes; a veces hacía animalillos de papel que enviaba de regalo a la "gente menuda".

Contaba que las enfermeras le sacaban muestras de sangre de los dedos todos los días.

—Me empiezo a sentir como un acerico —decía riendo—. Pero si una mira a otra parte y piensa en otras cosas no se siente casi nada.

Quedó bajo el cuidado del Dr. Alexander English, uno de los primeros hematólogos de Ottawa, quien prometió dar su dictamen lo más pronto posible; el jueves por la noche llamó a los padres para que fueran a verlo al hospital.

Rudy inmediatamente se puso el abrigo; Rita se quedó junto al ropero y no se atrevió a ponerse el suyo; no hacía más que apretarse la cara con los dedos, hasta que al fin dijo:

—Vete tú solo. Yo no puedo. Te aguardaré aquí.

Tan pronto como el Dr. English cerró la puerta del consultorio tras su visitante, le dijo:

—Me duele decírselo . . . pero no hay ninguna duda de que es leucemia.

Rudy, que había ido preparado para recibir el golpe, le preguntó:

—¿No hay ninguna esperanza?

El médico meneó la cabeza.

—Desgraciadamente, la leucemia siempre ha sido mortal. Sin embargo, la suya es subaguda, parece reciente; con buena asistencia y con las medicinas que hoy tenemos, es posible que viva un año, quizá más.

Rudy asintió torpemente. Su primer pensamiento fue decir algo amable a aquel hombre que tenía que cumplir con un deber tan desagradable; pero no acertó a encontrar las palabras.

—Usted está en libertad de llevarla donde quiera —prosiguió el Dr. English—; pero yo estoy seguro del diagnóstico; no hay ningún hospital en el Canadá ni en los Estados Unidos en donde sepan más del tratamiento de la leucemia que lo que nosotros sabemos. Sería un gasto inútil.

Dijo además que, una vez que se resolviera cuál debería ser la medicación exacta y se lograra un mejor equilibrio de los glóbulos sanguíneos, Janis podría volver a casa. Agregó que tendrían que hacer continuamente el recuento de los glóbulos blancos, para lo cual era preciso que Rudy llevara a la niña cada ocho días a la clínica de cancerología en el hospital.

—Fuera de esto, puede hacer lo que ha hecho siempre: ir a la escuela, jugar. No hay por qué enterarla . . . basta decirle que tiene una irregularidad en la sangre que estamos tratando de curar.

Mientras iba en el auto de vuelta a casa, Rudy pensaba vanamente en la forma de darle la noticia a Rita. Pero apenas entró advirtió que no era preciso: ella la había adivinado . . . y con solo mirarlo a la cara ya lo sabía con certeza.

Un rayito de sol

JANIS estuvo en el hospital más de un mes. En ese tiempo, Rita y Rudy adquirieron un íntimo conocimiento de la leucemia. Por alguna razón impenetrable para la me-

dicina, la médula de los huesos de Janis se había trastornado y producía leucocitos —glóbulos blancos— a un ritmo fantástico. El recuento globular de una persona normal podría dar, quizá, unos 7500 leucocitos por milímetro cúbico. En los análisis del Dr. English aparecía esa cantidad multiplicada por cien. Peor aún, los glóbulos eran algo defectuosos y con el tiempo se extenderían por todo el organismo, invadiendo y dañando los tejidos sanos.

Los esposos Babson se familiarizaron de sobra con palabras como metotrexato y esteroide, drogas básicas en la batalla por retardar el inevitable curso de la enfermedad, que, administradas cuidadosamente, impiden la reproducción desenfrenada de los leucocitos. (El metotrexato es un derivado nitrogenado de la mostaza, sumamente tóxico.)

Mas poco tardaron Rita y Rudy en darse cuenta de las limitaciones de que adolecían aún estas drogas maravillosas. Gradualmente iban perdiendo su eficacia y, con el tiempo, no servían absolutamente para nada.

Hacia mediados de abril Janis se había adaptado al tratamiento y su recuperación era casi completa. Ya podría irse a casa. Era uno de aquellos extraordinarios días de primavera llenos de cálidas promesas de verano y de incipiente verdor por todas partes. Cuando entraron por la calle Côte des Neiges, Janis saltaba de emoción y, cuando vio a Patricia Kennedy aguardándola frente a la casa de estuco gris, saltó del coche sin poder contenerse.

—¡Patricia, he vuelto! ¡Aquí me tienes!

Rita, que veía cómo se abrazaban las dos chicas, notó que las mejillas de su hijita habían recobrado el color, observó el brío con que subía las escaleras para ir a saludar a sus hermanitos y pensó que todo lo pasado había sido solamente una pesadilla. Janis, realmente, no iba a morir; cosa tan horrible no podía suceder.

Con el paso de los días, todo parecía aún más irreal. Janis había vuelto a la escuela y se esforzaba por recuperar el tiempo perdido. Jugaba con el mismo entusiasmo de siempre y protestaba jovialmente de los alimentos sin sal que le hacían tomar. Como le gustaban mucho los pepinillos en escabeche, los encurtidos y el pescado frito con patatas fritas, cierto día improvisó este triste verso:

¡Ay mamá, me saben mal
las patatas fritas sin sal!

Pero comía bien, bebía leche en abundancia y aumentaba de peso progresivamente.

Siguiendo el consejo del Dr. English, Rita y Rudy decidieron no decirles nada a sus otros hijos. Lo que le restaba de vida a Janis debía trascurrir en un ambiente tan feliz y normal como fuera posible.

No obstante, la vida había cambiado. Cada día traía consigo algo que nunca habría de repetirse. Las cosas que Rita y Rudy habían dejado para hacer "después" con los

chicos, las hacían ahora, porque ese "después" había llegado. Hubo largos paseos en automóvil, juegos por las noches, una visita a la abuelita que vivía en Fort William. Y no los abandonaba nunca la sensación de incredulidad de que la muerte les fuese a arrebatar aquella chiquilla tan dulce y tan llena de vida.

Rudy llevaba a su hija a la clínica todos los jueves por la mañana. Pensando que el letrero de "Clínica de Cancerología" podía causarle algún temor a la niña, el Dr. English se ofreció para atenderla en otro lugar, aunque dijo que era preferible tratarla en el hospital, donde había más medios. Si alguna vez Janis se dio cuenta de algo, nunca habló de ello a su padre.

Janis emprendió su nueva vida con avidez. Rara vez perdía la oportunidad de darse una vueltecita por el pabellón infantil para saludar a su querida Freda, la encargada de la cocina. Se hizo amiga de todos los chicos que iban a la clínica los jueves y llegó a ser su aliada y su guía. Para los primerizos que se asustaban de los olores extraños y los brillantes instrumentos de cirugía, era su apoyo, era la veterana que sabía decir con gran convicción: "No es más que un pinchacito y se acabó. Eso no duele nada".

Aunque el personal del hospital procedía con cautela para no encariñarse con los pacientes desahuciados, Janis se ganó rápidamente la voluntad de las enfermeras y de los practicantes del laboratorio de hematología, y revoloteaba de sala en sala como un pajarillo, saludando a todo el mundo y charlando con todos. Si alguno de sus amigos estaba ausente, le dejaba un cordial mensaje escrito con dos dedos en alguna máquina: "Querida Miss Jessamyn. Sentí mucho no verla hoy. ¿Dónde estaba? Cariños, Janis".

Aunque nunca hablaban de ella en su ausencia, no hubieran podido desatenderse de su persona. "A eso de las once de cada jueves", decía uno de los practicantes, "estábamos todos a la expectativa. Y luego, aparecía . . . como un rayito de sol".

El número de leucocitos disminuía progresivamente.

Dios no podría equivocarse

JANIS pasó muy bien ese verano. En setiembre, por su noveno cumpleaños, sus padres le regalaron una bicicleta en la cual exploró encantada los bosques vecinos. De nuevo, en igualdad de condiciones, volvió a emprender con Elizabeth Hayes su interrumpida competencia por conquistar el primer puesto en la clase del cuarto grado que presidía Miss McPhee.

Pero en octubre tuvo una recaída. Se le agotó la energía de pronto. El Dr. English informó que habían vuelto a aumentar los glóbulos blancos; era posible que el metotrexato hubiera perdido su eficacia. Prescribió trasfusiones de sangre y cambió la droga por otra. Dijo a los Babson que era conveniente que Janis disminuyera un poco su actividad.

—¿Cuándo se me arreglará esta sangre? —preguntó una vez a su madre—. Hace tanto tiempo que estoy tomando remedios... ¿Mejoraré algún día?

Era esta la primera de las muchas dolorosas preguntas que Rita Babson habría de responder. Y, como no era capaz de poner fin al asunto con una evasiva cualquiera, tomó a su hija de las manos y le dijo:

—Es una prueba que Dios te da, amor mío. Por ahora, todo lo que puedes hacer es soportarla. Estoy segura de que algún día comprenderás sus designios.

Janis, cuya fe era absoluta, se sonrió.

—Sí, mamá, Dios no podría equivocarse. Es que yo soy muy quejumbrosa.

Desde entonces era ella quien le daba vuelta a la cuerda mientras saltaban sus amiguitas, la que les repartía el equipo en el gimnasio de la escuela; y, cuando entró el invierno, se contentaba con mirar desde la ventana cómo se deslizaban en sus trineos por la colina.

—¡Cuánto daría por poder salir con ellas! —le dijo una vez a Charmaine; y, después de pensarlo un poco, agregó—: pero nada adelanto con mortificarme.

Lentamente volvió a mejorar. En marzo, cuando, de acuerdo con el pronóstico del Dr. English, debería de estar muy cercano su fin, había vuelto a echar carnes. El único síntoma de enfermedad era algún dolor ocasional de cabeza.

No obstante, se había efectuado en ella otro cambio mucho más sutil: mostraba serenidad, sosiego, capacidad nueva para penetrar en las cosas. Una vez preguntó a Rita cómo era en realidad el purgatorio. ¿Serían allá los días tan largos como en la Tierra? Y en dos ocasiones recordó a sus padres la promesa que había hecho de donar sus ojos al Banco.

Siempre se había desvivido por agradar a los demás y esta solicitud constituía ahora su dicha mayor. Los sábados, muy de mañana, con grandes precauciones para no turbar el sueño de papá y mamá, llevaba a sus hermanitos menores al sótano para jugar a la escuela con ellos. Ella era la maestra y les enseñaba a colorear estampas y a hacer letras. Varias veces, desde su cama, Rita pudo oír la vocecita de Janis que, esforzándose por imitar las inflexiones de la voz de una persona mayor, decía a sus discípulos: "Y ahora, niños, como os habéis portado bien, voy a leeros un cuento..."

Un sábado, fulgurante con una nueva idea, se dispuso a dar a sus padres la gran sorpresa. Mientras se freía el tocino y Roddy hacia guardia junto a la tostadora (le había dicho: "No dejes que se quemen demasiado; que queden apenas doradas"), ella salió a cortar rosas al jardín. Rita, al sentir todo ese movimiento en la cocina, comenzó a levantarse, pero Rudy la detuvo.

—Cualquier cosa que esté haciendo la divierte, déjala.

Pocos minutos después, portadores de elegantes bandejas y sonriendo muy satisfechos, subían Janis y Roddy a ofrecer su regalo: un suntuoso desayuno adornado con dos floreros llenos de rosas. Rudy se quedó boquiabierto y Rita solamente pudo decir:

—¿Qué es esto? ¿De qué se trata?

—Como vosotros os preocupasteis tanto por mí cuando estuve enferma —les respondió Janis —he querido daros las gracias en esta forma. Roddy hizo las tostadas.

Aunque los esposos Babson sólo acostumbraban a tomar café y tostadas en el desayuno, esta vez tuvieron que apechugar con todo lo que Janis les sirvió, por no desairarla.

—¿Te parece que sabe bien, mamá? ¿Quieres otra tacita de café, papá?

De allí en adelante, el desayuno de los sábados en la cama se convirtió en regalo de rigor de Janis a sus padres.

Al finalizar el año escolar, la sangre de la niña había vuelto a su estado normal. No le habían hecho más trasfusiones desde la primavera y parecía rebosante de salud. Sin poder contenerse, Rudy le preguntó un día al Dr. English si la mejoría no sería permanente. ¿No se habría efectuado el milagro?

—Conténtese usted con que esté bien por ahora —replicó el doctor— pero no espere más, por favor.

Mas los Babson no perdían la esperanza. ¡Quizá una nueva droga, algún remedio nuevo... la ciencia encontraba todos los días cosas maravillosas!

—Yo sabía que hacía mal en seguir abrigando esperanzas —ha confesado Rita— ya que eso haría más duro aún el desenlace... ¿pero qué otra cosa podía hacer? Muchas veces traté de convencerme de que sólo teníamos a Janis en calidad de préstamo; nunca lo logré.

"Lo que hay adentro"

Muy pronto llegó setiembre, y Janis, que ya tenía diez años, comenzó el quinto de primaria. Estaba feliz porque a Miss McPhee "también la habían ascendido", y seguiría siendo su profesora. Este era el año en que, según se lo había prometido a su padre, iba a mejorar las notas de aritmética. Así lo hizo y también echó a volar su traviesa imaginación en la clase de composición. Uno de estos ensayos estudiantiles, que Miss McPhee le hizo leer en voz alta, se titulaba, "Yo, el alcalde de Ottawa".

En él proponía Janis, entre otras cosas, "duplicar el sueldo de la policía montada; que todas las niñas pudieran tomar lo que quisieran sin necesidad de pagarlo". Y dejaba para el final la más completa reforma de todas: "Todos los delincuentes juveniles serán disparados al espacio".

En el mes de diciembre obtuvo quizá sus mejores calificaciones: 100 en literatura, y había subido a 82 en aritmética. "Excelente traba-

jo, Janis; sigue así", anotó al pie del informe Miss McPhee.

Pero los días de escuela pronto se acabarían para Janis. Había signos inconfundibles de que la lucha de dos años tocaba ya a su fin. Hubo que hacerle trasfusiones de sangre cada diez días. Tuvo que renunciar a ser capitana del grupo escolar de los Cruzados Eucarísticos, porque no podía asistir puntualmente a las reuniones. Iba a la clínica más a menudo, y a veces tenía que esperar allí mucho tiempo.

Los reconocimientos y los análisis de laboratorio se hacían cada vez más complicados. Del ordinario pinchazo en el dedo no sacaba ya el Dr. English la detallada información que necesitaba. De cuando en cuando tenía que practicar una punción en el hueso ilíaco, insertándole una larga aguja para extraerle un poco de médula. La operación resultaba muy dolorosa.

Y lo peor era que las enérgicas drogas que venía tomando durante 18 meses habían acabado por cambiarle el aspecto. Su carita fina y jovial estaba ahora abotagada y triste; el cuerpecito ligero y ágil se tornaba rechoncho y desgarbado. Al principio, Rita trataba de no creer lo que veía. Pero un día en la escuela, otra chica imprudente le dijo:

—¡Hola, gordinflona! Estaría bien que te pusieras a dieta.

Janis llegó a casa abatida.

—¡Ay, mamá, es verdad! —sollozó—. ¡Estoy cambiada! ¡Las chicas se horrorizan de verme!

Con el corazón adolorido, Rita la estrechó entre sus brazos. No acertaba a decirle una sola palabra de consuelo y le pidió a Dios que la iluminara. Al fin le dijo:

—¿Tú crees que a Dios le importa la apariencia exterior, mi vida? Lo importante es lo que hay dentro de ti, tus sentimientos. Eso es lo que Él tiene en cuenta.

Estas palabras tuvieron la virtud de apaciguar a la niña por el momento, mas sus padres no la vieron reanimarse por completo hasta el viernes por la tarde, cuando entró corriendo en casa, dio una vuelta y miró ansiosamente a través de la cortina.

Alzando la vista del periódico que leía, su padre le preguntó.

—¿Qué haces ahí, chiquilla?

—Estoy haciéndome la interesante —respondió ella con su sonrisa inimitable—. ¿Sabes, papá? Ricky Lewis ha venido siguiéndome por todo el camino desde la escuela.

Rudy volvió a enfrascarse en su periódico, murmurando: "Vaya, Dios lo bendiga".

Puesto de honor

Aquel diciembre la escuela de San Nicolás patrocinó la venta de tarjetas de Navidad y prometió premiar con un libro de la vida de Santa Teresita al estudiante que más vendiera. Janis se propuso ganar el premio. Teresita era su santa predilecta y hacía un año que llevaba a todas partes una estropeada estampa suya. Pero, al regresar de la clínica, se encontró con que los

otros chicos habían recorrido ya en plan de venta todas las casas de Côte des Neiges. A no ser en la suya propia y en las de unos pocos vecinos muy cercanos, no quedaba nadie a quien venderle más tarjetas en el barrio.

Desconsolada se encaminó a su habitación diciendo:

—¡Si por lo menos no tuviera que ir a esa bendita clínica . . . ! —esto le dio la idea— ¡Allí es donde puedo vender las tarjetas! —exclamó—. Miss Craig me comprará una caja . . . y otra Miss Jessamyn . . . y Freda . . . Oh, papá, ¿cuándo volvemos . . .?

En una rápida gira por el laboratorio de hematología y otra por el pabellón infantil vendió suficientes tarjetas para ganarse el premio fácilmente, y no tardó en volver a casa para leer su nuevo libro de cabo a rabo. Le brillaban los ojos cuando se puso a explicarle a Charmaine:

—Santa Teresita es mi hermana mayor allá en el cielo, así como lo eres tú aquí en la Tierra.

En agradecimiento fabricó un Nacimiento de cartón y lo llevó al pabellón infantil del hospital.

—¿Habría aquí sitio para esto? —preguntó a la enfermera que recibía las visitas.

—Naturalmente —le respondió ésta conmovida—; lo pondremos en el sitio de honor.

Desocupó un rincón del escritorio de información y con gran ceremonia colocó allí el regalo de Janis.

Los días se acortan

Poco ANTES de Navidad la sangre volvió a desmejorársele. Opinó el Dr. English que era preciso hacer una nueva punción exploratoria de la médula ósea. Janis se puso pálida.

—¡Por favor, papá —imploró rindiéndose al miedo por primera vez— no puedo . . . sencillamente no puedo!

Rudy la tomó en sus brazos y le dijo con dulzura:

—Creo que sí puedes, hija mía, sólo necesitas un poco de valor y de fe.

Janis se enderezó lentamente. Rogó al Dr. English y a Miss Jessamyn que la dejaran sola un minuto. Entonces se arrodilló en el piso de baldosas y le pidió a Dios fuerzas para someterse al atroz procedimiento.

—Yo sé que lo necesito para mejorarme, Dios mío, pero necesito también que me des un poco de valor.

Rudy volvió el rostro a un lado para que ella no le viera los ojos enrojecidos.

En Navidad el progreso de la enfermedad parecía inexorable. Mas Janis no se dejó vencer por los dolores y el cansancio. Bajaba a la escuela todos los días abriéndose paso por entre la nieve, aunque con frecuencia Roddy tenía que ayudarla a subir la colina de regreso a casa.

Compró sus regalos de Navidad con mucho esmero: un estuche de

Ya están aquí los NUEVOS RAMBLER

LA NUEVA LINEA DE LA CALIDAD

Admírelos en el concesionario IKA más cercano!



manicura para mamá, pañuelos para papá, juguetes para la gente menuda, un lapicero para Roddy y un broche de lentejuelas para Charmaine, que ya se arreglaba el cabello todas las noches.

Cuando los padres regresaron de la misa de gallo la víspera de Navidad, encontraron a Janis despierta hablando con la vecina que se había quedado cuidando los niños. Estaba tan divertida admirando el árbol recién adornado, que Rita no se resolvió a mandarla a dormir. No obstante, algunos minutos después sintió náuseas, y aceptó de buen grado una píldora y dejó que su padre la llevara a la cama.

A la mañana siguiente, feliz y contenta como si nunca hubiese sentido dolor alguno en toda su vida, madrugó para abrir los regalos con los otros chicos; quedó fascinada con el vestido de fiesta azul celeste, regalo de sus padres, y con la falda y la blusa coral que le mandaba su abuelita. Encontró además una máquina de coser eléctrica, pinturas, una canastilla de costura y muchos libros. Sentada en el suelo, rodeada de cajas y oropel, dijo:

—Jamás en la vida tendré unas Pascuas tan alegres como éstas.

"Estaré en casa dentro de una semana"

Algunas semanas después, cuando faltaba poco para que sonara la campana que daba fin al día de escuela, Janis se sacudió convulsivamente en su silla. A pesar de que el dolor de la espalda tomaba serias proporciones, miró en derredor de ella por ver si alguien lo había advertido. Se agachó por no hacerse notar, crujiendo los dientes, en silenciosa plegaria porque sonara la campana. Así, sin saberlo, salió de la escuela de San Nicolás por última vez. Roddy la ayudó a llegar a casa a través de la nieve recién caída. A los pocos días, la acometió otro fuerte dolor de espaldas de más duración que el que había sufrido en clase. Al día siguiente la llevaron al hospital.

—Presumo que los glóbulos blancos se han extendido por la región espinal —dijo el Dr. English después de examinarla—. Es mejor que se quede aquí. Ya veremos lo que se puede hacer para calmarle el dolor.

Janis no protestó cuando su padre le anunció que iban a hospitalizarla otra vez. Aunque tenía el rostro transido de dolor y fatiga, su espíritu seguía invicto.

—Estoy segura de que aquí mejoraré más pronto —dijo—. Estaré en casa dentro de una semana, ya verás.

Al aumentarle la medicación se le redujo pronto el exceso de leucocitos. A los tres días se había levantado de la cama y volaba de la cocina al laboratorio visitando a su querida Freda y a sus amiguitas; otra vez la pequeña veterana pasaba de sala en sala animando y dando valor a los chiquillos nuevos en el hospital.

Allí estaba Betty, una niñita rubia, precisamente de su misma edad. La habían operado de cáncer.

Se preocupaba porque estaba perdiendo clases y se puso dichosa cuando Janis prometió ayudarle a repasar la ortografía y la aritmética.

Cierto día le llevaron a su cuarto a Susie, mucho menor que ella, y a quien ya había conocido en otra visita al hospital. Parecía muy enfermita. Como estaba muy triste y acobardada, Janis le dijo que ella sería su amiga.

—No es preciso que molestes a las enfermeras cuando necesites algo: pídemelo a mí.

Y así era ella quien le pasaba el orinal, la que le daba de beber agua cuando tenía sed y la que le daba de comer con su propia mano. Todos los días, poco antes de la hora de visita, le arreglaba la cama y le decía:

—Ahora, Susie, recuerda: nada de lloriqueos cuando vengan tus papás. Ellos ya tienen bastantes sufrimientos.

Más que nada, le gustaba ayudar a las enfermeras a cuidar de los niños pequeños. Les mullía las almohadas, les leía cuentos y les pintaba graciosos monigotes en colores. Toda una noche la pasó en vela consolando a Donna, chiquilla de tres años que había sufrido un accidente y estaba entablillada. Esa tarde las enfermeras la nombraron su "ayudante oficial".

Pero, a pesar de toda su energía y seriedad, Janis no dejaba de ser una niña. Pese a su amistad con las enfermeras y los practicantes, el hospital seguía siendo para ella algo que pertenecía al mundo de los adultos, y nunca llegó a sospechar la verdadera razón de encontrarse ella allí, aunque es posible que, por entonces, sí le hubiera pasado por la mente algún leve indicio de lo que la esperaba.[c] A veces bajaba sola a la clínica y se sentaba en una banca, silenciosa, vigilante, con su bata rosa, a esperar a los niños que había conocido durante los dos largos años que duró su tratamiento allí. ¡Nunca volvieron!

Un día le preguntó a la enfermera que recibía a los visitantes.

—¿Qué será de Eduardito, ya no viene los jueves? ¿Y Gloria, qué es de Gloria?

—No, ya no vienen los jueves —le respondió la empleada, y miró a otra parte.

Poco después de eso díjole a su madre.

—Mamá, ¿recuerdas a Eduardito y a Gloria? ¿Se han muerto, verdad?

—Sí; hija mía. Murieron . . .

Fue Janis la que rompió el largo silencio. Ya no fijaba la mirada en el rostro de la madre, más bien parecía perderse en la distancia.

—No te pongas triste, mamá. Ellos están en el cielo. Deben ser muy felices.

"¡Cuánto los quiero!"

Miss McPhee fue a visitarla y le llevó cartas de sus condiscípulas. Janis estaba encantada. Quería saber de todas ellas e interrogó a su maestra hasta agotar el tema.

Charmaine le enviaba con sus

padres todas las tardes una notita que ella aguardaba ansiosamente. Una vez que no lo hizo, Janis protestó:

—Decidle que no sea remolona, pues yo necesito saber todo lo que está pasando.

Cualquier palabra que viniera de Charmaine, cualquier baratija que le enviaran Roddy o Karen, eran pruebas tangibles de que se acordaban de ella, de que la echaban de menos. Más que ninguna otra cosa, el sentirse amada de su familia fue lo que sostuvo a Janis todos aquellos días.

Se esmeró dibujando una tarjeta para enviarla como afectuosa misiva al Dr. English el día de San Valentín, y casi se muere de dicha al recibir ella, a su vez, una con un corazón rojo que le envió su amigo Ronnie.

—Tienes razón, mamá —dijo ella apenas entraron sus padres a verla esa tarde— la apariencia no es todo.

Hacia mediados de febrero ya pudo volver a casa otra vez. Pero, por causa del mal tiempo, el Dr. English no le permitió que asistiera a la escuela. Un resfriado podría tener serias consecuencias.

Janis se sentaba junto a la ventana del comedor y allí se estaba mirando hasta que el último de los niños de la vecindad bajaba la cuesta para ir a la escuela. Luego abría su libro o se ponía a trabajar en los guantes que estaba tejiendo para Sally. A veces, en las tardes solitarias se ponía inquieta y triste.

—Mamá —gritaba— deja un ra-

tito el quehacer de la casa y sube a hacerme compañía.

Su historia favorita, la que le pedía a Rita que le contara una y otra vez, era la relativa al matrimonio de sus padres: ¿En dónde se habían conocido? ¿Cómo se habían casado?

Después de la escuela, siempre llegaban amiguitas a visitarla y ella, de alguna reserva muy escondida, invariablemente sacaba energías para entretenerlas. Una vez, entre carcajadas, Rita le oyó decir a una chica:

—¡Por favor, Janis, no sigas, que voy a reventar de risa!

Su antigua rival, Elizabeth Hayes, llevó algunas tareas de la escuela y ambas las comentaron durante largo rato. Pero cuando salió su amiga, Janis le dijo a su madre:

—Están estudiando quebrados . . . nunca seré capaz de alcanzarlas.

El dolor se recrudecía; era casi constante y, aun cuando a Janis no le gustaba hablar de ello, las muecas que no podía evitar la traicionaban dando a conocer sus espasmos. A veces un grito agudo, irrefrenable, repercutía por la casa en la noche.

Rudy tenía que llevarla en brazos al automóvil cuando iban a la clínica. Para ahorrarle tormentos, las enfermeras salían hasta el patio de aparcamiento a tomarle muestras de sangre. Aun así, el suplicio era horrible, pues ahora le tomaban hasta diez especímenes cada vez, y los brazos y las piernas de la niña estaban llenos de pinchazos y cicatrices

—Guarden siempre algo de reserva —le había advertido a Rita el Dr. English, refiriéndose a la dosis de codeína que tomaba la niña—; de otro modo llegará el momento en que nada será capaz de aliviarla.

Pero los frascos se vaciaban cada vez con mayor rapidez. En marzo hubo de volver al hospital para someterse a una serie de radiaciones. El médico esperaba que con este tratamiento se redujera el enorme volumen de glóbulos. Tuvo dificultad para caminar y le pusieron soportes metálicos. Aun así, rara vez se quejaba, rara vez hablaba de su desgracia. Mas una tarde, cuando Rudy y Rita llegaron de visita, la encontraron adormilada con un cuaderno de notas a su lado. En él acababa de escribir:

"En este momento lloro por mi adorada mamaíta y mi querido papaíto, pues siento mucha nostalgia de mi casa en este hospital. Creo que nunca volveré a pensar nada malo de ellos en mi vida, pues ahora comprendo cuánto los quiero".

Rudy dejó el cuaderno y salió de puntillas. Buscó al Dr. English y le dijo:

—Si traemos a Janis al hospital tan a menudo como sea necesario, si seguimos sus instrucciones al pie de la letra... ¿no podríamos llevarnos la niña a casa?

"¿Será que ya no me quieren?"

A PESAR de que Charmaine y Roddy pintaron un enorme letrero de "Bienvenida" para recibirla, los temores de Janis se cumplieron: la pequeña Sally se mostró esquiva con ella. Desde el sofá de la sala donde yacía casi sin poderse mover, llamaba a la chiquitina sin resultado. Una vez dejó caer intencionalmente el Niño Jesús que siempre llevaba consigo, y rogó a Sally:

—¿Quieres alcanzármelo, por favor?

La niñita se dejó engatusar y, cuando la tuvo cerca, le dio un abrazo.

—¡Oh, vida mía, sólo quiero tenerte junto a mí un momentito...! ¿No te acuerdas ya de Janis?

Sally comenzó a retorcerse y a llorar. Janis, con el corazón destrozado, la dejó ir.

—Ya ni siquiera me conoce —sollozó.

—Es porque has estado ausente tanto tiempo —la consoló Rita—. Ten en cuenta que es apenas una criatura...

—Pero si muero, mamá... si muero ¡nunca más se acordará de mí!

Abrumada, la madre volvió el rostro hacia otro lado.

Janis leía un poco y, cuando podía incorporarse, también tejía, despacio y pacientemente; pero, ante todo, no hacía más que mirar la calle a través de la ventana. El dolor casi nunca la abandonaba. "Es como si alguien arrastrara el tronco rugoso de un árbol por mi espalda", decía. Aquellos leucocitos soliviantados que le habían invadido la espina dorsal comenzaban a infiltrársele en la cabeza y hacían que le dolieran los dientes Ella

mordía furiosamente la imagen del Niño Jesús, que rara vez dejaba de la mano. Le palpitaba una de las venas de la sien y con frecuencia se sentía desfallecer.

Finalmente, no pudieron evitarlo: Janis tuvo que volver al hospital. Cuando los enfermeros de la ambulancia la sacaban de su casa les pidió que bajaran un momento la camilla y, mirando ansiosamente en su derredor, dijo:

—No quiero olvidar nada... así nadie se olvidará de mí.

Mientras el vehículo ascendía por la cuesta de Côte des Neiges, ella no dejó de mirar un momento la calle desde la ventanilla.

Más tarde el Dr. English encontró a Rita y a Rudy nerviosos, exhaustos, aguardándolo en el largo corredor lateral del pabellón infantil.

—No podemos hacer más por ella —les dijo—. Ya les he dicho a ustedes que no puedo hacer milagros... Yo apenas...

Sin terminar la frase movió la cabeza visiblemente emocionado y se alejó.

Poco después Janis preguntaba a su padre qué le pasaba al Dr. English.

—Antes solía quedarse aquí y bromear conmigo, ahora ni siquiera me mira. ¿Será que ya no me quiere?

—No es eso, amor mío —protestaba Rudy—. Sencillamente, es que está muy ocupado.

Una notable camaradería se había entablado entre la niña y el médico durante los meses pasados; el rostro de éste se iluminaba cada vez que la pequeñuela entraba en su consultorio de la clínica. Pero ahora todo se había frustrado: ya no podía aliviarla y esto le dolía profundamente.

Aunque parezca increíble, Janis se repuso. Le administraron morfina en grandes dosis y, calmados los dolores más atroces, su cuerpecito endeble sacó nuevas fuerzas para la lucha. Sus tíos Jim y Joe vinieron a verla y ella, que le encantaban las visitas, demostró al recibirlos mucha de su antigua vivacidad; los hizo reír con sus quejas de que no podía sacar un dedo del pie de entre las estiradas sábanas del hospital.

A la tarde siguiente, como tenía que volver a Kingston, el tío Jim pasó por el hospital a despedirse: mas encontró a Janis dormida por el efecto del fenobarbital. Cuando despertó la niña se puso tristísima al saber que se había perdido la visita. Por la noche, cuando sus padres fueron a verla también la encontraron adormilada, pero esta vez tenía sobre el pecho un papel que decía: "Si alguien viene mientras yo estoy dormida, que no se marche, por favor".

Poco a poco se fue abatiendo otra vez. Incluso la morfina obraba en ella durante pocas horas; su fin estaba palpablemente cercano.

Al día siguiente de ingresar en el hospital, el capellán del establecimiento le había administrado la extremaunción.

Testamento de una niña

SUS PADRES decidieron hacer cualquier sacrificio que estuviera en sus manos, comprarle cualquier cosa por costosa que fuera, si contribuía a alegrarle sus últimos días. Mas, cuando le preguntaron a Janis qué quería, ella les respondió moviendo la cabeza:

—Ya os he costado tanto dinero ... Además, todo lo tengo, nada me hace falta.

Luego, haciendo una mueca, que era la sombra de su sonrisa picaresca, preguntó:

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa —le prometió Rudy.

—Entonces... quiero ver a los chicos otra vez —dijo con decisión—. Yo sé que el reglamento del hospital no lo permite... pero, si pudiérais traerme a Charmaine... aunque fuera a Charmaine.

Al otro día por la tarde Charmaine se deslizaba a hurtadillas entre Rita y Rudy por una escalera excusada del hospital hasta la habitación de Janis.

—¡Oh, lo lograste! —gritó ésta emocionada, y las dos hermanas se unieron en cariñoso abrazo.

Charmaine, que estrenaba un lindo sombrero amarillo, quiso que Janis se lo probara. Sus padres, que habían cerrado la puerta, las vieron charlar y reír. Janis le hacía un sinnúmero de preguntas: "¿Qué hay de la escuela? ¿Has vuelto a ver a Ricky Lewis? ¿Qué tal va la gente menuda?"

De pronto se abrió la puerta y entró la enfermera. Charmaine se quedó de una pieza. La enfermera se detuvo bruscamente, contempló la escena de un vistazo y se acercó a la cama de la niña a darle una pastilla.

—¿Qué te pasa que estás tan contenta? —díjole de improviso, pasando la vista por encima de Charmaine como si no estuviera sentada a los pies de la cama. Luego salió de la habitación, volviendo a cerrar la puerta.

Las dos hermanas hablaron largo rato hasta que, demasiado pronto, terminó la hora de visita.

—No os olvidéis de mí —les dijo Janis al verlos partir—. No dejéis que los chicos me olviden.

Una vez afuera, los esposos Babson informaron a Charmaine por primera vez del peligro de muerte en que estaba su hermanita y ella, que había contenido las lágrimas durante toda la tarde, las dejó correr ahora libremente.

—Pero, ¿por qué, Dios mío, por qué?

A la mañana siguiente la misma Janis supo la verdad. Un joven interno y una enfermera, nuevos en aquel piso, entraron en su habitación.

—¿Y qué te pasa a ti, preciosa? —le preguntó al médico con tono jovial.

Antes que la chica tuviera tiempo de responder, la enfermera, leyendo en su libro de registro, dijo:

—Tiene leucemia.

El interno la miró severamente,

BUENO ES EL BRANDY... CUANDO EL BRANDY ES BUENO

SHUMIR
BRANDY

AROMA Y SABOR DE SINGULAR PERSONALIDAD

que dicen de la auténtica calidad de este excelente BRANDY SHUMIR, destilado de vinos elaborados con uvas de selección en el propio establecimiento de S.A. Bodegas y Viñedos SANTIAGO GRAFFIGNA LTDA.
FUNDADA EN 1870 – SAN JUAN • En Buenos Aires: Warnes 2218 – Tel. 59-0099



pero el mal ya estaba hecho. Janis, que sabía muy bien lo que esa palabra significaba, se quedó sola toda la tarde dándole vueltas y vueltas en la mente y, cuando llegaron sus padres, les dijo:

—Tengo leucemia ¿no es cierto?

Rita se puso pálida. Sintió vivo impulso de huir. Por fin dijo:

—¿Qué te hace pensar eso, mi amor?

La niña le contó lo que había oído y entonces la madre añadió serenamente:

—¿Qué sentirías si en realidad tuvieras leucemia? ¿Te aterrarías?

Janis movió la cabeza.

—Si eso es lo que tengo, es porque Dios así lo quiere. ¿Por qué me he de asustar? De todos modos ... todavía es posible que mejore.

No obstante, a los pocos minutos de lucha interna consigo misma, tras de la cual la esperanza cedió el campo a la resignación, dijo triunfante:

—¿Sabes, mamá? le he pedido tanto a Dios que me pusiera buena que me sorprendía de no lograrlo. Ahora ya lo sé: no era su voluntad que me curara. Él quiere llevarme.

Se sentaron juntas sin hablar. Rita sentía una gran tranquilidad. Durante muchos meses se había acorazado en espera de confortar a Janis en este momento fatal; el momento había llegado y era Janis quien la alentaba a ella.

Poco después Janis le preguntaba con mucha seriedad acerca del purgatorio.

—¿Crees que tendre que estar mucho tiempo allá? Como tengo algunas cuentecillas que ajustar...

Rita la estrechó amorosamente contra su pecho.

—Ya has estado en el purgatorio durante dos años, mi amor. Cuando Dios Nuestro Señor determine llevarte te irás derechito al cielo.

El sábado, 6 de mayo, Janis le dijo a su madre que deseaba hacer testamento.

—La gente hace esto antes de morir ¿verdad?

—Sí —respondió Rita, tras larga pausa. Y ella, que notó su tristeza, le dijo:

—No te aflijas, mamaíta. Eso es lo único que me mortifica... que tú y papá se van a poner tristes. Allí quedan los otros chicos. Y yo estaré allá, para cuando me necesiten, te lo prometo.

En esa forma hizo Janis los preparativos para la última jornada:

—Mi bicicleta nueva es para Charmaine y mi caja de pinturas para Roddy.

(Esto no puede ser verdad —pensaba Rita—. Es imposible que esté sucediendo. No es más que una pesadilla. Todo se desvanecerá si me propongo despertar y despierto.)

Pero seguía escribiendo estoicamente en un cuaderno lo que Janis le dictaba. Janis pidió que le dieran sus soportes metálicos a cualquier otro niño que los pudiera necesitar, que le dijeran a Freda en dónde la habían enterrado, por si ella quisiera visitar la tumba. "Dale a papá mi devocionario y mi alcancía, y quiero que tú te quedes con mis

sales para baño. Y, no te olvides, por favor mamaíta, de lo que le dejo al Banco de Ojos".

Rita se alejó a rezar a la capilla del hospital.

El último regalo

Por la mañana del 12 de mayo, Rita le trajo una estampa nueva de Santa Teresita que la niña miró con ternura.

—Me sonríe —dijo— me está esperando.

Pronto Janis cayó en un sopor profundo, del cual salía momentáneamente. Pusiéronla bajo una tienda de oxígeno para facilitarle la respiración y las enfermeras recibieron orden de aplicarle morfina tan a menudo como fuera necesario; mas era ya casi nulo el efecto que la droga le hacía.

Del otro lado del pasillo sonaba una radio y una enfermera entró a preguntar si Janis deseaba que la apagaran. Rita se disponía a decir que sí cuando la niña movió la cabecita débilmente.

—Me encanta esa música —susurró . . . y trató de llevar el compás meneando los dedos de los pies—. Si estas benditas sábanas no estuvieran tan estiradas . . . sí que lo haría bien —agregó dejando ver un último vestigio de su risita juguetona.

Rudy se quedó con ella toda la noche; Rita se fue a dormir a casa. Cuando regresó al otro día muy de mañana, una enfermera, que mostraba rastros inequívocos de haber llorado, la detuvo en el corredor:

—Por favor, dígale usted que la encuentra muy guapa. Nos pidió que la arregláramos.

La habían bañado, la habían peinado, aunque cada movimiento había sido un martirio para la niña. Luego había querido que le pusieran su nueva camisa de dormir rosa con florecitas blancas. Tuvieron que rasgarla en la espalda para poder acomodársela.

—¡Oh, qué preciosa estás! —le dijo Rita al entrar.

Janis sonrió. Tenía la mirada diáfana, pero estaba muy débil.

—Ya estoy lista, mamá, a cualquier hora . . . pero quisiera que tú y papá me acompañéis.

Se acordaba de que ese día era el cumpleaños de Karen y preguntó si hacía buen tiempo. Rita dijo que sí.

—Cuánto me alegro; dale un beso en mi nombre.

Se amodorró, despertó, volvió a dormirse. En una ocasión le pidió a Rita que la pesaran después de muerta.

—Quiero saber si me voy al cielo como era antes . . . delgadita.

—El cuerpo es apenas un vestido, mi vida —le respondió la madre—. Con todo ¿cómo podría decírtelo yo?

Janis rió de buena gana.

—Verdaderamente . . . me estoy volviendo tonta con la edad —cerró los ojos—. Pero me pondrás un vestido muy bonito ¿verdad? ¿Y una cinta en la cabeza?

Ya avanzada la tarde, como si luchara por desechar una pesadilla, abrió los ojos y habló con gran claridad.

—Papá ¿hiciste ya el arreglo con el Banco de Ojos?

Rudy cambió una mirada dolorosa con Rita y confesó que no había hecho nada todavía.

—Tú me lo prometiste, papá. Quiero que arregles eso cuanto antes, por favor.

Los esposos Babson habían hablado mucho acerca de la persistente demanda de su hija. Nunca dudaron de que aquello era algo más que un mero capricho y estaban convencidos de que los atormentaría el remordimiento si no cumplían su deseo. No obstante ¿sería posible que una niñita de esa edad tuviese tales alcances?

Ahora, en ese cambio de miradas pensaron que sí: la niña se daba cuenta exacta de lo que quería. Ese era el regalo que ella deseaba hacer, más que ningún otro.

Rudy se acercó a la mesa de una enfermera.

—Miss Chapman —comenzó indeciso—. Janis desea . . . desea donar sus ojos al Banco. Yo le he prometido hacer las diligencias . . . pero no sé cómo se hace para . . .

—Llamaré por teléfono al Dr. English —le respondió Miss Chapman—. Descuide usted, nosotros lo arreglaremos. Dígale a Janis que no se preocupe.

Al cabo de una hora llegó un interno con un formulario que Rudy llenó y firmó, y el asunto quedó concluido. Janis sonrió y dijo:

—Gracias papaíto.

A eso de las nueve la niña estaba tan decaída que todos sus esfuerzos se reducían a abrir los ojos de vez en cuando para mirar a sus padres y, satisfecha de verlos a su lado, suspiraba y volvía a aletargarse.

Luego, inesperadamente, trató de incorporarse. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos como queriendo ver mejor lo que se dilataba ante ella.

—¡Esto es el cielo! —gritó—. ¡Papá, mamá, venid pronto!

Ambos se inclinaron sobre su cuerpecito y la estrecharon, asombrados de la repentina fortaleza con que los atraía hacia sí para darles el último abrazo. Después . . . quedó completamente exánime.

Eran las 9:25 de la noche. Algunas horas más tarde, los preciosos ojos de Janis estaban en camino del Banco de Ojos de Toronto.

Epílogo

TODA la escuela de San Nicolás concurrió a los funerales, excepto Patricia Kennedy, su amiga íntima, que vivía en otra parte. Janis yacía serena y preciosa con su vestidito azul celeste. La airosa cinta con que su madre le había recogido los cabellos la hubiera deleitado.

"Janis se entristecía por no poder seguir en la escuela, ya que su más ardiente deseo era terminar el año con toda su clase", dijo el reverendo padre Brossler, cura de la iglesia de San Agustín. "Que tengas un viaje feliz y tranquilo, Janis. Te has graduado con la más alta distinción".

Los esposos Babson llegaron del cementerio con el ánimo un tanto levantado. Aunque la vida de Janis

seguía siendo para ellos algo de un valor inapreciable, sentían ahora un vago consuelo, como si hubieran hallado la respuesta a su dolorosa pregunta: "¿Por qué nos pasó esto?" aunque sin saber exactamente cuál era. Su tío Bob Quin reflexionaba así: "Con los diez años que pasó la niña en este mundo no se ha acabado todo. No puede ser".

Poco después, en Chalk River (Ontario), un reportero de la localidad interrogaba a una familia recién establecida en esa ciudad. Eran los Kennedy, antes vecinos de Cote des Neiges. Les preguntó si conocían algún suceso que tuviera interés humano para concluir con ella su artículo. "Yo sé de uno", dijo Patricia, y en seguida le contó que su mejor amiga, Janis Babson, enferma de leucemia y en trance de muerte había legado sus ojos al Banco de Ojos.

El reportero llamó por teléfono a su colega Tim Burke del *Journal* de Ottawa, y éste fue en seguida a ver a los Babson. Publicó un artículo referente al caso y al día siguiente 27 ciudadanos de Ottawa firmaban otros tantos compromisos en que legaban sus ojos al Banco de Ojos. Era lo más que se había logrado en un solo día, mas esa marca se batió casi inmediatamente en una reunión del *Kinsmen Club*, en la cual 50 de sus miembros espontáneamente ofrecieron hacer donación de sus ojos. No mucho después 175 agentes de la real policía montada y sus familias prometieron hacer otro tanto.

Las ondas siguieron extendiéndose: el artículo de Burke fue repetido por la radio y a los pocos meses una monja escribía una relación conmovedora titulada *Janis de City View*. Cartas y más cartas comenzaron a llover sobre la casa de estuco de Cote des Neiges, y hasta el día de hoy, Rita y Rudy dedican una hora todas las noches a contestarlas.

Finalmente, en Toronto, un farmacéutico llamado Abe Silver, que leyó la historia de Janis, se conmovió de tal manera, que constituyó el Fondo Conmemorativo Janis Babson en la Universidad Hebrea de Jerusalén para premiar las mejores investigaciones que se hicieran sobre la leucemia.

Pero lo más notable de todo ha sido el aumento continuo de ofertas al Banco de Ojos de Ottawa. Desde 1959, cuando comenzaron a llevarse actas hasta el día en que murió Janis, un total de 644 ciudadanos de esta ciudad habían ofrecido donar los ojos después de su muerte. Desde entonces para acá, en un lapso de dos años, ha habido 1710 ofrecimientos más, entre ellos los de toda la familia Babson.

Semana tras semana los habitantes de Ottawa, en grupos de diez a ciento, inspirados por la gracia y la bondad de una niña, dan el paso conducente a que algún día recobren la vista muchos centenares de ciegos, hombres y mujeres. ¿Se ha olvidado a Janis? No: como ella lo esperaba, sigue formando parte de la vida que tanto amó.



GENERAL ELECTRIC ARGENTINA S.A.
Capital
Santo Domingo
3220

m$n 30,00 Octubre de 1963

Selecciones del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS